

ÁLVARO DE LAIGLESIA



SÓLO SE MUEREN LOS TONTOS

Lectulandia

Solo se mueren los tontos trata de las tribulaciones de Rosita, muchacha de humildísimo origen, y su mucho sufrir por abrirse camino en la vida y, como decían los finos, labrarse un porvenir. A su triunfo final contribuirá un hecho muy apreciable: Rosita está muy buena. Rosita es un claro precedente de Mapi, la simpática meretriz protagonista de la serie de novelas iniciada con *Yo soy fulana de tal*, la más popular del autor.

A partir de esta línea principal irán surgiendo decenas de flecos de diversas longitudes a cuál más estrambótico. Todo es exagerado, esperpéntico y absurdo, siguiendo la tradición española del humor negro. Pero a pesar de todo, Álvaro de Laiglesia, con todo el disparate a cuestas, no intenta esconder el atroz pesimismo que se muestra en cada una de las páginas y el desencanto total, la desesperanza mayúscula ante esta rara especie nuestra.

Lectulandia

Álvaro de Laiglesia

Sólo se mueren los tontos

ePub r1.0

Catharsius 29.12.13

Título original: *Sólo se mueren los tontos*

Álvaro de Laiglesia, 1959

Editor digital: Catharsius

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

«El alma, ese flato maravilloso que se nos escapa sin ruido al morir...».

EL TÍO CUACUÁ

PEDAZO I

—¡VAMOS, PELMA! ¡A ver si naces de una vez! —gruñó la comadrona impaciente, dándome unos azotes a través de la piel materna que me albergaba.

—Calma, doña Mínguez —la aconsejó mi padre, que se había sentado en el borde de la cama para calzarse, pues a las ocho entraba a trabajar y ya eran más de las siete—. Puede que la criatura no esté terminada todavía. Quizá le falte algún detalle: el meñique de un dedo, o un cacho de oreja... Hay que dejar a la fábrica que termine el producto antes de lanzarlo al mercado.

Mi madre sonrió satisfecha, aceptando como un piropo que su marido la comparase con una fábrica. Y lamentó no poder echar un poco de humo por las narices, para que la comparación resultara más exacta. Aunque se sintió más importante, no por eso interrumpió su tejemanaje en el refajo de lana que estaba terminando para ponérmelo cuando naciese. Tejía sin cesar, ajena por completo al proceso de dilatación que se operaba en su organismo para darme salida al exterior.

La portera, en cambio, estaba excitadísima, sintiendo en sus nervios todo el sufrimiento que no hacía mella en la reciedumbre de mamá. La pobre mujer sudaba más que una babosa y corría con frecuencia a la cocina, a vigilar una palangana de agua caliente en la que temí pretendiera cocerme al nacer como un cangrejo. Toda la gente del barrio la llamaba doña Mínguez porque sus padres, bastante despistados por cierto, se olvidaron de bautizarla con uno de esos nombres que usan las personas para diferenciarse entre sí. Y para tapar esta laguna de su nomenclatura, hubo que unirle el «doña» con el apellido.

—Pero ¿no siente dolores? —preguntaba doña Mínguez llena de asombro, metiendo la cabeza bajo la sábana en postura de fotógrafo.

—Tanto como dolores... —decía mamá muy tranquila—. A veces noto unas cosquillas, como si se me hubiera metido una hormiga en el ombligo.

—¡Cosquillas! —repetía la comadrona, llevándose las enormes manos a la cabeza y dejándolas un rato allí.

—Si lavara usted a diario un quintal de ropa como yo —explicaba la parturienta con modestia—, esto de dar a luz le parecería tan sencillo como accionar un interruptor eléctrico.

—De todos modos —insistía doña Mínguez—, debería usted tomar un poco de «anestesia».

—¿Y qué es eso? —se informó mi padre, que de medicinas sólo entendía de bicarbonato.

—Un remedio para suprimir el dolor. Es una anestesia económica que he

inventado yo, especial para gente humilde: en vez de emplear cloroformo, que resulta carísimo, empleo una botella de anís.

—Es usted una científica de rechupete —elogió papá.

—Al décimo trago la parturienta está «anestesiada» por completo, y pare con la misma alegría que si estuviera bailando un charlestón.

—Eso estará bien para las enclenques —rechazó mi madre con desdén—. Pero a mí déjeme usted de menjurjes.

Y continuó enroscando la lana del refajo en sus largas agujas de calcetar. Era la más serena de todas las personas que se hallaban en la habitación asistiendo al acontecimiento. Gruesa y hercúlea, con su abultado abdomen cubierto por la ropa de la cama, parecía un Buda apacible reclinado en su altar.

A su alrededor, además de mi padre y doña Mínguez, se había reunido una pequeña multitud. En los barrios modestos hay pocas distracciones y un nacimiento viene a ser algo así como una función de circo, sólo que sin música. La multitud de mirones estaba compuesta por dos vecinas fisgonas que se colaron en el cuarto con el pretexto de ayudar, la portera del inmueble con su sobrina, otra portera de una casa próxima, una gata propiedad de un vecino, un gato forastero que debía de ser su novio, y un fumista. El fumista era amigo de mi padre y fue a casa antes de empezar su trabajo para arreglarnos gratis la cocina, que no tiraba bien; pero como con la cocina acabó en un santiamén, se quedó un rato en la alcoba a echar un párrafo, porque era de mucha confianza.

La razón de que todas esas visitas estuvieran hacinadas en la alcoba y no en alguna habitación contigua, como suele hacerse en esos casos, era que en el domicilio de mis padres no existían habitaciones contiguas de ninguna especie. El «apartamento» —así dice la gente fina para justificar la pequeñez de un piso—, se componía de la alcoba monda y la cocina lironda. Había también un cuchitril oscuro con un lavabo, una ducha, y un lo otro. Desde la habitación única se salía directamente a un gran rellano de la escalera, al que daban todas las puertas de las numerosas viviendas en que estaba fraccionado el piso.

La casa, en su remota mocedad, debió de ser cárcel, cuartel o cualquier otra institución para albergar y fastidiar a muchos individuos. Saltaba a la vista que al construirla sólo se pensó en obtener la máxima capacidad con la mínima comodidad, criterio mantenido por el propietario que la adquirió muchos años después para convertirla en viviendas económicas. Sus muros eran delgados, permeables a todas las temperaturas y sonidos. Su escalera era lóbrega, con un tenebroso hueco central que invitaba al suicidio. Su fachada nadie sabía cómo era en realidad, porque siempre estuvo cubierta totalmente por ropas puestas a secar en cuerdas tendidas de ventana a ventana. Era, en resumen, lo que en lenguaje arquitectónico se llama una solemne porquería. Estaba situada en el más humilde de los suburbios madrileños, en una de

esas callejas tan abruptas y próximas al campo que no parecen trazadas para automóviles, sino para tractores. Arando un poco sus baches y con el abono natural de las basuras que arrojaban a la calzada las casas limítrofes, podía obtenerse en ella una cosechita de alfalfa muy aparente. Esta vergüenza urbanística se llamaba pomposamente «Calle de Jenaro Benítez». Nadie se molestó nunca en averiguar quién demonios era o fue el tal Jenaro; pero sospecho que debió de ser algún enemigo del gobierno, porque a un amigo no se le hace esa faena. Dar su nombre a aquella zona inhóspita, o al menos muy poco hópita, más que un honor parecía una venganza.

Los minutos seguían pasando sin que yo me decidiera a asomar las narices fuera de mi refugio prenatal.

—Debe de ser una niña —profetizó el fumista.

—¿Por qué? —le preguntaron.

—Por lo mucho que tarda en acudir a su cita con el mundo —contestó el aludido con una carcajada, asombrado él mismo de haber dicho un chiste tan sumamente ingenioso.

—¿Dónde está mi otro zapato? —indagó mi padre, que continuaba intentando calzarse para ir a trabajar.

Doña Mínguez, con el fin de hacer más llevadera la responsabilidad que pesaba sobre sus hombros, comenzó a «anestesiarse» descaradamente, bebiendo de la botella a chorro.

—¿Cómo piensa llamar a la criatura? —preguntó una de las vecinas.

—Si sigue tardando tanto, la llamaremos pelmaza —rezongó la comadrona, que empezaba a empiriparse.

—Pero no hay ninguna Santa Pelmaza en el santoral —refutó la vecina.

—¿Quiere usted hacer el favor de levantar el pompis para ver si está mi zapato en el asiento de la silla? —rogó mi padre a la portera.

—Esto de nacer parece cosa de magia —filosofó el fumista moviendo el testuz de norte a sur.

—Ya, ya. Se ve y no se cree —apoyó la portera de la casa próxima.

—Yo siempre he dicho que la Naturaleza es muy sabia —se pavoneó el fumista, como si él fuese el único paladín que defendiera la sabiduría de la Naturaleza, negada por el mundo entero.

—Muy sabia tiene que ser para fabricar los seres vivos con esa facilidad pasmosa —concluyó la otra vecina—, un achuchón y ¡zás!, criatura al canto.

—¿Ninguno de ustedes ha visto mi zapato? —insistió papá andando a gatas entre los pies de los mirones.

—No. Pero le ayudaremos a buscarlo para que nos deje en paz —dijo la portera.

Y todos se pusieron a cuatro patas para buscar el zapato de mi padre, que se

estaba poniendo pesadísimo con su dichoso zapato. En esta búsqueda andaban cuando llamaron a la puerta.

—¿Se puede? —preguntó una voz de hombre desde fuera.

—Sí se puede, pero no se cabe —contestó la vecina.

—¡Dios mío! —se apuró mi madre, que había reconocido al que llamaba—. Pero ¡si es don Fidel!

—¿Don Fidel? —repitió mi padre, dejando de buscar su zapato—. ¿Tan temprano?

—Es su hora: acaban de dar las ocho.

—¡Pañoleta! —exclamó el autor de mis días, que en presencia de extraños sabía sustituir las palabrotas por palabritas—. ¿Y qué vamos a hacer? ¡Con las malas pulgas que tiene el interfecto!

Don Fidel, como sabrá el lector tan pronto como yo se lo explique, era un inquilino al que mis padres habían realquilado su habitación para que la habitase durante el día. Todas las mañanas, a las ocho en punto, cuando ellos se habían ido a sus tareas respectivas, llegaba don Fidel y tomaba posesión del cuarto hasta las siete de la tarde. Este individuo estaba colocado de vigilante nocturno en los importantes Almacenes Popelín, y su trabajo terminaba a las siete y media de la mañana. Se iba entonces a casa, se acostaba en el lecho aún caliente, dormía, preparaba después su propio almuerzo y salía antes de que regresaran mis papás. Con la cantidad que abonaba don Fidel en concepto de realquiler, pagaban ellos casi toda la renta del pisejo. Gracias a esto no se asustaron cuando me vieron venir, pues habían ahorrado unos durillos para hacer frente a los gastos que acarrearía mi entrada en el censo capitalino. El vigilante de los Almacenes Popelín era un hombre ya maduro, cascarrabias y poco sociable. Le agradaba su horario de trabajo porque gracias a él reducía al mínimo el contacto con sus semejantes, que siempre le desagradó: ellos dormían cuando don Fidel trabajaba, y don Fidel viceversa cuando ellos viceversa. Se sentía feliz vagando de noche como un fantasma por las naves desiertas del gran establecimiento textil, y retirándose a las tinieblas de su letargo diurno cuando los gallos anunciaban el despertar de la ciudad. Era, en fin, un misántropo modesto que al no poder costearse la lujosa soledad de un castillo con mil hectáreas de parque, eligió el oficio donde más oportunidades vio de practicar la misantropía.

—Sal y explícale la situación. Dile que haga el favor de esperar un momento, que procuraré parir en un periquete para dejarle la cama libre —dijo mamá a papá, temerosa de perder un ingreso fundamental para la economía hogareña.

Mi padre, sin haber hallado aún su zapato extraviado, salió a conferenciar con el enfurecido don Fidel, que exteriorizaba su impaciencia aporreando la puerta.

—Don Fidel está que trina —informó al volver de su gestión—. Dice que ya podíamos haber elegido otra hora para ponernos a parir como unos conejos.

—Es que como soy primeriza, no calculo bien —se disculpó mi madre—. Sácale una silla a la escalera para que se siente, y ofrécele un pedazo de pan con chorizo para que se distraiga.

—El chorizo le ha calmado un poco —volvió papá al poco rato—. Pero insiste en que a ver si pares de prisita, que está muerto de sueño.

—¡Parirá cuando le salga de la matriz! —chuleó doña Mínguez, que ya andaba muy cerca de la «anestesia» total.

—Yo —dijo una de las vecinas para rellenar la espera con un poco de conversación— tengo un hijo que se llama Luis, como su padre.

—Pero ¡si su marido se llama Juan! —observó la portera.

—Por eso está tan furioso conmigo —concluyó la vecina poniendo carita de mosca muerta.

Por mi parte, aunque nadie se daba cuenta, hacía grandes esfuerzos para nacer porque ya estaba hasta la coronilla de tanta gestación. Y cuando al fin lo conseguí, poco faltó para que me cayera de cabeza desde la cama al suelo por estar la comadrona enfrascada en la frasca del anís.

El fumista fue el primero en darse cuenta:

—¡Miren! ¡Allí, debajo de la ropa, hay algo que se mueve!

Doña Mínguez volvió a adoptar bajo la sábana su postura de fotógrafo y, al cabo de un momento, me sacó a la curiosidad general agarrada por los pies como una liebre.

—¡Es una niña de tres kilos y poco pico! —proclamó, sopesándome con pericia.

Sonaron entre los presentes algunos aplausos dedicados a mi madre, equivalentes a los que se dedican en el circo al prestidigitador que logra sacar de su chistera una paloma. Pero fueron aplausos tibios, pues mi peso y mi sexo reducían la magnitud de la proeza.

—¿Está usted segura de que es niña? —preguntó mi padre, con unas hilachas de decepción adheridas a su voz.

—¡Si lo sabré yo! —se pavoneó doña Mínguez, presumiendo de sus profundos conocimientos ginecológicos como el *gourmet* que sabe distinguir el pato de la oca.

Debí de comprender que no me recibían con demasiado entusiasmo porque aguanté siete azotes en las nalgas sin atreverme a llorar. Al octavo, que me puso el pellejo en carne viva, estallé en un llantito tímido y sin lágrimas.

—Ya he conseguido ponerla en marcha —resopló doña Mínguez con cara de chófer que logra arrancar un motor después de hurgarle mucho rato en el ombligo con la manivela.

Mi madre puso punto final al refajo que estaba tejiendo, y me empaquetó en él atándome después con un cordelito. Papá, con el pretexto de que seguía buscando su zapato debajo de la cama, ni siquiera me miró.

Se oyeron golpes en la puerta y la voz impaciente de don Fidel que protestaba:

—¡A ver si echamos eso fuera de una endemoniada vez, demontre, que no soy ninguna cigüeña para dormir de pie!

La sobrina de la portera salió a comunicarle que ya habíamos parido, y que hiciera el favor de esperar un momentín porque en seguida le dejaríamos la cama libre.

Se hizo en el cuarto un silencio embarazoso, debido a que nadie era capaz de discurrir una felicitación sincera para paliar el disgusto de mis padres.

Por suerte el anís había caldeado la lengua de doña Mínguez y ella fue la que rompió el hielo con esta frase consoladora:

—Peor hubiera sido que, en vez de tener una niña, hubiesen tenido una mona.

—Tiene razón —reforzó una de las comadres apoyando a la comadrona—. Y no sería de extrañar. Como su padre es tan peludo...

El público empezó a desfilar, esforzándose en decir una amabilidad al despedirse.

—No se preocupe —dijo la portera que era una inculta de siete suelas—, a lo mejor, al crecer, se pone hecha un hombre.

—La acompaño en el niñamiento —dijo una de las vecinas, cuyo marido había trabajado de cochero en unas Pompas bastante fúnebres, gracias a lo cual sabía dar unos pésames muy oportunos.

—Tampoco es tan grave la cosa —remachó el fumista para acabarlo de arreglar—, para cuatro días que vivirá la criatura...

Y se fueron escalera abajo, criticando a mi mamá por no haber sido capaz de dar a luz un varón. Tener una hembra, entre las clases humildes, es un lujo comparable a tener una langosta cuando el salario sólo alcanza para un potaje. La mujer, como el zapato de tafilete, es un artículo de lujo. Y el hombre, como la bota de becerro, un artículo de primera necesidad.

Cuando mis padres se quedaron solos, suspiraron sencillamente. No dijeron nada porque todas las palabras que acudían a las puntas de sus lenguas estaban cargadas de reproches. Cada cual, «in mente», culpaba al otro del tremendo error de fabricación que mi sexo suponía. Pero ya no había remedio y se limitaron a decir:

—Otra vez será.

No hubo tiempo para más comentarios porque don Fidel, que se moría de sueño en el descansillo, insistió en sus mamporros a la puerta para reclamar sus derechos al colchón en comandita.

—¡Ya va, ya va! —le aplacó mi madre levantándose y vistiéndose a toda prisa, pues también ella tenía mucho quehacer y se había retrasado por culpa del dichoso parto.

Cuando estuvo vestida estiró las sábanas, mulló la almohada, y puso un poco de orden en la habitación. Llevó a la cocina la palangana de agua caliente y recogió los

accesorios de mi venida al mundo, que andaban desperdigados por todas partes.

—Da pena tirar una placenta tan nuevecita —dijo doblándola cuidadosamente como haría una mecanógrafa con la funda de hule de su máquina.

—Pero ¿vas a guardarla? —se extrañó papá, que al fin había encontrado su maldito zapato y se lo estaba poniendo.

—Pues claro: quizá pueda servir para otra vez.

Por fin el cuarto estuvo listo para recibir a don Fidel, el cual entró como una tromba en cuanto le abrieron la puerta y se acostó sin dar los buenos días.

—¿Qué hacemos con «esto» hasta que volvamos?, dijo mi padre.

«Esto» era yo, que yacía empaquetada en mi refajo encima de una silla.

—Se la dejaremos al señor Plutarco, el de la vaquería —decidió mi madre echándome sobre el cestón de ropa lavada que debía entregar aquella mañana.

—Bien pensado: así, si tiene hambre, puede darle un chupetón a una vaca.

Y mis padres, con el cestón a cuestas, salieron del «apartamento» cerrando la puerta con cuidado para no despertar a don Fidel.

PEDAZO II

PASÉ LOS PRIMEROS MESES de mi vida alternando las ubres del señor Plutarco con el pecho de mi madre. Aclararé, para no ofender al señor Plutarco, que al hablar de sus ubres me refiero a las del ganado que poseía y no, como algún chistoso puede malentender, a las suyas propias.

Cuando mis padres salían por las mañanas a las tareas propias de sus sexos respectivos, me dejaban en la vaquería. Y al volver por las noches, baldados por el cansancio, me recogían para subirme a casa. El señor Plutarco les cobraba unas perras diarias para compensar mi chupeteo a sus vacas, chupeteo del que yo sólo obtenía algunas gotas, porque él las ordeñaba hasta dejar sus ubres tan flácidas como un guante sin mano.

Lo más acertado de aquélla vaquería era el nombre: se llamaba sencillamente «¡Mu!», título perfecto que definía con precisión y brevedad la base de su negocio. El establecimiento era un chamizo con un mostrador, una gran cacharra para almacenar la leche, y un grifo de agua para refrescarla. Adosado al chamizo por su parte posterior, el establo, construido con tablas ensambladas al buen tuntún, esparcía pestilencias suficientes para abastecer a mil pares de narices.

Dentro del establo, como es natural, estaban los animales que el señor Plutarco llamaba orgullosamente «vacas». Nadie dudó jamás de que lo fueran porque los habitantes de aquel arrabal eran muy humildes y nunca tuvieron el dinero necesario para costearse un viaje al campo, único medio de ver cómo son las vacas en realidad. Y por carecer de una versión exacta, aceptaban los bicharracos del señor Plutarco como genuinas representantes del ganado vacuno. A algunos visitantes del establo, que presumían de cultos porque de pequeños se matricularon en la escuela pública, aunque no llegaron a pisarla, les extrañaba un poco que las vacas del señor Plutarco fueran tan pequeñas, tan delgadas y tan peludas. Pero no hacían comentarios, temerosos de que sus convecinos les tildaran de ignorantes.

«Quizá —pensaban— sean vacas de una raza enana».

Y tan enana. Porque el enanismo de aquellos cuadrúpedos obedecía a que no eran vacas, como admitía todo el mundo, sino cabras corrientes y molientes. Estaban disfrazadas con mucha habilidad, eso sí, porque a todas les había puesto unos hermosos cuernos de cartón amarrados a la nuca con un alambre, y un pito incrustado en la laringe para que dijeran «¡mu!» en lugar de «¡be!». Y con este *camuflage* tan perfecto, ya sospechará el lector que ni el ojo avisado de un perito agrícola sería capaz de adivinar la suplantación.

A mí, sin embargo, que acababa de nacer, me daba completamente igual la categoría de la ubre que me suministraba el sustento. Lo único importante, a la hora

de mamar, es tener cerca un mamífero que se preste a ser mamado. ¿Qué importa que sea vaca, cabra o burra? Incluso es mejor, a mi juicio, prescindir lo más posible de la vaca en la crianza artificial, sustituyéndola por animales menos estúpidos. Es indudable que el primer alimento que ingerimos en la vida influye poderosamente en la formación de nuestra personalidad. El vulgo, que tiene mucha vista, cree también en esa influencia y juzga a los individuos con arreglo a la buena o mala calidad de los jugos lácticos asimilados en su infancia. Ahí está, sin ir más lejos, el ejemplo de Rómulo y Remo amamantados por una loba de bastante mal café: los angelitos, robustecidos por la fiereza de la leche que sorbieron, fundaron Roma en un abrir y cerrar de ojos. Es indudable que, si en vez de una loba los amamanta una vaca, todo lo más que hubiesen fundado es una fábrica de queso. Suiza es otro ejemplo de cómo el exceso de leche vacuna hace a la gente mansa, tranquilota y sin ganas de meterse en líos. La vaca contagia en su secreción la lentitud física y mental, la placidez, la neutralidad. Un pueblo criado por vacas es más fácil de gobernar que otro criado por lobas. Si en Rusia hubiese más vacas en vez de tantos siniestros astrakanes, el mundo occidental podría dormir tranquilo. La cabra, por su parte, sin llegar a transmitir a sus mamoncetes la fiereza de la loba, les inyecta viveza, algo de genialidad y cierta propensión a la locura. Es más fácil llegar a estar «como una cabra» si llevamos desde la cuna el jugo de cabra dentro. Muchas de las cabriolas que di en mi vida, las atribuyo a las cabras disfrazadas del señor Plutarco bajo cuyas patas me nutrí.

Completaré esta breve estampa de mi lactancia hablando un poco del señor Plutarco que fue en cierto modo mi segunda madre.

Casi no necesito decirle al lector que el señor Plutarco era un negro de pies a cabeza, porque ya lo habrá adivinado por el nombre. Sólo los negros son capaces de soportar un nombre así sin pegarle un sopapo a su papá. Es corriente, en las Antillas sobre todo, que los negros se llamen Arquímedes, Eurípedes, Temístocles, o cualquiera de esos nombres antiguos que únicamente no dan risa cuando los leemos esculpidos en algún mármol arcaico. Pero no se crea nadie que estos nombres se los ponen los morenos porque les gusten, sino por necesidad. A los negros, como a todo el mundo, lo que les gusta es llamarse Pepe, Manolo, Paco, y hasta Polito si me apuran un poco. Pero los pobres no pueden permitirse este lujo porque se armarían unos líos imponentes. Sólo los blancos, cuyas variaciones fisonómicas son infinitas, se bautizan así sin temor a sufrir confusiones de ninguna clase. En una ciudad blanca puede haber cien mil Pepes, pero todos serán distintos: habrá un Pepe con la nariz aguileña, otro con la narizota colorada, uno rubio, otro castaño, otro flaco y otro gordo. Al hablar de un Pepe, nos es fácil especificar a cuál de ellos nos referimos añadiendo al Pepe escueto una breve descripción. Los negros en cambio, como las hormigas, son todos iguales. Sus pequeñas diferencias físicas, muy escasas, no pueden apreciarse porque están tachadas por el brochazo de su negrura. ¿De qué les

sirve dejarse bigote si nadie se lo ve? No les queda tampoco el recurso de que varíe el color de los ojos, pues todos los tienen como una gota de pintura caída en la córnea desde el párpado recién pintado. Necesitan, por lo tanto, hacer hincapié en su nombre de pila para subrayar su personalidad y poder distinguirse unos de otros. Por eso Plutarco se llamaba así, como pudieron llamarle Leovigildo o algo peor.

La gente del barrio, que como ya insinué antes no era el colmo de la inteligencia, no achacaba la negrura de Plutarco a un fenómeno racial, sino a la suciedad natural.

—Si toda el agua que echa a la leche se la echara él por encima —comentaban las mujeres—, se pondría tan blanquirucho como su producto.

—Déjenle —le disculpaba un trapero que estaba tan negro como él, aunque su madre juraba que debajo de aquella costra era blanquísimo—, las mugres protegen de los fríos.

Pero la verdad es que al señor Plutarco le daba mucha vergüenza ser negro y se ponía muy colorado cuando la gente le miraba. Y al mezclarse el rojo del rubor con el negro de la piel, adquirirían sus mejillas un bonito color marrón. Gracias a Dios el fulano era muy listo, y había inventado una disculpa para justificar definitivamente el luto de su epidermis:

—Yo soy blanco —decía—. Lo que pasa es que tengo un lunar de un diámetro tan grande, que me cubre toda la piel.

Y se quedaba tan ancho. Y tan negro.

Es natural que el lector se pregunte cómo aquel negro antillano fue a caer en un suburbio madrileño, porque yo también me lo estuve preguntando mucho tiempo hasta que lo supe.

La cosa ocurrió cuando España perdió Cuba. Ya se sabe que la España de entonces era igual que una de esas señoritas distraídas que lo pierden todo, y que al volver a casa después de dar un paseo se llevan un disgusto tremendo al darse cuenta de que han extraviado el bolso, o el paraguas, o el zapato del pie derecho.

—¡Caramba! —se sobresaltaba la España de entonces al volver a la metrópoli después de dar una vuelta por ultramar—. ¿Dónde habré perdido las Filipinas? Juraría que las llevaba puestas esta tarde.

—Pero ¿a quién se le ocurre ponerse todas las Filipinas para salir? —se indignaba con ella la población civil—. ¡Con la cantidad de potencias maleantes que hay en ultramar!

—Quizá no me las hayan robado —se disculpaba España registrándose los mapas, con la esperanza de encontrar al menos alguna Filipina suelta—. A lo mejor se me cayeron sin darme cuenta al fondo del ultramar...

—¡Al fondo del ultramar!... ¡Al fondo del ultramar!... —refunfuñaba el gobierno con voz de marido gruñón—. ¡Hay que tener más cuidado, rica! ¿Crees tú que las colonias nos las regalan?

Pero, a pesar de las regañinas, España no escarmentó. Ella hacía lo posible por evitar estas pérdidas, e incluso se sujetaba las colonias al mapa con grandes imperdibles para que no se las quitaran. Pero fue inútil: poco después perdió a Cuba. Y no siguió perdiendo joyas, por la sencilla razón de que ya no le quedaba ninguna.

En el último transporte de tropas, que salió precipitadamente de La Habana con rumbo a la península, embarcaron por equivocación a Plutarco. El sol tropical había tostado tanto a los soldados de nuestros heroicos regimientos, que era difícil diferenciar su tueste provisional de la negrura racial. Sólo algunos meses después, en el cuartel de Pamplona al que fue destinado el batallón que incluyó a Plutarco en sus filas, se dio cuenta el comandante del error: mientras todos sus hombres recobraban poco a poco su blancura de origen, Plutarco seguía oscuro como boca de lobo.

—Debe de ser un negro —dedujo el comandante, cuya perspicacia nadie se atrevía a discutir en el cuartel por miedo al arresto.

Y para salir de dudas, ordenó al médico regimental que le hiciera la «reacción rumba». Esta reacción, rigurosamente científica, consiste en someter al presunto negro a la audición de una rumba. Si el individuo con el cual se experimenta la baila, es señal inequívoca de que es más negro que la hulla. Y la reacción de Plutarco fue positiva porque se puso a bailar la rumba con verdadero frenesí, a pesar de que la banda del regimiento la tocó muy mal.

Fue expulsado del ejército, como es lógico, y anduvo errando por todo el país hasta que por fin se estableció en nuestro suburbio. Pronto contó con buenos amigos y clientes en la calle de Jenaro Benítez, entre los cuales estaban mis papás. Ésta fue la razón de que ellos le nombraran nodriza mía, gracias a lo cual pudieron criarme por tres perras gordas.

Mi padre, como su nombre indica, era mi padre. Digo esto porque no todos los niños que nacen en mi barrio pueden decir lo mismo. La moralidad es un lujo que los pobres no pueden permitirse, ya que muchos de ellos, para vivir, tienen que andar a trompicones con los diez mandamientos.

Mi padre se llamaba Bartolomé. Pero comprendiendo que era nombre demasiado importante para un obrero, por muy metalúrgico que sea, suprimió modestamente el «mé» final y se lo dejó en Bartolo. Guardaba, sin embargo, la sílaba amputada dentro de un cajón, por si algún día mejoraba de posición y podía añadirla en sus tarjetas. Pero en espera de tiempos mejores creyó, con fundamento, que un Bartolo siempre pagaría menos impuestos que un Bartolomé. Su apellido, en cambio, era un López pelado y sin pretensiones que se ajustaba perfectamente a su categoría social.

Siempre trabajó en la misma fábrica, en la que entró de aprendiz cuando aún era un mocosito. La fábrica se llamaba «Maquinaria Industrial, S. A.», que es como suelen llamarse casi todas las fábricas grandes, sucias y ruidosas, enclavadas en las afueras de las grandes urbes. Las iniciales «S. A.» no significaban en este caso «Sociedad

Anónima», como la gente creía a primera vista, sino «Sabino Antúnez», que era el nombre del propietario, vasco astutísimo que ocultaba gracias a este truco sus ingresos fabulosos. El fisco, engañado por aquella «S. A.», pensaba que los grandes beneficios de la «Maquinaria Industrial» eran repartidos entre miles de accionistas anónimos. Pero lo cierto es que hasta el último céntimo iba a parar a las arcas de don Sabino, que sostenía varias querindongas en sendos pisos de Bilbao y con las cuales se lo gastaba todo.

—Este año hay que rendir más —exigía a los ingenieros— porque «la Flamenca» necesita un abrigo de visón, y «la Pelotari» me ha pedido un automóvil.

Y los mil obreros de la fábrica, entre los cuales estaba mi progenitor, tenían que trabajar diez minutos extraordinarios todos los días para cubrir aquellos gastos imprevistos. Pero lo hacían con mucho gusto, porque nadie les había dicho aún que eran proletarios oprimidos. El reguero de la agitación social no había llegado a España todavía; y el trabajador seguía creyendo que su deber era trabajar para justificar su título, y no hacer huelgas para seguir llamándose así sin mover un dedo.

En aquella fábrica, según rezaba su nombre, se hacían máquinas. Si alguien me pregunta qué clase de máquinas, le diré que no lo supe nunca. Ni mi padre tampoco. Siempre fue poco curioso y jamás lo preguntó. Su tarea consistía en colocar cachitos de hierro bajo una prensa hidráulica muy grande, que los convertía en pivotes de un solo puñetazo. Los pivotes eran larguiruchos, con una muesca en el centro y una cabezota chata. Si alguien me pregunta para qué servían aquellos pivotes, le diré que no lo supe nunca. Ni mi padre tampoco. A él le pagaban para que los hiciera en la prensa hidráulica, y él los hacía sin meterse en más averiguaciones.

—Cuando los ingenieros me mandan que haga pivotes —decía mi padre lleno de esa ignorancia que se llama «sabiduría popular»—, sus razones tendrán. ¿Qué me importa lo que hagan después con ellos?

—Se ve que eres un obrero consciente, Bartolo —le jaleaban sus compañeros, admirados de su filosofía.

—Pues claro —concluía él—, por mí, si quieren, que se metan los pivotes en el trasero.

Como puede verse, mi padre era un gran pensador que tenía ideas muy claras sobre los métodos modernos de distribución y realización del trabajo en cadena. Él era un especialista en pivotes y lo demás le traía sin cuidado. Sus únicas preocupaciones eran que los pivotes le salieran igualitos y que la prensa hidráulica, al dar sus tremendos cachiporrazos, no le pillara un dedo. Los pivotes que él hacía pasaban automáticamente por una cinta sin fin, a incrustarse en un recóndito rincón del vientre de una máquina, entre pernos, engranajes y tuercas.

Las maquinotas que se fabricaban allí eran de ésas que se usan en las otras fábricas dedicadas a producir cosas. Máquinas feas y deformes como monstruos, con

martillos pilones para triturar, cuchillas atroces para cortar, o ruedas que giran sin saber por qué. Todas tenían grandes brazos que se contorsionaban al ponerse en marcha, o piernas elefantiacas que daban puntapiés a las materias primas para transformarlas. Porque sabido es que la materia, por prima que sea, nunca se destruye: se transforma a bofetadas.

Bartolomé (pronúnciese sin el lujoso «mé» final), nunca tuvo demasiada imaginación. Fue siempre bastante feliz haciendo las piececillas que le encomendaron. Si el cielo se ganara haciendo pivotes, que a lo mejor sí, él se lo ganó con creces porque hacía trescientos diarios. Era un hombre achatado por los polos y ensanchado por el ecuador, con lo cual quiero dar a entender que era bajito y grueso. Tenía unas facciones tan nobles, que al conocerle daban ganas de ofrecerle un terrón de azúcar. No poseía más ornato fisonómico que un bigote descuidado, de pelo perenne, que adornaba un poco la aridez de su rostro, demasiado humilde para sostener el gasto de pestañas, cejas y otros perifollos propios de gente acomodada.

De soltero, entre pivote y pivote, su vida fue bastante aburrida. Entonces no se habían inventado aún los mítines políticos, que amenizaron tanto unos años después las horas libres de los obreros. Y como los salarios eran exigüos y no daban para tabernas y bailongos, el único pasatiempo de la clase trabajadora era andar por los desmontes con las manos en los bolsillos, dando puntapiés a un bote de conservas vacío. Eso hacía mi padre hasta la hora de sardinear, nombre que dio él a su colación nocturna por parecerle demasiado presuntuoso llamar «hora de cenar» a los tres minutos que empleaba en zamparse un trozo de pan con dos sardinas dentro.

Hasta que un día, al salir de su trabajo, conoció a mi futura madre, que salía del suyo. Mamá trabajaba entonces en una fábrica de conservas de pescado que montó un optimista para aprovechar la riqueza piscícola del río Manzanares. Aquella fábrica absurda, que quebró al año de su fundación, estaba a cien metros escasos de la «Maquinaria Industrial, S. A.». No era negra y sucia como ésta, sino blanca y limpiísima. Tenía naves claras, con amplios y alegres ventanales a través de los cuales se veían desde el exterior varios centenares de obreritas destripando pececillos y metiéndolos en latas. Lo malo era que los pececillos había que traerlos en tren desde el Cantábrico, porque el Manzanares falló de un modo lamentable. Con lo cual cada lata, para dejar algún beneficio, tenía que venderse a millón.

El origen de aquel negocio disparatado, sin pez ni cabeza, fue el siguiente:

Don Demetrio Bombeiro, gallego ricachón propietario de diez mil minifundios que formaban un inmenso latifundio, vino a pasar unos días en Madrid. Un domingo, a falta de oficinas ministeriales en las que dar la tabarra pidiendo algo, decidió ir de excursión a orillas del tan ridiculizado riachuelo. Un amigo, en son de chacota, le aconsejó que llevara una caña de pescar por si los peces. Bombeiro, ingenuo como suelen ser pocos gallegos, la llevó de buena fe. Y en un remanso, que tenía varios

palmas de profundidad, sumergió el anzuelo con una lombriz pinchada en la punta.

No necesito explicar a nadie la poca disposición que tiene el Manzanares para practicar el apasionante deporte de la pesca. Alimentado su paupérrimo caudal por mil afluentes de líquidos sobrantes de la combustión industrial y la digestión humana, sus aguas están permanentemente esterilizadas contra todo posible brote de vida ictiológica. Tan turbio y cenagoso es su cauce, que quizá poniendo un pez en el anzuelo pueda pescarse una lombriz; pero es inútil poner de cebo una lombriz para intentar que pique un pez. Este milagro, sin embargo, que no había vuelto a producirse desde el siglo XVI —época en que un chambelán de Felipe II llamado Rodrigo Piernagota, logró capturar un pececín verdoso que fue la comidilla de la corte—, se repitió con Demetrio Bombeiro: sin dar tiempo a que la lombriz reaccionara del chapuzón, le entraron al corchito flotante unos temblores leves, pero significativos. Un rápido tirón bastó a Bombeiro para cobrar su pieza.

Se trataba de un curiosísimo ejemplar de la especie denominada *pezus rarus*, clasificación creada astutamente por Linneo para incluir en ella a todos los bichos acuáticos inclasificables. Medía nueve centímetros de proa a popa en posición normal, y alcanzaba casi los trece estirándole con fuerza por ambas puntas. No era un tiburón ni mucho menos, pero puede decirse sin exagerar que, comparado con los peces más pequeños que él, resultaba más grande que ellos. Tenía el vientre plano, blancuzco y sin escamas, como todos los peces que se ven obligados a arrastrarse sobre los cantos del fondo por no haber apenas agua encima de sus cabezas. Y su cuerpo flaco, a través de cuya piel podían contarse las espinas, daba idea del martirio que debió de sufrir el infeliz en aquellos andurriales. Para el pez, salir de aquellas aguas fue una liberación. Para don Demetrio, fue la revelación de un posible y espléndido negocio. Basándose en la prontitud con que mordió su anzuelo aquel infrabicho, calculó que la riqueza piscícola del río era fantástica. No sabía el incauto que, si llega a arrojar de nuevo el aparejo, hubiera tardado cuatro siglos en repetir su proeza.

Impaciente por explotar el filón que creyó haber descubierto, volvió a la ciudad ocultando el pecezucho bajo la camisa como oculta el buscador de oro la primera pepita que encontró. Su idea era magnífica: aquel ejemplar de muestra, sobre el cual edificó todo el proyecto, reunía condiciones excelentes de tamaño y calidad para ser envasado. Una fábrica de conservas de pescado junto al Manzanares sin gastos de transporte. Pasándose de astuto y temeroso de que le robaran la iniciativa, no quiso pedir consejo a nadie ni nombrar ningún asesor técnico. Compró los terrenos para la fábrica y la fue construyendo sin decir ni siquiera al arquitecto qué pensaba fabricar en ella. Cuando estuvo concluido el edificio llegaron de Galicia las máquinas necesarias en camiones, cubiertas misteriosamente con gruesas lonas como armas secretas. Fueron instaladas de noche, adoptando infinitas precauciones para que nadie

las viese. Se contrató después abundante personal femenino. Y sólo entonces, el mismo día de la inauguración, el señor Bombeiro soltó su secreto como un cañonazo.

Pero le salió el cañonazo por la culata. Las carcajadas en Madrid fueron tan ruidosas, que hasta la familia real hizo las maletas creyendo que había estallado una revolución. Algunos periódicos ni siquiera pudieron dar la noticia, porque sus rotativas se partieron de risa. Hasta en Galicia, su tierra natal, le compusieron a don Demetrio esta aguda y satírica copla:

*El tontiño de Bombeiro
se ha quedado sin dineiro.*

Pero él, tenaz como todos sus paisanos, no se dio por vencido. Y a pesar de la mofa, a la que pronto se unió también la befa, mantuvo abierto el establecimiento con peces de importación durante un año, fecha en que sobrevino su ruina total.

La «Conservera matritense», como se llamaba aquél tremendo dislate, alegraba, mientras duró, aquellos tristes desmontes. Sus obreras, uniformadas con pulcras batas de color sardina, se timaban por los ventanales con los obreros de la «Maquinaria». Las dos industrias tenían el mismo horario de trabajo, circunstancia que facilitó muchos idilios y concomitancias entre los metalúrgicos y las peceras. La sirena de la «Maquinaria» era bronca y viril, y a sus recios aullidos contestaba la sirena de su vecina con una graciosa vocecilla de tiple cómica.

—¡Júúúúúú!... —piropeaba la sirena masculina.

—¡Jííííí!... —reía, coqueta, la femenina.

Mi madre, que era entonces una muchachota célibe, se colocó en la «Conservera», en el Departamento de Destripe. Como siempre fue muy trabajadora, pronto se granjeó la confianza de sus jefes.

—Es usted la mejor destripadora de la fábrica, Francisca —la elogiaba el jefe de Destripe—. ¿Dónde aprendió a destripar?

—En ninguna parte —confesaba ella, modesta—. Puede decirse que destripo de oído.

—¿Es posible? —se asombraba el jefe—. Pues es usted una virtuosa de la destriparción.

—No tiene ningún mérito, porque tengo vocación para este oficio —añadió ella con los ojos brillantes de entusiasmo—. Desde niña soñaba con llegar a ser algún día una figura en el arte de destripar.

En vista de lo cual, el jefe de Destripe acordó subirle el sueldo treinta céntimos al mes; con los cuales ella pudo comprarse a plazos un mantón de Manila, que fue pagando a razón de un fleco mensual.

Francisca no fue nunca una de esas mujeres a las que los castizos aplican el calificativo «de buten». Poseía zonas aisladas de indudable *de butenez*, pero en

conjunto resultaba demasiado voluminosa. A ella misma la cohibía un poco su volumen, por lo cual andaba siempre encogida procurando empequeñecerse. Sus ojos, en compensación, eran pequeños y muy dulces; tan dulces que cuando lloraba, sus amigas tenían la impresión de que sus lágrimas eran de almíbar. Y ponían un plato debajo para aprovecharlo en un pastel.

Los dos polos que el destino había elegido para que a su contacto brotara mi chispazo vital, se conocieron en una tarde de marzo. La primavera acababa de llegar, pero aún no había deshecho su equipaje. Los árboles, desnudos como percheros, esperaban aún que la alegre estación sacara de sus maletas las guirnaldas de hojas y las colgara en sus ramas. Y el viento, que tiene tan mal oído, silbaba como todos los años tratando de recordar inútilmente la melodía de una canción antiquísima que oyó cuando el mundo era niño. El día anterior había llovido; pero como las calles ya estaban secas, me tengo que fastidiar y no puedo decir eso tan bonito de que la luz de los faroles temblaba en los charcos. Otra vez será.

Al anochecer, como todas las tardes, las sirenas de ambas fábricas anunciaron simultáneamente el fin de la jornada laboral. De la «Maquinaria» salieron ellos, tiznados y sudorosos, oliendo a carne. De la «Conservera» salieron ellas, empolvadas y peripuestas, oliendo a pescado. Las dos corrientes de distinto sexo se fundieron en un remolino, hasta formar poco después un solo río de parejas que marchó lentamente hacia la ciudad. En las orillas de la corriente emparejada quedaron bastantes hombres sueltos, pues su fábrica era más grande y el número de obreros superior al de muchachas. Estos solitarios, entre los cuales estaba Bartolo López, marchaban más despacio, con las manos en los bolsillos, dando puntapiés a sendos botes vacíos. (Gracias a la «Conservera» los botes abundaban en la «tierra de nadie» que separaba las fábricas de la ciudad, con lo cual todos podían practicar cómodamente su deporte predilecto).

Bartolo, al que siempre enardecía este juego que viene a ser el fútbol de los pobres, propinó de pronto tal patada a su bote, que fue a caer en un montículo de arena. Trepó en dos saltos por la laderilla para recuperarlo, y al llegar a la cumbre oyó quejidos lastimeros. Se detuvo perplejo y vio a Francisca que, sentada en la ladera opuesta, lloraba amargamente. Bartolo pensó volver grupas y darse a la fuga, pues era hombre tímido con las mujeres y el único contacto que había tenido con ellas fueron unas cuantas tortas que le atizaron en su infancia dos ancianas tías suyas. Pero Francisca fijó en él una triste mirada de sus ojos dulcísimos, inmovilizándole «ipso facto». Luego emitió un pequeño grito de dolor, reanudando su interrumpido llanto.

—¿Qué te pasa, buena moza? —se atrevió a preguntar, aplicándole este piropo que era el único que conocía por haberlo oído en una zarzuela.

—Que esta tarde, en la fábrica, me clavé una espina de pescado en esta mano —dijo ella entre sollozos, lamiéndose la zona dolorida.

Algún lector culto observará cierta semejanza entre esta escena y la que se desarrolló en la antigüedad entre un individuo llamado Androcles y un león cuyo nombre no recuerdo. Y lo observará con razón, porque, salvando las distancias cronológica y zoológica, el episodio fue casi idéntico: Bartolo, compadecido de lo mucho que la chica sufría, se sentó junto a ella y extrajo la espina que se había hincado en la palma de la mano al destripar un pez. Las uñas del metalúrgico, fuertes y ennegrecidas por las escorias, actuaron como potentes pinzas.

Un suspiro de alivio cortó los gemidos de Francisca, que le miró rebotando agradecimiento.

—Toma la espina —dijo él por decir algo.

—Puedes guardártela como recuerdo —le obsequió ella, generosa y un poco azorada por su atrevimiento.

—Gracias —se conmovió él, toscote—, la usaré como mondadientes.

Y lo mismo que el león premió el rasgo de Androcles perdonándole la vida cuando le reconoció en el circo, Francisca premió a Bartolo casándose con él poco después. Aquella espina, como puede verse, trajo más cola que un pescado completo.

La boda se celebró en la intimidad. Tan íntima fue, que sólo asistieron los contrayentes y el señor cura. Y después de la ceremonia se fueron a la parada del tranvía más cercana para emprender su viaje de novios.

Mis padres eran pobres y no podían permitirse el lujo de desplazarse a «diversas capitales andaluzas», como todos los recién casados de las crónicas de sociedad. Con salarios que no llegaban al duro diario, a pesar de lo barata que estaba la vida entonces, era imposible hacer turismo. Pero a ellos no les importó, porque había una ciudad más importante que aún no conocían y que podían visitar por pocos céntimos: Madrid. Ambos habían vivido siempre en la periferia, en esas barriadas humildes que empiezan cuando las capitales acaban, cuyas casas son hongos malsanos que brotan con la humedad producida por la desembocadura de las alcantarillas. Y aunque en un ensanche decretado por el Ayuntamiento sus domicilios quedaron incluidos en la órbita de la ciudad, la anexión no sirvió para romper el dique de respeto que separaba el suburbio de los barrios aristocráticos. En aquella época había más pudor entre las clases modestas, y tanto Francisca como Bartolo pensaron siempre que, para aventurarse a recorrer las calles y plazas céntricas, hacían falta ropas elegantes, tiempo para saborear escaparates y estatuas, y dinero en el bolsillo para gastos y transportes.

La boda era una ocasión ideal para emprender este viaje digno de Julio Verne, pues los dos estrenaban traje, tenían algunos ahorros y disponían de un domingo completo para su luna de miel. Tan ilusionados como si subieran al expreso «París-Sanghai», montaron en el tranvía «Suburbios-Puerta del Sol». Fueron muy juntitos, ocuparon en un asiento de dos plazas el espacio de un solo viajero. A cada momento

lanzaban pequeños gritos de asombro, mostrándose mutuamente las maravillas que iban descubriendo en el trayecto:

—¡Mira qué guardia tan gracioso! Está haciendo gimnasia sueca con los brazos en mitad de la calle, y los autos se paran a mirarle.

—¡Mira qué señora tan elegante! Lleva todo el cuerpo tan cubierto por pieles de zorro, que parece una zorra.

—¡Qué raro, fíjate! ¡Una peluquería en la calle de Rafael Calvo!

—¡Y una manicura en la calle del Manco de Lepanto!

—¡Y un perro en la calle del Gato!

—¡Y un gato en la calle del Perro!...

Cuando ella tenía alguna duda, él procuraba aclarársela cruzando las lagunas de su ignorancia con puentes de imaginación.

—¿Por qué en el escaparate de esta zapatería exhiben solamente zapatos del pie derecho?

—Porque será una zapatería especial para cojos del pie izquierdo.

—¿Por qué se llama esta plaza Puerta del Sol?

—Porque el sol, antiguamente, saldría por aquí.

—¿Para qué llevan ese brazo los tranvías en el techo?

—Para poder agarrarse al alambre que va por encima cuando va a volcar.

—¿Qué es un trolebús?

—Un tranvía que estudia para autobús, pero que aún no ha terminado la carrera.

—¿Qué es un parque?

—Un trozo acotado de selva, en el cual las fieras son cachorros vestidos con pantalón corto.

Bajaron del tranvía en el centro y anduvieron por las calles como un par de Alicia en el País de las Maravillas. Francisca se pasmaba ante todos los monumentos, y Bartolo tenía que atizarle un enérgico cachete para que volviera en sí.

—A mí, las que me gustan son las estatuas a caballo —decía ella—. Aunque comprendo que tienen menos mérito los jinetes que los peatones; porque a la Fama, como a todas partes, se llega más rápidamente a caballo que a pie.

—Ésa es la razón de que haya más generales célebres que paisanos ilustres —explicaba su marido, demostrando que la falta de cultura puede rellenarse con exceso de sentido común.

Fueron viendo, una por una, esas horrendas tartas nupciales cocinadas en honor de los hombres famosos, en las que la cursilería del escultor logra transformar el mármol eterno en efímero merengue. Las estatuas, puestas en la cima de tales adefesios, recuerdan el monigote que simboliza el novio en el postre de bodas.

Compraron en un estanco varias postales con vistas del centro de Madrid, y las expidieron por correo interior a sus conocidos domiciliados en el extrarradio: «Un

saludo desde la Puerta del Sol...». «Os recordamos al pasar por la Telefónica...». «Llegamos felizmente a la calle de Alcalá...».

Subieron al estudio de un fotógrafo, para hacerse el típico retrato de recién casados en el que los cónyuges salen siempre con cara de susto, como si acabaran de darse cuenta del disparate que han cometido. Y lo mismo que los fotógrafos de niños aluden a un pajarito para inmovilizarlos en el momento de tirar la placa, aquél, especializado en retratar matrimonios frescos, les dijo:

—¡Quietos un momento, que va a salir un niño!

En el Retiro jugaron a la ruleta de una barquillera, emocionándose como si estuviesen en Montecarlo cuando el castizo «croupier» les entregó el montón de barquillos que habían ganado.

Almorzaron después bocadillos y cerveza en un aguaducho junto al estanque, versión económica de un lago suizo. Pero a mamá le pareció tan grande como el mar, y tuvo que meter el dedo en el agua para chuparlo después y cerciorarse de que no era salada.

A media tarde, rendidos por la caminata, se sentaron a descansar en un banco público.

—Ya que estamos en Madrid —propuso Francisca—, podríamos aprovechar para ir a ver el Rey.

Se imaginaba la monarquía con el ingenuo protocolo de un cuento infantil: el soberano, con una corona dorada de muchos picos, sentado en su trono de purpurina. Y a su alrededor la gente del pueblo, a respetuosa distancia, preguntándole cosas y pidiéndole justicia para sus pequeños pleitos. Algo así como el Rey Salomón, al que las madres llevaban a sus niños para que los trinchara equitativamente en filetes.

A Bartolo le pareció bien la idea, aunque hizo una objeción:

—Pero hoy el Rey no trabajará. Como es domingo...

No obstante fueron, por si acaso, al Palacio de Oriente.

—¿Lo ves? —dijo mi padre—, está cerrado.

—¿Qué harán los reyes los domingos? —dijo mamá intrigada, pues no se imaginaba a don Alfonso XIII tomando butacas en un cine para ver una película con su familia real.

—Es muy sencillo, mujer: se quedan dentro de palacio posando ante los pintores para que les hagan esos retratos que vemos luego en los museos. Como los días laborables no les queda tiempo libre porque tienen que reinar...

—Reinar debe de ser un oficio difícil, ¿verdad?

—Más que difícil, cansado. Imagínate que los pobres reyes tienen que ponerse de pie y estarse muy quietecitos cada vez que les tocan la Marcha Real. Y como a ellos se la están tocando todo el día, nunca pueden sentarse en el trono a descansar.

Desde la plaza vecina, poniéndose de puntillas para dominar mejor el palacio,

fueron recorriendo todas las ventanas con la esperanza de ver a Su Majestad tras alguna de ellas. Pero no tuvieron suerte. A Bartolo, que tenía mejor vista, le pareció haber descubierto, junto a la cortina de un salón, el perfil de una barbilla borbónica. Pero al fijarse mejor comprobó desilusionado que era el codo de una estatua.

—¿Y si nos ponemos a aplaudir? —propuso Francisca—. En cuanto el Rey oiga nuestros aplausos, saldrá al balcón a saludarnos. Lo mismo que a los conejos se les saca de las madrigueras con humo, a los Jefes de Estado se les saca de sus palacios con aplausos. Es un cebo que no falla nunca.

Bartolo acogió la sugestión con escepticismo, pero reconoció que por probar no se perdía nada. Y los dos, solos frente a la mole arquitectónica, empezaron a aplaudir con todas sus fuerzas. El sonido no era muy brillante y no podía compararse ni remotamente con el estrépito de una manifestación entusiasta. Pero las manos del metalúrgico eran recias y tampoco las de Francisca eran de manteca. Y aunque la salva no era muy nutrida, dio resultado:

Unos minutos después se abrió un balcón en el primer piso. Y don Alfonso XIII, con el gesto simpático que jamás abandonó su rostro en todo su tumultuoso reinado, se asomó a saludar cordialmente a aquella manifestación sintética que le aclamaba. El regio perfil, que Francisca y Bartolo sólo habían visto en los duros de plata, les dedicó una afectuosa sonrisa. Luego la figura del monarca desapareció, y el balcón volvió a cerrarse.

A mamá se le saltaron las lágrimas de la emoción. Y papá tuvo que disimular las suyas sonándose ruidosamente, mientras decía:

—Este rey es un tío salado.

Y la pequeñísima manifestación, ebria de fervor patriótico, se alejó por la Plaza de Oriente mientras Su Majestad volvía a posar ante los pintores.

El sol invernal, pequeño y blanco, cayó en un agujero del horizonte como una bola de «golf». La noche llegó con tanta rapidez, que a ningún poeta le dio tiempo de pergeñar un topicazo ensalzando al crepúsculo. Desde la azotea de la Telefónica a vista de pájaro, los recién casados vieron encenderse collares de luces bordeando las calles y pulseras redondas en torno a las plazas. Los tranvías, arrugados y amarillos como huevos fritos, alegraban las calles con su regocijante «¡tilín!» verbenero. Soldados y chachas de las últimas quintas apuraban entre cuchicheos, en los portales, la colilla del domingo. Y la dama rica se acicalaba para resistir a oreja firme la historia de un barbero sevillano cuyas trapisondas habían dado mucho que cantar. Llegada la noche, las cantantes de ópera se dispusieron a dar el do de pecho, mientras las amas de cría se disponían a dar el pecho sin el do. Los viejos verdes aprovecharon las tinieblas para corretear por las callejas sin ser descubiertos, pues ya dice el refrán que «de noche, todos los viejos son negros». Se abrieron de golpe todas las escuelas nocturnas en las que maestras especializadas daban a los hombres cursillos de amor.

Concretando: que ya era tardísimo.

Francisca y Bartolo, cansados pero felices, tomaron con pena el último tranvía para regresar a su arrabal después de aquel viaje inolvidable. Y años más tarde, en las largas veladas invernales, mientras mi madre freía una pescadilla y mi padre leía la hoja de periódico en que la envolvió el pescadero, recordaba aún episodios y lugares de su gran aventura.

—¿Te acuerdas de cuando pasamos por la calle del General Prim? —decía ella, nostálgica—. ¡Qué nombre tan raro para un general!, ¿verdad?

—Es que Prim no es un nombre, mujer —explicaba él con suficiencia—, es una abreviatura de Primo de Rivera.

PEDAZO III

OLVIDABA DECIRLES que me llamo Rosa. Y me llamo así por verdadera chiripa, porque mi padre, que era un poco laico por parte de fábrica, quiso bautizarme estilo barco rompiéndome una botella de *champagne* en las costillas. Y si llegan a dejarle, a estas horas me llamaría «R. I. P.». Pero mi madre le convenció de que me bautizara como Dios manda, argumentando diplomáticamente que el bautizo católico es más inofensivo para las criaturas.

—El agua bendita —le dijo— no hace daño al hígado como el *champagne*. Y, además, se la echarán sin botella, que resulta mucho más blanda.

Gracias a este razonamiento me llevaron a la iglesia envuelta en una toalla de felpa, único faldón relativamente blanco que había en casa. Después del chapuzón y los latines, mi padre invitó a los asistentes a un vaso de leche en la vaquería del señor Plutarco. Pero todos, que eran unos obrerazos que no cabían por esa puerta, rehusaron diciendo:

—Gracias, rico, pero nosotros ya estamos criados.

Al quebrar la fábrica del señor Bombeiro, poco antes de nacer yo, mi madre se dedicó a lavandera. Entonces no había máquinas eléctricas que destrozaran la ropa mecánicamente, y la gente tenía que entregársela a las lavanderas para que la destrozasen a mano. Es cierto que tardaban algo más en destrozarla, porque unas palas con pinchos girando dentro de un cacharro desgarran con más eficacia que unos brazos restregando un trozo de jabón duro como el pedernal. Pero el roto hecho a mano, aunque más difícil de conseguir que el roto mecanizado, tiene la ventaja de que deja las prendas inservibles por ser de diámetro mucho mayor. Un rotito obtenido con electricidad puede repararse con un hábil cosicajo; mientras que un roto de artesanía no admite más reparación que adquirir otra prenda nueva. Lo cual, como se comprenderá, dice mucho en favor de nuestras artesanas.

A los cinco años mal contados —pésimamente contados, en efecto, porque contándolos bien sólo eran cuatro—, dejé de chupetear las ubres caprinas del señor Plutarco. Y como don Fidel continuaba ocupando nuestro hogar durante el día, mis padres me depositaban en la portería cuando se iban a sus quehaceres.

Yo era entonces una niñeja ni fu ni fa. (Esta medida, ni fu ni fa, procede, como su fonética indica, del sistema métrico chino, y equivale a un metro de alto por medio de ancho). Tenía el pelo castaño —los ricos le llaman cabello—, color ideal en una mujer por ser el intermedio que permite aclararlo sin dificultad hasta la rubiez nórdica, u oscurecerlo hasta la morenez congolesa. Tan chatilla era mi nariz, que apenas se insinuaba en mi perfil. Pero mi encanto fundamental eran los ojos, verdes con chispitas doradas, provistos de unas pestañas tan largas que me hacían cosquillas

en la frente cuando parpadeaba de prisa. Mi cuerpo, en cambio, era enjuto, por no decir flaco, y la blancura de mi piel permitía compararme con una muñeca de cera.

—Pues no estaba usted nada mal, rica —me dirá un lector.

—Es usted muy amable, chato —le contestaré yo.

En el cuchitril de la portera pasé muchos días de mi niñez jugando con un animalito grisáceo que a mí me parecía un gato, pero luego resultó ser una rata. Yo no lo creí cuando me lo dijeron, y pedí que me trajeran un gato de verdad para enfrentarlo con mi alimaña y averiguar a qué raza pertenecía.

—No es necesario que hagas ese experimento, Rosita —trataba de convencerme la portera—, yo, que tengo mucha experiencia de la vida, te aseguro que es una rata.

—¿Y en qué lo nota usted? —me defendía yo, estrechando en mi regazo al dudoso animalejo—. ¿No tiene un rabo? ¿No tiene cuatro patas? ¿No tiene ojos, y orejas, y bigotes como los gatos?

Tan pesada me puse, que me trajeron un gato de verdad para hacer la prueba. Y en cuanto vio a mi bicho, se lo comió. Con lo cual no tuve más remedio que rendirme ante la evidencia.

La portera, que me había visto nacer, tenía una cara de bruja que quitaba el hipo. Y lo quitaba tan radicalmente que su fama fue extendiéndose por toda la ciudad, siendo muchas las personas atacadas de hipo pertinaz que acudían a su presencia para curar de su afección. Y curaban en el acto, pues era tal el susto que sufrían al ver su rostro horrible, que hasta los hipos más rebeldes se quedaban paralizados de espanto. Supongo que por esa virtud que tenía de remediar las contracciones del diafragma, la llamaban doña Remedios. Tanto se parecía a una bruja con sus pellejos rugosos y su nariz ganchuda, que cuando salía a barrer el portal daba la sensación de que iba a despegar de un momento a otro montada en su escoba.

Mis recuerdos de aquella época son bastante vagos. Sólo conservo en la memoria algunas travesuras que me valieron tremendas bofetadas de mis padres (método doloroso, pero infalible, para grabar en el cerebro un acontecimiento y que no se borre en toda la vida).

Una de mis travesuras, la más original quizá, fue atar una cuerda de muslo a muslo a una vecina embarazada para que su niño, al entrar en el mundo, tropezara en la cuerda y se cayera de narices. Otra, inyectar café en las ubres de las cabras con una jeringa hipodérmica para que el señor Plutarco, al ordeñarlas, se quedara asombrado viendo que obtenía café con leche. Otra, atar la barba de un vagabundo que dormía en un banco a la cola de un caballo, para que el hombre se llevara un susto al despertar creyendo que le había crecido un caballo durante la noche... Y otras pequeñeces por el estilo que no vale la pena citar aquí. Pero mi diablura más diabólica, la que no olvidaré jamás, fue un incendio al que asistí sin hacer nada para cortarlo. Ocurrió una Nochebuena, cuando yo acababa de cumplir seis años. Como los inquilinos de

nuestro caserón eran gente muy modesta, sin recursos para instalar «nacimientos» individuales, mi madre propuso costear entre todos uno colectivo y ponerlo en el primer piso, en el rellano de la escalera al que daban las puertas de los diferentes cuartos. La iniciativa fue bien acogida, pues el que más y el que menos tenía algún crío que disfrutaría chillando villancicos. Se propuso que cada familia aportara una sola figurilla, cuyo precio podía oscilar según las posibilidades de cada cual.

Hubo quien trajo un hermoso camello de cincuenta céntimos, y un roñoso que sólo contribuyó con unas bolitas de barro muy pequeñas; y cuando le preguntaron qué era aquello, contestó:

—Es la caca del camello.

Otros traían un pastor, o una ovejita para el pastor, o un soldado de Herodes, o un inocente rosadito para que lo degollara el soldado. El administrador de la casa, que vivía en el piso tercero, regaló la figura que mejor le cuadraba: el rey Herodes degollando inocentes.

Una señora que había perdido a su marido en Cuba (no en la isla, sino en un cabaret que se llamaba así: se fugó con la animadora), entregó un cerdo en memoria del ausente.

Pero nadie se decidió a comprar las figuras del Portal, por ser las de más precio y responsabilidad. Y mi madre, como miembro activo del comité organizador, tuvo que visitar a una vieja avara que vivía en la buhardilla y tan podrida de dinero como de aspecto. No sé qué argumentos emplearía mamá para obtener el donativo, pero debieron de ser muy contundentes porque desde aquel día la boca de la vieja, bastante desdentada habitualmente, se desdentó del todo. Pero eso es lo de menos. Lo importante es que se pudo comprar un Portal completo, con figuras tan bonitas que casi parecían pequeñas imágenes.

Llegaron por fin las fiestas navideñas y con ellas el momento de colocar el «Belén». A los que por pobreza no pudieron contribuir con ningún personajillo de barro, se les exigió que aportasen al menos el musgo y las piedrecitas para armar la arbitraria geografía de Palestina que sirve de escenario a la stampa bíblica.

Del cajón donde mi madre almacenó el material donado por los vecinos, fue saliendo la menuda fauna que poblaría el paisaje de tablas y hierbajos montado en el rellano de la escalera. Hubo que gestionar algunos cambios, pues como las piezas habían llegado por unidades sueltas, comprobamos que había más pastores que ovejas y menos adoradores que lavanderas. También en el trío de Reyes Magos se impuso un canje, por haber cuatro Baltasares negros y ningún Gaspar rubito. Con Melchor tuvimos suertecilla, porque sólo había uno; y aunque al cocerlo se le había roto un brazo, con el manto no se le notaba.

Otra de las dificultades fue la diferencia de tamaño de las figuras; debido a que no se estableció una escala para que se ciñeran a ella los donantes. Y resultó que muchos

inocentes eran mayores que las tropas encargadas de degollarlos, y muchos paveros más canijos que los pavos confiados a su custodia. Había palomas que, en proporción a los campesinos, eran tan grandes como locomotoras. Y ángeles, en cambio, tan pequeños como moscas. Había patos mayores que los camellos y molinos de corcho más suntuosos que los palacios. Los perros alcanzaban muchas veces la estatura de los caballos, y más de un pollo rebasaba la alzada de un elefante.

Un pintor de puertas, que tuvo en su juventud veleidades de pintor de lienzos, nos aconsejó nivelar estas diferencias mediante lo que él llamaba la *perspectiva*. Este truco, según nos explicó, lo usan mucho los dibujantes, aunque lo pronuncian de otra manera. Consistía en colocar las figuras mayores en primer término y las menores en segundo, con el fin de dar al ojo sensación de lejanía. Así lo hicimos y el resultado no fue del todo malo: visto de lejos y cerrando los ojos, apenas se notaban los notorios defectos de nuestro «nacimiento».

Llegó la Nochebuena y se encendieron las velas colocadas entre el musgo para alumbrar el paisajito artificial. De todos los pisos acudieron al rellano niños con zambombas y panderos, armando más estrépito que unas maniobras navales. Voces de pequeños golfos, enronquecidas por el tabaco de las primeras colillas, entonaban villancicos adulterados por canciones oídas en las tabernas que siempre terminaban en una palabra soez:

*Esta noche es Nochebuena
y mañana Navidad.
Me enloquece Magdalena,
¡ay jolín, qué rica está!...*

Las zambombas, con su caña recalentada por la fricción, sonaban a coro de zulúes repitiendo con voz grave: «¡Betún, betún, betún!...». Algunos padres de las criaturas, que habían bebido lo suyo y lo que quedó en los vasos de toda la familia, salieron también a la escalera y se agregaron al orfeón con sus desafinados vozarrones de beodos. Mi madre, con un largo palo de escoba, velaba por la integridad del belén golpeando en los nudillos a las manos que pretendían palpar las figuras. Yo, desde un rincón, contemplaba la algarabía con mis hermosos ojos verdes, agrandados por la falta de sueño.

*Esta noche es Nochebuena
y mañana Navidad.
Ya no hay vino ¡qué faena!
vámonos a descansar.*

Era ya la medianoche y el entusiasmo decayó. Muchos cantores, completamente afónicos a consecuencia de sus excesos laríngeos, se retiraron en vista de que ya no

podían emitir ningún sonido. Algunas velas se consumieron del todo, apagándose después de una breve y chisporroteante agonía. Antes de la una todo el vecindario, agotado, se fue a descansar. Quedó sola mi madre con su palo de escoba para imponer orden, fatigadísima también.

—Rosita —me ordenó—, apaga todas las velas que quedan y ven a acostarte.

Y se fue a la cama dejándome sola en la escalera. Media docena de velitas ardían aún en el «nacimiento», ampliando las sombras de las figuras hasta hacerlas parecer gigantescas. El temblor de las pequeñas llamas hacía dar brincos en las paredes a la silueta de Herodes, aumentando su ferocidad; y su espada, con el parpadeo de la luz, caía cien veces sobre el pescuezo de un inocente congestionado por la pintura.

Izándome todo lo que pude al borde del tablero que sustentaba el paisaje, fui soplando con éxito las velillas a medio consumir. Todas cedieron dócilmente a mis soplidos, excepto la última. Ésta, colocada en segundo término junto a un molino de cartón y cerca de una seca rama de pino que representaba un pino completo, resistió la embestida de mis infantiles pulmoncitos. Repetí el intento acumulando aire hasta que casi me reventaron los carrillos, pero sólo conseguí que la llama oscilara hasta lamer la rama próxima. Algunas agujas del pino empezaron a arder y pronto se propagó el fuego a toda la rama, perfumando de resina el aire. Unos segundos después, el tronco del arbolito postizo cayó envuelto en llamas sobre el musgo circundante, ampliándose el incendio en miniatura.

Nunca he comprendido por qué no grité o hice algo para impedir la catástrofe. Debí de quedarme fascinada mirando las llamas, como una serpiente oyendo una flauta. Puede que el miedo paralizara todos mis músculos, excitando en cambio mi imaginación de niña. Puede que debido a lo avanzado de la hora estuviese medio dormida, por lo cual no reaccioné pidiendo auxilio y creí ver en realidad lo que sólo fue un sueño...

En todo caso, cuando las llamitas empezaron a avanzar por el musgo seco, aquel pequeño mundo de barro pintado se animó a mis ojos. Un molinero inmóvil, que fingía salir del molino con un saco de harina a la espalda, tiró el saco y corrió empavorecido dando la voz de alarma. Un pastorcillo, cuyas ovejas eran tan altas como él a pesar de la *perspectiva*, abandonó su rebaño y fue a tirarse de cabeza a un río; y aunque no se mojó ni gota porque el agua del río era de papel de plata, murió al fracturarse su cráneo de arcilla. Los labradores, que simulaban arar falsos campos hechos con gujarros, huyeron también de la zona amenazada abandonando sus yuntas de bueyes y sus mulas que se encabitaron en las peanas.

—¿Qué ocurre? —oí preguntar a un grupo de hilanderas que hilaban en sus ruedas con unos husos grandes como pirulís.

—¡Hay fuego en el montículo! —gritaban los pastores por sus bocas que sólo eran una pinceladita colorada.

Las llamas seguían avanzando por la laderilla hecha con tablas, deteniéndose cuando tropezaban con alguna hierba fresca. Una mujeruca del pueblo, que pelaba una gallina, fue achicharrada por los lametones del fuego: no pudo huir como los demás porque estaba pegada al asiento de un banco de piedra, y no es fácil correr con tanto peso colgado del trasero.

Algunos caminitos de serrín, ardían sin llama pero con mucho humo. El molino de cartón fue reducido a cenizas en un momento, quedando tan sólo en el sitio el alambre retorcido por el calor que sustentaba las aspas. Una paloma blanca que estuvo posada en el techo, quedó entre los escombros convertida por el fuego en negrísimo cuervo.

—¡Hay que hacer algo! —dijo sudando pintura un posadero gordo que no tenía ganas de hacer nada.

El herrero, valeroso, abandonó su fragua de llamas pintadas para reclutar voluntarios que le ayudasen a combatir el siniestro. Muchos campesinos se unieron a él, y provistos de cubos minúsculos, bajaron por el camino principal hacia el lago que brillaba bajo un puente de palitroques. Pero al llegar a la orilla comprobaron que el agua de allí era un espejo redondo de ésos que se usan para afeitarse, y soltaron un taco que no entendí porque lo dijeron en hebreo.

—¡El río es de papel para envolver chocolate! —se desesperaron—. ¡El lago es un espejo! ¿Quién demonios apaga así un incendio?

Corrieron entonces al remanso del manantial junto al que las lavanderas lavaban siempre la misma camisa, y también allí se llevaron un chasco.

—No os hagáis ilusiones —les dijeron las mujeres—, aquí el agua es un cacho de cristal con unas cuantas piedrecitas debajo. ¿Creéis que si hubiese agua de veras íbamos a estar frotando siempre la misma, camisa? No encontraréis agua de verdad en ninguna parte: ni en los pozos con el brocal de corcho, ni en los abrevaderos para el ganado...

—¿Y en las fuentes? —preguntaron con un rayito de esperanza.

—Tampoco: los chorritos que manan de ellas son alambres pintados con purpurina.

—¿Qué vamos a hacer entonces? —dijeron los hombres a las mujeres, con la angustia retratada en sus rostros pequeños como garbanzos.

—Pedid ayuda a los soldados de Herodes —aconsejaron ellas—. Como tienen casco, parecen bomberos.

Así lo hicieron, pero los soldados reaccionaron cobardemente poniendo pretextos:

—¡Apaguen el fuego, apaguen el fuego! —gruñeron—. Se dice fácil. Pero nosotros estamos aquí para degollar inocentes, y no podemos dejar nuestra obligación para hacer una chapuza por nuestra cuenta.

—No se preocupen —les tranquilizaron los campesinos—, si ustedes hacen de

bomberos, nosotros mientras tanto, les degollaremos inocentes con mucho gusto.

—No crean que es tan sencillo —se resistían los guripas herodianos.

—Más difícil que degollar cochinos no será. Y nosotros, en nuestras granjas, degollamos cochinos cada dos por tres.

Los camellos de los Reyes Magos, al oler la chamusquina, se pusieron a brincar llenos de inquietud. Y los monarcas, con las coronas ladeadas a consecuencia de los brincos, se aferraban a las jorobas para no caer. Baltasar, el más cobarde de todos, viendo que la cosa se ponía fea propuso volver grupas en dirección a Oriente y enviar desde allí el oro, el incienso y la mirra, por correo certificado. Pero los esclavos que iban detrás con los camellos de repuesto, anunciaron que la retirada era imposible porque el puente sobre el río plateado estaba ardiendo también.

—¡El fuego se acerca al Portal! —gritó un adorador que llevaba un cordero al hombro, señalando una roca de corcho que rodaba por la ladera convertida en ascua.

—¡Hay que salvar el Portal! —fue el clamor que se elevó de todas las figurillas cuyos cuerpos, con el calor cada vez más próximo y sofocante, empezaban a chorrear pintura.

El humo se hizo más denso, ocultándome con su espeso telón aquel mundillo de tierra cocida. Me sentía responsable de lo ocurrido por haberme quedado embobada contemplando los progresos del incendio sin pedir socorro para sofocarlo. Y huí cobardemente a meterme en la cama, ocultando mi culpabilidad debajo de las sábanas.

A la mañana siguiente, aquel trocito de falsa Palestina ofrecía un aspecto aterrador: toda su vegetación y gran parte de sus edificaciones, habían sido devoradas por las llamas. Aún flotaba en el aire de la escalera un tenue olor parecido al que queda en las Landas francesas después del incendio de un pinar. El bosquecillo imitado con ramas era sólo un pellizco de cenizas. De la vela que provocó la tragedia, quedaba tan sólo un churrete blancuzco de cera derretida. Algunas figuras aparecían patas arriba, horriblemente mutiladas por las quemaduras.

Sólo el Portal se había salvado, y sólo yo comprendí cómo se produjo aquel milagro: todos los personajes de la pequeña tragedia, cuando yo los abandoné entre el humo, formaron un apretado círculo protector en torno al establo para impedir que el fuego alcanzara la paja del pesebre. Y a falta de agua, detuvieron la carrera de las llamas golpeándolas a palos e incluso a manotazos. Hasta los soldados de Herodes, tan reacios al principio a actuar de bomberos pese al aspecto bomberil que les daban sus cascos, colaboraron heroicamente dando zurriagazos al musgo ardiendo con sus lanzas y espadas. Y aquel cinturón de héroes minúsculo, cuyos cuerpecitos rotos y desfigurados hubo que tirar a la basura, impidieron que el fuego profanara con su furia sacrílega el nacimiento de Jesús.

Pero yo no conté a nadie lo que vi, o lo que me pareció ver, porque nadie me

hubiera creído. Y no quise que me tomaran por chiflada, pues ya había dado algunas pruebas en varias ocasiones de tener una imaginación más bien volcánica. Y las niñas humildes no pueden permitirse estos lujos. La fantasía es un vicio muy costoso reservado para los cerebros de los ricos, que no tienen que pensar en el pan suyo de cada día.

PEDAZO IV

ANDABA YO MUY OCUPADA estirándome el organismo para tener una estatura decente —ya tenía nueve años y los diez andaban cerca—, cuando llegó una carta del tío Cuacuá para mi padre. Aquel tío era el único pariente que aún nos duraba vivito y coleando, pero, según decía en su carta, nos iba a durar poco. La carta, hache más o menos, decía así:

Querido sobrino Bartolo:

La presente es con el fin de decirte que estoy en mi lecho de muerte, para lo que gustes mandar. Tengo la impresión de que me voy al cuerno, con perdón, pues se me ha formado una carbonilla espesa entre pecho y espalda que me tapa los bronquios, impidiéndome echar el resuello con facilidad. Aún tengo la pata encogida con perdón, pero creo que la estiraré muy pronto.

Como eres mi único heredero y los herederos son para las ocasiones, no quisiera palmar, mejorando lo presente, sin hacerte entrega de un tesoro que poseo. Se trata de un tesoro cuyo valor es incalculable. Lo único que siento es que ya no podrás disfrutarlo tú, pero será de gran provecho para tu hija. Ella es quien debe venir a buscarlo. Como supongo que no os será posible abandonar vuestras ocupaciones, mandadme a la criatura en el primer tren. La herencia vale la pena y me lo agradeceréis toda vuestra vida.

Tu tío que lo es, pero que pronto dejará de serlo,
CUACUÁ.

La carta produjo gran revuelo en mi casa, ya que la esperanza de una herencia cuantiosa altera los pulsos mejor equilibrados. Hasta mi madre, cuya corpulencia se había casi duplicado desde que yo nací, pegó tal salto de alegría que por poco perfora el pavimento. Y la cosa no era para menos: ¡el tío Cuacuá aludía claramente a la entrega de un tesoro! Y por baratos que sean los tesoros, siempre valen más de doscientas pesetas, cifra que en aquella época entraba en el terreno de lo fabuloso.

Era difícil calcular la cuantía de la fortuna en perspectiva, debido a que ignorábamos el volumen de las riquezas que pudo amasar el tío en el pueblo manchego donde residió las dos terceras partes de su vida. La correspondencia que sostuvo con mi padre siempre fue muy escasa, hasta el punto de que entre carta y carta mediaba muchas veces casi un lustro.

El pueblo de mi tío se llamaba Matapellejos. La leyenda, tan cotilla como de costumbre, cuenta que el nombre se lo puso el mismísimo don Quijote, el cual estuvo

allí en una de sus andanzas y arremetió a lanzazos contra unos pellejos de vino confundiendo con una cuadrilla de mandrines. El tío de mi padre, en cambio, se llamaba Torcuato. El mote de «Cuacuá» fue consecuencia de una ligera tartamudez que padeció en su infancia, por culpa de la cual se atascaba muchas veces al decir su nombre en la segunda sílaba y repetía el «cuá» como un pato pura sangre.

Temiendo que al pariente se le acabara la cuerda de improvisado, y se fuera a criar gusanos —no de seda precisamente—, sin legarme lo prometido, papá me sacó billete para el primer tren que salía con rumbo a Matapellejos.

—¿No será demasiado pequeña para hacer sola el viaje? —se inquietó mamá mientras me hacía lo que ella llamaba pomposamente «la maleta», pero que era en realidad una lata de galletas con un asa.

—Rogaremos a los viajeros de su departamento que la cuiden y la digan dónde tiene que apearse. Aparte del gasto que supondría acompañarla, perderíamos unos cuantos jornales, que nos hacen mucha falta.

Yo estaba loca de alegría con aquella fantástica aventura de viajar en tren. Aunque el trayecto sólo duraría tres horas, retrasos incluidos, me sentí tan ilusionada como si fuese a dar la vuelta al mundo. Me imaginaba ya los asombrosos paisajes que vería por la ventanilla, enriqueciéndolos en mi imaginación con Torres Eiffes de muchísimos tamaños y pagodas chinas de todos los colores. Y en el colmo de la felicidad, pregunté con mi repipiez característica:

—¿Iré en «coche cama»?

—No —se indignó mi padre—, irás en «coche caca».

Y no me engañó, porque el vagón al que me condujeron a la mañana siguiente era bastante asqueroso. Me explicaron para consolarme que todos los vagones que formaban el convoy pertenecían a la «Compañía de Coches Caca y de los Grandes Botijos Manchegos», empresa ferroviaria dedicada al tráfico pueblerino que opera con viejo material salvado del desguace por tres perras gordas. Estos trenes, vergonzantes y vergonzosos, circulan por el país a esas horas de la madrugada en que todas las vías están cubiertas. De este modo nadie ve su aspecto miserable, y no entorpecen el galope de los expresos con su trotecillo de borricos. Por ese motivo apenas dormí la noche anterior, porque el tren para Matapellejos salía de Madrid a las seis y dieciséis de la mañana.

Pese al madrugón y aunque llegamos al andén media hora antes de la salida, mis padres se vieron negros para encontrarme un asiento. En la vida de las personas humildes un viaje es un acontecimiento de tal importancia, que se instalan en el tren desde el día anterior por miedo a perderlo.

Después de muchas intentonas infructuosas, papá y mamá me hicieron sitio en el último vagón de tercera clase. Me lo hicieron literalmente, comprimiendo las caderas de la fila de viajeros que ocupaban hasta los topes el banco de un departamento. Y

allí me incrustaron como una cuña, antes de que se cerrara otra vez el espacio abierto a duras penas.

—Cuiden un poco de esta criatura, que va sola a Matapellejos —rogó mamá a mis compañeros de viaje.

—Yo la cuidaré con mucho gusto —se relamió un pisaverde palurdo muy repeinado, que usaba manteca de cerdo como fijador.

—Descuide, señora: la cuidaremos todos —la tranquilizaron los demás, con esa generosa amabilidad que tienen las gentes sencillas cuando no se las pide dinero. Y un señor mofletudo, para remachar el clavo, añadió—: Todos, al fin y al cabo, hemos sido madres.

—Yo no —se ofendió un carabinero, con una barba tan frondosa que a veces se perdía él mismo dentro de ella y tenía que dar gritos para que le ayudaran a encontrar la salida.

—Pues yo sí —dijo el mofletudo con orgullo—, soy hermafrodita.

—¡Vamos, vamos! No empiecen a discutir de política —los calmó una lerdá, creyendo que aquello era algo así como ser antisemita.

Mi madre me dio dos besos en las mejillas, y mi padre seis rodajas de salchichón en un papel. Luego bajaron al andén para hacerme a gritos las últimas advertencias:

—¡Si te da su tesoro el tío Cuacuá, no lo pierdas!

—¡No olvides que es peligroso asomarse al exterior!

—¿Por qué? —pregunté yo.

—Porque si te levantas para asomarte, te quitarán el asiento.

Faltaban pocos minutos para arrancar.

—¡Hala, valiente! —animó el maquinista a la locomotora dándole una briqueta de azúcar.

—Me alegro de que la locomotora sea de vapor —dijo mamá.

—¿Por qué? —me extrañé.

—Porque siendo de vapor, sólo se te meterán en los ojos carbonillas. Si fuera eléctrica, se te meterían chispas, que escuecen mucho más.

La briqueta de azúcar surtió efecto: la vieja máquina lanzó un agudo relincho y dio un brusco tirón a todo el chatarral amarrado a ella.

—¡Escríbenos! —me gritó mamá agitando el pañuelo.

—¡No creo que pueda! —contesté gritando a mi vez.

—¿Por qué no?

—¡Porque aún no sé escribir!

—Es verdad, perdona.

Mamá se puso muy colorada comprendiendo su planchazo. Pero no quería renunciar a hacerme alguna recomendación, a las que tan aficionadas son las madres, y gritó de nuevo:

—¡Por lo menos, cierra la boca!

—¡Pero si no hace frío! —protesté.

—¡Pero en los pueblos hay muchas moscas, y si no la cierras se te meterán dentro!

¡Bah! ¿Qué me importaban a mí las moscas? No pensé ni por un momento obedecer a mamá, porque yo iba dispuesta a quedarme con la boca abierta ante todas las maravillas que esperaba ver en el viaje. Tan dispuesta iba a verlo todo, que los ojos empezaron a llorarme a fuerza de tenerlos abiertos. No quería parpadear ni una sola vez por temor a perderme algún detalle en la fracción de segundo que durase el parpadeo. Fija la mirada en la ventanilla, observé cómo el tren iba saliendo despacio de la estación. Debajo del «jersey» el corazón me repicaba alegremente, aunque sin ruido, como una campana de trapo. Vi ilusionada las primeras acacias que bordeaban la vía al salir del gran *hangar* encristalado...

Y no vi nada más, porque en aquel mismo instante tuve que sacar mi pañuelo del bolsillo para llevármelo rápidamente a la nariz.

—¿Vas a estornudar, pequeña? —me preguntó una pecosa hirsuta que ocupaba el asiento vecino.

Negué con la cabeza, manteniendo taponadas las narices.

—¿Algún moquito rebelde? —sugirió una señoritinga venida a menos.

Repetí el gesto negativo.

—Será que le molesta el olor a humanidad —dijo el hermafrodita, refitolero.

—Pues si le molesta, que viaje en primera —rezongó una aldeana sudorosa que llevaba un pequeño marrano escondido en una cesta, pues los marranos son tan sonrosados que pagan en los trenes billete de niño.

Pero yo volví a negar. Luego, levantando un poco el pañuelo, aclaré el misterio respetuosamente:

—Estoy sangrando por la nariz, si ustedes me lo permiten.

—¡No faltaba más! Sangra todo lo que quieras, hijita —concedió la señoritinga, benévola.

—Gracias —dije.

Y seguí sangrando muy seria, con la vista clavada en el pañuelo.

—¿Te has dado algún golpe? —se interesó un campesino, tan flaco y con cuatro pelos tan de punta en la cabeza que parecía un tenedor.

Volví a decir que no moviendo el cuello de oriente a occidente.

—Hay muchas narices que se ponen a sangrar sin venir a cuento —observó la pecosa.

—Porque tienen los agujeros demasiado grandes —dijo la señoritinga, sabihonda.

Pasaba el tiempo y el tren corría sin entusiasmo, convencido de que por mucho que se esforzase sólo lograría recuperar unas migajas de su eterno retraso.

—¿Cuánto habrá sangrado ya la criatura? —indagó el carabinero, asomando entre sus barbas como una fiera entre la maleza de la selva.

—Andará muy cerca del medio litrejo —opinó el pisaverde palurdo, que cosechaba vino en sus tierras y calculaba bien los líquidos.

—No podemos dejar que se vacíe como un pellejo de tintorro —opinó el hermafrodita, agitado.

—Tiene razón —apoyaron todos los viajeros del departamento, poniéndose en pie y rodeándome solícitos—. Prometimos a los padres que cuidaríamos de la niña. Vamos a hacer algo para cortar la hemorragia.

—Lo mejor es ponerle unas sanguijuelas en las orejas —aconsejó la aldeana del marrano camuflado.

—Tiene razón —volvieron a apoyar todos los viajeros del departamento—. ¿Alguno de vosotros lleva sanguijuela en el equipaje?

—Yo antes siempre llevaba un par de ellas —suspiró la señoritinga—. Pero desde que vine a menos, no puedo permitirme esos lujos.

—Quizá tenga el revisor —suspiró otro—. O la de los lavabos.

—No se hagan ilusiones —criticó la señoritinga—. Pedir hoy sanguijuelas en los trenes, es pedir peras al olmo: la compañía está tan mal equipada...

—Desde luego: Además, suponiendo que el revisor tenga sanguijuelas, cosa que dudo, serán unas sanguijuelas viejísimas que ya no chuparán.

—Es mejor ponerle un pañuelo empapado en vinagre —intervino la pecosa.

—Hace más efecto aceite y sal —rebatió el pisaverde, iracundo.

—Podemos ponerle las tres cosas —transigió la pecosa—, yo le pongo el vinagre, y usted añade el aceite y la sal.

—Parecerá una ensalada.

—Se nota que no entienden ustedes ni pizca de narices —intervino el flaco—, el mejor sistema es ponerle una moneda en la frente.

—No sea memo, con todos los respetos: eso es para bajar los chichones.

—Pues en mi pueblo —dijo la aldeana—, cuando una caballería echa sangre por el morro, taponamos los agujeros con dos tronchos de berza y se acabó.

—Pero la niña no es una caballería —se ofendió el hermafrodita.

—¡Hombre! Pata más o menos...

La discusión se agrió poco a poco y las voces sonaban cada vez más ásperas. Yo, mientras tanto, me apretaba la nariz con todas mis fuerzas para restringir el chorro sanguíneo. Y el tren seguía cruzando parajes que sin duda eran encantadores, pero que en mi situación no me era posible admirar. De buena gana diría que la locomotora iba «devorando kilómetros», como dicen todos los novelistas profesionales; pero su marcha era tan lenta, que más parecía que los iba comiendo trabajosamente, masticándolos mucho sin ningún apetito.

—Lo mejor es que levante la cabeza —decidió la pecosa, agarrándome un puñado de pelo y echándome hacia atrás.

—Al contrario, mujer: así se le irá la sangre por la garganta. Es mejor que baje la cabeza todo lo que pueda —contradijo el carabinero hundiéndome de un manotazo la barbilla en el pecho.

Todos, atropellándose unos a otros en un derroche de bondad, me fueron aplicando los remedios que defendían como más eficaces. Los sacaban de sus maletas, cestas, hatos y capachos, pues no hay equipaje tan heterogéneo como el de los viajes de tercera clase. Llevan cosas inverosímiles: desde aperos de labranza a jaulas con gallinas, pasando por frutas y hortalizas de todas las especies. Y mientras uno me aliñaba con una salsa vinagreta como si fuera una lechuga, otro me ponía en la ternilla una pinza de tender la ropa. Hubo quien me embadurnó con mostaza la planta de los pies «para llamar la sangre hacia abajo»; pero la sangre no hizo caso a la llamada, y continuó goteando en el suelo a través del pañuelo empapado.

Ni las llaves de todos los tamaños, ni las monedas de todos los precios, ni los tronchos de berza que la aldeana sacó de su faltriquera, surtieron efecto.

—Será mejor llamar a un médico.

—Mejor aún a un fontanero. Debe de tener rota alguna tubería de conducción.

Incluso dejé mal a un santito cuyo nombre no recuerdo, del cual me pusieron una estampita encima de la nariz. El dueño de la estampa dijo que aquel santo era el abogado de las hemorragias, cosa que me sorprendió, pues siempre creí que eso de sangrar era más bien cosa de médicos que de abogados. Los hechos me dieron la razón porque resultó que el santín no tuvo ninguna eficacia como medicamento vasoconstrictor, y lo único que consiguió fue que manchara su efigie con chafarrinones colorados. Uno de los chafarrinones le coincidió justo encima de la cara, haciéndole parecer que se había puesto rojo de vergüenza por su fracaso.

—Menuda papeleta nos ha caído con la pequeñaja —murmuró el carabinero.

—Menos mal que se apea en Matapellejos y ya estamos llegando —suspiró aliviado el campesino, consultando su reloj de arena que sacó de la faja.

Esta noticia debió de helarme la sangre en las venas, porque poco después dejé de sangrar. Pero ya era demasiado tarde: cuando me incorporé para ver por la ventanilla algún paisaje, el tren se detenía en aquel momento frente a la fachada de una estación pueblerina. Y la voz de un empleado ferroviario, coreada por una campana, canturreó en el andén:

—¡Matapellejos!... ¡Cinco minutos!...

Ansiando librarse de mí, mis amables compañeros de viaje abrieron la portezuela del vagón y me apearon a empujones cariñosos.

Y en el andén me quedé con mi lata de galletas en la mano, mientras el tren reanudaba su maravilloso viaje, que yo no pude saborear por culpa de mis

inoportunas narices.

PEDAZO V

—¡REQUESÓN! —exclamó al verme un mozo de cuerda que dormitaba en el andén, palabrota que se emplea con asiduidad en la Mancha por ser región productora de queso—. ¿Qué haces aquí?

—He venido a visitar al tío Cuacuá —repliqué ruborizándome hasta las caderas.

El mozo fue zarandeado por una risotada al oír el nombre de mi pariente. Después, acercándose su aliento, que apestaba a «yogourt», me orientó:

—Cruza todo el pueblo procurando que los mozos no te partan la crisma a cantazos, pues hoy precisamente es la Fiesta de la Matanza y aquí se celebra matando forasteros. Y cuando salgas al campo, verás en la llanura cinco molinos. En el segundo, que está sobre una loma, vive el tío Cuacuá.

Y un nuevo ataque de risa agitó, no sólo al mozo, sino también a la cuerda que llevaba enrollada en la cintura como una serpiente.

Intrigada por la risa que producía mencionar el nombre de mi tío, emprendí el camino en la dirección que me indicó el indígena. Anduve un buen trecho por la calle principal, si calle puede llamarse a una franja de tierra con más surcos que un sembrado.

Cien metros más allá, la franja se ensanchaba formando una plazuela, en cuyo centro había una estatua de Cervantes. Es frecuente ver en los pueblos manchegos monumentos de ese escritor antiguo, que tanto fomentó el turismo en la región con su grueso volumen turístico en el que actúa de guía el popular don Quijote. Pero la estatua de Matapellejos tenía una particularidad que no vi jamás en ninguna parte: el ilustre Manco de Lepanto mantenía en alto el brazo inútil, del que un gracioso chorrito de agua brotaba incesantemente. Años más tarde supe que en aquella plaza, antes de instalar en ella al glorioso literato, existía una fuente que alimentaba un abrevadero para el ganado en general y las personas en particular. Cuando se habló de poner la estatua, todas las fuerzas vivas coincidieron en que aquél era el sitio más acertado por ser la única plaza que existía en el pueblo. Pero como del abrevadero no se podía prescindir por ser vital para la villa, se decidió aunar ambas cosas. Y así Cervantes ocupó el centro de la plazoleta, mientras el caño instalado en su brazo alimentaba el abrevadero puesto en torno al pedestal.

Siguiendo las indicaciones del mozo, crucé la plaza sin el menor contratiempo. Y cuando estaba a punto de salir al campo después de atravesar toda la zona edificada, recibí el primer cantazo. Fue un cantazo flojito, gracias a Dios, y gracias también a que el autor del disparo tenía mala puntería.

Proferí un grito de dolor, pues a nadie le divierte que le estampen un puñetazo de piedra entre los omóplatos, y de todos los portales surgieron de pronto gañanes que

formaron corro a mi alrededor cantando desgarradamente:

*Bienvenidos a la panza
el chorizo y el jamón.
Hoy han muerto en la matanza
diez cerditos y un cebón.
Bebe, ruge, brinca y danza,
o te parto el esternón.
Tomaremos de pitanza
un cabrito y... su papá.*

Todos vestían el traje típico de Matapellejos, descrito tantas veces por los escritores costumbristas: bragas de pana color de estiércol, con retrato de don Quijote bordado en cáñamo sobre la culera, fina camisa tejida a lo bruto machacando gusanos de seda en un almirez, y chaquetón de cordero despellejado en vivo. Tan negras eran las pieles de sus chaquetones, que cuando cesaron de bailar les pregunté maravillada:

—¿Son de raza «karakul»?

—No —me contestaron—, son de raza «corderul».

—Pues parecen de astrakán.

—Es por lo sucias que están.

Y satisfechos de su ingenio comenzaron a hacerse mutuas cosquillas con sus garrotas, formándose en sus cabezas chichones como almendrucos. Uno de ellos, el más ingenioso de la banda, se metió una bota de vino entre las piernas y abrió la espita simulando que orinaba colorado. Otro, que se parecía al hombre de Cromañón, aunque sus modales eran algo más toscos, lanzó un jocosos alarido cuya vibración hizo repicar el badajo de la campana parroquial. Y después, formando de nuevo el corro, reanudaron su danza frenética en torno mío hasta hacerme llorar del susto. Mis lágrimas suavizaron un poco a aquellos barbarotes, que hicieron un alto en su frenesí para preguntarme quién era y qué hacía en el pueblo.

—He venido para ver a mi tío Cuacuá, que está en su lecho de muerte —balbucí.

Una risotada igual a la del mozo de cuerda agitó a todos los gañanes.

—¿Qué tienes tú que ver con el tío Cuacuá? —me preguntó uno de los mozos cuya risa sonaba como un mugido.

—Es mi tío-abuelo —respondí orgullosa.

—¿Sí? —se asombraron, examinándome como a un bicho raro—. ¿Y eres tonta tú también?

—¿Por qué voy a ser tonta? —me indigné.

—Sería lo natural: como tu tío Cuacuá es el tonto del pueblo...

Y prorrumpieron en otra carcajada, mientras yo enrojecía hasta los pabellones auditivos externos.

Escapé del grupo avergonzada, entre la chacota general, perseguida por algún cantazo lanzado con la festiva intención de descalabrarme. En una carrera llegué a las afueras del pueblo, y desde allí divisé los cinco molinos de viento que me anunciaron. Puede que sea una vulgaridad, pero a mí me parecieron grandes ventiladores cuyas astas, al girar, refrescaban la llanura y despeinaban la hierba.

«¡El tonto del pueblo! —iba yo pensando decepcionada mientras me dirigía hacia el segundo molino—. ¡Y yo que me figuré al tío Cuacuá como un gran señor feudal, viviendo en un amplio castillo de renta antigua! ¡Yo, que esperaba verle rodeado de siervos besándole los pies y de ganado lamiéndole las manos!... Ha debido de ser una broma de los gañanes. Un tonto, por despabilado que sea, no tendría un tesoro que legar a sus herederos. Y el tío Cuacuá habló claramente en su carta de entregarme un tesoro... No. No es posible que sea un simple tonto de pueblo».

Llegué con estas cavilaciones al molino que me señalaron como domicilio de mi tío, que era el menor de los cinco y el de aspecto más descuidado. Sus aspas, bastante deterioradas, producían al girar una especie de graznido semejante al de los pájaros de peor agüero. El sol de la mañana, afortunadamente, dulcificaba su aire tétrico, que de noche hubiera hecho poner pies en polvorosa a la niña más templada.

Mentiría si negase que los nudillos me temblaban cuando llamé con ellos a la puerta, y seguiría mintiendo si dijese que no lancé un gritito de terror al ver que la pesada puerta se abría sola ante mis ojos, atónitos. Quedé inmóvil en el umbral, sin atreverme a entrar, cuando oí un enérgico vozarrón que me ordenaba desde el interior:

—¡Adelante!

Obedecí y adelanté. Tanto miedo sentí, que la tapa de la caja de galletas que constituía mi equipaje comenzó a castañetear entre mis manos. Atravesé esa zona lóbrega que en los pueblos se llama «zaguán», y una nueva puerta se abrió frente a mí, también misteriosamente.

El mismo vozarrón me invitó a pasar y me encontré en una alcoba tan humilde como la mía de Madrid: una cama muy sencilla, un armario barato con espejo que deformaba las figuras como los de las verbenas, y un lavabo cuadrúpedo hecho con un barreño y cuatro patas de madera. Me desilusionó ver a mi tío metido en aquella cama tan vulgar, pues mis padres me aseguraron que lo encontraría en su lecho de muerte. Y yo creía entonces que un «lecho de muerte», cuyo nombre infunde tanto respeto, sería algo así como esos túmulos que se hacen en las iglesias para los funerales de los muertos importantes: un lecho muy alto e imponente, con una colcha de terciopelo negro bordada en oro y cuatro cirios encendidos en vez de patas.

—¡Vaya! —dijo mi tío con su vozarrón, incorporándose una pizca—. ¿De modo que tú eres la hija de mi sobrino Bartolomé?

—Para servirte —susurré, intimidada aún por el misterio de las puertas que se

abrían solas.

—Acércate —me invitó—. ¿Cómo te llamas?

—Rosa.

—¡Qué curioso!: existe una flor en la Botánica que se llama igual que tú.

Mi tío-abuelo, según deduje por el poco bulto que hacía bajo las sábanas, daba la impresión de ser delgado tirando a esquelético. Su cráneo era grande y cubierto a medias por unas canas lacias, amarillentas y húmedas, que parecían fideos. Tenía una nariz pequeña y respingona —detalle poco frecuente en los ancianos, pues no suelen ser chatillos— sobre la cual se abrían unos ojos brillantes y vivarachos como gotas de mercurio. Tenía también orejas, boca, mejillas y todos los accesorios que adornan las cabezas humanas, pero eran del modelo más corriente y no merecen descripción especial. Una barbucha desaliñada y blanquecina se enredaba en los flecos del embozo confundiendo con ellos. No me pareció correcto levantarle el labio superior para completar su retrato contando los dientes que le quedaban, pero supongo que le quedarían pocos.

—¿Qué tal estás, tío?

—Pues ya ves, hijita: vamos muriendo.

—¿Y no tienes a nadie que te cuide?

—No. Ni falta que me hace. Padezco una enfermedad que nadie puede curar: «viejitis aguda». Tengo cerca de ochenta años y no existe ningún antídoto eficaz contra el veneno de la vejez. Además, siempre he vivido solo, a pesar de lo cual estuve mejor atendido que con tres criadas a mis órdenes. ¿Por qué crees, si no, que vivo en un molino?

—Alguna chaladura...

—Nada de eso: para aprovechar la fuerza motriz de sus aspas en los usos domésticos. Gracias a un complicado mecanismo que yo diseñé, utilizo el menor soplo de viento en beneficio mío. Mediante ingeniosos cigüeñales, poleas y pernitos, he llevado la energía del aire a todos los rincones del edificio. ¿Ves esas cuerdas que cruzan el cuarto cerca del techo? Todas ellas obedecen a unas palancas que tengo debajo de la cama, gracias a las cuales puedo abrir y cerrar las puertas y ventanas sin moverme de aquí, sacar del pozo un cubo de agua, cortar leña, barrer el suelo y freír un huevo.

—¿Es posible? —me asombré.

—Voy a hacerte una demostración —me propuso.

Y levantando la colcha, que caía hacia el suelo por ambos lados de la cama, dejó al descubierto media docena de palancas que fue accionando sucesivamente con gran pericia.

Al primer palancazo la puerta y la ventana de la habitación se abrieron de par en par, para volver a cerrarse cuando la palanca volvió a su posición primitiva. Otro de

los mandos conectó una lejana correa de transmisión, que extrajo del pozo un enorme cubo de agua como por arte de birlibirloque. Las palancas restantes accionaron mecanismos igualmente ingeniosos que realizaban igualmente a la perfección las más diversas tareas domésticas: fregar los suelos, lavar la ropa, machacar cereales, pelar patatas y dar cuerda a los relojes.

—Pues no eres tan tonto como dicen —comenté ingenuamente, llena de admiración.

—¿Ya te lo han contado a ti también? —sonrió mi tío, guiñando un ojo pícaramente—. Pues sí, hijita: a pesar de lo que has visto, y de lo que aún verás y oirás, soy el tonto oficial del pueblo. Y estoy muy satisfecho de haberlo sido tantos años.

—No lo entiendo.

—Vas a entenderlo en seguida: aunque me esté mal el decirlo por modestia y esas zarandajas, debo confesarte que soy el tonto más listo de España.

Debí de poner tal cara de sorpresa, que mi tío sonrió muy divertido.

—Sí, rica, sí: aquí donde me ves soy licenciado en Filosofía y Letras, doctor en Derecho, y de propina perito mercantil. Cursé todas estas carreras sin gastar ni un céntimo, empalmando las matrículas de honor con una facilidad pasmosa. Fui el asombro de todas las Universidades y obtuve todos los títulos con el número uno de mi promoción. A los veinticinco años, me encontré con cartas de sobra en la mano para hacer en la vida todas las bazas que me apeteciesen. Mi talento era envidiable y por eso mismo me lo envidiaron. Los mediocres, que constituyen el noventa por ciento de todas las promociones, se unieron codo con codo para cerrarme todos los caminos. Era tan grande mi capacidad, que podía presentarme a cualquier oposición de las carreras que poseía sin repasar siquiera las lecciones exigidas en el programa. Lo intenté muchas veces en diversas convocatorias, pero siempre tropecé con candidatos poderosos que tenían adjudicadas las plazas antes del examen. Mis ejercicios escritos eran tan perfectos, que los envidiosos lanzaron con éxito la insidia de que yo los copiaba con astutas «chuletas» de papel finísimo que introducía en el aula ocultas en una oreja. Los mentecatos me declararon una guerra sin cuartel por temor a que mi cerebro superdotado les birlara los mejores puestos. Para mermar mi prestigio, se me atribuyeron infamias que jamás cometí e incluso perversiones sexuales que nunca me apetecieron. Resumiré diciendo que me asomé a muchos umbrales, pero en todos me dieron con la puerta en las narices.

El tío Cuacuá hizo una pausa para morirse un poco más, pues se iba haciendo tarde y aún estaba vivísimo. Y después de un fuerte carraspeo que se convirtió en gargajo, continuó:

—Harto de dar brincos inútilmente para salvar la barrera de envidia que me rodeaba, opté por renunciar a la lucha y elegir para mi vida un camino menos

espinoso. No me sentía con fuerzas de adular a un necio para que me diesen lo que legítimamente me correspondía. La fea estrategia contemporánea de ganar posiciones a traición, atacándolas por la espalda, me daba náuseas. Esa táctica puede adoptarse en la guerra, porque la guerra es una puerca bestialidad en la que caben todas las porquerías. Pero no en la paz. Y puesto que mi talento era el obstáculo para labrarme un porvenir, decidí labrármelo con más comodidad haciéndome tonto.

—¿Puede un listo hacerse tonto fácilmente? —pregunté, poniéndolo en duda.

—No puede serlo de verdad, porque la inteligencia es una tara física que crece sin pausa como los árboles y los cánceres. Pero puede fingirlo, obteniendo resultados iguales a los tontos auténticos. Eso hice yo. No creas que es tan sencillo simular la tontería como parece a primera vista. Le es más fácil a un tonto pasar por listo, que a un listo cometer las estupideces necesarias para ser admitido como tonto. La sociedad moderna está plagada de estupendos cretinos que se consideran lumbreras a sí mismos, y que han logrado convencer a los demás de que lo son. En muchas profesiones hay ineptos que han conseguido situarse en puestos destacados, valiéndose de pequeñas virtudes accesorias ajenas a su profesión: existen médicos muy medianos que ocupan cabeceras ilustres porque saben decir un par de frases chistosas en un cocktail y elegir con acierto sus corbatas de seda natural. Abundan los arquitectos sin pizca de buen gusto que estropean con sus abominables edificaciones los más bellos solares, apoyados en la amistad de una cuñada suya con la nuera de un ministro. Hay, en fin, infinitos ineptos que se imponen porque en un banquete tienen la carota de hilvanar cuatro halagos con desparpajo, o porque sus glúteos están lo bastante encallecidos para resistir seis horas de espera en la silla de una antesala. Yo, sin embargo no quise ser uno de esos tontos disfrazados de listos. Para disfrutar las verdaderas ventajas que proporciona la tontería, hay que ser un tonto integral; un tonto de pies a cabeza, incapacitado por la sociedad para ejercer cualquier oficio; un tonto tan sumamente tonto que excite la compasión pública, porque la compasión es una mina de la que puede sacarse muchísimo provecho. Es mejor hacerse el tonto que fingirse mendigo; pues al mendigo, si está sanito, las almas caritativas le hacen siempre la pascua buscándole una colocación para que trabaje. Al tonto, en cambio, por no dar la talla mental mínima que se requiere en el más elemental de todos los oficios, se le considera inútil para toda labor útil y disfruta de la vida en ocio perpetuo.

El tío Cuacuá volvió a guiñarme un ojo con picardía, mientras se revolcaba un poco en el colchón para cambiar de postura.

—¿Comprendes ahora por qué me decidí a ingresar en el Cuerpo Oficial de Tontos Pueblerinos? —prosiguió—. En todos los pueblos del mundo, como ya sabrás por pequeña que seas, existe un tonto titular nombrado por las autoridades. Su puesto es tan importante como el del alcalde y el del médico, pues contribuye a elevar el

nivel cultural de los palurdos: gracias a este tonto, por contraste, todos los demás habitantes se consideran listísimos. Y el gobierno se ahorra la edificación de muchas escuelas. Por eso mismo, los admitidos en el escalafón de este Cuerpo no pueden ser tontos corrientes sino imbéciles de una estupidez rayana en la baba. ¡Piensa que a su lado hasta el labrantín más obtuso tiene que poder considerarse un intelectual! Las oposiciones son reñidísimas. Tan reñidas, que al famoso Bobo de Coria, antes de obtener la vacante de aquel pueblo, le suspendieron tres veces. Y se comprende que las plazas estén tan solicitadas, porque no hay puesto de funcionario tan cómodo de desempeñar ni tan bien retribuido. Al tonto de cada pueblo le alimenta, le viste y le calza gratuitamente la población civil. Las almas caritativas encuentran en él un escape para su caridad y le colman de limosnas: bufandas y calcetines, camisas y guantes van a parar en abundancia a las manos del memo local. Si hay algún convento o cuartel en las cercanías, todas las sobras del rancho desbordan su puchero. Si hay algún gabán que se le quedó estrecho al notario a consecuencia del engorde, aterriza en sus hombros. Si queda algún inmueble vacío en las afueras, se le cede sin cobrarle ni un céntimo de alquiler. Son tantas las bicocas del puesto, que bien pueden soportarse, sus escasos inconvenientes: recibir en la calle una burla de los golfillos, alguna humillación de ignorantes que no tienen talla para humillar a nadie, algún desprecio de seres despreciables... Pequeñeces, en resumen, que no dejan huella.

—¿De veras es un puesto tan solicitado como dices? —me atreví a preguntar, porque el párrafo le estaba saliendo larguísimo.

—Tantos aspirantes hay, que en la convocatoria que yo me presenté, para cubrir las cuatro plazas que salieron a concurso, acudieron trescientos candidatos. Y tuve que apelar a toda mi inteligencia para demostrar mi tontería. El examen, ante un tribunal de catedráticos severísimos, fue muy duro. Me hicieron preguntas tan sencillas para comprobar mi incapacidad mental, que tuve que hacer esfuerzos titánicos para no contestarlas correctamente. Pero, gracias a Dios, obtuve un sobresaliente en estupidez, y me destinaron a Matapellejos. Aquí vivo desde entonces haciéndome el tonto, con todas mis necesidades cubiertas holgadamente. El alcalde me cedió este viejo molino en el cual, como has visto, he ido introduciendo ingeniosas reformas hasta convertirlo en la vivienda más confortable de la comarca. Y en la intimidad de estas paredes, protegido contra visitantes importunos y compromisos sociales con mi diploma de tonto, pude dedicarme con toda tranquilidad a elevados estudios filosóficos. He sido, sin duda alguna, una de las masas encefálicas mejor dotadas de este siglo. En otro país cualquiera, gozaría del respeto general y hasta puede que la gente me llamara sabio. En España me fue mejor dejando que me llamaran tonto. Gracias a esto nunca desencadené la furia de los envidiosos, y pude llegar a viejo sin partirme mil veces las cejas en otras tantas zancadillas. Gracias a esto, antes de volver a la nada de la que salí, puedo entregarte

el tesoro que acumulé en todos mis años de meditación y trabajo.

Al oír la palabra «tesoro», mis ojos, que se habían ido cerrando a consecuencia del tedioso monólogo sostenido por el viejo, se abrieron tan grandes y redondos como botones de gabardina. Y uniendo la acción a la palabra, el tío Cuacuá accionó una de las ingeniosas palancas que flanqueaban su lecho. Un chirrido estridente cortó el aire de la habitación, espeso y amarillento como un queso manchego. Y junto a la cabecera de su cama, a la altura de la almohada, quedó al descubierto una oquedad rectangular semejante a una caja de caudales. De ella extrajo mi pariente, con infinitas precauciones, un voluminoso legajo que depositó en mis manos temblorosas.

—He aquí, sobrina-nieta —declaró con empaque muriéndose otro poco—, el fruto de mi vida consagrada a la sabiduría de riguroso incógnito. He aquí una auténtica fortuna, gracias a la cual podrás alcanzar la felicidad y hacer que los demás la alcancen. Se trata nada menos que del manuscrito de mi obra maestra: un gran libro que se titula «Toda la mierda es marrón».

Fue tan grande la depresión que sufrí al enterarme de que el tan cacareado tesoro consistía en un libraco, que debió de notármese en la cara, porque el tío se puso a darme explicaciones.

—Puede que el título te parezca un poco chocarrero, pero tiene un gran contenido filosófico. Resume exactamente mi tesis pesimista sobre la semejanza y escaso nivel de todos los esfuerzos humanos. Basta volar a medio kilómetro sobre la corteza terrestre, para que el cuadro más genial se convierta en una insignificante deposición de mosca; para que el monumento más gigantesco parezca un ridículo «bibelot»; para que el ejército más poderoso se reduzca a una minúscula formación de pulgas amaestradas; para que el concierto de la orquesta sinfónica más potente tenga menos intensidad que el zumbido de un mosquito... Las obras más colosales de la Humanidad —y lo digo con mayúscula «H»—, levantan muy pocos palmos del suelo. Todas sus supuestas maravillas no valen ni un pitoche. Y el «pitoche», que debe de ser alguna moneda fraccionaria guatemalteca o de algún país así, vale poquísimo. En mi libro aprenderás a ver el mundo tal como es en realidad.

—¿Y cómo es? —pregunté, intrigada.

—Redondo como una cabeza, y los hombres son los piojos.

—¡Qué asco!

—No lo sabes tú bien. Piojos que se disputan salvajemente cada milímetro de cuero cabelludo; piojos de repulsiva voracidad, capaces de todas las ruindades; piojos sin corazón, que sólo buscan su bienestar. La bondad fue una virtud antigua que frenaba los bajos instintos del bichejo humano. En aquellos siglos, ya remotos, florecieron y murieron los grandes y pequeños santos que hoy cubren de enero a diciembre las hojas del calendario. Pero ahora ya no florece casi ninguno. Sigue habiendo varones que se portan bien, pero sin méritos suficientes para oponer al

santoral. Hoy el piojo grande se come al chico, y lo digiere estupendamente sin tomar ni una cucharadita de bicarbonato contra la acidez del remordimiento. Los listos trepan hasta la cumbre por escaleras formadas con cadáveres de tontos. Porque «tonto», en la gramática moderna, califica un sector de gente que no se limita al tarado cerebral. Hoy se llama también «tonto» al hombre recto, honrado y de buena fe, que se deja engañar porque no cree a nadie capaz de engañarle. Y frente a estos nuevos tontos, en número cada vez mayor están los nuevos listos ganándoles la batalla: frente a la humilde chica de servir, la descarada que sirve para otras cosas; frente al soldado que gana una guerra, el emboscado que se aprovecha de la victoria; frente a la tórtola, el águila...

El tío Cuacuá lanzó un estertor semejante al que lanza un sifón cuando se le acaba el líquido. Y su voz, que ya la tenía muy cascada, se rompió en mil pedazos. Se notaba que el pobre hombre iba a estirar ambas patas bruscamente, para dar el salto al otro mundo. No obstante, reunió unas gotas de fuerza que le quedaban en el organismo y pudo concluir:

—Lee mi libro, pequeña. Es una antorcha de sabiduría que te entrego al final de la carrera de mi vida, para que sigas corriendo tú, iluminada por su luz. En «Toda la mierda es marrón», aprenderás que vivir en el mundo es cada día más difícil. Tienes que despabilarte si no quieres que los listos te barran como a una viruta. No olvides que en la podrida sociedad contemporánea, sólo se mueren los tontos.

Hizo una pausa para lanzar el estertor propio de estos casos, y añadió:

—Ahora, si me lo permites, me voy a morir.

—Muérete con toda confianza, no faltaba más. Estás en tu lecho de muerte.

—Gracias, monina. Recuerdos a tus papás.

—De tu parte.

Y fue el tío, y se murió.

¡Lástima que yo no sea una novelista fetén para describir las emociones que sentí al cascar mi pariente! Porque me quedé a solas con su cadáver en aquel remoto molino; y ya saben ustedes que los fiambres impresionan mucho cuando aún no están metidos en la fiambrrera. Pero a falta de una descripción impresionante, les daré los ingredientes necesarios para que compongan ustedes mismos el *cocktail* emocional:

Miedo: 4 copitas.

Repeluznos: 2 cucharadas.

Temblor de piernas: Unas gotas.

(Agítese la mezcla, y sírvase en un párrafo grande, añadiéndole unos pelos de punta).

Apurado el amarguísimo trago fui observando llena de terror esa fase de rigidez progresiva por la que atraviesan todos los cadáveres, al finalizar la cual quedan

convertidos en reproducciones en cera de sí mismos. Pero antes de concluirse la transformación, agarré el legajo del manuscrito que me entregó y salí corriendo a la velocidad de pedestre olímpico.

Detrás de mí, entre las nubecillas de polvo que levantaron mis pies en la huida, quedó el molino cuyas aspas seguían girando y suministrando energía a los geniales mecanismos que mi tío ya no podría manejar.

Al llegar al pueblo, comuniqué a las autoridades el fallecimiento del tonto local. Y las autoridades, que eran un señor con boina que se cinchaba la tripa con una faja colorada, me prometieron enviar al molino una carretilla a recoger sus despojos.

—¿Sólo una carretilla? —me ofendí ante la pobreza de las honras fúnebres que pensaban tributarle.

—Pues ¿qué querías? —se enchularon las autoridades, chupeteando una colilla tan amarillenta que parecía de pergamino—. ¿Que mandáramos un carro? ¡Ni que fuera el cadáver de una mula, rica!

Aquella misma noche, en un tren que en sus buenos tiempos fue de ganado y que para aprovechar su vejez habilitaron para personas, regresé a Madrid. Y aunque esta vez mis narices se portaron bien y no sangraron ni gota, tampoco pude ver el paisaje porque las tinieblas eran densas como la boca de lobo. En vista de lo cual, me dormí apoyando la cabeza en el pecho izquierdo de la señora que tenía a mi derecha, inflado y blandito como una almohadilla de caucho.

—¡Vamos, niña! —se mosqueó la señora agitando bruscamente su tórax y sacudiéndome un tetazo en la mejilla—. Si quieres dormir, saca billete para el «coche-paja».

El «coche-paja», en aquel trencillo modestísimo sustituía al «coche-cama» de los expresos lujosos. Era un vagón de ganado, como todos los demás, pero en el cual no se habían instalado asientos ni abierto ventanillas: el suelo, en su totalidad, estaba cubierto de paja, y encima de ella los viajeros podían tenderse a dormir tan ricamente.

—¿Con derecho a comerse la paja? —pregunta un lector vegetariano.

—No —contesto yo, parándole los dientes—. Para comerse la paja, había que pagar un suplemento de tres pesetas con cincuenta. Y suplemento tan cuantioso sólo podían pagarlo unos potentados pueblerinos.

Llegué a Madrid con las primeras luces del alba y los últimos faroles de la noche. Mis padres, cuando les comuniqué el fallecimiento del tío Cuacuá, lanzaron un estridente «¡Yupi!» de júbilo. Pero al contarles mi odisea en el molino y mostrarles el «tesoro» que habíamos heredado, no pudieron contener la tristeza que inundaba sus nobles corazones y se echaron a llorar (de rabia, claro).

—¡El muy cretino! —sollozó mi madre piadosamente, pegando tal puñetazo en el fogón que lo puso al rojo vivo—. ¡Mala puñalada le den!...

—¿Para qué van a dársela si ya está muerto? —razonó papá—. Hay que pensar

maldiciones que le chincen el espíritu. Por ejemplo: «¡Ojalá tropiece con una nube, y se parta el alma al caer desde el cielo!».

—Bonita maldición —aplaudí mi madre, tranquilizada. Luego, con los ojos llameantes aún de cólera, me dijo—: Dame ahora mismo el «tesoro» de ese imbécil.

Y el libro de tío Cuacué fue a parar a un sitio donde tuvo ocasión de ir comprobando, hoja por hoja, la exactitud del título que le había puesto su autor.

PEDAZO VI

MESSES DESPUÉS, arañando el invierno, la salud de mi madre nos dio un susto. Al volver un día a casa después de sus lavoteos, sintió que tenía un poco de fiebre.

—¿Dónde la tienes? —se informó mi padre.

—Pues donde todo el mundo: en los sobacos.

—Pues entonces acuéstate y ponte el barómetro.

No crean ustedes que mi padre quiso hacer un chiste, ni piensen tampoco que era tan bruto como para confundir el nombre de ese tubito que mide la temperatura gracias a una angula plateada que tiene dentro. Lo que pasaba es que no teníamos termómetro, porque siempre nos pareció un despilfarro comprar un chisme para usarlo diez minutos al año como máximo. Compramos, en cambio, un barómetro, que costaba casi lo mismo y tiene la ventaja de que puede usarse todos los días para saber el tiempo que hará. En caso de enfermedad, además, puede usarse también para averiguar el estado del paciente. Prueba de ello es que mi madre se lo puso en un sobaco, y al sacarlo cinco minutos después marcaba «Tiempo muy caluroso». Y con este dato, no nos fue difícil averiguar que mamá tenía una fiebre de caballo.

—Según parece, estás bastante gravucha —dedujo mi padre, quitando importancia a la cosa.

En vista de lo cual pusimos una vela a un santo, remedio que los pobres usan mucho por ser medio kilo de cera mucho más barato que medio litro de medicamento.

Pese a la vela, capaz de curar por su gordura un cólico miserere, mi madre empeoró.

—Apaga la vela, niña —dijo mi padre, que era un hombre práctico y no quería seguir quemando cera en honor a un santo que no servía para nada.

Aquella misma noche, ante el estupor de sus seres queridos, a mamá empezó a salirle una cosa por la nariz. Llamamos al médico a toda prisa creyendo que aquello sería un cáncer, pero luego resultó que sólo era un moco. Menos mal. Lo que tenía mamá era un simple catarrazo, del que salió ilesa con unas cuantas aspirinas.

Como el misántropo don Fidel seguía ocupando nuestro cuarto durante el día mientras mis padres ganaban el pan con el sudor de ambas frentes, se pensó en la solución de mandarme a la escuela. Yo, con mis diez años recién cumplidos, era ya demasiado zangolotina para quedarme en la portería al cuidado de doña Remedios.

—En la escuela —razonó mi padre—, estará la chica entretenida hasta la noche. Y de paso aprenderá a leer, que siempre hace bonito.

—¿Para qué quieres que sepa leer, si en casa no tenemos ningún libro? —rebatí mamá, siempre sensata y enemiga de los delirios de grandezas.

Pero papá la convenció con estos argumentos:

—En el retrete quedan todavía algunas hojas del manuscrito del tío Cuacuá. Y todos los cajones de la cómoda están forrados de pedazos de periódico, que tienen muchísima lectura.

—Está bien: que vaya a la escuela —transigió mi madre—. Pero sería mejor que aprendiese un oficio decente para ganarse la vida, en lugar de llenarse la cabeza de letras y fantasías.

La escuela pública estaba junto a la vaquería del señor Plutarco, por lo cual la clase olía siempre a cabra. Era un edificio pequeño, estrecho de estructura y flaco de presupuesto. En su fachada, con tizas y carbones, los alumnos más aplicados habían hecho sus primeros ejercicios de caligrafía:

«Tonto el que lo lea»... «La maestra es una burra»... «Pata»... «Peto»... «Pito»... «Pu...».

Todo el interior de la planta única estaba ocupado por un aula grandullona, en cuyos bancos nos sentábamos los pequeños analfabetos de ambos sexos. Éramos veintitantos en total, y en aquellas dos docenas predominábamos las niñas. La cultura, en aquella época, era todavía en los suburbios una actividad feminoide que avergonzaba a los varones. Saber leer y escribir era tan cursi como saber tocar el arpa o preparar unas gachas de vainilla. La máxima aspiración de los obreros era que sus chicos ingresaran de aprendices en las fábricas, y sólo cuando todas las plazas estaban cubiertas se avenían a enviarlos a la escuela. A regañadientes, claro está, porque estaban convencidos de que saldrían de los estudios un poco afeminados.

—Un macho —afirmaban en las tabernas dando fuertes puñetazos en el mostrador— pierde virilidad aprendiendo a hacer garabatos en un papelucho.

A esto se debe sin duda que en la clase sólo hubiera siete niños, de los cuales tres eran sarasas y cuatro canijos.

El aula estaba presidida por un retrato al óleo, con una placa en la parte inferior del marco que decía:

«Su Majestad Alfonso XIII».

Pero, en realidad, el Alfonso no era el número XIII, sino el XII. Sólo un ojo muy experto podía darse cuenta de esa suplantación de Alfonsos, porque el cuadro estaba tan ennegrecido por el tiempo que apenas se distinguía el contorno del rey retratado. Esto fue lo que indujo a la maestra a aprovechar el viejo lienzo cuando cambió el monarca, pues dada la negrura de la efigie real, el retoque fue sencillo: se limitó a añadir en la placa un palito al Alfonso, para variar su número de matrícula. De este modo no hubo que mermar la escasa asignación del centro docente adquiriendo un nuevo óleo del soberano de turno.

—Si la racha de Alfonsos continúa —pensaba la maestra, ladina—, el cuadro puede durar varios siglos más añadiendo en la placa nuevos palitos.

La maestra se llamaba Ernestina y era señorita. Y a nadie le extrañaba que lo fuese, porque lo difícil es dejar de serlo teniendo, como ella, un tipo de barrica. Su estatura sólo llegaba al metro y medio los domingos, cuando se ponía unos tacones torturantes, de un palmo, para ir a misa. Sus fajas, flejes y refajos eran tan sólidos como los aros de metal que sujetan el maderamen de los toneles. Porque la docta era endemoniadamente regordeta, aunque ella pretendía en vano disimular su carnosidad comprimiendo sus fofas adiposidades en un sólido encofrado de telas y ballenas. Tenía el rostro aniñado, con mejillas tan carnosas y abultadas como senos. Su boca, pequeña y redondita, recordaba el orificio de una máquina para hacer macarrones.

Pues a sus cuarenta y tantos años (más bien cuarenta y todos, porque ya tenía cincuenta), conservaba unos pícaros ricitos que teñía de rubio y mantenía rizados con un potingue viscoso hecho a base de clara de huevo y aguarrás. El más ligero chaparrón bastaba para deshacer su frágil maquillaje, pero ya cuidaba ella de no salir sin paraguas cuando el observatorio meteorológico pronosticaba precipitaciones.

La señorita Ernestina, para reforzar el boceto que de su personalidad acabo de hacer, era muy gandula. Había nacido, como tantas mujeres de su época, para permanecer diez horas diarias tumbadas en un sofá, con un gato de angora abrigando sus pies y una caja de bombones alimentando la caldera de su estómago. La vida, sin embargo, no perdonó su fealdad y la obligó a ganarse el pan —y los bombones— con el sudor de su frente. Pero ella, más lista que el hambre, decidió que su frente sudara lo menos posible. Y se hizo maestra. Con lo cual logró ganar el pan —y los bombones— sin derramar una gota de sudor porque las frentes que sudaban eran las de sus alumnos. (El magisterio es la obra de misericordia más cómoda de todas, pues permite enseñar al que no sabe sin que el maestro tenga que saber: basta echar un vistazo al texto de reajo, para comprobar si concuerda con lo que el alumno recita de memoria, y ¡a cobrar la nómina estatal sabrosamente!).

Pero la señorita Ernestina, como todos los gandules que andaban sueltos por el mundo, amaba la poesía. Y la amaba tanto, que se dedicó a poetizar las enseñanzas de la escuela primaria que regentaba. Ella misma redactó los cuadernillos de conocimientos elementales que recibíamos al ingresar en su parvulario, y mucho me temo que nunca los sometió al «visto bueno» del Ministro de Instrucción Pública. El más poético de todos sus textos, a mi juicio, era un Diccionario que sacaba los colores a la mismísima Lengua, bastante colorada de por sí. Veán ustedes algunas definiciones de esta inefable obrita, que aún conservo bajo el pisapapeles de la memoria:

«ANTESALA: Lugar donde se hierva durante varias horas la paciencia de los visitantes, para ablandarlos».

«ÁTOMO: Partícula de nada que empieza a ser algo».

«BONIATO: Patata ambiciosa que quiso ser remolacha».

«CASCABEL: Piedrecita que aprisionaron contra su voluntad en una bolita metálica, y que salta dentro desesperadamente, buscando en vano la salida».

«CIGALA: Langosta que no dio la talla en el servicio militar».

«CRÍTICO: Analista que siempre encuentra albúmina en la orina del arte».

«CUCARACHA: Tanque blindado del ejército de los insectos».

«DEMONIO: El único que los tiene sin que se los haya puesto una mujer».

«ESPÁRRAGO: Planta que estudia para flauta, pero a la que nunca dejamos terminar la carrera».

«ESPEJO: Cristal sobre el que pesa una terrible maldición bíblica que le condena a decir siempre la verdad».

«ESTÚPIDO: Eso lo será usted».

«JIRAFÁ: Animal que quiso ver gratis un partido de fútbol por encima de la tapia».

«JAZZ: Música compuesta al azar por un enjambre de moscas que se ensuciaron sobre un papel pautado».

«LAGARTIJA: El cocodrilo de los pobres».

«LOCOMOTORA: Caldera de fábrica que ha salido a dar un paseo por el campo».

«PARALELEPÍPEDO: Figura geométrica explicada por un tartamudo».

«PEATÓN: Esa cosa blanda que queda entre las ruedas después de un atropello».

«PESCADOR: Peluquero que le pone redecillas al mar para que conserve la ondulación de sus olas».

«POLVO: La caspa de los muebles».

«PORTERA: Voz sin cuerpo que sale de los sótanos cuando preguntamos desde el portal en qué piso vive Pepe».

«PULGA: Perdigón perdido del disparo que hizo un cazador lejano, que llega hasta nosotros rebotando».

«QUERIDA: Piropo que se dice a una mujer cuando ya no se la quiere».

«RECUERDO: Espejo retrovisor que nos muestra las gallinas de nuestras ilusiones, que fuimos aplastando a lo largo de la carretera de la vida».

«SAL: Azúcar que, por error de fabricación, salió al revés».

«SERRUCHO: Cuchillo ambicioso que se melló al pretender cortar un trozo de hierro».

«TENEDOR: Rejón que ponemos al filete en el ruedo del plato».

«VACA: Fábrica de leche que se vende desguazada al cesar su producción».

Cito solamente algunas perlas de este collar, aunque las había de mayor calibre. Pero las muestras bastarán para dar una ligera idea de la fantasía que se gastaba nuestra maestra, y que para sí la quisieran muchos escritores. En latín, en cambio, estaba pez. Tan grande era su ignorancia de esta lengua, que traducía «¿Quo vadis, Domine?» por «¿Dónde vas con mantón de Manila?».

A pesar de esta laguna, su cultura era bastante general. Tenía un sistema pedagógico tan particular, que a todos sus discípulos nos asombraba que todavía no la hubiesen destituido. La primera lección que nos dio al iniciar el curso, fue de antología. Pocos sociólogos habrá que sepan definir las clases sociales con más fortuna y menos palabras. Escuchen.

—Nenes y nenas —comenzó—, antes de meternos en todo ese follón de la cultura, os conviene enteraros de que la Humanidad se divide en cuatro clases de distinta categoría. Existen muchos métodos para averiguar a cuál de los cuatro pertenece cada individuo, pero el más sencillo de todos es el que yo he descubierto: basta escuchar lo que dice cada uno cuando le apremia una pequeña necesidad. Observaremos entonces que, según su jerarquía intelectual y económica, unos dirán «hacer pipí», otros «hacer pís», otros «orinar» y otros «mear».

—En efecto —reconocimos todos los alumnos.

—Pues bien —continuó la profesora—, el que emplea la fórmula «hacer pipí», pertenece a la clase más alta y refinada. El alambique de la buena educación ha logrado destilar un líquido tan soez hasta convertirlo en ese fino «pipí» que tiene nombre de alegre y chispeante vinillo andaluz. Hay que ser muy señorito para usar esta palabra, que se aprende solamente en los colegios caros y en los labios de las *nurses* diplomadas. El que dice «hacer pís», en cambio, forma parte de la clase inmediata inferior. La palabra «pís» es un «quiero y no puedo» de la elegancia verbal. Es cursi, como los trajes rosas de las chicas de la clase media que se ponen de largo. Es palabra de guateque en un pisito, con *cup* a base de sifón, y gramófono. Recuerda demasiado, además, el siseo de las niñeras con el cual incitan a los niños a realizar esa pequeña función. La usan los empleados, las viudas de militar, las familias de los pequeños rentistas que tienen un fajo de papel del Estado, y la burguesía en general. De allí se desciende al tercer grupo, formado por personas que emplean el verbo «orinar». Clase de gente campechana, cordial y sencilla, que llama al pan pan, al vino vino, y a la orina orina. Campesinos llanos, sin falsos pudores, que dan palmadas afectuosas en las espaldas de sus amigos y de sus caballos. Hombres, en fin, de origen humilde que viven de su trabajo manual y logran elevarse algunos centímetros sobre su bajo nivel a fuerza de puños. Y por último, más abajo aún, está la clase de los que dicen «mear». Es sin duda la más nutrida, pues está constituida por las capas menos cultivadas de la sociedad. Quien emplea este verbo es señal de que está libre de prejuicios y pretensiones intelectuales. El que «mea» escuetamente, no se molesta en poetizar un poco ese ridículo desahogo orgánico. Es, por lo tanto, el ser mentalmente inferior a todos los demás. Gracias a este *test*, os será fácil averiguar a qué clase pertenece cada individuo.

Todas las lecciones que nos daba la señorita Ernestina eran por el estilo. Obedecían a su concepto personalísimo de la puericultura. Para ella los alumnos de la

escuela pública eran excelentes conejillos de Indias en los cuales podía inyectar los detonantes sueros de sus doctrinas.

Al principio pensé que aquel pozo de rara sabiduría estaba un poco mochales, pero ¡sí, sí, mochales! Pronto me di cuenta de que, pese a su aparente chifladura, la fulana era más despabilada que Ramón y Cajal (nombre que no sé si designa a un solo sabio, o a dos que trabajaron en colaboración).

Como el sueldo de nuestra Ernestina distaba mucho de ser pingüe, y la tipa siempre fue muy comodona, implantó un ingenioso sistema por el cual disponía a diario de dos criadas completamente gratis.

—Señoritas Purita Martínez y Leocadia Minglana —decía leyendo la lista de discípulas bajo su mando—, hoy les toca ir a mi casa, a hacer prácticas de Física.

La pareja de turno acudía al pisito que habitaba la maestra a dos pasos de la escuela y ella misma, tumbada en un canapé, dirigía las astutas «prácticas».

—Hoy —solía decir entregando una escoba a cada una de las alumnas— demostraremos la ley física del sabio sueco Panchito que dice: «Toda basura caída en el suelo, se desplaza a una velocidad proporcional a la energía del escobazo que recibe».

Enunciada la ley, las chicas, ávidas de aprender, empezaban a demostrarla prácticamente impulsando con sus escobas todas las basuras que veían en el suelo. Poco después la ley quedaba demostrada y el piso barrido, que era lo que se trataba de demostrar.

—Y ahora —decía la maestra a la hora de comer— realizaremos el experimento del físico francés Rechupette, gracias al cual se descubrió la importante Ley de las Temperaturas. Señorita Leocadia, ¿sabe usted enunciar la Ley de las Temperaturas?

La señorita Leocadia, como es natural, no conocía esa ley fantástica. Y la ingeniosa maestra, después de ponerle un cero como una casa, recitaba enfáticamente:

—La Ley de las Temperaturas dice así: «Todo cuerpo sólido que cae en una sartén, bien sea huevo o patata, se fríe en razón directa al calor del aceite que contiene el recipiente».

Hecha la demostración por las alumnas, que confirmaba el postulado expuesto por la maestra, ella engullía el huevo frito y las patatas ídem con el pretexto de demostrar a su vez la ley física del griego Escrófulo, en virtud de la cual «todo alimento masticado pierde con la trituración el duplo de su volumen primitivo».

Y cuando le apetecía un flan de postre, lograba que las niñas se lo hiciesen para convencerlas de que el investigador polaco Kanesú no se equivocó al sostener que «toda yema mezclada con azúcar y cuajada en un molde a ochenta grados centígrados, adquiere un sabor riquísimo».

Para todas las faenas domésticas encontraba la despabilada Ernestina un pretexto

científico que diera a sus alumnas la sensación de que verdaderamente hacían prácticas de Física. Si quería que le batiesen una salsa mayonesa, disfrazaba su propósito con algún teorema de Gay-Lussac, Pascal o gente así, según el cual la elaboración de dicha salsa servía para observar la fuerza centrífuga en la amalgama de líquidos de distintas densidades. Si necesitaba planchar una falda, proponía un experimento que evidenciaba la presión que ejerce un trozo de hierro sobre una superficie rugosa debido a la ley de la gravedad. Y así todo. Al finalizar la jornada, en pago a sus servicios, cada alumna recibía una buena nota que constaba, en su boletín semanal en la casilla correspondiente a la asignatura «Trabajos manuales».

Con esta maestra indolente y abusona, aunque parezca mentira, aprendí a leer en pocos meses. No quise, en cambio, aprender a escribir correctamente, porque entonces aspiraba a ganar algún día un premio literario de novela; y ya se sabe que escribir bien, tal como está la novelística contemporánea, es un obstáculo para obtener tan apetitosos galardones. Fui adquiriendo también ese tenue barniz de conocimientos que suele llamarse «cultura general», aunque su graduación sea excesiva porque nunca pasa de ser una «cultura sargento».

La vida en la calle de Jenaro Benítez continuaba desarrollándose sucia y silenciosamente, como un carrete de hilo marrón. Se construyeron algunas colmenas mal llamadas casas, y el señor Plutarco tuvo que duplicar con agua su producción de leche para hacer frente al crecimiento de la barriada.

Ningún suceso importante interrumpía la placidez del vivir nacional: el Rey mataba unos pichones en el Tiro, el Ejército mataba unos moros en África, la gente mataba unos pavos en Navidad... En fin: que no siendo pichón, moro ni pavo, se vivía en España estupendamente.

En Europa, sin embargo, las cosas no iban tan bien: la guerra del catorce dejó en todo el continente un poso de mal café, cuyo negro recuelo agriaba la política. El hambre produce en las multitudes una borrachera mucho más peligrosa que la del vino. Y como ya dice el refrán que a falta de pan buenas son tortas, empezaron a repartirse tortazos en todas partes. La dieta alimenticia, tan beneficiosa para la salud del gordinflón, provoca resultados funestos cuando se aplica a las clases sociales, ya flacas de por sí. Y las masas delgaditas se volvieron levantiscas, provocando infinidad de incidentes callejeros.

La primera bandera roja del comunismo mediterráneo, fue un pañuelo empapado en sangre que llevaba en la mano un obrero de una manifestación, al que un guardia había atizado un porrazo en las narices.

De esta falta de pan que produjo un exceso de tortas, nacieron todos los movimientos revolucionarios que han dado tantos quebraderos de cabeza al mundo entero. Hombres barbudos resentidos con la Humanidad porque nunca tuvieron ni un kopek, o porque de jóvenes las chicas no les hicieron caso, fundaban partidos

tremendos, con nombres que ponían los pelos de punta, en la trastienda de las tabernas. Y sus apóstoles no predicaban con discursos, por ser demasiados brutos para pronunciar dos frases seguidas, sino con dinamita.

Por una pequeña cuota al mes, que empleaba el jefe en pagar a su patrona, el afiliado tenía derecho a escribir en las paredes letreros muy gordos diciendo que los ricos eran unos cochinos, que se acercaba la hora de repartir leña, y que a ver si dejaban de oprimir a los proletarios como si fueran uvas. Con letras torpes que chorreaban alquitrán, pedían también la libertad de unos extranjeros reclusos en cárceles remotas por delitos que nadie conocía.

«¡PEDIMOS LA LIBERTAD DE FUENCISLO TRULIBÚ!», aullaban las fachadas.

—¿Y quién es Fuencislo Trulibú? —decían las autoridades a los agitadores.

—No lo sabemos. Pero la pedimos de todas maneras. Es un capricho, ¿saben?

Nadie hacía caso de aquellos letreros, pero los afiliados se divertían horros pintándolos. Les recordaba su infancia, cuando escribían con tiza en las paredes de la escuela «Pepe es tonto», «El maestro es un berzotas»... Y, además, como casi todos los revolucionarios eran bastante analfabetos, los letreros les servían de ejercicio para mejorar su caligrafía. Hubo alguno que, a fuerza de escribir amenazas en las tapias con la brocha, llegó a tener una letra redondilla preciosa que le permitió colocarse de contable en una compañía de seguros. Algo es algo. Otros, en cambio, escribían con unas faltas de ortografía tan garrafales, que el jefe tenía que corregirlas al día siguiente con otra brocha para que no desprestigiaran al partido.

—Pero ¿a quién se le ocurre poner *rebolución*, criatura? —reñía el jefe al culpable.

—Como la revolución siempre es una burrada, parece más propio escribirla con «b» de burro.

Todos los programas de estos caudillitos vocingleros y descontentos eran perogrulladas que cabían en un papel de fumar. En su mayor parte procedían de doctrinas filosoviéticas, aunque el «filo» quedó bastante mellado al traducirlas del ruso.

Expulsados por la policía de todos los países donde actuaron, muchos de estos agitadores extranjeros fueron a dar en Madrid con sus huesos y sus barbas. Declaraban en las fronteras y en las pensiones apellidos falsos, en parte por guardar el incógnito y en parte también porque muchos eran incluseros que carecían de un apellido auténtico. Y como eran agitadores de oficio y tenían que trabajar en eso para ganarse la vida, empezaron a remover las aguas de nuestro pacífico proletariado formando los primeros remolinos.

Pronto empezaron a notarse los efectos de la labor desarrollada por estos refugiados, de nombres con tantas consonantes que resultaban imposibles de

pronunciar en la clara fonética castellana. Hasta los oídos de mi padre, ensordecidos por el estrépito de la fábrica donde continuaba haciendo pivotes, llegó la propaganda insidiosa de aquellos Krasfgpiusky, Brofglompfkof y Drumpfgrobemvich.

—Hay que ir a la huelga —susurraban los revolucionarios en las orejas de los obreros de la «Maquinaria Industrial».

—¿A qué huelga? —preguntaban ellos, con los ojazos muy abiertos, pues aún eran tan ingenuos como un ramillete de violetas.

—Pues a una que vamos a organizar —decían los agitadores, desconcertados ante tanto candor.

—¿Y qué es una huelga? —seguían preguntando los obreros, que no sabían bien cómo se hacían esas cosas.

—Una huelga es el medio de obtener sin trabajar el aumento del salario que se obtiene trabajando.

Esta definición, tan tentadora, no tentaba sin embargo a mi padre ni a sus compañeros, que sentían por don «S. A.» (Sabino Antúnez) un gran respeto y consideraban justos los salarios fijados por él. Pero como en el credo revolucionario el fin justifica los medios, los agentes de Moscú y alrededores variaron de táctica para lograr sus propósitos. Y empezaron a decir que la huelga era un método estupendo para hacer una excursión al campo con la merienda.

—Para hacer excursiones ya están los domingos razonaba papá.

—Pero los domingos el campo está lleno de gente y no se puede dar un paso. Los días de trabajo, en cambio, se dispone de todo el paisaje para uno solo. Y se puede corretear por los prados sin meter los pies en las tortillas ajenas.

Aquella insidia fue clavándose en el ánimo de todos, pues era cierto que los domingos no quedaba en los alrededores de Madrid ni un hierbajo sin gentes encima. Antes de salir el sol había ya siete familias al pie de cada arbusto disputando un trozo de sombra. Y eran tantos los botijos que se llenaban de agua en el Manzanares, que su cauce quedaba más seco que la garganta de un sediento. Por eso, la astuta insinuación hecha por los demagogos prosperó. La posibilidad de hacer una gira sin agobios, ilusionaba cada vez más a los obreros y a sus familias. También los alumnos de la señorita Ernestina acariciábamos la idea, porque nos disgustaban esas aglomeraciones dominicales en esa zona pelada de los alrededores que los madrileños llaman «campo».

—Hay que ir a la huelga —insistían los provocadores bajo las viseras de sus gorras.

Y tentaban a los metalúrgicos de la «Maquinaria», asfixiados por el humo de los hornos, describiéndoles las mejoras que en aquellos días estaba haciendo en el campo la recién llegada primavera: nuevas alfombras de hierba, el consabido orfeón de pájaros, pero con nuevo repertorio; insectos menudos y multicolores que parecían

nubes de *confetti*; almendros con toda la cabeza cubierta de blancos papelillos, como si se hubieran puesto *bigudíes* para rizarse las hojas; y capullos sonrosados como bocas de mujer, que se abrían dulcemente para decir que sí a todas las proposiciones...

A los tiernos obreros, con estas imágenes, se les hacían los ojos agua. El sol de mayo, cada vez más intenso y calentito, era una provocación constante. Todo el personal de la fábrica luchaba contra aquellos discursos subversivos que pronunciaban los ruseñores al posarse en las ventanas de las naves. Y algunos capataces, que tenían fama de severos, descuidaron la vigilancia y se les veía deshojando en los rincones margaritas, a las que preguntaban:

—¿Me declaro en huelga?... ¿No me declaro en huelga?... ¿Me declaro en huelga?... ¿No me declaro en huelga?...

Don Sabino Antúnez observó, preocupado, que la producción bajaba en aquellos días. Y dijo a sus querindongas de Bilbao que redujeran el gasto de visones, porque las cosas en Madrid se estaban poniendo muy feas.

Mi padre, tentado también por el sol que bailoteaba en sus venas, echó a perder muchísimos pivotes.

Y para colmo, la mano criminal de un agitador arrojó una mañana, en la sala de tornos, un puñado de mariposas. Aquello fue el golpe decisivo: los lepidópteros comenzaron a revolotear lo mismo que una resma de pequeñas octavillas lanzadas al viento. Los hornos, atónitos, se quedaron con la boca abierta y perdieron por ella varios grados de temperatura. Y las manos callosas de los metalúrgicos, torpes y sucias, capturaban al vuelo aquellos blancos trocitos de papel. Y en sus callos durísimos, las mariposas escribían con el polvillo de sus alas el subversivo mensaje de la primavera.

Los ánimos, caldeados por el sol y los hornos, hicieron al fin explosión.

—¡Vamos a la huelga! ¡Vamos a la huelga! —se susurraban unos a otros de oreja a oreja.

Y un miércoles de mayo, aprovechando que por el cielo no patrullaba ni una sola nubecilla de la Policía para la represión del Buen Tiempo, se declaró en la «Maquinaria» la primera huelga de Madrid.

Aquel día la chimenea no echó humo, pero en cambio don Sabino echó chispas. Fue una huelga que, por haber sido la iniciadora de todas las demás, tiene categoría histórica. Bien merece por eso mismo una descripción minuciosa de cómo se desarrolló.

Si yo fuera periodista, describiría así el importante suceso:

Desde las primeras horas de la mañana, comenzaron a congregarse frente a las puertas de la fábrica todos los obreros con sus familias. Formaban grupos en los que se reía y se tarareaban coplillas populares optimistas. Cuando la bronca sirena

anunció con su grave voz hombruna la hora de entrar al trabajo, fue respondida con una estrepitosa carcajada general. Algún capataz intentó incitarlos a que cumplieren con su deber, pero tuvo que desistir ante la ola de cuchufletas que le dedicaron.

Poco después la masa de huelguistas se puso en movimiento, encaminándose hacia el campo. Los escasos transeúntes que circulaban por los desmontes tan temprano, se extrañaron muchísimo al ver la pequeña multitud que no llevaba carteles amenazadores, sino inocentes cestas con el almuerzo e inofensivas botellas de vino. Yo iba junto a mis padres, ayudándolos a transportar las vituallas de la excursión. Aquel día, en la clase de la señorita Ernestina hubo varios bancos vacíos, debido a que los alumnos hijos de los obreros se sumaron a la alegre huelga de sus papás. Y la maestra se vio en un apuro para reclutar el par de chicas que necesitaba para las «clases prácticas» en su domicilio.

Cerca ya del campo, rompimos todos a cantar un himno que no tenía nada de revolucionario, cuya letra hablaba de lo bonitas que resultan las flores con sus pétalos, estambres, pistilos y demás accesorios. Desconcertaba un poco ver a aquellos hombrones musculosos, capaces de partirse la cara al hierro más duro, triscando por los prados con una florecilla en el pelo. Pero a nadie debe extrañarle, porque los obreros de entonces no estaban tan maleados como los de ahora. Tenían gustos sencillos y sus ideas políticas no se habían desarrollado aún: tan embrionarias eran, que creían que Carlos Marx pertenecía a la familia de esos hermanos tan chistosos que salen en el cine.

Lejos ya de la ciudad, la formación se deshizo y cada cual acampó en el sitio que más le convino. Se encendieron fogatas para calentar los víveres, y se descorcharon botellas para calentar las cabezas. Nosotros tomamos tres tortillas individuales del tamaño de una boina cada una, y unos trozos de carne que el señor Plutarco nos vendió como cordero, pero que pertenecían a la más veterana de sus cabras, fallecida la semana anterior. No obstante, como los filetes fueron una verdadera ganga, hicimos la vista gorda y el diente más gordo todavía

Fue una jornada inolvidable. Hasta hubo una bandurria —la del encargado de la Sección de Pernos y Pernitos—, a cuyo compás se bailó en el único pedazo de tierra exclusivamente libre de hierbas y pedruscos. Yo disfruté de lo lindo cegando hormigueros con el tacón del zapato, chutando a gol con los escarabajos peloteros, y practicando todas esas sanas diversiones que hacen del campo un lugar de esparcimiento apasionante.

Y al atardecer, cuando el día se marchaba lentamente a freír buñuelos, emprendimos el regreso. Los hombres cantaron como a la ida, aunque con voces afónicas de vino y cansancio. Algún borracho desafinaba de lo lindo, con gran regocijo de los que estaban en sus cabales. La ciudad, a lo lejos, empezó a encender sus luces; y la miramos sin rencor, con las almas purificadas por el aire libre.

—¿Pues sabes que esto de la huelga no está mal? —comentó un peón perforador que trabajaba en la Sección de Agujeritos.

—Lo que está es muy bien —dijo un forjador, que había cogido un ramito de margaritas para su abuela.

—Deberíamos organizar otra huelga para el día de San Blas, que es mi santo —sugirió un frescales.

El encargado de la Sección de Pernos y Pernitos, emocionado por la luminotécnica del crepúsculo, tiró de bandurria y se puso a cantar una romántica canción napolitana.

—¡Qué hermoso está el cielo con esa luz rojiza! —poetizó un fogonero—. Parece un horno de fundición.

Para no cansar: lo pasamos de maravilla.

Y a la mañana siguiente, el trabajo en la «Maquinaria Industrial» se reanudó a la hora en punto, con la dotación de obreros completa. Don Sabino no fue capaz de regañar a nadie, porque ¡estaban todos tan contentos y trabajaron con tanto entusiasmo!...

PEDAZO VII

AUNQUE LOS MÓVILES de aquella primera huelga fueron puramente bucólicos y no había tras ellos ninguna razón política, los agitadores habían logrado su propósito de sentar un precedente. Roto el fuego, a pesar de la inocencia con que se rompió, fue sencillo en lo sucesivo propagar el virus huelguístico. Es comprensible, además, que este virus sea muy contagioso, porque no existe en el mundo entero un solo trabajador que desdeñe un buen pretexto para no trabajar.

Apoyados en el ejemplo que dio la industria de don Sabino —el cual como ya dije perdonó la travesura de su personal pues la gente de Bilbao, donde llueve tantísimo, comprende mejor que nadie la ilusión que hace disfrutar en el campo de un día soleado—, los revolucionarios extranjeros lograron que el caso empezara a repetirse con una frecuencia alarmante. Esa gentuza colada de matute en el país, cuyos apellidos sonaban al ruido que se hace para expulsar una flema, extendieron la epidemia a todos los centros fabriles:

Un día eran los obreros de las industrias lácteas, que se declaraban en huelga de tetas caídas para exigir que les dieran un vaso de leche a media mañana; otro día los de la Casa de la Moneda, que querían ganar más monedas de las que se hacían en la casa; otros los mineros, que pedían guantes alegando que se manchaban mucho las manos al extraer el carbón... Desde las fábricas, la moda de las huelgas se extendió a los gremios. Y ya no hubo forma de poder hacer una comida completa, porque un día eran los panaderos, que no hacían el pan; al siguiente los carniceros, que no mataban las reses; y al otro eran los cafeteros, que se negaban a tostar la achicoria.

También a la escuela llegaron salpicaduras de la marea política que crecía sin cesar: el ennegrecido retrato de aquel indefinible Alfonso sufrió el impacto de algunas pelotillas de papel mascado, que se quedaron adheridas al rostro del lienzo como lobanillos.

—¡A ver si respetamos un poco a Su Majestad, cáscaras! —se indignaba la maestra sacudiendo un reglazo en el cráneo infantil más próximo.

Pero el barco de la Monarquía estaba ya escorado, y hasta los niños comprendíamos que no podría flotar mucho tiempo.

—¿Qué es un republicano? —pregunté a mi padre, pues se hablaba de ellos en todas partes.

—Un señor que lucha para que le dejen decir todo lo que piensa, y que cuando al fin le dejan resulta que no tiene nada que decir.

—¿Y un comunista?

—Un mangante que, como no fue capaz de tener nada por su propio esfuerzo, pretende que los demás repartan sus cosas con él.

—¿Y qué es la paz?

—Lo poco que queda después de una guerra.

Todo el mundo hablaba de «la Política», como si fuera el mote de una fulana de postín que diese un escándalo todos los días.

—Mi papá es comunista —me confesó una vez en clase mi compañera de pupitre, que se llamaba Encarnación no sé por qué pues tenía poquísima carne.

—¿Y él sabe lo que es eso?

—No —confesó la chica—. Pero es fabricante y vendedor de molinillos de papel; de ésos que valen una perra gorda y dan vueltas en la punta de un palito. Ya sabes que se hacen con papel rojo. Y como toda la propaganda comunista la imprimen en ese color, mi padre ha hecho un negocio estupendo: por una peseta que paga de cuota al mes, le dan todos los días un montón muy grande de octavillas para que las reparta. Como sólo están impresas por un lado, doblándolas con el texto hacia dentro sale de cada una un molinillo precioso. Y se ahorra varios duros de material.

—Si todos los comunistas fuesen como tu padre —comenté—, no estallarían nunca la Revolución Mundial.

—Pues papá dice que es un comunista convencido.

—¿Convencido de qué?

—De que el comunismo es un negocio colosal.

—Es muy listo tu papá.

—¡Ya lo creo! El mes que viene, para aumentar el surtido de su mercancía, piensa hacerse también de Acción Católica. Como los papeles que dan allí para repartir son de color azul celeste... ¿Te imaginas lo bonito que hará su gran pirulí de paja cuando pinche en él los molinillos azules y rojos, y giren con el viento todos juntos?

—Puede que giren todos —admití—, pero no creo que lo hagan juntos. Se armará una ventolera tremenda.

Había, como puede verse, cierta frivolidad y bastante egoísmo en las ideas del padre de Encarnación. Muchos en España eran tan indiferentes como él y se hacían de un partido u otro sin convicción, únicamente por poder ponerse alguna insignia en la solapa y no llevar el ojal tan desairado como un roto. Sólo unos pocos eran fanáticos, de ésos que en las huelgas de brazos caídos los levantan siempre para tirar una piedra a un escaparate, o para descalabrar a un guardia.

Con todos estos dimes y diretes, las señoras más gordas de la capital estaban alarmadísimas; y entre taza y taza de chocolate, con los carrillos repletos de picatostes a medio masticar, comentaban:

—La culpa de todo la tienen los obreros parados. El obrero tiene que estar siempre en marcha, porque en cuanto se para se le enfrían los sentimientos y es capaz de cualquier barbaridad.

Hasta que un día las cosas se agriaron tanto y se pusieron tan feas que vino la

República. Y el Rey tuvo que irse a freír *asperges*. Y digo espárragos en francés, porque se fue a freírlos a París.

Yo no entiendo mucho de regímenes, porque el único régimen que me ha preocupado toda la vida ha sido el de adelgazar. Pero noté que había venido la República en que se izaron muchas banderas y se arriaron muchas corbatas. Me pareció que Madrid se quedaba como esos pisos de lujo en que se van los señores a pasar una temporada en el extranjero, y los criados aprovechan la ausencia para invadir el salón, el comedor e incluso la alcoba de sus amos.

—¡Oiga! —anunció la portera llamando a la puerta de nuestra casa—, ¡que ha venido la República!

Y mi madre, creyendo que sería una vecina que venía a visitarla, gritó:

—¡Que pase!

Y pasó en forma de una música estridente que tocaba una radio de la vecindad.

—Es el Himno de Riego —me explicaron.

Me quedé perpleja, porque nunca me dijeron que esos fulanos de la manga tenían un himno. Y me pareció una ironía que hubieran elegido ése para convertirlo en nacional precisamente, pues las calles estaban más sucias que nunca y nadie las regaba.

Pero a mí todos aquellos jaleos, en el fondo y en la forma, me importaban un pimiento. Yo seguía estudiando con la señorita Ernestina, aprendiendo que «pi» no es tan sólo lo que hace el tren, sino un símbolo griego con más conchas que un galápago. Y cosas de ésas, a cual más curiosas.

El único cambio que hubo en la escuela fue la desaparición del cuadro de aquel borroso Alfonso. Su ausencia dejó en la pared un rectángulo más claro en el que nuestras retinas, habituadas a él, seguían viéndole como si realmente estuviera.

El nuevo régimen, eufórico, decretó para festejar su victoria una amnistía escolar general. Y en el mes de junio, al finalizar aquel curso, aprobaron hasta los más zotes. Gracias a lo cual aprobé yo también, que siempre fui bastante zota. Se nos dio la consigna de que en los exámenes, para responder a las preguntas cuya respuesta no conociésemos, dijéramos sencillamente «¡Viva la República!». Yo seguí al pie de la letra estas instrucciones, estuve una noche en vela estudiándome bien la frasecita, y mi examen se desarrolló así:

—Señorita Rosa López, ¿cuál es el postulado de Arquímedes?

—¡Viva la República! —contesté sin vacilar.

—Muy bien —dijo el catedrático satisfecho, pues obtuvo la plaza en tiempos del Rey y ya era muy viejecito para correr el riesgo de perderla—. ¿Y puede usted decirme la frase que pronunció Felipe II cuando supo que una tempestad había aniquilado su Armada Invencible?

—¡Viva la República! —repliqué impertérrita.

—Exactamente —aplaudí el tribunal, con grandes meneos de cabeza para demostrar el asombro que le producía la perfección de mi respuesta—. Pasemos ahora a un problema de matemáticas: ¿Qué haría un terrateniente monárquico si le ordenasen repartir sus dos mil seiscientas hectáreas de tierra entre mil trescientos colonos de la reforma agraria?

Dudé un instante y respondí:

—Diría «¡Viva la República!». Y conservaría sus tierras intactas, enviando los colonos al demonio.

—¡Bravo! —exclamó el catedrático, cobista.

Y me puso un sobresaliente con letras tan gordas, que sobresalían de la papeleta como si fueran de bulto.

En lo tocante a intelecto, como puede verse, mi desarrollo dejaba mucho que desear. Físicamente en cambio, me desarrollaba a una velocidad de planta tropical. Comprendí que ya era una mujer en aquellos años al ponerme un ceñido «jersey». Meses después mi trenza, de pelo castaño, se desprendió de mi cabeza en la peluquería, como la cola de un renacuajo al convertirse en rana.

Tuve que dejar de ir a la escuela, pues mi presencia soliviantaba a los alumnos que habían ido creciendo al mismo ritmo que yo. Y no me sorprende la excitación de los muchachos porque, dicho sea sin pizca de modestia, me estaba poniendo de campeonato: mis ojos, cada vez más grandes y más verdes, despedían unas miradas que arrancaban la chispa de un piropo a hombres duros como el pedernal. Mis pechos eran tan perfectos como los que salen en los anuncios de los sostenes, con la ventaja sobre ellos de que no hacía falta sostenerlos. Me sentía también orgullosa de mi cutis, en cuya suave tersura no creció jamás la mala hierba de un grano. De mis piernas prefiero no hablar, porque pienso lucirlas bastante en los capítulos siguientes y ya tendré ocasión de describirlas con detalle.

Los vecinos, al verme, hacían comentarios elogiosos.

—Es una chica que promete.

—Lo malo es que no da lo prometido.

Y me devoraban con los ojos, para digerirme después en sus cerebros.

A mi madre se le caía la baba conmigo y tenía que secársela con su delantal. Por las noches, a la hora de sardinear, hablaba siempre de mí:

—Esta niña llegará muy lejos.

—¿A qué le llamas tú lejos? —preguntaba mi padre, escéptico.

—A la India, por ejemplo. Yo sería feliz en la India.

—¡Toma, claro! Tú sí, porque eres lavandera y allí todo el mundo se viste con sábanas. Te harías millonaria. Pero Rosita...

—Rosita podría casarse con uno de esos *agas kanes* que ganan de sueldo su peso en diamantes, por lo cual están tan gordos los muy astutos.

Y así, con aquellos fantásticos proyectos de mis padres para mi futuro, fui pasando lo que podríamos llamar la adolescencia. Y se lo llamamos. Pero mientras llegaba el momento de emprender mi quimérico viaje a las sagradas aguas del Ganges, tuve que conformarme con pasear alguna vez por las sucias orillas del Manzanares. Por algo se empieza, ¿no les parece?

PEDAZO VIII

SI LES CUENTO de qué modo tan tonto me quedé huérfana, se morirán de risa. A mí, claro está, no me hizo ninguna gracia. Pero es natural que lo que les divierte a unos, les fastidie a otros. Se lo contaré de todos modos para que ustedes juzguen.

Siguiendo la moda de la época, mi padre había terminado por afiliarse a un partido político. Con la República se aficionó mucho la gente al deporte de tener opiniones propias, y surgieron docenas de partidos para todos los gustos y fortunas.

Los había de lujo, con alfombras de nudo en sus oficinas y jefes que iban de chaqué a todas partes como si fueran los novios de la Patria. Tenían ideas «conservadoras», llamadas así porque pretendían que sus ricos afiliados conservaran intactas sus cuantiosas fortunas.

Los había también de categoría más modesta, para la clase media, con programas seductores que prometían aumentos de sueldo, pagas extraordinarias y excursiones a Alicante en autocar.

A medida que disminuían los recursos económicos de los partidos, aumentaba la virulencia de sus ideas. Es natural que pida más el que tiene menos. Por eso las agrupaciones revolucionarias, en cuyos domicilios sociales sólo había una mesa de pino, el retrato de un señor hosco con barba y una hucha de barro donde cabían todos sus fondos, prometían solamente colgar a los ricachos de los faroles para vaciarles los bolsillos sin que protestaran.

Cada partido, como es natural, tenía un nombre que expresaba el contenido de su ideario y que se resumía para abreviar en un conjunto de iniciales: uno, por ejemplo, se llamaba «P.E.P.E.» (Partido Español Progresista Etcétera); otro «P.A.C.O.» (Partido Anarquista Contra Opresión); otro «F.E.D.E.R.I.C.O.» (Federación Estupenda De Escogidos Revolucionarios Ibéricos Campesinos Obreros); otro «J.O.S.E.F.I.N.A.» (Junta Organizadora Señoras Educadas Fiestas Interesantes Nada Aburridas)... Había también otros que se llamaban la «C.E.D.A.»; y la «J.O.T.A.» (Juventudes Opulentas Tranquilas Amables); y la «U.V.E.» (Unión Vanguardistas Estudiantes)...

Los partidos más violentos, que siempre andaban pegando tiros y poniendo petardos, adoptaron nombres que sonaban a explosión: «P.U.M.» (Partido Único Mundial), «P.L.A.F.» (Porrazos Lapos Achuchones Federados), «C.A.T.A.P.L.O.M.» (Comité Administrativo Tortazos A Personas Liberales O Mentecatas)...

El de mi padre pertenecía a este último grupo y, aunque también tenía nombre de explosión, era la menos estrepitosa de todas y al pronunciarlo sonaba a ruidito: su partido se llamaba «T.I.L.I.N.» (Trabajadores Independientes Libertarios Industria Nacional).

—Debiste afiliarte a un partido con nombre más varonil —le reprochó mi madre al ver su «carnet»—. Por heroicas que sean las machadas que hagáis los del «Tilín», con ese nombrecito siempre pareceréis mariquitas.

—Pues te advierto que hay partidos con nombres peores todavía —le consoló mi padre—, existe uno que se llama «P.I.S.» (Partido Internacional Socialista), y otro que atiende por «S.A.R.A.S.A.» (Sindicato Acción Republicana Agrícola Sociedad Anónima). ¿Qué cara hubieras puesto si te digo que al salir de la fábrica me hice «pis», o que acabo de hacerme «sarasa»? El «Tilín» en cambio, a pesar de su sonido tan discreto, armará mucho alboroto.

Y tanto que lo armó. Como todos los partidos humildes y más bien analfabetos, el «Tilín» carecía de oradores ricos en palabras cuyas voces propagaran sus ideas. Por eso tuvo que adoptar como lema de su propaganda un refrán ligeramente modificado, que siempre dio resultados excelentes a todos los perturbadores: «A falta de voz, buenas son bombas». Nadie ignora que el poder persuasivo de un breve bombazo es diez veces superior al de un largo discurso. Una esquirla de metralla penetra con más facilidad en la frente de un reacio a una doctrina que cien «latiguillos» retóricos. La onda expansiva de un kilo de trilita queda más grabada en la memoria que el sonido de un quintal de metáforas. Los dirigentes del «Tilín» lo sabían y utilizaban el procedimiento con gran asiduidad: rara era la semana que no ponían media docenita de bombas al Presidente de la República, que era, según ellos, el que tenía la culpa de todo.

—¿Qué pretendéis conseguir poniéndole bombas al Presidente? —preguntó mi padre a sus compañeros cuando ingresó en el partido.

—No seas ingenuo —le contestaron— con la política nunca se consigue nada, pero el caso es hacer ruido.

Y hay que reconocer que ellos lo hacían mejor que nadie. Varias veces estuvieron a punto de reventar al Presidente en mil pedazos, feliz circunstancia que valió al «Tilín» grandes elogios en la prensa de tendencia moderada.

Ayer —escribían los críticos de atentados que entonces había en todos los periódicos— estalló una magnífica bomba en la residencia presidencial. Pocas veces hemos visto una bomba tan bien puesta y de una eficacia destructora tan positiva. Jamás oímos una detonación tan nítida, que fue escuchada en toda su pureza en dos kilómetros a la redonda: un bellissimo «do» mayor, tirando a «re» menor, que hizo durante tres segundos las delicias de los melómanos. Pese a la hermosura del estampido, la metralla no supo estar a la altura de las circunstancias y ni un solo pedazo alcanzó al Presidente. ¡Qué se le va hacer! Otra vez será. Aunque el artefacto no iba firmado, su excelente calidad nos hace sospechar que su autor fue el partido «tilín», que tantas pruebas viene dando de pericia pirotécnica.

Críticas así, favorables unas y adversas otras, aparecían diariamente en la prensa

matutina. Aquel Presidente, que tenía nombre de línea ferroviaria —Alcalá-Zamora—, se convirtió durante esa época tumultuosa en una especie de «pim-pam-pum» (más bien «pum» que «pim»), al que todos tiraban pelotas de explosivos. El pobre hombre se llevaba unos sustos tremendos, y de buena gana hubiese firmado un decreto prohibiendo que se practicara tan peligroso deporte con su republicanísima persona. Pero ¿cómo iba a coartar la libertad individual con una prohibición, puesto que la República que él presidía vino precisamente para asegurar todas las libertades?

Consultó tan delicada cuestión con sus ministros, que aún tenían las carteras nuevecitas y con la etiqueta del precio colgando.

—¡Claro que no puede prohibirlo, criatura! —le dijeron—. Si impide usted al pueblo sus expansiones y las coarta egoístamente pensando en su seguridad personal, le llamarían tirano con muchísima razón.

—Yo no digo que no tiren bombas, entiéndanme —se excusó el Presidente, temeroso de que le llamaran reaccionario—. Pero podrían aconsejarles, por ejemplo, que se las tiraran a su padre.

—Pero si al pueblo soberano le apetece tirárselas a usted, tiene usted que chincharse. Para algo es el pueblo soberano.

—Eso digo yo —se apresuró a mentir el Presidente, que en realidad no lo había dicho—. ¿Y no habría forma de sugerir a esos simpáticos muchachos que me tiraran otras cosas? Pelotas de goma, por ejemplo; o bolas de billar...

—Si a ellos les gustan las bombas...

—Pero a mí, no, ¡qué demonio! —se le escapó al Presidente.

Entonces los ministros le miraron con desconfianza y le dijeron muy dolidos:

—Pues, hijo: para presidir con tantos melindres, más valía que se hubiera quedado en casa.

Y él, temiendo que le destituyeran del opíparo carguito, añadió precipitadamente:

—Quizá fuera posible lograr al menos que las bombas estallaran todos los días a la misma hora. No sería tan difícil: como son de relojería... Así el estampido no me cogería de sorpresa, que es lo que más asusta. La bomba del martes estalló por la mañana, cuando me estaba afeitando, y me corté con la navaja; la del miércoles al mediodía, cuando estaba comiendo, y me atraganté con la sopa; y la del jueves fue la peor, porque estalló de noche, cuando estaba empezando a dormirme, y me desveló por completo.

—Eso puede conseguirse —concedió el ministro de la Gobernación—. No creo que al pueblo soberano le importe hacerle ese favor. No privándole de las bombas, el horario de explosión es lo de menos. ¿A qué hora le conviene que estallen?

—Convenirme, lo que se dice convenirme, a ninguna —se sinceró el Presidente—. Pero si no hay otro remedio, a las cinco en punto de la tarde. Es la hora ideal, porque así el estallido no me chafa la siesta y me sirve de despertador. Al oír el

bombazo de las cinco me levantaré, tomaré el té y saldré después a presidir tan fresco.

El ministro de la Gobernación mandó una carta muy amable a los dirigentes del «Tilín» y a todos los demás partidos extremistas, transmitiendo la súplica del Presidente. Y todos accedieron con mucho gusto, pensando que alguna vez podían necesitar un favor del Presidente, y convenía tenerle contento. El «P.L.A.F.», cobista, además de acatar la hora que fijó, tuvo la deferencia de prometerle que envolvería sus bombas en una toalla de felpa bien gorda para que no hicieran tanto ruido.

A partir de entonces se pusieron en hora todos los aparatos de relojería destinados al señor Alcalá, y el «five o'clock estampido» se produjo puntualmente.

La fijación de este horario no alteró en absoluto la costumbre del «Tilín», que continuó poniendo sus bombas en el domicilio presidencial con la misma regularidad que antes. Todos los afiliados se turnaban en esta tarea, y cada día le tocaba a uno distinto.

Hasta que al fin le tocó a mi padre. El «compañero Bartolo López», como le llamaban en el seno del partido, recibió la orden de presentarse en la Secretaría a recibir instrucciones. Allí le entregaron un paquetito con un kilo de explosivos a granel, dos kilos de metralla picada y el aparato de relojería aparte.

—Aquí tienes los ingredientes —le dijeron—. Te los damos sueltos porque así nos salen más baratos. Prepara tú mismo la bomba y la pones mañana sin falta a la puerta del Presidente, para que estalle a las cinco.

—¿Y no podría mandársela con un «botones»? —sugirió mi padre, miedica.

—Eso sólo lo hacen los cochinos burgueses.

—Pero dándole al chico una buena propina...

—Eso sólo lo hacen los cochinos capitalistas.

Mi pobre papá llegó a casa por la noche muy apurado y puso aquellos materiales encima de la mesa.

—¿Tú sabes preparar una bomba? —le dijo a mamá esperanzado, pues ella siempre se dio buena maña para la cocina.

Pero ella, que sabía preparar platos muy difíciles, confesó avergonzada que no conocía ni una sola receta de esa clase.

—Pues no parece tan complicado, mujer. Supongo que se hará lo mismo que una croqueta muy grande, amasada con trilita en lugar de harina.

Fui yo la que salvó la situación al recordar que en un bajo de la casa vivía doña Libertad, viuda de un anarquista francés que perdió la vida jugando a las balas en un tiroteo con la policía. Y como los anarquistas entienden de bombas más que nadie, a mi padre le pareció magnífica mi idea y bajamos corriendo a visitarla con todos los elementos para confeccionar el pildorazo.

Doña Libertad, que estuvo casada como acabo de decir con un anarquista francés,

se apellidaba Atchís por parte de esposo. Y como su apellido sonaba a estornudo, siempre que lo decía la gente se apresuraba a replicar «¡Jesús!», creyendo que había estornudado. Las presentaciones, por lo tanto, se desarrollaban siempre así:

—Yo soy la viuda de Atchís.

—Jesús.

—Gracias.

Nos recibió muy amablemente, porque ya nos conocía de cruzarnos con ella en el portal. Y la vecindad por sí sola, entre la gente modesta, constituye casi un parentesco.

Doña Libertad era una mujer madura, ajada, tierna, fofa y dulce. Tenía, en fin, las mismas características que un plátano pocho. Nos condujo a su cuarto de estar —de estar mal porque sólo había una silla—, y mi padre explicó el apuro en que se hallaba por no saber preparar la bomba que debía poner al día siguiente.

—No se preocupe —se le iluminó la cara a doña Libertad—, yo se la prepararé con mucho gusto. Es mi especialidad. A mi difunto Fefé, que en el infierno esté, se las preparaba yo todas las mañanas en una cestita cuando salía a trabajar. Porque mi difunto Fefé, que en el infierno esté, en vez de llevar una tartera con el almuerzo como los demás obreros, llevaba siempre una cestita con una bomba. Y la bomba tenía que ser buena porque él era muy exigente para las cosas de matar. Yo tenía que esmerarme mucho: si la bomba no estaba en su punto, volvía a casa sin haberla lanzado. Pero el día que me salían bien, en cambio, regresaba chupándose los dedos. Gracias a esto llegué a preparar unas bombas tan sabrosas, que casi todas las mujeres de los revolucionarios acabaron por traerme los ingredientes a mi casa para que yo se las preparara.

Doña Libertad, confidencial, se volvió a mi madre bajando un poco el tono de su voz:

—Y la receta es sencillísima. Usted misma, por bruta que sea, puede prepararla en lo sucesivo en un abrir y cerrar de ojos. Se echa el explosivo en una perola, se añade después la metralla poco a poco, y se revuelve la mezcla con un cucharón de mango largo. Cuanto más largo sea el mango mejor, porque así el revolvedor estará más lejos de la perola si estallara en alguna de las revueltas. Hecho esto se deja reposar la mezcla en sitio fresco, con el fin de que la metralla se empape de explosivo. Luego se unta el recipiente de la bomba con mantequilla para que el contenido no se pegue a las paredes, y se rellena después con la mezcla hasta los topes. Se coloca por último el aparato de relojería, y se sirve a domicilio añadiéndole una guinda.

—¿Para qué sirve la guinda? —preguntó papá.

—Para quitarle al bombardeo el mal sabor de boca que le deja la explosión.

—Pues la receta, en efecto, parece fácil —comentó mi madre.

—También es fácil la de la paella y son pocos los que saben darle el punto exacto

—se pavoneó doña Libertad—. Lo difícil en las bombas, como en el arroz, son las cantidades. Si pone usted mucha agua en la paella, le sale una pasta intragable; y si pone mucha metralla en la bomba, le sale un churro incombustible.

Y la viuda de Atchís (Jesús. Gracias) inició el mutis hacia la cocina para prepararle la bomba a mi papá.

—¿La quiere usted corriente o con sorpresa? —preguntó antes de salir.

—¿En qué consiste la sorpresa?

—Las tengo de varias clases, a gusto del consumidor. Una consiste en que, al estallar la bomba, salta por el aire un pequeño polichinela de trapo con un paracaídas de papel. En otra, en vez del polichinela aparece un soldadito tocando la trompeta. Pero la más vistosa de todas es una que, al producirse el estallido, lanza un hermoso chorro de fuegos artificiales.

—No sé si al Presidente le gustarán esas frivolidades —dudó mi padre, que era muy mirado.

—Haga lo que guste —dijo doña Libertad para picar su amor propio—. Pero le advierto que la semana pasada preparé una bomba para el Presidente por encargo del partido «Cataplom», y me dijeron que le pusiera el soldadito de la trompeta.

—En ese caso —dijo papá que no quería ser menos—, póngale el polichinela. Pero vístalo con un trajecín de colores severos. Una bomba, al fin y al cabo, es una cosa muy seria.

Una hora después, salíamos del piso de la viuda de Atchís (Jesús. Gracias) con la bomba preparada. Era una hermosa bomba, gorda y brillante, esférica como un orinal y del mismo tamaño aproximadamente. Tenía también un asa para manejarla con más facilidad y nos recomendaron que la dejáramos durante la noche en la fresquera con el fin de que conservara en la explosión del día siguiente todo su aroma.

—Puedes estar orgulloso —le dijimos a papá cuando nos fuimos a dormir, colocando cuidadosamente el artefacto en la ventana de la cocina junto al cuecelech —. Pocas bombas le habrán puesto al Presidente tan bonitas y bien preparadas. A lo mejor te condecoran con el Gran Cordón del Chupinazo Presidencial.

—O a lo mejor me meten en la cárcel —dijo papá que estaba algo nerviosillo.

—¿En la cárcel? ¿Por qué? —se extrañó mi madre—. Si fueras a ponerle otra cosa, no digo. Pero una bomba, que se la pone todo el mundo...

Mi padre, inquieto a pesar de todo por la responsabilidad que su partidito había echado sobre sus hombros, no pudo juntar los párpados en toda la noche. Mi madre, en cambio, durmió tan profundamente, que tuve que despertarla a la hora del desayuno echándole chorritos de café caliente por las orejas.

Ajenos al triste final que tendría la jornada, mi pareja de padres se preparó para el acontecimiento con mucha ilusión. Aunque era sábado, papá decidió ponerse el traje de los domingos para que el Presidente no dijera que menudos tíos fachosos le

mandaba el pueblo soberano para ponerle bombas.

—Tienes razón —le apoyó mamá—. Pero si llevas el traje de los domingos, aléjate cuando estalle la bomba no sea que te chamusque la solapa.

A última hora, cuando mi padre estaba ya hecho un *dandy* extremista (chaqueta «mil-rayas» y chaleco «mil-puntos»), decidió mamá ir con él para llevarle la cesta de la bomba.

—Es más propio que la lleve una mujer —le convenció—. Si con la cara de cerril que tienes te ve la policía acercarte a la casa del jefazo llevando una cesta, no creas que pensará que le llevas unas fresas que cogiste para él en el bosque.

—Puedo decir que le llevo un rico bizcocho a su abuelita.

—Tampoco te creerían.

Por tratarse de una ocasión trascendental, mamá decidió acompañarle con todos sus perifollos puestos. Tardó bastante en emperifollarse, pues el total de sus perifollos ascendían a cuatro. A saber: agujón con un cacho vidrio presumiendo de brillante, taladrando su moño; recia blusa verde reforzada con flejes de acero, para embalsar su busto rebosante de kilowatios carne; broche de oro de medio quilate (llamado también purpurina), con montura de imperdible inoxidable; y zapatos de piel de lagartija (mucho más apreciada que la de lagarto, debido a la pequeñez de estos animaluchos y a la dificultad de coser sus pielecitas hasta lograr la superficie necesaria para cubrir unos pies adultos).

Terminados sus laboriosos preparativos, que se prolongaron hasta el mediodía, mis padres me dieron sendos besos en la frente y se encaminaron hacia la parada de tranvías más próxima.

—Volveremos en cuanto papá cumpla con su deber —fue la última frase que me dijeron.

Iban los dos del brazo, como un inocente matrimonio pueblerino, y mi madre llevaba el explosivo en la cesta cubierto con una servilleta.

—Así parecerá la comida que le llevamos a un hijo preso —había dicho mamá, que a veces era muy psicóloga.

Andando de prisa, temerosos de que se les hiciera tarde, llegaron a la parada en la que un grupo de personas esperaba también a los cacharotes desvencijados de los trayectos arrabaleros. Y como mis papás desconocían los itinerarios de las líneas tranviarias que recorrían los enrevesados intestinos de la ciudad —recuerden que sólo estuvieron un día en Madrid durante su viaje de bodas—, acordaron preguntar a sus compañeros de parada la combinación mejor para llegar al domicilio del Presidente.

—Ustedes perdonen —dijo papá dirigiéndose al grupo—. ¿Para ir a la calle de Ramírez Prados?

—Cojan un «36» hasta la Plaza del Minarete —le aconsejó un anciano vivaracho —, y suban después la Cuesta de la Pécora hasta la esquina de Tirabuzón.

—Mejor será que tomen un «17» hasta la calle de la Peineta —intervino un joven prósbita—. El trayecto es algo más largo, pero en cambio se ahorrarán la cuesta.

—¡Qué disparate! —terció una viuda con cara de clase pasiva—. Deben tomar un autobús en la Avenida del Sargento, que les dejará en la misma calle de Ramírez Prados.

—Pero tendrían que transbordar en el Callejón del Ceporro —refutó un funcionario chatillo—. En cambio, si cogen el «metro» en General Pum y se apean en la estación de Molinete...

—Pésima combinación —cortó un pollo con cara de gallo—. Lo más directo es tomar el autobús en Capitoste y bajarse al llegar a la Plaza del Trabuco.

Pasaron varios tranvías sin que el grupo de personas serviciales se pusiera de acuerdo sobre cuál era el que más convenía a mis papás. Dentro de la cesta, que mi madre llevaba al brazo con desparpajo, el aparato de relojería de la bomba latía con inexorable tictac aproximándose a la hora fatal.

—¿Y por qué no cogen un «22» en la Ronda de la Estrella? —sugirió una cocinera con un pez vivo en el capacho.

—Van siempre llenos y tardarían una barbaridad —rechazó una enlutada circunspecta—. Más les valdría ir a pie hasta el Vinoducto, y tomar allí un autobús del disco «Ensanche».

—Yo, en el pellejo de ustedes, cogería un «6» en el Parque hasta el cruce del Archipreste Cirilo —recomendó un tenedor de libros tan delgado que, en lugar de un tenedor parecía un cuchillo.

—Háganme caso a mí —quiso imponerse un gordinflón, atrayendo a mi padre por un brazo—, llegará en un periquete tomando un «12» en Ribete.

—¡Eso es mentira! —aulló la enlutada.

—Ya lo sé.

—¿Y por qué lo dices entonces?

—Porque cae en verso.

—¡Basta de tonterías! —se encocoró un anciano vivaracho—, tomen decididamente un autobús hasta la iglesia de San Filiberto, y suban después por la Travesía del Escobón.

—Pero es más directo un «17».

—Y más rápido el autobús.

—No hagan caso: tomen el metro en General Pum.

—¡Nada de eso! Cojan el autobús en Capitoste.

—Pues muchas gracias —saludaron mis padres, alejándose del grupo.

Y se fueron andando a buscar un taxi.

La amabilidad de aquella gente les hizo perder tres preciosos cuartos de hora. Porque si en circunstancias normales suele decirse que el tiempo es oro, en aquella

ocasión cada minuto era un rubí. Los latidos del corazón de la bomba se oían bajo la servilleta con nitidez desesperante. En un reloj lejano y grandote dieron las tres. Y los presidenticidas (¿no se llaman regicidas los que ponen bombas al rey?) aceleraron el paso, dirigiéndose hacia zonas de tráfico rodado más intenso donde pudieran encontrar un vehículo de alquiler.

—Aún faltan dos horas hasta las cinco —dijo mi padre para tranquilizarse.

—Pero conviene ir tempranito no sea que cuando lleguemos, otro partido más madrugador le haya puesto al Presidente una bomba suya. Y como sólo dejan ponerle una diaria...

—No seas pesimista, mujer —interrumpió papá poniéndose nervioso—. ¡Maldita sea!... Basta que uno necesite poner una bomba urgente para que no haya forma de encontrar un taxi.

Dieron las tres y cuarto en el mismo reloj lejano, e incluso las tres y media, y mis progenitores continuaban trotando sin encontrar un transporte en el que apoyar el trasero.

Pasaban tranvías con racimos de personas en los estribos, atestiguando que la cosecha de viajeros aquel año había sido óptima. La caminata los condujo hasta el centro de la ciudad, donde al fin encontraron un vetusto simón movido por un motor de un solo caballo. Pero el cochero pese a su decrepitud sólo comparable a la del carruaje que pilotaba, se había modernizado para ponerse a tono con los tiempos: vestía un precioso uniforme de chófer con gorra de visera y cien pares de botones, y llamaba a su caballejo *Hachepé* como si fuera un caballo de fuerza.

Exhaustos —palabra que emplean los escritores cultos para describir el estado físico que los demás llamamos «hechos polvo»—, montaron mis padres en el coche y dieron las señas del domicilio presidencial. *Hachepé* relinchó acusando recibo de un latigazo propinado por su amo, y puso en marcha sus escasas reservas de energía. A la velocidad de un peatón ligeramente apresurado, el castizo trasto se encaminó a su destino.

—¡Agárrense bien al asiento! —gritó con astucia el conductor para infundir a sus pasajeros una imaginaria sensación vertiginosa.

Pero mis padres, olvidados por un momento de su grave preocupación, no le hacían caso y gozaban como niños del paseo en coche abierto. Hacía una tarde espléndida. Algunas nubes color de trapo de limpiar el polvo, pasaban ante el sol frotando su superficie y sacándole brillo. Las calles, como era sábado por la tarde, estaban llenas de mecanógrafas a la caza de incautos que las invitaran el domingo a merendar. Las amas de cría, en las aceras soleadas, daban fuertes bofetones a los niños confiados a su custodia: como no eran suyos...

—Deberían encargarte que pusieras bombas más a menudo —dijo mamá—. Es un pretexto estupendo para dar un paseíto por la ciudad.

El padre de Encarnación, aquella chica que fue mi condiscípula, pregonaba por los anchos bulevares sus rojos molinillos de papel hechos con proclamas del partido comunista. Y en su pirulón de paja, junto a los rojos, figuraban también los azules de Acción Católica; y otros blancos sencillamente, que debían de pertenecer a uno de esos partidos centristas que no quieren meterse en líos.

Un heladero prematuro, al darse cuenta de que aún hacía fresco para vender su mercancía, gritaba capciosamente junto a su carrito:

—¡Helados calentitos!

Hachepé, eufórico, inició un conato de trote que su dueño cortó en seco por temor a que el esfuerzo le produjera una hernia.

—Si llego a sospechar que íbamos a poner la bomba en coche de caballos —comentó mamá repantigándose ostentosamente en el asiento— me hubiera puesto el mantón de Manila.

La momentánea distracción del paseo se esfumó en cuanto llegaron a la calle de Ramírez Prados. En el acto recuperaron la conciencia de su responsabilidad. Eran ya más de las cuatro y el reloj de la bomba continuaba aproximándose al último minuto de su carrera.

—¿A qué número de la calle van ustedes? —preguntó el cochero desde su pescante.

—A la casa del Presidente de la República —contestó mamá, indiscreta como todas las mujeres.

—¿Son ustedes amigos suyos?

—Admiradores nada más, que vamos a llevarle un regalito —disimuló papá.

—Comprendo que le admiren —dijo el cochero, convencido—. Porque hace falta tener mucha cara para atreverse a presidir esta birria.

A cien metros del palacete presidencial mandó papá detener el carruaje, debido a que todos los revolucionarios tenían la obligación de poner las bombas a pie. Sólo la «C.E.D.A.» y otros partidos derechistas podían ponerlas en auto o a caballo, porque para eso eran señoritos con dinero suficiente para hacer política por todo lo alto.

Se apearon ambos con la cesta, despidieron a *Hachepé* y anduvieron el trecho que faltaba silbando «La Marsellesa» para despistar. Llegaron sin novedad a la puerta del palacete. Pero cuando ya se disponían a depositar su ruidosa carga en el umbral, se les acercó un guardia que estaba de ídem.

—¿Qué desean? —masculló el agente, que debía de tener muy malas pulgas a juzgar por las ronchas que se le veían en la cara.

—Venimos de parte del partido extremista «Tilín» —explicó mi padre—, a ponerle esta bomba al Presidente.

Y mamá se apresuró a levantar la servilleta que cubría la cesta, para que el guardia viese que era cierto y que no se trataba de un subterfugio para ponerle algo

peor. Pero el guardia se echó a reír:

—¡A buenas horas, bombas verdes! —dijo cuando se calmó—. Antes de las dos vinieron a poner la bomba de hoy.

A mi padre se le cayó el alma a los pies y tuvo que agacharse a recogerla para no pisársela al andar.

—¿Es posible? —dijo al fin, palidísimo.

—Ahí la tienen, mírenla —repuso el agente señalando un rincón del quicio que se hallaba en penumbra.

En efecto: una bomba algo menor que la de mis padres, pero tan redonda y bruñida como la suya, latía con viveza en espera de su hora de estallar.

—¡No hay derecho! —protestó mi madre—. ¿Qué culpa tenemos nosotros de no haber encontrado un taxi?

—Tampoco la tengo yo, señora —se encogió de hombros el guardia—. El que fue a Sevilla, perdió su bombilla.

—¿Y quiénes han sido los aprovechados que nos han quitado el puesto? —indagó mi padre furioso, mordiéndose el labio inferior porque al superior no llegaba.

—Los «Caperucitos Rojos» —informó el agente.

—¿Los «Caperucitos Rojos»? —repitió mi padre, perplejo—. Nunca oí nombrar ese partido.

—Más que partido —dijo el polizón—, es una especie de sociedad secreta sin domicilio social conocido. Sus miembros se reúnen en sótanos misteriosos, donde practican un extraño ceremonial. Viene a ser, como si dijéramos, un Ku-Kux-Klan de izquierdas.

—¿Y por qué se llama así?

—Porque todos los afiliados, para asistir a sus asambleas, en vez del clásico cucurucho se ponen en la cabeza una caperucita encarnada.

—Estarán monísimos —se burló papá atiplando la voz, rencoroso—. ¿Y qué ideas políticas tienen esas máscaras?

—¡Bah! Lo corriente en los revolucionarios: destruir el mundo capitalista, cortar en rodajas a los burgueses... Cosa de poco.

—Pues nos han hecho la cusqui —dijo mamá, haciéndose la fina delante del guardia.

—Hay que madrugar, amiguitos —les consoló el guardia compadecido, dándoles cachetes cariñosos en las mejillas—. En esto del bombardeo hay cada día más competencia. El que quiere poner bomba, no debe perder comba.

—¿Y qué hacemos ahora con ésta? —dijo mamá, que era una persona muy ahorrativa y le molestaba desperdiciarla.

—Póngansela a algún enemigo de ustedes que viva por aquí cerquita.

—Es que no conocemos a nadie en este barrio.

—Déjenla entonces a la puerta de la Embajada Inglesa. Es una solución. Como a los diplomáticos ingleses les ponen tantas en el mundo entero, ya ni siquiera las oyen.

—Pero es que Inglaterra, a mi marido y a mí, no nos ha hecho ninguna faena.

—Pero ya se la hará algún día, no se preocupen. Y así se curan ustedes en salud.

—Si la bomba fuera nuestra, bueno. Lo malo es que los materiales pertenecen al «Tilín», y no podemos hacer uso de ella como nos dé la gana.

—En ese caso vuelvan a traerla el lunes, más temprano, a ver si tienen suerte. Mañana no, desde luego, porque es domingo. Y los días festivos, como el Presidente también tiene derecho a descansar, sólo permitimos que le pongan un petardo que no haga mucho ruido.

—Pero ¿cómo quiere que la traigamos el lunes, si está preparada para que estalle hoy a las cinco?

—¿No la saben ustedes parar? —preguntó el guardia retrocediendo.

—No.

—Pues entonces márchense de aquí en seguida, porque con tanto palique ya son las cuatro y media. ¡Vamos, de prisa! ¡Circulen!

—¿Y adónde quiere usted que vayamos?

—Lo más lejos de aquí posible; donde no se oiga el estampido. Bastante barullo tendremos con el artefacto de los «Caperucitos Rojos». Si cogen un taxi les dará tiempo de ir a tirarla al campo. O en último extremo, desháganse de ella en un solar. ¡Pronto! ¡Fuera de aquí!

Y mis padres, mohínos por su fracaso y alarmados por la inminencia del estallido, se alejaron de prisa calle abajo, llevando entre los dos la maldita cesta agarrada por el asa.

—¿Qué dirán los dirigentes cuando se enteren? —murmuró papá avergonzado.

—No te preocupes, hombre —le consoló ella—, otro día será. Lo importante ahora es deshacernos de esto, antes de que reviente y nos haga trizas.

Pasaron algunos taxis, pero todos con la banderita arriada. Y los minutos pasaban también, lo cual era mucho más grave. El sol, presintiendo lo que podía ocurrir, se tapó la cara con una nube. Los transeúntes eran muy escasos a aquella hora y ninguno reparó en la angustia creciente de la pareja.

En una esquina, a cuatro manzanas del palacete presidencial, intentaron introducir la bomba por el desagüe de una alcantarilla; pero la boca abierta en el bordillo era demasiado estrecha, y no hubo forma de que se tragara la gruesa esfera metálica.

—¿Qué hora es? —preguntó mamá con una voz que temblaba tanto como sus piernas.

—Cálmate, mujer —la tranquilizó papá con análogo temblor—. Si no encontramos el taxi siempre nos queda el recurso de dejar la cesta en cualquier portal. Le ponemos un chupete a la bomba como si fuera un niño abandonado, y listo. Pero

hay tiempo de sobra: son en este momento las cinco menos veinte. Tenemos veinte minu...

La última sílaba no llegó a pronunciarla.

Y ya no la podrá pronunciar hasta dentro de muchos siglos, cuando los clarines angélicos convoquen la Resurrección de la carne: una tremenda detonación deshizo la cesta, esparciendo sus mimbres en todas direcciones. La metralla quitó a muchas acacias su corsé de corteza; y dejó miopes las claraboyas de los áticos al romper sus monóculos de cristal; y picó de viruelas la fachada más cercana.

El trueno del bombazo anduvo un buen rato rodando por las calles, asustando al vecindario con los golpes que pegaba en sus ventanas.

Cuando volvió el silencio que había huido como un perrito faldero, la policía acordonó el lugar del suceso. No hubo necesidad de avisar al juez para que levantara los cadáveres de las víctimas, porque la explosión los levantó a quince metros del suelo.

El cuerpo de mi pobre papá apareció en el balcón de un segundo piso, colgado por el fondillo de los pantalones al asta de la bandera del Consulado paraguayo. Mi pobre madre fue a caer sobre el toldo que protegía el escaparate de una tienda, y allí quedó tumbada como si estuviera tomando el sol en una hamaca. Ambos estaban sonrientes y tan frescos con esa frescura incomparable que sólo la muerte sabe dar al cutis.

Lejos de ellos, en la rama más alta de un árbol, se columpiaba estúpidamente el pequeño «polichinela-sorpresa» que metió doña Libertad entre la metralla.

La bomba de los «Caperucitos» —cuyo aparato de relojería era suizo y estaba garantizado por un año—, estalló a las cinco en punto como mandaba la ley, y cumplió la misión de asustar al Presidente sin causar ninguna víctima.

La bomba de mis padres, en cambio, les costó la vida.

—¿Por qué? —preguntarán los lectores.

Porque su aparato de relojería era de fabricación nacional y adelantaba veinte minutos.

PEDAZO IX

HORAS DESPUÉS, cuando la trágica noticia llegó a la calle de Jenaro Benítez envuelta en los periódicos de la noche, los vecinos de mi casa se reunieron en la portería para pensar el modo de comunicármela con la mayor suavidad.

Yo estaba sola en nuestro «apartamento», ajena por completo a lo ocurrido, desbichando una lechuga para adornar con ella las sardinas de la cena. Don Fidel acababa de marcharse a su guardia nocturna de los Almacenes Popelín, dejando en la alcoba el tufillo de su aliento tabacoso.

Abrí la ventana para ventilar el cuarto, y me senté junto a ella a examinar las hojas de la lechuga con la misma atención que si se tratara de la cabeza de un niño. Andaba yo absorta en el desbichamiento cuando llamaron a la puerta, cosa que me sorprendió bastante porque mi padre solía abrirla siempre de un puntapié.

Fui a abrir y me encontré en el umbral a la portera, embajadora que tras laboriosas deliberaciones acordaron enviar los vecinos con la delicada misión de transmitirme la desgracia.

Y doña Remedios, poniendo en juego sus más sutiles recursos diplomáticos, cumplió su deber con una sencillez y tacto exquisitos. Adornando su rostro de bruja con la guirnalda de una luminosa sonrisa, se precipitó a abrazarme con insólita efusión al tiempo que me decía:

—¡Hola, huérfana!

Eso fue todo. Imposible decir más con menos palabras. Ni el mejor periodismo norteamericano, que presume de saber sintetizar como nadie, logró nunca una síntesis tan perfecta. Gracias a doña Remedios deduje en el acto que algo malo les había sucedido a mis papás, y prorrumpí en el llanto copioso propio de tales ocasiones. Mis abundantes lágrimas cayeron sobre la lechuga, lavándola de los últimos bichitos que aún resistían aferrados a sus hojas.

La portera, orgullosa de la sensibilidad que derrochó para darme la noticia suavemente, dispuso todo en el piso con el fin de que pudiera recibir aquella misma noche los pésames del vecindario: trajo sillas prestadas por otros inquilinos, mandó subir de la taberna unas frascas de tintillo para mezclarlo con las lágrimas y animar la velada, y el desfile de visitas comenzó.

La muerte, cuando es ajena, apasiona siempre a todos los públicos. Tuve por eso mismo un lleno completo. Todas las vecinas —excepto la vieja usurera del ático que mi madre desdentó años atrás para adquirir con su dinero el Portal del «nacimiento» colectivo—, acudieron a consolarme sinceramente conmovidas. Su consuelo consistía en quitar importancia a la tragedia que yo acababa de sufrir, comparándola con tragedias mucho mayores sufridas por ellas.

—Eso no es nada, chiquilla —me decía una costurera que habitaba en el piso segundo-centro-izquierda pasillo lateral-cuarta puerta-fondo—. Yo también, cuando era niña, perdí a todos mis padres en un naufragio. Recuerdo la pena de mi madre cuando supo que habían muerto los dieciséis.

Y al ver mi cara de asombro, aclaró:

—Mis padres eran una tripulación muy formal que trabajaba en un barco de cabotaje. Por eso mi madre, en la duda, me puso el nombre del barco: «Úrsula».

—Pues mi pobre marido —añadía una viudota grandullona con su típica verruga en un pómulo— murió cuando trabajaba en un circo.

—¿Era artista?

—No: era el que iba por la pista detrás de los caballos, recogiendo con una escoba sus boñigas. Y un día le atizaron una coz en el mentón.

—¡Bah! —despreciaba otra vecina—. A dos cuñadas mías se les encendió un infiernillo de gasolina, y no quedó de ellas ni los rabos.

—Pero ¿es que sus cuñadas tenían rabo?

Yo estaba aturdida en el centro del corro, deseando que aquellas mentecatas me dejaran a solas con mi tristeza. Siempre me pareció bárbara y cruel esa costumbre que tiene la gente de ir a fastidiar con su falso dolor el auténtico de la persona que acaba de sufrir una hecatombe familiar. Tentada estuve de propinar unas cuantas bofetadas a aquel corro de memas para que les doliese de verdad.

—Para desgracia la que me ocurrió a mí —se lamentó doña Mínguez, la comadrona que me sacó al mundo con su ciencia y su «anestesia»—. A un tío rico que tengo en América, le dio el mes pasado una embolia y no se murió.

—Pero ¿la embolia es una enfermedad? —se asombró una pazguata—. Yo creí que era una cancha para jugar a los bolos.

—Pues mi tío de América —insistió doña Mínguez— no se muere ni a tiros.

—No exagere, señora —dijo otra—. A tiros sí se moriría.

—¡Sí, sí! Que le vayan con tiritos a mi tío —rió la partera con un sarcasmo escalofriante—. ¿Cree usted que sus parientes de allá no le disparan siempre que pueden? En América la gente es de bala fácil, y ya le han metido en el cuerpo más de un cargador.

El monólogo de doña Mínguez lo cortó la brusca entrada en el cuarto de un hombretón que rozaba los dos metros de estatura. Su rostro, aunque de facciones semejantes a las de un chimpancé, no alcanzaba ni mucho menos el grado de belleza de este animal: su nariz era más chata aún y sus ojos menos inteligentes todavía. Además, para acentuar la impresión de ferocidad que nos produjo, echaba humo por las narices porque venía fumando. Era uno de los dirigentes del «Tilín» que yo conocía, por haberle visto algunas veces con mi padre a la salida de la fábrica. Se llamaba Agapito, pero le cuadraba tan mal el diminutivo que unos le llamaban

Agapote, otros Agapazo, y algunos Agapón.

—Compañera Rosita —dijo con voz bronca acercándose a mí sin hacer caso del estupor de las comadres—, no he venido a darte el cochino pésame burgués, porque para nosotros los revolucionarios la vida no tiene ningún valor.

—Sobre todo la de los demás —murmuró una vecina reaccionaria.

—He venido a decirte —continuó el dirigente con dificultad, buscando las palabras del parrafito que se había aprendido de memoria— que debes estar orgullosa, porque tus padres han muerto por la causa.

—¿Por qué causa? —pregunté yo ingenuamente, poco ducha en conceptos políticos.

El gigantesco extremista se quedó desconcertado porque él había oído hablar siempre de «la causa», aunque nunca supo bien lo que quería decir.

—¿Cómo que por qué causa? —preguntó a su vez para ganar tiempo, temiendo quedar mal ante un público tan numeroso—. Pues... por causa de la bomba, que estalló antes de tiempo.

Y dando media vuelta, se fue del cuarto muy avergonzado, encasquetándose la gorra hasta los ojos.

Subió también a condolerse un rato el señor Plutarco, el cual estaba muy propio para la ocasión con su severa piel de luto riguroso. Me trajo de su vaquería una botella de café negro, pues le pareció poco oportuno traerme un frasco de leche blanca.

—¿Qué, chiquilla? —me palmoteó en el hombro para infundirme ánimos—. ¿Cómo va esa orfandad?

Entre vasos llenos de tinto y pañuelos llenos de llanto, fue transcurriendo la noche hasta que un gallo anunció el alba con su quiquiriquí. Luego supe que no fue un gallo, sino el bondadoso señor Plutarco que imitó su canto desde la cocina para que las visitas creyesen que era muy tarde y me dejaran en paz. Gracias al falso quiquiriquí, el duelo se despidió y aquellas posmas no siguieron acompañándome en el sentimiento.

Quedé sola al fin y pude dar rienda a mis sollozos, que se agitaron toda la noche en mi garganta pugnando por salir de su encierro. Sin fuerzas para desnudarme, caí en la cama que había sido de mis padres, empapando la almohada.

—¡Dios mío! —grité—. ¡Qué grande parece el mundo cuando nos quedamos solos en él!

Allí me estuve, jipa que te jipa, hasta que un rayo de sol se coló por la ventana y empezó a cosquillearme las pantorrillas. Pasé toda la noche sin dormir, sumida en un estado muy parecido al cataléptico. Los nervios me jugaron extrañas travesuras, presentándome sobrecogedoras pesadillas con los ojos abiertos. El cerebro, con curiosa insistencia, me reconstruía la imagen del tío Cuacué en su lecho de muerte. Y

el subconsciente —ese gramófono portátil que todos llevamos dentro—, me puso varias veces el disco de la perorata que me dedicó en su molino de Matapellejos:

«El mundo es redondo como una cabeza, y los hombres son sus piojos... Piojos listos que trepan por escaleras formadas por cadáveres de tontos... Y el calificativo de tontos se aplica hoy a los hombres de buena fe que se dejan engañar por los astutos... En la podrida sociedad contemporánea, no olvides, sólo se mueren los tontos...».

Aquella noche, di la razón mil veces al tío Cuacúa. Pensé en el humilde obrero Bartolomé, que murió sin haber pasado de Bartolo porque no pudo ascender a la posición social requerida para lucir la enfática sílaba «mé» a que su nombre de pila le daba derecho. Pensé en la lavandera Francisca, que siempre soportó con entereza su mísero destino. Y uní después ambos pensamientos, imaginando a los dos con sus atuendos suburbanos recorriendo las calles de Madrid, portadores de la fatídica cestita con el obsequio presidencial. Me conmovió la estampa de la pareja, ajena hasta el último momento al riesgo que corría, obedeciendo ciegamente la orden de un Agapón bribón que vivía como un rey pellizcando las cuotas de sus lerdos afiliados. Papá y mamá, por carambola, fueron unos tontos más que creyeron en ese juego lleno de trampas y de «tongos» que se llama «política». Y la modesta sangrecita de sus nobles cuerpos artesanos, como la de tantos otros infelices, sirvió para dar substancia al caldo de la succulenta sopa boba que nutre a tantísimos parásitos.

En vista de lo cual, apenas amaneció juré no meter jamás mi chata naricilla en la maloliente cacerola del politiqueo. Decidí despabilarme para no perecer como una tonta arrollada por los listos, midiendo cautamente cada uno de mis pasos antes de adelantar un pie.

Esta decisión, que tomé a las ocho en punto de la mañana, me inyectó la energía necesaria para erguirme, reponerme, peinarme y disponerme a afrontar mi nueva situación. El destino, al matar a mis dos pájaros queridos de un solo tiro, me obligaba a abandonar el nido en busca de mi sustento cotidiano. La orfandad, según comprobé por mi acuciante apetito matinal, no paraliza el aparato digestivo de las huérfanas; y la necesidad de alimentarlo con periódicas ingestiones de carburantes adecuados, persiste a su ritmo habitual.

Ante mí, crudo y urgente, se presentó el dilema de elegir entre el hambre y el trabajo. Ambas perspectivas me parecían igualmente desagradables; pero la segunda, aunque más incómoda, garantizaba a mi motor vital un margen de funcionamiento más largo. El hambre liquida al ser humano en treinta días; el trabajo lo liquida en treinta años. Resuelta a perecer por el más lento de los dos sistemas, decidí dirigirme a mi antigua maestra confiando en que sabría aconsejarme el oficio más adecuado dadas mis ineptitudes para las tareas intelectuales, pues no en balde me utilizó de criada muchas veces en sus ingeniosas «clases prácticas».

Al salir me tropecé con don Fidel, que regresaba de su jornada nocturna en la soledad de los grandes almacenes. Se había enterado ya por la prensa del luctuoso suceso y me detuvo unos minutos para darme el pésame. Fue un pésame algo largo, durante el cual no dejó de mirarme el «jersey» con una fijeza inusitada.

Atajando todos los rodeos que dio, vino a decir en resumidas cuentas que le daba mucha pena verme tan sola, y que no tendría inconveniente en pedir que le trasladaran en los Almacenes Popelín a un empleo diurno con el fin de poder hacerme compañía por las noches.

—¡Caramba con el misántropo! —exclamé escandalizada.

—Soy misántropo, pero no misógino —aclaró él guiñando un ojo.

Le di con la puerta en las narices. Y bajé corriendo la escalera, comprendiendo hasta qué punto me urgía encontrar una colocación que me proporcionara la independencia económica necesaria para no caer en compañías de esa especie.

PEDAZO X

LLEGUÉ A LA ESCUELA mucho antes de que empezara la clase, y expuse a la señorita Ernestina mi propósito de ganarme el pan con el sudor de mi frente.

—¿Con el de la frente nada más? —se burló la maestra—. Así no ganarás ni una miga. Las cosas se ponen cada día más difíciles y no basta segregar por las glándulas sudoríparas frontales para satisfacer el apetito. Hoy, hija mía, cada trozo de pan cuesta torrentes de sudor por todos los poros.

—Sudaré a caño libre si es preciso —afirmé muy decidida.

—¿Qué sabes hacer?

—Nada.

—Eso es demasiado poco. ¿No sabes, por lo menos, taquigrafía?

—Saber, saber, no. Pero si me pusiera a ello, haría los garabitos esos como las taquígrafas de verdad.

—Pero luego no los entenderías.

—Tampoco los entienden ellas.

—Pero tienen el aplomo de traducirlos como si de veras los hubiesen entendido.

¿Sabes pegar un botón?

—Con cola, sí.

—¿Y freír un huevo?

—Eso no hace falta saberlo: se pone en contacto el huevo con el aceite hirviendo, y se marcha uno de la cocina para dejarles discutir. Al cabo de un rato, el aceite gana siempre la discusión y el huevo acaba frito.

—¿Sabes algo de costura?

—Eso sí: sé descoser con unas tijeras lo que cosieron los demás.

—Pero ¿qué es lo que harías tú con una aguja en la mano?

—Pincharme en un dedo.

La señorita dio por terminado el examen, e hizo una pequeña pausa antes de comunicarme la calificación que había merecido.

—Puesto que no sirves para nada —dictaminó—, debes colocarte para servir para todo.

—¿Qué quiere usted decir? —indagué sin haber captado el sentido de la paradoja.

—Que sólo te queda un camino: colocarte de criada.

—¿Criada? —repetí con una espina de ofensa clavada en la voz.

—Es la única solución decente para una chica ignorante. Podría indicarte otras muchas, más provechosas desde el punto de vista material, pero menos admisibles desde el moral.

Recordé con horror la mirada de don Fidel cuando aquella mañana me propuso

modificar su horario para hacerme compañía, y decidí seguir el único camino que me brindaba la maestra.

—De acuerdo —dije—. Pero ¿qué debo hacer para llegar a ser criada? Carezco por completo de experiencia.

—Te daré algunos consejos, con los cuales podrás alcanzar una elevada posición en la servidumbre —comenzó la pedagogo invitándome a sentarme.

Y empezó a dárme los, mientras yo los iba recogiendo para guardarlos cuidadosamente en mi memoria.

—Antes de encontrar una casa que te agrade por su buen sueldo y su escaso trabajo, tendrás que recorrer muchísimas a título de prueba. Pero no confíes nunca a tu nueva señora la vida nómada que hayas llevado hasta entonces. La confesión de tus frecuentes cambios de casa hará que las señoras te clasifiquen en el grupo de las «maleadas», y te será muy difícil lograr ser admitida. En el *argot* de la señorumbra, «maleada» es la chica que, por tener muchas horas de escoba, se limita a hacer estrictamente lo que ella llama «su obligación». Y su obligación, según ella, es no dar golpe. Una «maleada» no cose un botón fuera de cupo ni aunque la aspen y responde a las regañinas de su jefa con desplantes chulapos. Por eso las señoras las prefieren en bruto.

—¿Qué es una criada en bruto? —me informé, deseando conocer todas las castas de mi nuevo oficio.

—La criada en bruto, con perdón, es una mercancía envuelta en refajos, aromatizada con una mezcla de tomillo y cabra, que exportan las aldeas en los trenes-correo. La producción de esta especie doméstica ha disminuido mucho últimamente, estando muy solicitados los escasos ejemplares que andan sueltos por ahí. La señora que caza una de estas perlas, puede darse con un canto en los dientes. (Entre nosotras te diré que esto del cantazo en la dentadura para exteriorizar la satisfacción que un hecho nos produce, es un sistema que me ha parecido siempre no sólo brutal, sino sumamente doloroso; pero cuando la gente lo recomienda, por algo será). El esfuerzo que requiere domesticar una criada en bruto queda compensado por su docilidad, que permite un aprovechamiento total de su recia musculatura campesina en las tareas más rudas y variadas.

—Pero ése no es mi caso —objeté—. Yo no soy una palurda que acaba de llegar del campo.

—No lo eres, pero debes fingirlo —subrayó la maestra con su índice levantado—. Si aspiras a colocarte bien, no te presentes a solicitar la plaza con esos aires de señoritinga que adquiriste en tu roce diario con la ciudad: lávate la cara de polvos y pinturas, date después una tanda de cachetes para que tus mejillas adquieran el salutífero encarnado campestre, envuélvete bien en trapos, como si fueras un paquete postal, y frótate el cuerpo con unas ramas de tomillo y cantueso. El olor a cabra que

debe completar tu perfume, te lo proporcionará una breve visita al establo del señor Plutarco. Y cuando te abran la puerta de la casa donde vayas a pretender, baja los ojos al suelo y murmura con humildad: «Vengo de mi pueblo, que se llama Tomasón de los Altos Cuernos». Y la puerta se te abrirá de par en par, mientras la señora sonreirá feliz creyendo haber cazado un auténtico diamante sin pulir.

—Así lo haré —prometí—. Pero ¿qué debo hacer después, cuando ya me hayan admitido?

—Eso no debe preocuparte: la señora te perseguirá constantemente diciéndote lo que debes hacer y criticando lo que hayas hecho. No te esmeres demasiado haciendo las cosas bien, porque a ella siempre le parecerá que las hiciste mal. Preocúpate únicamente de tu persona, y no perdones ninguna oportunidad que se te brinde de cubrir tus necesidades. No te aconsejo que robes, ¡Dios me libre!, pero ¿quién nota en la inmensidad de un armario ropero la desaparición de una pieza insignificante? ¿Qué inventario, por minucioso que sea, advierte en una despensa colmada de víveres la evaporación de dos latas de conservas? ¿Quién no te disculpará si tratas de redondear tu enteco salario con pequeños golpes de mano? Defiende, ante todo, tu nutrición. Antes de sacar una fuente a la mesa de los señores, aparta en un plato la ración que a ti te corresponderá cuando vuelva la fuente a la cocina. Así no corres el riesgo de que, si les gusta mucho el manjar, se lo coman todo y te digan despectivamente que te frías un huevo. Y más adelante, cuando pesques novio, busca una casa donde el señor tenga la misma estatura que él y parecida corpulencia. Poco despabilada serás si no logras equiparle con alguna camisa y unos cuantos calcetines, que le sentarán divinamente. Hasta las párvulas saben justificar esas pequeñas desapariciones, echándole la culpa al viento que zarandó la cuerda de tender. Y te haré una última advertencia: límitate a los ojos de las cerraduras como observatorios donde aplacar tu sed de curiosidad. Los agujeros con berbiquí en la madera de las puertas, aunque se disimulen con miga de pan mascado o pegotes de engrudo, siempre se notan.

Pertrechada con estos consejos, equipaje al que añadí una maleta de cartón con toda mi ropa, me dispuse a abandonar la casa que me vio nacer; pero como la casa vio mi nacimiento con gran indiferencia, tampoco yo sentía por ella ningún afecto y la dejé sin derramar ni una lágrima.

Don Fidel, aunque herido en sus deseos por mi marcha, se avino a entregarme una pequeña cantidad de sus ahorros en concepto de traspaso por el cuarto con los pocos trastos que contenía. Así quedó liquidado el escenario de mi infancia y de mi adolescencia. Y bajé con precaución la maleta hasta el portal, para evitar la aparatosa escena de despedida que hubiese organizado doña Remedios si llega a verme salir.

Por intermedio del señor Plutarco —en cuya vaquería estuve impregnándome de olor a cabra como me aconsejó la maestra—, encontré colocación. Ya se sabe que los lecheros, panaderos y otros proveedores de artículos de primera necesidad, son

también un a modo de alcahuetes que trafican con las chicas de servir.

—A ver si me manda usted una doncella que sea buena —les dicen las señoras como si estuviesen encargando una pierna de carnero, o dos litros de leche recién ordeñada.

La casa en la que me presenté recomendada por el señor Plutarco era de nueva planta, construida en las afueras siguiendo un plan de ensanche remoto todavía. Tan remoto que el edificio limitaba al norte con el campo, al sur con un chamizo llamado presuntuosamente «Fábrica de ladrillos», al este con el final de una calle que moría pocos metros después y al oeste con un garaje mixto para camiones y carros de mulas. La finca tenía seis pisos y ciertas pretensiones ornamentales en su fachada conseguidas con pegotes de escayola. La mayor parte de sus inquilinos, dada la pequeñez de los cuartos y la apartada situación geográfica del inmueble, eran parejas: recién casadas unas y recién liadas otras.

«Mis señoritos», como empecé a llamarles desde el momento en que me admitieron, pertenecían al primer grupo. O por lo menos eso decían ellos. Y debía de ser verdad, porque ella le llamaba a él «Moñoño» y él a ella «Pichirrichina». Y sólo los recién casados son capaces de deformar sus bonitos nombres auténticos hasta convertirlos en esos apodos estúpidos.

«Pichirrichina» —que en realidad se llamaba Pilar sencillamente— me recibió con gran cordialidad e incluso me invitó a sentarme mientras discutíamos el sueldo, días de salida y otras menudencias. Por su cortesía comprendí que era primeriza en eso de tener chacha, pues en cuanto una señora ha tenido sucesivamente once o doce, deja de tratarlas con tantos miramientos. Ella misma me lo confirmó al decirme:

—Usted perdone si no conozco bien las costumbres, pero es la primera criada que tengo. Y es natural, porque también es la primera vez que me caso.

—¿Tienen ustedes niños? —pregunté haciéndome la profesional.

—¡Por Dios, hijita! —se ruborizó—. ¿Cómo quiere que los tengamos, si sólo hace un mes que me casé con mi Moñoño?

—Podían tenerlos de antes —dije yo, para arreglar mi planchazo.

«Pichirrichina», con todos los respetos, era lo que en el teatro se llama «una ingenua» y en la vida corriente «una mema integral». Tenía el pelo rubio, aunque de fábrica le salía moreno, como podía verse en su negrura junto a la raíz. Sus ojos eran blancos, como los de todo el mundo, con el redondelito central azul; pero un azul tan artificial y tan cursi que parecían teñidos también. De cuerpo estaba peor que yo, aunque tenía sus cosas bastante bien puestas.

Al enterarse de mi reciente orfandad se estremeció y me dijo suspirando:

—Yo también, aunque no tanto como usted, soy un poco huérfana: mi madre es viuda de un militar.

—¿En activo o retirado? —pregunté repipi.

—Siendo viuda, es señal de que está retiradísimo.

—Tiene razón —reconocí azorada.

Dejé la maleta en mi cuarto (dos metros y pico de largo, por otros dos sin pico de ancho) y puse manos a la obra. La obra en aquel sitio no era El Escorial precisamente, pues bastaba situarse en el pasillo y soplar con fuerza para quitar el polvo de todas las habitaciones. En cuanto a las comidas que debía preparar, según me dijo la novata señora, eran de una simpleza rayana en la «cafetería».

Se notaba que aquel nuevo matrimonio había basado su economía hogareña en el tradicional principio español «contigo pan y cebolla», que en muchos hogares modestos se aplica casi literalmente. El sueldo de Moñoño, empleado en el Ministerio de Gracia y Justicia, no tenía ninguna gracia porque era demasiado justo. El único lujo gastronómico que permitía era medio pollo dominical, cuyos menudillos ilustraban la paella del lunes y cuyos huesos daban substancia a la sopa del martes. Del miércoles en adelante, se adornaba la vulgaridad de los víveres utilizados con el recuerdo del pollo anterior y la esperanza del pollo futuro. Las cenas tenían siempre carácter de tentempié, y su frugalidad la justificaba Pichirrichina diciendo que después de cenar no hacía falta tenerse en pie mucho tiempo, puesto que en seguida nos íbamos a dormir.

Gracias a esto *debuté* con éxito como criada para todo, pues muy obtusa hay que ser para no saber pelar unas patatas, cocer unas lentejas y asar un cacho de ave los domingos.

Pronto, sin embargo, tuve que dejar aquella colocación. Y no porque mis señoritos no estuvieran contentos conmigo, sino porque yo no pude soportarles a ellos. No hay nada tan empalagoso como servir a un par de tortolitos recién casados. El almíbar que destilan sus ternezas es tan espeso, que acaba saturando de azúcar la sangre del espectador y produciéndole una enfermedad tan grave como la diabetes.

Parece mentira que una cosa tan agradable como es el amor, pueda causar esos ataques de cretinismo galopante entre quienes lo disfrutan. Porque si la memez de Pichirrichina era notable, la de Moñoño era sobresaliente.

Moñoño, cuyo nombre verdadero era Luis —¡cualquiera averigua las degeneraciones etimológicas en virtud de las cuales un sano Luis a secas se convierte en un enfermizo «Moñoño»!— tenía el aspecto de un polluelo que asomaba la cabeza fuera del cascarón de su primer cuello duro. Reforzaba este símil avícola la delgadez de su cuello, la pequeñez de sus ojos y la rubiezh de su pelo, muy semejante a la pelusa amarilla que recubre al pollito cuando sale del huevo.

El amor que sentía Moñoño por su mujer, se manifestaba en escenas de una imbecilidad sorprendente. Una de ellas, la que más me sacaba de quicio, era la que se producía a diario cuando él llegaba a casa: abría la puerta con su llavín, se ponía a cuatro patas y avanzaba por el pasillo imitando con voz atiplada el maullido de un

gato.

—¡Miau!... ¡Miau!... —graznaba mimosamente el zángano, poniendo una cara que él creía de gato, pero que sólo era de tonto—. ¿Dónde está mi ratita?

Pichirrichina, al oírle, dejaba todo lo que estuviera haciendo en ese momento, se ponía también a cuatro patas y gateaba con ligereza al encuentro del minino.

—¡Hip!... ¡Hip!... —hipaba la mema en falsete, supliendo con esta arbitraria onomatopeya su desconocimiento del lenguaje ratuno—. ¡Aquí está la ratita del gatazo!

Solían encontrarse los dos mentecatos en el centro del pasillo, y en esa postura indecorosa jugueteaban fingiéndose animalitos.

—¡Fu, fu! —decía él metiendo mano a la rata, que se rendía al primer zarpazo.

—¡Rrrr, rrrrr! —ronroneaba ella, acogiendo con gusto la caricia.

Cuando se aburrían de ser animales cuadrúpedos, recobraban su posición de bípedos, aunque sin dejar de ser animales. Eso, los pobres, no podían evitarlo. En cuanto se ponían de pie, iniciaban otra farsa amorosa más irritante aún que la anterior, a la que yo asistía con los nervios crispados: ambos se fingían niños y hablaban horas enteras empleando un idioma infantil cuajado de diminutivos cariñosos. Esta media lengua suelen utilizarla todos los recién casados en la fase inmediata a su luna de miel, mientras conservan en sus labios el dulzor de la miel que paladearon en la luna. Pero mis señoritos se pasaban de rosca.

Y un domingo ocurrió la tragedia que sólo me costó la colocación, pero que estuvo a punto de costarme una cadena perpetua.

Aquel día como todos los festivos, los tórtolos aprovecharon la mañana de asueto quedándose en la cama hablando de sus cosas. Cuando logré al fin ablandar el medio pollo tradicional, al que tuve que aplicar torturas de checa soviética para vencer su heroica resistencia, les avisé que la comida estaba lista.

Acudieron a ocupar sus puestos en el comedor. Se sentaron tan juntos en una punta de la mesa, que sus platos quedaban tan próximos como los cristales de unas gafas. Y empezaron a mirarse tiernamente, con una ternura muy superior a la que yo había logrado infundir al medio pollo. Procurando no mirarlos, empecé a servir el primer plato. Entonces empezó mi suplicio:

—¿Quiere mi Pichirrichina oto potitín de salsita dita? —preguntó Moñoño poniendo una inmundia voz de niño.

—¡Ti, ti! —palmoteó ella como una chiquilla, en el mismo tono—. ¡Me gusta la salsita calele, cuando me la da mi Moñoño!

Les lancé una mirada asesina, pero mantuve la fuente con firmeza mientras él servía salsa a su mujer continuando el diálogo:

—La salsita calentita es buena para la tipita de mi nena. ¿Quién es mi plincesita monita?

—La Pichirrichina de Moñoño. ¿Y quién es mi plincipón guapetón?

—El Moñoño de Pichirrichina.

Aquello empezaba a ser demasiado y acusé el golpe levemente: mis manos temblaron y se me derramó en el delantal un poco de la salsa que contenía la fuente. Mi señorita, divertidísima por el percance, le dio a mi señorito un codazo en los ijares y gritó señalándome:

—¡Mira qué cotina! ¡La chacha Rosita se manchó de comidita!

—¡Cotina, cotina! —coreó el muy imbécil, riendo y haciéndome burla—. ¿Quiere mi Pichirrichina que le ponga un baberito a la chacha Rosita para que no se manche?

—¡Ti, ti! —celebró la lela con aplausos y carantoñas—, ¡pónselo, para que no le dé azotes su mamina!

Moñoño, jugueteón, se levantó de un salto y me ató su servilleta al cuello como si fuera un babero gritando:

—¡Ponte el baberito! ¡Ajito, ajú!: ¡así no se manchará tu camisita ni tu canesú!

Soporté la broma pueril estoicamente, disimulando mis verdaderos sentimientos con una sonrisa que debió de salirme tan cordial como al monstruo del doctor Frankenstein, y me fui a la cocina en busca del medio pollo. Su llegada al comedor fue saludada con nuevos palmoteos de la cretinizada pareja.

—¡Vamos a trinchar el pollito! —dijo Moñoño, empuñando un cuchillo con decisión—. La pechuguina, para mi Pichirrichina.

—¡Ay, no! —se asustó ella con un mohín de susto—. ¡No tero que trinches al pobre animalín!

—¿Por qué, corazoncín?

—Porque le harás mucha pupa.

—Es verdad —se dio el estúpido una palmada en la frente—, no había yo pensado en la pupa. Pues si no teres que le haga pupa, no lo trincharé, ea —añadió complaciente, deponiendo el arma—. Que lo trinche la chacha Rosita, y mi nena y yo nos volveremos de espaldas para no sufrir.

—¡Eso, eso! —aprobo la desgraciada.

—Toma, chacha. Y Moñoño me entregó el cuchillo.

Su mujer y él se volvieron de espaldas dando grititos, para no ver la endemoniada pupa que yo iba a hacerle al pedazo de animal. Una ola de sangre enfurecida rompió en el dique de mis sienes. La pareja, inerme y vuelta contra la pared, ofrecía al cuchillo que yo empuñaba el objetivo de sus pescuezos sonrosados. Alcé el brazo bruscamente, dispuesta a segar de un solo tajo aquellas vidas idiotas...

Pero antes de que el filo rozara su epidermis, un relámpago de cordura alumbró mi arrebató. Y soltando el arma que el azar puso en mis manos, huí a mi cuarto para hacer rápidamente la maleta.

PEDAZO XI

EL AMBIENTE DE LA SEGUNDA CASA donde serví, fue un jeringazo de insulina que me desintoxicó del azúcar amoroso acumulado en mi sangre. Mis nuevos señores habían celebrado ya sus bodas de oro, y del fuego de su amor no quedaban ni las cenizas.

Tenían tres niños, pero daban muy poca guerra porque uno era notario, otro ingeniero agrónomo y otro coronel de artillería. Eran, como puede verse, bastante crecidos y sensatos.

El nombre de la señora era doña Clotilde; pero la servidumbre, según me enteré al llegar, la llamaba cariñosamente «doña Cotorra». Y pocas veces oí un apodo tan certero, porque el parecido de la vieja con la pájara causaba asombro. De no ser por el plumaje chillón de una y el tamaño excesivo de la otra, hubiera sido difícil determinar cuál de las dos se alimentaba con cañamones y cuál con galletas. Las voces de ambas se confundían también, hasta el punto de que si a doña Clotilde se le hubiese ocurrido decir «¡lorito real!» en presencia de un naturalista, estaría a estas horas encerrada en una jaula. No obstante se aseguraba que la buena señora había sido muy guapa en su juventud, pero nadie se lo creía.

Su marido, a primera vista, daba la impresión de llamarse Jacinto porque era pálido y frágil como una flor. Pero luego le decían a uno que al bautizarle le pusieron Godofredo, y el chasco era mayúsculo.

Don Godofredo era un viejacho flaquísimo. Ni en los asilos sostenidos por la caridad pública, donde se alimenta a los ancianos con un poco de lechuga y van que chutan, podría encontrarse un ejemplar con menor cantidad de carne abrigando su esqueleto. Tan fina era la piel de don Godofredo que no parecía compuesta de dermis y epidermis, como todas las pieles reglamentarias, sino de epidermis solamente, sin forro de ninguna clase. Los que le vieron desnudo alguna vez afirmaban que a través de su envoltura pellejal —de carnal no tenía nada— sobresalían los abultamientos y redondeces de sus vísceras fundamentales, privadas de toda protección adiposa. También se decía que los médicos no necesitaban gastar «rayos X» al hacerle radiografías, pues les bastaba colocarle ante una bombilla corriente para verle al trasluz sus más recónditos mondongos. Las causas de aquella delgadez había que achacárselas al mal funcionamiento de su glándula tiroides, porque en la casa se comía a diez carrillos. Y digo diez porque cuento los carrillos de don Godofredo, los de doña Clotilde, los de la cocinera, los del chófer y los míos. (Los niños vivían por su cuenta desde hacía varios lustros).

El piso, próximo a la calle del Tribute en su confluencia con la del Sombrerete, era oscuro y lleno de cachivaches. Por mucho que se ventilara, según observé, olía

siempre a tumba de Tutankhamen recién abierta. El aire puro que entraba por las ventanas se enrarecía al rozar los viejos relojes puestos en todos los rincones, parados en horas antiguas vividas por generaciones desaparecidas: el de pared del vestíbulo, grande y negro como un ataúd, dentro del cual el péndulo inmóvil parecía el esqueleto de una columna vertebral; el de la chimenea, con sus sátiros pillines queriendo aprovecharse de unas ninfas regordetas; el del despacho, que debía de ser el reloj más antiguo de todos porque su maquinaria se reducía a un puñadito de arena; el soldado de bronce del comedor, con la esfera incrustada en la barriga y una trompeta en la boca, que tocaba diana al amanecer, fajina a las horas de las comidas y retreta por la noche...

Además de los relojes parados, había otros muchos objetos que daban a las habitaciones un aire fosilizado, de museo que nadie visita. Eran recuerdos de valor puramente sentimental que el anciano matrimonio fue coleccionando a lo largo de su vida. El más poético de todos era una ampollita de cristal cerrada con lacre, en la que Godofredo conservaba el poquitín de aire que exhaló Clotilde al pronunciar el «sí» en la iglesia. A él le parecía que, aplicando el oído a la ampollita, volvía a oír el «sí» dulcísimo que decidió su vida conyugal.

Guardaban también, en un cofre de terciopelo, el corcho de la botella de *champagne* que se bebieron en la noche de bodas, y un capuchón improvisado con papel de periódico que le pusieron a la bombilla de la mesa de noche para tamizar su luz excesiva. Sobre una consola, a lo mejor, se veía una babucha de cuando se retrataron en la Alhambra granadina vestidos de moros; y a su lado, en una cajita de plata, el primer diente que unos años después se le cayó a Godofredo a consecuencia de la piorrea.

—Recuerdo que lo puse lleno de ilusión debajo de la almohada —contaba él a los viejorros del Casino—, para ver si el Ratoncito Pérez me traía algún regalo. Pero no.

Para no cansarlos a ustedes, resumiré diciendo sencillamente que la casa estaba llena de mil marranadas por el estilo.

Serví bastantes meses al flaco y a la cotorra, pues me daban bien de comer y el trabajo no era agotador. El polvo que cubría los objetos y los muebles se consideraba también recuerdo de familia, gracias a lo cual mi tarea limpiadora se reducía a pasar ligeramente una escoba por el suelo.

Puedo decir, y lo digo, que en aquella casa mi alma despertó a los sentimientos amorosos. Allí fue donde recibí mi bautismo de pellizcos, administrados por los repartidores de las tiendas. Y aunque no me los daban en el alma precisamente, contribuyeron a despabilarla haciéndole comprender que la cáscara que la envolvía era ya un fruto apetecible y apetecido. Tan ocupada anduve con mis cofias, escobas y plumeros, que no me percaté de que habían transcurrido veinte años desde que mi madre me parió. Todos mis perímetros, desde el torácico a los de más abajo, habían

aumentado hasta el límite preciso para atraer a los hombres como el imán a los clavos. Incluso al propio don Godofredo, con sus setenta abriles al hombro, se le iban los ojos rodando detrás de mí como dos canicas. Y su hijo el coronel de artillería, el más tarambana de los tres, dijo a sus padres un día, al verme entrar en el comedor:

—Cambiaría con gusto todas mis bombas por este bombón.

Y los ancianos corearon la picardía de su estrellado zangolotino con unas risitas que sonaron a croar de ranas:

—¡Joac, joac, joac!...

Pero a mí el coronel no me hacía tilín porque, aparte de ser ya un senecto a dos palmos del generalato, era tartasordo. No sé si existirá esta palabra en el almacén del diccionario, pero quiero decir con ella que sus oídos, a consecuencia de los cañonazos, no funcionaban con regularidad: unos días oía poco, y otros no oía nada. (Los tartasordos, en mi gramática particular, son hombres que tienen en los oídos un defecto equivalente al que los tartamudos tienen en la lengua).

Pero si el coronel no me hacía tilín, el chófer de la casa empezó a hacerme tolón. Yo tenía esa edad pazguata en que las jovencitas se pirran por los uniformes, y me fui pirrando lentamente por el de aquel subalterno encargado del volante. Bien mirado, era natural que me pirrase, porque ¿quién no se pirra por una guerrera color salmón con los botones ahumados? Si a esto se le añaden un par de charreteras doradas, una gorra con galones como puños y una bota de charol en cada pierna, la vistosidad del conjunto supera con creces al más marcial de todos los uniformes militares.

Y a la mujer, en realidad, le es igual que el hombre uniformado conduzca un batallón o un «Chevrolet». El caso es que el uniforme sea bonito y la percha no sea fea, porque al corazón de las mujeres sólo se llega entrando por los ojos.

Pronto descubrí que el pirramiento era mutuo. No me fue difícil descubrirlo porque el chófer, al verme, lanzaba unos suspiros tan largos y sonoros como el ruidito de un neumático al pincharse.

Lo que más me gustaba de él, aparte del uniforme, era su tórax. ¡Qué solete de tórax, madre mía! Jamás vi un tórax tan pocho: amplio, musculoso, abombado... Dentro de él, su corazón debía de sentirse tan a sus anchas como un pajarillo en la jaula de un tigre. Sus manos eran fuertes, con dedos rematados por uñas poderosas y embellecidas permanentemente por negros aceites lubricantes. Daba lástima que las costumbres masculinas le obligaran a llevar el pelo corto, pues lo tenía tan fino y cobrizo que merecía ser lucido en dos hermosas trenzas. Pero ¿cuándo se ha visto un chófer con trenzas?

Era, en fin, un tipazo de aspecto británico nacido en Washfett (que traducido al español significa Lavapiés).

Dionisio, que así se llamaba el mozo si ustedes no mandan otra cosa, se pasaba casi todo el día sentado en la cocina debido a que nuestros señores salían muy poco.

Menos mal, porque el coche —un «Citroën» modelo «cacharrette»— no estaba para muchos trotes: tenía dos bielas escayoladas a consecuencia de una fractura, y le acababan de amputar un cilindro gangrenado.

Fue allí, en la cocina, donde empezó a hacerme la corte a base de requiebros muy poco corteses.

—¡Estás pistonuda! —me decía, pues empleaba siempre en sus chicleos imágenes automovilistas y los pistones son piezas esenciales del motor.

—¡Vaya ballestas! —añadía poco después, mirándome las pantorrillas.

Al cabo de dos semanas, todas mis regiones anatómicas habían sido bautizadas con su equivalente en la industria del automóvil: mis ojos eran faros, mi boca el «claxon», mi busto la tracción delantera y mi pompis el parachoques. Me convertí, a los ojos de mi adorador, en una furgoneta. A mí no me desagradaba este sistema de cortejarme porque así, además de los piropos, que siempre sientan bien, aprendía un poco de mecánica, que nunca viene mal.

La cocinera toleraba aquel bombardeo de galanterías haciendo la vista gorda, cosa que hacía con suma facilidad porque era más miope que una almeja.

Al cabo de algún tiempo, como era de temer, Dionisio se aburría de los dichos y quiso pasar a los hechos. Una mañana aventuró su primer azotito de tanteo, al que respondí con mi primer tortazo de campeonato.

—Eso ha sido para pararte los pies —le dije muy enfadada.

—Pues, hija: yo no tengo los pies tan arriba —replicó acariciándose la mejilla inflamada.

Aquella salida me hizo gracia y los dos nos echamos a reír. Desde entonces aumentó la intensidad de sus azotitos, disminuyendo en cambio la de mis tortazos. Un mediodía, entró don Godofredo en la cocina a robar una patata frita y nos sorprendió en pleno azotito.

—¡Sigan, sigan! —dijo el anciano sonriendo bondadosamente—. Yo también he sido joven. No crean que nací tan pocho como ahora.

Y se fue suspirando al salón, a escuchar con nostalgia el remoto «sí» que guardaba la ampollita.

De este modo, azotito me das y tortazo te pego, fue acercándose el verano con su cutis pegajoso de sudor y su bigote de espigas. Las cretinas se vistieron de cretonas y los grillos empezaron a sonar en los patios como pequeños teléfonos que nadie descuelga. Don Godofredo se quitó tres de sus cuatro camisetas, poniéndose en cambio un jipijapa que guardaba como oro en paño, hecho a mano en La Habana mucho antes de que estallara la guerra de Cuba.

PEDAZO XII

EL CALOR VOLCÓ en la calle a todos los habitantes de las casas, con sus sillas bajitas para sentarse en las aceras, sus botijos regordetes, y sus niños pequeños elaborados en el aburrimiento de las noches invernales.

Los santos veraniegos, que son los más alegres y bullangueros del santoral, empezaron a organizar sus correspondientes verbenas en distintos barrios de la ciudad rivalizando en estrépito y jolgorio: primero fue la de San Antonio, después las de San Juan y San Pedro... A ninguna de éstas pude ir porque no coincidieron con mi día de salida. Pero como las verbenas en verano son como las ristras de chorizos, que se suceden con regularidad matemática, a la de San Pedro siguió la de San No-Sé-Qué, empalmada a su vez con la de San No-Sé-Cuántos.

Mediado ya agosto, llegó al fin la importante verbena de San Refrito, patrono de los periodistas. Se celebraba, como todos los años, en el típico Solar de la Cochina, terreno de las afueras bautizado así por el Ayuntamiento porque pertenecía a una vieja muy influyente que se negaba a dejárselo expropiar con miras a un ensanche. Árido como la palma de la mano y reseco como un paisaje lunar, era el escenario ideal para celebrar uno de esos esparcimientos populares. Porque las verbenas, para que tengan tipismo, requieren un terreno que produzca nubes de polvo capaces de obstruir a toda la concurrencia las vías respiratorias. Y este requisito lo cubría con creces el Solar de la Cochina, pues bastaba dar en él una ligera zapateta para levantar una polvareda comparable al «hongo» de una bomba atómica.

La verbena de San Refrito coincidió con una tarde dominical en que me tocaba salir. Y Dionisio, que cada día estaba más entusiasmado conmigo, aprovechó la ocasión para invitarme al ruidoso festejo. Acepté encantada, no lo niego, porque el chófer empezaba a gustarme casi tanto como un langostino con salsa mayonesa.

Después de almorzar me quité el uniforme y me vestí de paisana, poniéndome mi traje colorado con lentejas amarillas. Robé a doña Clotilde un chorro del perfume francés que guardaba en su tocador para no oler mal cuando se muriese, y me dirigí con mi galán al Solar de la Cochina.

Era una tarde nublada y bochornosa, con ráfagas de viento cálido que traían de muy lejos el rumor de batalla con mucha artillería que tienen las tormentas. Nubes grandes y negras como toros pastaban en el cielo, amenazando embestir con chaparrones despiadados las *toilettes* domingueras. Las criadas, en el recinto verbenero, lucíamos las prendas de ropa fina que logramos sustraer a nuestras señoras. (Y me incluyo también en este grupo, porque yo me puse una combinación de seda que birlé a «Pichirrichina», la estúpida recién casada en cuya casa serví por vez primera).

Dionisio, que para algo era chófer, me guió por las callejas de aquel pueblo absurdo formado por barracas, tiovivos y tenderetes. La gente, apretujada y sudorosa, olía a eso: a gente. Lo cual no dice mucho en favor de su aroma, pues los bípedos en manada huelen casi igual que los cuadrúpedos.

En un chamizo, echando diez céntimos por la ranura del mes que nací, me dieron un papelito rosa con mi horóscopo.

—¿Qué te dicen? —me preguntó Dionisio cuando lo estaba leyendo.

—Que como he nacido en el mes de septiembre, soy Virgo.

—¿Es una indirecta? —se amoscó.

—No: es un signo zodiacal.

—No hay que hacer demasiado caso de esas tonterías —dijo él, temiendo que yo pudiera respetar mi horóscopo al pie de la letra.

Y para demostrarme su desprecio por la astrología verbenera, echó sonriendo otra perra gorda en la ranura correspondiente al mes en que había nacido él, obteniendo a cambio un papel azul.

—¿Qué te dicen? —le pregunté a mi vez.

—Peor que a ti —masculló—; con lo aprensivo que soy, me dicen que soy Cáncer.

Y estrujando su mensaje del futuro, lo tiró con rabia al suelo.

—Puede que seas un Cáncer flojito, que se pueda extirpar a flor de piel —le consolé.

Montamos después en un tiovivo tan lento y decrepito, que más parecía un tiomuerto. Pero era el más barato y por eso lo elegimos. También en las verbenas, como en París, hay en pequeña escala diversiones al alcance de todos los bolsillos: desde la fastuosa barraca llamada ostentosamente «Placeres orientales», en la que bailan seis «huríes» de Calahorra y Orense danzas persas con resabios de pasodoble autóctono, hasta el modesto probador de fuerza donde se luce el novio ante la novia logrando de un empujón que el cochecillo corone la empinada cuesta.

En el tiovivo, para sacarle bien el jugo al precio del viaje, nos reímos a mandíbula batiente. Nadie sabe la razón, pero el encanto principal de la verbena consiste en reírse mucho y sin ningún motivo: hay que reír ruidosamente al comerse un churro, como si la masticación de ese garabato de pasta frita fuese la pirueta más ingeniosa del mundo; hay que reír al soplar en la trompeta de cartón, como si el destemplado graznido que emite fuera el más regocijante de todos los conciertos; hay que reír cuando nos pegan un pisotón; y cuando nos estalla un triquitraque al lado de la oreja; y cuando se nos cae en la ropa el chorrito de helado derretido entre las tapas de barquillo...

Dionisio y yo nos reíamos una barbaridad, porque eso no cuesta dinero y acaba por emborrachar los sentidos.

—¡Pasen, señores, pasen! —gritaba un altavoz a la puerta de un barracón—. ¡Presencien por dos reales el Campeonato Nacional de Charlatanas! ¡Espectáculo único en el mundo!

Sentí curiosidad por ver en qué consistía aquella atracción tan poco corriente, y Dionisio tomó las entradas.

En el centro del local, rodeado de sillas para el público, se alzaba una especie de *ring* limitado por gruesos cordones de seda en lugar de cuerdas de cáñamo. Y en cada ángulo del cuadrilátero, sentadas en taburetes parecidos a los que utilizan los púgiles, se veían cuatro señoras. Las cuatro eran de mediana edad, vestidas con camisetas deportivas en cuya espalda podían leerse sus nombres y sendos números rojos. Perteneían a ese tipo de señoras que se caracterizan por su gran capacidad de resistencia oratoria en las tertulias femeninas, con o sin pretexto de juegos de naipes. Y en el centro del ring, colgado del techo a media altura, un enorme cartelón decía:

«ELLAS LLEVAN 97 HORAS CHARLANDO».

Dionisio y yo nos sentamos en dos sillas libres que quedaban en primera fila, presenciando desde allí el desarrollo de la emocionante competición.

Ellas, efectivamente, charlaban sin parar, arrebatándose las frases de los labios unas a otras. El cansancio producido por los cuatro días y sus correspondientes noches que llevaban de cháchara ininterrumpida, hacía que no pensaran demasiado sus palabras. Muchas veces las respuestas no coincidían con las preguntas, y pasaban de un tema a otro bruscamente, sin apoyarse en ninguna idea intermedia que justificara su asociación. Pero como estas incoherencias se producen también en las reuniones de señoras fuera de concurso —la mecánica del diálogo femenino consiste en hablar mucho y escuchar poco—, la conversación de las finalistas del campeonato parecía tomada taquigráficamente en la mesa de cualquier salón de té, casa particular o cachupinada benéfica.

—Ayer vi a Chichita Morral —decía la aspirante marcada con el número uno, en cuya camiseta se leía también su nombre: «Doña Leonor Madrideo. Campeona de Charlatanas de Castilla».

—¿Chichita Morral? —devolvía el pelotazo con rapidez la número dos, que era la favorita de la afición por reunir las dos condiciones indispensables para superar la marca de charlatanería: reservas adiposas para resistir un largo asedio y amplitud torácica para soltar largas parrafadas sin tomar aliento—. Chichita y yo somos íntimas. Puede decirse que fuimos hermanas de leche; pero de leche condensada, porque nos criamos con botes de la misma marca.

—Esa Chichita me suena —se apresuraba a intervenir la número tres, que sudaba copiosamente y estaba a punto de rendirse tirando la esponja al centro del *ring*—. ¿No se casó hace dos años con un Sierra Morena?

—No, mujer. Sin duda te confundes, porque el marido de Chichita es también un

bandido, pero no de Sierra Morena —remataba la número cuatro, que era una de las primeras lenguas del país.

Un golpe de *gong* anunció un descanso de tres minutos, durante los cuales las contendientes hicieron gárgaras para aclararse la voz y recibieron instrucciones de sus entrenadores.

—Tantea primero con frases cortas, hasta que puedas colocar un párrafo directo que las derribe —aconsejó su *manager* a doña Leonor Madrیدهjos.

La número tres, que era la famosa baronesa de Peine Púas seleccionada para este *match* final por la Federación de Aristócratas, jadeaba en un rincón echando el bofe. Bien mirado, y habida cuenta del esfuerzo dialéctico que realizó en aquellas noventa y siete horas, la cantidad de bofe que echó fue insignificante. Pero el reglamento federativo que se aplica a estas competiciones, en su artículo XVI, apartado IV, especifica claramente: «Toda charlatana en cuyo bello aparezcan indicios de bofe, síntoma evidente de que comienza a echar la referida víscera, se considerará derrotada por sus adversarias y no podrá continuar la prueba».

Por esta razón la famosa baronesa en la que tantas esperanzas depositó la alta sociedad, fue descalificada por el árbitro y tuvo que abandonar el *ring* en unas parihuelas.

Un nuevo golpe de *gong* señaló el principio del asalto siguiente, que duraría cinco horas. Inició el ataque la Campeona de Castilla imprimiendo a su lengua un rápido tableteo de ametralladora. Pero la número dos, favorita de la afición, encajó perfectamente los certeros impactos de su fogosa charla.

—La otra tarde estaba yo jugando al *bridge* en el Club de Fondonas —comenzó la número uno—, y me llamaron de mi casa para decirme que acababa de tener un niño. Y tuve que dejar la partida, para irme corriendo a darle de mamar.

—¡Qué fastidio! —disparó certera la número dos—. Yo he tomado una doncella muy dispuesta, que se encarga de tener los niños por mí.

—¿Y su marido lo consiente? —metió baza la número cuatro.

—Pues claro: él mismo me dio la idea. Como tengo tantas fiestas benéficas, y tantos cócteles, y tantas gaitas, no me queda tiempo para desperdiciarlo en esas bobadas.

—Pues yo doy a luz en un parpadeo. Como mi marido es prestidigitador...

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Muchísimo. Cuando quiero tener un niño, me tumbo en un sofá y él me tapa con una sábana. Pronuncia entonces unas frases cabalísticas gritando «¡hoop!», y aparece el niño en mis brazos saludando al público con una banderita española en cada mano.

—¿Y se ahorra usted la gestación?

—Por supuesto.

—¡Menuda bicoca! Una, en cambio, tiene que pasarse casi un año gesta que te gesta, para elaborar un chiquitajo de tres kilos.

La conversación continuó entre las tres adversarias sin decaer ni un solo instante. Minutos después de rebasar la hora noventa y ocho de cháchara homologada, la aspirante que lucía el número cuatro comenzó a quedarse afónica. Luchó aún algún tiempo para hacerse oír, pero la afonía fue aumentando hasta que su voz se hizo imperceptible. Tuvo que abandonar la lucha entre una salva de aplausos que el público dedicaba a su favorita, cuya victoria iba perfilándose con trazos cada vez más firmes. Pero, pese a los esfuerzos de la número dos, que trataba de quebrantar a su última enemiga con párrafos contundentes, la charlatana castellana resistía con la táctica defensiva de replicar con frases cortas y tajantes.

—¿Cuánta harina pone usted para hacer la besamel de las croquetas «a la virulé»? —arremetía la número dos, ansiosa de aniquilar con rapidez a su última adversaria.

—Poca —respondía astutamente la número uno, con lo cual economizaba energías ampliando su margen de resistencia.

Cuando Dionisio y yo salimos del barracón, el emocionante duelo continuaba. Tres días después supimos que, pese a todos los pronósticos, doña Leonor Madridejos, marcada con el número uno, logró agotar a la favorita poco antes de cumplirse la hora ciento cincuenta y seis. Y fue nombrada Campeona Nacional de Charlatanas con todos los honores, recibiendo el preciado trofeo, consistente en una lengua de oro colocada dentro de un estuche en forma de boca, que al abrirse mostraba un paladar de terciopelo colorado.

La tarde se iba poniendo mustia. Un viento caliente y malintencionado seguía acumulando nubes sobre el solar de la verbena, preparándole una trastada a San Refrito. En un puesto tomamos unas copas de anís dulce, aromático y repugnante como un jarabe para la tos. El ejército, desarmado por las sonrisas de las criadas, se rendía sin condiciones en el «Túnel del Amor».

—¡A los ricos pasteles de crema! —pregonaba un apoplético detrás de su mostrador.

—Pero ¿dónde están los pasteles? —le pregunté, pues no los veía por ninguna parte.

—Debajo de las moscas.

Al decir esto, dio un manotazo en el mostrador. El velo negruzco que lo cubría se deshizo en millares de moscas que echaron a volar, y aparecieron entonces unos pastelillos morenos con churretes de crema blanquecina.

—¡Al bonito pito de San Refrito! —voceaba un vejete con birrete, exhibiendo su mercancía pinchada en un gran acerico.

El pito consistía en un palmo de caña hueca con varios orificios, estilo flauta, que al soplar en su interior lanzaba un quejido lastimoso comparable a un escape de gas.

Sujetas a la caña con un tallo de alambre, varias flores de papel adornaban el tosco instrumento. Viendo aquello pensé que la Iglesia debería prohibir que se cuelgue a los santos la paternidad de tantas majaderías. No deja de ser una irreverencia que muchos comerciantes, murguistas y pasteleros exploten la devoción de nuestro pueblo haciendo figurar a un santo como fabricante de sus productos: yemas de San Leandro, pitos de San Isidro, tortas de San Diego, huesos, de santos variados... Y la gente, claro está, los compra a ojos cerrados haciendo este razonamiento elemental: «Como los santos son tan buenos, las cosas que ellos fabrican tienen que ser bonísimas también». Y allí está el fraude que debe combatirse con una enérgica pastoral. Porque a mí me parece un pequeño sacrilegio que manos profanas arranquen los halos a unos santos ilustres, para encasquetarles a la fuerza unos gorros de cocineros. Y no está bien tampoco que a la excelsa figura de San Isidro, modelo de laboriosidad, se le atribuya la ociosa invención de ese absurdo pito de cristal con cuatro floripondios que lleva su nombre.

Así se lo dije a Dionisio, que me dio la razón pellizcándome al sur de un omóplato al tiempo que me decía:

—¡Qué lista eres, chatunga!

El viento, en colaboración con los pies de la gente, aumentaba poco a poco el espesor de la polvareda que cubría el Solar de la Cochina. Mojando con agua un trozo de aquel aire, el polvo hubiera cuajado en un barro con suficiente densidad para modelar un botijo.

Entre pitos y copas, llegamos a la inevitable barraca de la mujer barbuda. Nunca comprendí por qué las mujeres barbudas, víctimas de un injustificado complejo de inferioridad, se resignan a resolver su porvenir exhibiéndose en barracas de verbena. Su barba precisamente, lejos de disminuir sus posibilidades de abrirse camino en la vida, las coloca en condiciones de aspirar a severos y elevados cargos vedados por completo a las mujeres barbilampiñas. Una mujer con barba, a mi juicio, sería la persona más indicada para desempeñar la cartera de Hacienda. Su aditamento piloso le daría la necesaria prestancia y seriedad requeridas por el puesto de ministro, mientras su instinto femenino para la administración hogareña haría eficazísima su labor ministerial. Llevar una casa, al fin y al cabo, es lo mismo que llevar un país. Una nación es un hogar en gran escala, con idénticos problemas económicos. Y la misión del ministro de Hacienda es administrar el sueldo que gana el Estado, para que dure hasta fin de año. Él tiene que dar dinero para la compra del abastecimiento nacional, y pagar los gastos de los presupuestos examinando las cuentas para que no le sisen. Es, pues, un cargo más bien femenino, que una mujer barbuda desempeñaría a la perfección.

—Pero ¿cómo es posible que haya gastado en armas ciento veintiséis millones, Robustiano? —se escandalizaría la ministra riñendo a su colega de la Guerra.

—Es que nuestro armamento estaba pasado de moda —se disculparía don Robustiano—. Ahora vuelven a llevarse los cañones largos.

—¡Vaya con el ministro finolis! —se sulfuraría ella mesándose las barbas—. ¡Sólo puede matar con armas que sean el último grito!

—Lo hago por patriotismo, señora ministra. Si salimos a los campos de batalla con un material que ya no se lleva, los generales enemigos se burlarán de nosotros.

Vigilados los gastos nacionales con minuciosidad de cuentas de la cocinera, se lograría economizar notablemente reduciendo el volumen de las sisas y gastos superfluos. (Regalo esta idea a todos los jefes de gobierno, por si quieren utilizar en la próxima crisis a una de estas admirables mujeres con barba).

La barbuda de la verbena de San Refrito no sospechaba tampoco sus grandes posibilidades políticas, y se exhibía como todas sus congéneres en un tenderete de lona al que se entraba previo pago de dos perras. Se llamaba Carmela y era bastante andaluza. Corpulenta como todos los fenómenos de esta clase, andaba con la misma gracia que una apisonadora. Su actuación consistía en aparecer ante los espectadores en un pequeño escenario, ataviada con un traje de mocita sevillana con más lunares que una epidemia de viruela. El contraste de su atuendo femenino con su barba prócer era aterrador. Se oía entonces entre bastidores una música de guitarra, y Carmela recitaba este triste romance autobiográfico con su potente vozarrón:

*Yo era una niña imponente
con la nariz muy morena,
con un ojo a cada lado
y un pendiente en cada oreja.*

*Tan guapa fui que los mozos
me llamaban «La Estraperla»,
pues por mirarme en la calle
les cobraba una peseta.*

*Tuve un novio mariscal
que me daba mucha guerra,
un califa de Tetuán
y un viudito de Manresa.*

*Pero sólo amaba a un hombre:
Pepe, Pepito Chopera,
que tenía tres cortijos
y una pierna de madera.*

*Pero una noche de mayo
de ésas que huelen a menta,
a nardos, a ajonjolí,*

*a espinacas y a otras hierbas,
al mirarme en el espejo
quedé sin sangre en las venas:
tres pelos ensombrecían
mi barbilla marfileña,
y a esos tres se unieron otros,
y eché la barba completa.*

*¿Cómo presentarme a Pepe?
Por muy calé que se sea,
una barba siempre choca;
y más aún si es tan negra.*

*Le di varios esquinazos
pretextando una jaqueca,
pero un triste anochecer
se me presentó en la reja.*

*Procuré esconder mi barba
poniéndole una peineta
adornada con claveles,
pámpanos y albahaca fresca.*

*Mas se levantó ventisca
precursora de tormenta,
y voló mi camuflaje;
y enseñé la barba entera.*

*Pepe se echó para atrás
y dijo con voz correcta:
«Perdone, don Serafín:
vine a charlar con Carmela;
ya está oscuro y confundí
al abuelo con la nieta».*

*Saludó ceremonioso,
dio con garbo media vuelta,
y desde entonces me muero
sola con mi barba a cuestras,
sin un Pepe que me diga:
«Por ahí te pudras, Carmela».*

Al terminar su recital, se inclinaba para recoger el puñado de aplausos que le

ofrecía el público. Después se daba unos tirones tremendos de la barba para demostrar que no era postiza, regalaba un pelo de recuerdo a cada espectador y concluía el espectáculo.

—¡Pobre mujer! —comentó Dionisio cuando salíamos—. Si algún día quiere ser feliz y decide fundar un hogar, tendrá que casarse con un marica para que haya cierto equilibrio en su matrimonio.

El calor acabó por derretir la cáscara de las nubes, y empezaron a soltar toda el agua que guardaban dentro. (Me sería mucho más sencillo decir simplemente que empezó a llover; pero, puesto que estoy escribiendo un libro, tengo la obligación de esforzarme en hacer algún pinito literario. De nada).

El chaparrón puso en fuga a la muchedumbre, que corrió a refugiarse bajo los aleros de las barracas y los toldos de los merenderos. Las gotas de agua, al caer en las grandes sartenes de aceite hirviendo para freír churros, reventaban como granos de maíz. Churretes de pintura corrieron por todas las fachadas de la frágil arquitectura verbenera, deshaciendo las carátulas y adornos chillones pintados en la madera. Y la hermosa cebra «Pipa», máxima atracción zoológica del festival, se quedó convertida en una vulgar mula parda al borrarle con el baño su pijama listado.

Aquello fue, literalmente, un jarro de agua fría que enfrió el entusiasmo popular. La gente se retiró a toda velocidad, para salvar de la mojadura sus galas domingueras.

PEDAZO XIII

TAMBIÉN NOSOTROS nos fuimos del solar y nos refugiamos en un portal de una calle próxima

—Aún es temprano para volver a casa —observé yo.

—Pero, en cambio, ya es tarde para ir al cine —replicó Dionisio. Y se acercaba mucho a mí en la penumbra, cosa que me extrañó, porque el portal era muy grande y había sitio de sobra para albergarnos con holgura a los dos.

—¿Qué hacemos entonces? —dije sin apartarme de él, debido sin duda a las copas de anís dulzón que lastraban mi estómago.

—Podríamos ir un rato a casa de mi tía —insinuó él, intentando abrazarme y consiguiéndolo—. Vive muy cerca de aquí.

—¿Y qué vamos a hacer en casa de tu tía?

—¡Qué sé yo! —mintió él, pues lo sabía perfectamente.

Y cogiéndome del brazo, me remolcó con suavidad hacia la calle del Gallo (antes del Pollo).

—Yo, de pequeña, creía que los chóferes no tenían familia —dije tanteando el terreno—. Era tan tonta, que me figuraba que nacían en los automóviles debajo del *capot*.

—Claro que tenemos familia —se apresuró a decir él nerviosamente, por lo que deduje que su sobrinazgo con la señora que íbamos a visitar lo había inventado para que yo no opusiera resistencia. Pero mi ingenuidad, mezclada con el anís y una buena dosis de curiosidad, me impulsó a continuar la aventura.

La calle del Gallo (antes del Pollo, y más antes todavía del Huevo) era muy corta y poco importante. Pero tenía la particularidad de que el comercio establecido en ella constituía, sin proponérselo, una auténtica biografía de la vida del hombre: empezaba la calle con una tienda de ropa para bebés; y a continuación, en el mismo orden en que las cito, se abría una de juguetes, otra de material escolar, un estanco, una barbería, una taberna, una de regalos de boda, una farmacia y una de pompas fúnebres.

Llegamos ante el número nueve y Dionisio me anunció que debíamos subir al quinto piso.

—¿No hay ascensor?

—Sí: pero no funciona desde hace dos meses, porque tiene una úlcera de duodeno.

—¿Es que los ascensores tienen duodeno?

—El de esta casa, sí: es el propio portero. Dándole una propina, le sube a uno en brazos hasta el piso que desea.

Iniciamos la ascensión por una escalera sórdida que olía a momia desembalada de su sarcófago. Dionisio me ayudaba a subir con su brazo ciñendo mi cintura, y yo subía con la docilidad propia de la inocencia. No sabía bien qué demonios íbamos a hacer en casa de aquella presunta tía, pero no era cosa de regalarles a nuestros señores dos horas de nuestro asueto dominical: había que consumirlas de algún modo, por estúpido que fuese. Pero el pasatiempo ideado por Dionisio no debía de ser tan estúpido porque el hombre, en cada rellano, se arrimaba más a mí que un torero valiente a un morlaco.

—¿Estás seguro de que vamos a casa de tu tía? —empecé a inquietarme.

—Segurísimo —afirmó él poniéndose la mano en el corazón después de haber intentado ponerla en el mío.

Coronamos por fin la cima del inmueble y Dionisio llamó a un timbre, cuyo repiqueteo nos llegó amortiguado por la distancia. Eliminado el efecto de las copas con el sudor que me produjo la subida, me sentí de pronto tan pura y temerosa de mancharme como una novia vestida de blanco en una estación de engrase. Tuve intenciones de huir, que no pude poner en práctica porque en aquel momento se abrió la puerta bruscamente y apareció en el umbral un hombre muy alto y muy ancho.

—¿Qué desean? —preguntó de mal talante.

Noté que Dionisio se quedaba un momento desconcertado, aunque al fin pudo decir:

—Usted perdone... Veníamos a ver a doña Brígida...

—¿Son ustedes de la familia? —indagó aquel imponente personaje.

—Pues... —empezó a decir mi acompañante mirándome de reojo. Y no atreviéndose a confesar que me había contado una mentira, contestó—: Sí. Yo soy su sobrino.

—En ese caso —ordenó el hombrachón—, pasen en, seguida. Su tía se está muriendo. Yo soy el médico.

Y se apartó para dejarnos libre el paso. Dionisio vaciló, pero ya era tarde para volverse atrás porque el gigante empezaba a impacientarse. Y tuvo que entrar muy cohibido, seguido por mí tan cohibida como él. El doctor cerró la puerta cortando la retirada conduciéndonos después por un largo pasillo a la alcoba de la enferma.

—Se sintió mal a mediodía —iba explicando por el camino—. Cuando me mandó llamar, creí que se trataría de algún alifafe propio de la edad. Pero ¡sí, sí, alifafe!: al verla me encontré con un derrame cerebral de los gordos. Siento tener que darle una mala noticia, joven, pero su pobre tía está en las últimas.

Dionisio estaba tan azorado que sólo pudo emitir un balbuceo ininteligible. Al final del pasillo, el doctor abrió la puerta y nos introdujo en el cuarto de doña Brígida. Era una habitación pequeña, con un ventanuco junto al techo insuficiente para ventilar el denso olor a vieja que flotaba en el aire. Las paredes estaban adornadas

con grandes y caprichosas manchas de humedad, a las que sólo faltaba el complemento de un marco para convertirse en valiosos cuadros de pintura surrealista.

En una cama estrecha de madera negra, que ya tenía de por sí aspecto de ataúd, agonizaba la seudotía de mi chófer. Por la topografía del bulto que su cuerpo formaba bajo las sábanas deduje que se trataba de una vieja muy gruesa, de piernas cortas y vientre hidrópico. Su cabeza, que reposaba sobre una almohada de dudosa blancura, se movía de derecha a izquierda agitada por las olas del derrame interno. Tenía canas, desde luego, pero tan sucias y revueltas que no infundían respeto a la vejez, sino temor a la brujería. Sus mejillas eran bolsas fofas que habían perdido con los años la grasa que contuvieron. Y para colmo, jadeaba lo mismo que una máquina de vapor.

—Venga, acérquese —ordenó el médico a Dionisio agarrándole de un brazo. Y cuando lo tuvo a la cabecera de la cama, le hizo inclinarse sobre el rostro de la moribunda.

El pobre hombre rompió a sudar copiosamente, apresado en la red de su propia comedia.

—¡Doña Brígida! —gritó el doctor junto al oído de la interfecta—. ¡Está aquí su sobrino!

Pese a su gravedad, la vieja se abrió paso entre las brumas que inundaban su cerebro para preguntar con voz tan doliente como extrañada:

—¿Qué sobrino ni qué niño muerto? Yo no tengo ningún sobrino.

Dionisio palideció, pero la situación fue salvada por el propio doctor, que le dijo meneando la cabeza tristemente:

—El derrame ha paralizado, sin duda, el centro motor de la memoria. Quizá le reconozca al verle. Acérquese más.

—¿Cree usted que es necesario? —aventuró Dionisio con timidez.

—Claro que sí. Puede que las células de la memoria visual no estén aún afectadas por la lesión progresiva. Y supongo que usted querrá despedirse de su tía antes de que se vaya al otro mundo, ¿verdad?

—Desde luego —susurró el infeliz chófer tragando saliva. Y haciendo de tripas corazón, aproximó su rostro al de la agonizante.

—¿Quién es este tiparraco? —exclamó ella al abrir los ojos y encontrarse a diez centímetros de su nariz con aquellas facciones desconocidas.

Dionisio entonces, creyendo que yo no sospechaba nada, tuvo un rasgo de valor y decidió jugárselo todo sosteniendo el tipo:

—Soy yo, tita —dijo con voz melosa, barbilleando audazmente a la vejancona—. Tu sobrinito Michito.

Y con una dureza de cara comparable a un bloque de mármol, se volvió hacia mí para explicarme:

—Ella siempre me llamaba así.

Como la suerte protege siempre a los sinvergüenzas, doña Brígida no pudo desmentirle porque en aquel momento se produjo en su cerebro una nueva convulsión y perdió el uso de la palabra.

—Ya no puede hablar —dijo el doctor.

—Menos mal —susurró Dionisio.

Esta nueva complicación de su proceso agónico motivó que la individua, con intención sin duda de desmentir su parentesco con Dionisio, comenzara a mover los labios desesperadamente sin emitir ningún sonido. Parecía un pez fuera del agua, aunque sin escamas.

El médico grandullón, incapaz de comprender esta tragedia grotesca cuyo argumento completo no conocía, continuaba atribuyendo la repulsa de doña Brígida a su pérdida paulatina de facultades mentales.

—La pobre está tan grave —consolaba a Dionisio—, que es natural que no le reconozca.

—¡Ya lo creo que es natural! —decía él entre dientes, forzando sus músculos faciales para entristecer su rostro en honor a la inminente difunta.

—Puesto que ya están ustedes aquí para acompañarla —decidió el doctor poniéndose su sombrero, que había colgado de un boliche de la cama—, me voy a hacer algunas visitas urgentes.

—¿Cómo? —se horrorizó Dionisio—. ¿Va usted a dejarnos solos con esta papeleta?

—«Esta papeleta» es tía suya, ¿no?

—Por muy tía que sea, caray.

—La ciencia, por desgracia, no puede hacer nada para salvarla —dijo el galeno gravemente—. Sólo queda esperar con resignación el fatal desenlace. Y usted es el único pariente que puede darle un poco de afecto en sus últimos momentos.

Y poniendo en las de Dionisio una mano de la moribunda, el doctor salió del cuarto.

Segundos después oímos el ruido de la puerta de la calle que se cerraba y nos quedamos solos. Dionisio, entonces, intentó dejar la mano pegajosa que tenía entre las suyas; pero doña Brígida, en un injustificado movimiento, reflejo de su mente desquiciada, le agarró con fuerza por una muñeca. Sus dedos se convirtieron en una auténtica tenaza cuyo abrazo era imposible soltar.

—Ven, ayúdame —me rogó.

—No comprendo que quieras zafarte de tu querida tita, Michito —le dije muy seria—. Tu deber de sobrino es estar junto a su lecho hasta que expire.

—Sí, claro —tuvo que resignarse él, renunciando a luchar contra la garra de la vieja—. Pero ¿y si tarda en expirar? No es que yo quiera que expire, entiéndeme; pero ya son cerca de las nueve y tenemos que volver a casa.

—No te preocupes —le tranquilicé—, volveré yo sola y te excusaré ante los señores contándoles tu desgracia familiar. En cuanto sepan que se trata de una tía por la que tienes un cariño tan sincero, te perdonarán el retraso. Adiós, Michito.

Y sin darle tiempo a reaccionar, salí al pasillo.

—¡Pero, Rosita!... ¡Rosita!... —me llamó él, angustiado.

No le hice caso. Recobrada íntegramente mi serenidad, continué sin detenerme hasta el vestíbulo, salí a la escalera y cerré de un magnífico portazo. Dentro quedó el pobre Dionisio, al que la Providencia hizo caer en la trampa que me tendió. Y el muy imbécil tuvo que pasarse toda la noche velando a la alcahueta moribunda.

PEDAZO XIV

DÍAS DESPUÉS de mi fallida aventura con el robusto chófer, temerosa de que se repitiera la intentona con otro resultado, abandoné la casa de mis ancianos señores pretextando que mi madre no se encontraba bien.

—Pero ¿no me dijo usted cuando entró a servir con nosotros que su madre había muerto? —se extrañó doña Clotilde.

Comprendí que había metido la pata al inventar la disculpa, pero no quise dar mi brazo a torcer:

—Pues por eso digo que no se encuentra bien: porque muerta no puede una encontrarse.

Y me fui procurando no tropezarme con Dionisio, que continuaba persiguiéndome a pesar de lo ocurrido aquel domingo.

Con mi maleta en la mano, cuyo contenido enriquecí con una colcha que cacé en la casa como recuerdo, me encaminé hacia el suburbio de mi infancia para pedirle al señor Plutarco que me buscara una nueva colocación. Allí estaba como siempre detrás del mostrador de su vaquería, elaborando esos liquidillos pálidos que vendía como leche a los pazguatos. Los años no pasan en balde y noté que su rostro se iba volviendo más blancuzco. (Debía de ser porque los tintes que usa la raza negra, por estar hechos en África que tiene una industria tan rudimentaria, son poco permanentes y destiñen con el sol y con la lluvia).

Le expuse mis pretensiones de colocarme, indicándole que estaba dispuesta a cambiar mi oficio de criada por cualquier otro más lucrativo y menos humillante. Por la mirada que me dirigió para recorrerme de pies a cabeza, adiviné que tampoco por mí el tiempo pasaba en balde: las recientes reformas que el crecimiento introdujo en mi físico, facilitaban notablemente mis aspiraciones de ascender en la escalera laboral.

—Tienes suerte —me dijo el negro desteñido que hablaba, como todos los criollos, meciendo con suavidad el castellano en una hamaca tropical—. Hace un mes llegó de La Habana mi sobrina Chula Mambí, y está a punto de abrir un cabaret en un sótano muy céntrico. Vete a verla de mi parte y estoy seguro de que te dará trabajo.

Me apuntó las señas en un papel y hacia allá me encaminé sin perder ni un minuto. El local próximo a inaugurarse estaba situado en una de esas callejas que flanquean la Gran Vía madrileña, pequeños afluentes que vierten en el luminoso río principal sus tinieblas y su pobreza. El nombre del antro, que ya aparecía sobre la puerta con letras llameantes, era certero: *El Infierno.— Abierto toda la eternidad.* ¿Qué mejor sitio para los pecadores nocturnos que una cueva muy profunda, al nivel de los dominios de Satanás, decorada toda ella con motivos infernales? Allí

encontraría cada cual su pecado predilecto, desde el inocente copetín de anisete al tóxico cigarro de marihuana. «El Infierno» aspiraba a ser la inmunda madriguera donde se dieran cita no sólo los pecados capitales, sino también los provinciales.

Bajé con cierto miedo por una larguísima escalera, decorada con horrendas mascarillas diabólicas que olían aún a pintura fresca. La interpretación mural del castigo eterno resultaba algo pueril, pero a mí me impresionó porque yo era entonces muy candorosa.

Al terminar la escalera se llegaba a una gran sala subterránea, en uno de cuyos ángulos había una tarima para que flotara la orquesta sobre el mar de bailarines. Una lamparita con pantalla roja en cada mesa daba al local, si no el aspecto satánico que se pretendía, al menos un aire de laboratorio fotográfico bastante desagradable. Y ya se sabe que hoy en día, para que un espectáculo cuaje, hay que procurar por todos los medios que el público sufra lo más posible. Hay que hacer pequeñísimas las pistas de baile, para que la acobardada Humanidad contemporánea se apretuje en ellas y no se sienta tan sola. Hay que divertirse en los sótanos sin luz y con ventilación artificial, como si las conciencias no se atrevieran a exhibirse al sol y al aire libre.

—¿Qué desea? —me disparó una vieja que andaba con una escoba entre las mesas vacías.

Sugestionada por el ambiente y por la escoba, creí que sería alguna bruja contratada por la empresa para hacer los honores; pero no era más que una mujer encargada de la limpieza.

—Quiero ver a doña Chula Mambí.

—Por aquella puerta —me indicó la fregona, señalándome una en la que se leía «Dirección».

Llamé tímidamente con un solo nudillo, y una voz de mujer me invitó a pasar con el clásico «adelante». Obedecí atemorizada y me encontré en un pequeño despacho con una gran mesa, ante la cual estaba sentada Chula Mambí. Algo en su aspecto me sorprendió al primer vistazo: quizá fuera su peinado, un tanto extravagante; quizá sus uñas, que eran larguísimas y muy cuidadas; quizá su piel, negra como el betún... No lo sé a ciencia cierta. Las únicas notas de frivolidad en su semblante eran el blanco de los ojos y el amarillo de los dientes. Su perfil, debido sin duda a una cana al aire de alguna antepasada, era tan correcto como la sombra de una mujer blanca proyectada en la pared. Parecía el negativo del retrato de una mujer estupenda y daba pena no poder positivarlo para realzar sus encantos. No había cumplido aún los treinta años, ni pensaba cumplirlos tampoco hasta que tuviera quince más. Y para las lectoras, que siempre quieren saber cómo van vestidas las mujeres de los libros para criticarlas en los puntos y apartes, diré que llevaba un traje verde con la sisa menguada por aquí y unos frunces por allá.

—¿En qué puedo servirte, mijita? —me dijo echando en cada palabra el almíbar

de su acento cubano.

—Vengo de parte de su tío Plutarco.

—¡Ah! —se enterneció ella—. ¿Te envía el pochito de mi tío? Es un pobre comebolas, pero yo le quiero mucho. ¿Y qué tripa se le ha roto al pochito de mi tío?

—Ninguna, gracias a Dios —la tranquilicé—. Todas las tripas del pochito de su señor tío están incólumes. Sólo quiere recomendarme para que usted me dé trabajo en su nuevo cabaret.

—¿Qué sabes hacer?

—Hasta ahora he servido.

—¿Para qué?

—Quiero decir que he sido criada.

—¿Para todo?

—Según lo que usted entienda por todo.

—Yo, por todo, entiendo lo mismo que tú.

—Entonces no soy para todo, sino para nada.

—Siendo así, ¿qué trabajo quieres que te dé en mi establecimiento? Las plazas de guardarropa ya están adjudicadas. Y no creo que con esos ojos y ese tipo te resignes a estar en la cocina fregando cacharros.

—No, claro —admití—. Mi intención precisamente era subir de categoría. ¿No tiene nada mejor?

—Espera. Quizás... Enséñame las piernas.

—¿Para qué? Tengo dos, como todo el mundo.

—Vamos, no seas majadera —se impacientó Chula intentando cogermela para subírmela.

—¡Espere, que me va usted a manchar! —retrocedí instintivamente, al ver tan cerca su negra mano. Pero ella no se ofendió, porque los pobres negros están acostumbrados a que les digan impertinencias de la mañana a la noche.

El examen de mis extremidades inferiores, al que accedí por fin, dio un resultado satisfactorio. Chula, al verlas, emitió un pequeño silbido y exclamó:

—¡Guanábana! Quedas admitida.

—¿Para qué?

—Para actuar en el *show*. Ya tengo cinco bailarinas contratadas. Tú serás la sexta.

—Pero yo no sé bailar.

—Ni ellas tampoco. Por eso las he elegido. Las bailarinas que saben bailar, salvo raras excepciones, son feísimas. Y es natural, porque sólo una chica fea es capaz de resignarse a dedicar los mejores años de su juventud a pegar brincos agotadores en una academia al compás de una chundarata. Observa, además, que el baile, tomado en grandes dosis, no estiliza las piernas sino que las deforma: los cuádriceps se desarrollan en proporciones futbolísticas, y en el mollete de las pantorrillas nacen una

serie de bolas musculares cuyo calibre oscila entre las de «golf» y las de billar. Y el músculo, lo mismo que el bigote, es un gran enemigo de la belleza femenina. Cuanto más debilonas somos, más gustamos. Contemplar dos bonitas piernas de mujer por patosa que sea su propietaria, tiene más emoción que ver todos los arabescos que puedan trazar las recias pantorras de cualquier Pawlova. Quiero en mi cabaret, por lo tanto, piernas jóvenes que tengan del baile unas nociones elementales para justificar su desfile ante el espectador. Si te quedas en mi *ballet*, te pagaré las lecciones de baile como a las otras y te daré un anticipo del sueldo para que puedas vivir hasta que se inaugure mi «Infierno». Falta todavía más de un mes y os sobra tiempo para aprender a bailar como peonzas. El *show* será a base de vosotras como relleno, y de mí como número fuerte. Porque yo, mijita, aunque me esté mal decirlo, bailo unas rumbas que le zumba el mango. Habrás oído hablar muchas veces de «La Tiburona del Caribe», ¿verdad?

—No.

—Me extraña, porque no se habla de otra cosa en todo el mundo. «La Tiburona» soy yo. Me echaron de Cuba porque los hombres, al verme bailar, se enardecían de tal modo que armaban unas revoluciones imponentes. Acepta la colocación y no te pesará. Tendremos un éxito rotundo, ya verás.

Y sin esperar mi respuesta, Chula Mambí me entregó una tarjeta con las señas de la «Academia folklórica de don Macareno Josú», y un sobre con trescientas pesetas.

—Entonces... —intenté decir.

—Vete ahora mismo a la Academia, y dile a don Macareno de mi parte que eres la sexta chica que nos faltaba para completar el conjunto. Ya te dirá él lo que tienes que hacer. Buena suerte, mijita. Y recuerdos al pochito de mi tío.

Salí del despacho de la negra un poco asustada del empleo que acababa de aceptar, pero el sobre con los sesenta durazos disipó todos mis temores. Pasara lo que pasara, había logrado al menos salir del inframundo servidoril y ascender el primer peldaño de una carrera artística llena de posibilidades. Tan contenta llegué a sentirme en el trayecto hacia la Academia, que hasta le di diez céntimos a un pobre que excitaba la compasión pública pregonando su desgracia en un cartel prendido en su pecho. El cartel, escueto, y patético, decía sencillamente: «Pobre sinvergüenza». Y aunque casi todos los pobres exageran sus taras para inspirar lástima, se notaba que aquél decía la verdad porque tenía un aspecto de gandul rollizo y saludable que quitaba el hipo.

Encontré al fin la Academia folklórica del señor Josú, sita en la Plaza del Grifo, llamada así porque en el centro hay una fuente con un chisme de ésos. Ya en el portal empecé a oír el tableteo de las castañuelas, y me bastó seguir su rastro para localizar el piso de don Macareno. Llamé y salió a abrirme una alumna que pasaba casualmente ante la puerta bailando un fandango, pero cuando quise explicar el

objeto de mi visita ya había desaparecido sin detenerse en sus evoluciones. Entré muy decidida en busca del director y nuevas alumnas que cruzaban el vestíbulo practicando estuvieron a punto de atropellarme. El ruido de las castañuelas era comparable al de la nave de una fábrica en plena producción. Más que folklóricas parecía que allí se fabricaban locomotoras. Porque el castañeteo, ya ensordecedor de por sí, se reforzaba con las pataletas del centenar de bailarinas distribuidas por todas las habitaciones, las voces de mando de los profesores encargados de cada grupo, y la música de cinco pianos tocando a la vez distintas piezas.

—Usted perdone —intenté detener a una bailarina que venía más despacio que las demás, porque bailaba por lo fino—. ¿Puedo ver a don Macareno Josú?

Pero la interpelada, furiosa por la interrupción, me largó un castañueletazo que si me pilla un dedo me lo aplasta. En vista de lo cual, decidí buscarle yo sola para no exponerme a las iras de aquellas fanáticas. Tuve bastante suerte porque, después de vagar un rato por la casa, oí a mis espaldas una voz de hombre que me dijo:

—¿Qué hace usted aquí? ¿Por qué no está bailando? ¿Es que se le ha roto una castañuela?

—No, no —contesté volviéndome—. He venido a hablar con don Macareno Josú.

—Yo soy —me dijo secamente—. Vamos a mi despacho.

Y me guió hasta una oficina montada a la americana, con ficheros metálicos y dos mecanógrafas rubias que escribían a máquina sin parar.

Confieso que don Macareno no respondió en absoluto a la idea que me había forjado de él. Yo esperaba encontrarme un andaluz menudo y flexible, con un clavel reventón en el pelo y los ojos verdes como el trigo verde. Supuse también que tendría la tez tostada, como todas las teces expuestas al tan cacareado «solarium» de las provincias andaluzas. Mi imaginación fue más lejos aún y le había vestido con una blusa rebosante de chorreras, zapatos de bailoteo con alto tacón y chaquetilla cortísima, amén de los consabidos faralaes y otros perendengues propios de la zona flamenca.

Pero el original, por desgracia, no se parecía en absoluto al retrato que yo le hice: don Macareno Josú era un hombre alto, más bien grueso, que hablaba con marcado acento catalán. No llevaba tampoco ningún clavel reventón en el pelo, aunque quizá no fuera por falta de ganas, sino por falta de pelos: era completamente calvo. (El lector me dirá que, en casos así, el clavel reventón puede sujetarse al cuero cabelludo con una tira de esparadrapo; pero el sistema, aunque eficaz, resulta muy molesto y poco decorativo). Su cutis, además, era lechoso y gordezuelo, sin las virtudes de bronceado y delgadez que agitanan los cutises regados con sangre faraónica. En cuanto a su atuendo, también distaba mucho de ceñirse a las normas de la moda calé, pues vestía un traje de franela gris, sin más lunares que los producidos por la ceniza de los cigarrillos que le caían en la solapa.

Sólo le faltaba rumiar una pelotilla de «chicle» para parecer, no al director de una academia folklórica, sino un promotor de boxeo yanqui.

—Pero ¿de veras es usted don Macareno Josú? —dije sin poder ocultar mi sorpresa.

Don Macareno me miró de hito en hito (forma de mirar que se usa mucho en las novelas, aunque nunca la he entendido, pues confieso que estudié poca fisiología y no sé en qué parte del cuerpo tenemos los hitos ésos).

—Claro que lo soy —dijo después fijándose bien en todos mis hitos, que debieron de parecerle estupendos porque me habló con mucha amabilidad—. Y comprendo que le extrañe. Usted esperaba encontrar un bailarincete de nalga enjuta y pelo ensortijado, ¿verdad? Pero *ascolti, noya*, ¿no se da cuenta de que la producción de folklóricas en serie es una industria nacional de gran envergadura? Y ya sabe usted que casi todas las fábricas importantes las fundamos los catalanes. El consumo de folklóricas aumenta mensualmente de tal modo, que ya no doy abasto para servir todos los pedidos.

—¿Es posible? —me asombré.

—Como lo oye. Cuando decidí abrir esta industria de fandangueras y derivadas, calculé una producción de tres semanales. Pero pronto tuve que hacer una ampliación de mis instalaciones. En la actualidad produzco dos folklóricas diarias. Y espero duplicar esta cifra el año próximo.

Miró con orgullo una estadística puesta en la pared de la oficina, sobre cuyos casilleros reptaba en sentido ascendente un grueso gusano rojo.

—Mi visión comercial no me ha fallado —continuó el emprendedor industrial contoneando el abdomen vanidosamente—. A diario aumentan las industrias que requieren el empleo de materia prima folklórica: compañías teatrales, cabarets, películas, funciones benéficas, fiestas en honor de congresos internacionales... España, pícara, ha decidido renunciar a sus costosas aventuras imperiales y andaluzarse por las buenas para atraer al turismo. Y no es ella la que embarca en sus carabelas y va a traer el oro de ultramar, sino que guiña un ojo desde lejos para que los propios indígenas ultramarinos embarquen en sus paquebotes y vengán a traérselo. Yo, en cierto modo, hago una labor patriótica con mi academia fabricando anzuelos para la pesca de carteras forasteras.

—¿Y se llama usted de verdad Macareno Josú? —pregunté decepcionada.

—¡Qué disparate! —rió el bobote con sorna—. ¿Tengo yo acaso cara de Macareno? Pero hay que echarle al asunto un poco de teatro, *criatureta*. ¿Cree usted que la gente vendría a la academia folklórica de don Tobías Capfurriel, que es como me llamo en realidad?

—No, claro —reconocí.

—Sería injusto reprocharme este embuste, porque todo el folklore andaluz que

anda suelto por ahí, está basado en la mentira. Es cierto que yo no nací en Andalucía, pero tampoco nacieron allá ninguna de mis alumnas. Todas proceden de regiones alejadas de lo que podríamos llamar «el área del fandango». Unas son vascas, otras aragonesas, muchas gallegas... Y aunque usted no lo crea, hasta tengo algunas pamplónicas. De Andalucía no hay ninguna matriculada. Y se explica perfectamente porque las mejores flamencas de España son las del Norte. Las andaluzas auténticas detestan sus danzas típicas, debido a que sus mamás las obligan a bailarlas desde que tienen uso de razón. Y al cumplir los veinte años, las mocitas suspiran por bailar el tango, la rumba y el fox-trot. ¡Figúrese si las pobres estarán saturadas de folklore desde que nacen, que hasta los cucharones de los fórceps en Sevilla tienen forma de castañuelas!

Después de esta explicación, don Macareno me preguntó qué diablos quería de él. Al decirle que me enviaba Chula Mambí para formar parte del *ballet* que debutaría en «El Infierno», consultó un fichero:

—Vaya a la sala número siete y preséntese al bailarín de guardia —me ordenó.

Así lo hice y pronto estuve en una pequeña habitación interior de paredes escandalosamente desnudas, frente a un pupitre ante el cual se sentaba el bailarín de guardia.

—Llega a tiempo de pasar lista —dijo lacónico—. Ahora precisamente van a dar su clase de teórica las chicas de Chula Mambí. Preséntese en la sala número doce al profesor de andaluz.

No me gustó el aire cuartelero que tenía todo aquello, aunque reconozco que la organización militar es la única que da resultado en España para que las cosas no se desorganicen.

Acudí dócilmente a la sala número doce y me senté en un banco junto a otras cinco muchachas que esperaban la llegada del maestro. Eran mis futuras compañeras, junto a las cuales evolucionaría bajo la cálida ducha de un foco en la pista cabaretera. Intercambiamos una mirada de mutua curiosidad, pero no pudimos analizarnos a fondo porque en aquel momento entró en la sala el profesor de andaluz.

Me sorprendió que fuese un hombre de ojos azules ancho de espaldas y rubio de pelos, pero después supe que era una eminencia en su asignatura. No me extraña en absoluto, porque había nacido en Alemania y estudiado a fondo el andaluz en la Universidad de Heidelberg. (Sabido es que en las universidades alemanas se aprenden las cosas mejor que en ninguna parte, y que un diploma expedido por cualquiera de ellas da al graduado categoría de sabio en su especialidad). Es posible que a Herr Karl Grossenkopf, como se llamaba nuestro profesor de andaluz, se le notara un poco su acento berlinés al pronunciar las letrillas del cante jondo; pero suplía esta deficiencia con un conocimiento tan profundo de la jerga flamenca, que daba vértigo asomarse a su sabiduría.

—¡Luisa Fernández! —dijo Herr Karl empezando a pasar la lista que había sacado del bolsillo.

—Servidora —respondió la nombrada.

El profesor levantó la vista del papel y la reprendió con dureza:

—No diga «servidora». Ya sé que todas ustedes han sido chicas de servir, pero deben olvidar su pasada servidumbre en beneficio de su porvenir artístico. Diga «presente», que es más elegante.

Nombró después a las otras cuatro, y por último a mí, que contesté con el «presente» más tímido de todos.

—El objeto de esta primera lección —continuó sentándose para empezar la clase— es familiarizarlas con algunas palabras y frases andaluzas que deben emplear asiduamente en el curso de sus danzas. Porque el flamenco es un baile total que no se baila sólo con los pies, sino también con las manos, con los ojos y hasta con la garganta. Y como ninguna de ustedes es oriunda de Despeñaperros para abajo, es conveniente que aprendan ante todo estos *slogans* imprescindibles y el modo de intercalarlos en el transcurso de sus contoneos.

Herr Karl, antes de continuar, emitió un carraspeo que sonó a palabra de su lengua vernácula.

—Empezaremos —dijo después— por los que podríamos llamar «gritos de guerra», que sirven para que la «bailaora» se enardezca a sí misma y no decaiga en sus fatigosas zapatetas. Estos gritos son cuatro. A saber: «ole», «ele», «arsa» y «ojú». El «ole» es el único admitido por los eruditos, por lo cual puede usarse a discreción con absoluta confianza. No conviene, sin embargo, abusar del «ole», pues, por ser el tópico español más divulgado en el extranjero, el público puede pensar que se trata de una bailarina anglosajona que pretende colarse de matute. El «ele» en cambio, aunque menos ortodoxo, es más auténticamente «jondo». Lo inventó la raza calé para sustituir al pobre «ole», tan desgastado por el uso excesivo que han hecho de él en el mundo entero. Un «ele» bien dicho subrayando el remolino de la falda, hace pasar por andaluza hasta a una ovetense.

Y recorriendo con la vista el banco en que estábamos sentadas, añadió:

—A ver, señorita Rosa: tenga la bondad de decir un «ele» con la debida entonación.

Me levanté muy azorada recordando mis tiempos escolares, y acumulé un poco de aire entre pecho y espalda para gritar:

—¡Ele!

—¡*Nein, nein!* —se enfadó el alemán. Y soltó una palabrota en su lengua, con tantas «kas» y tantas «jotas» que sonó a frenazo brusco de camión.

—¡Ele! —repetí maquinalmente, variando el tono pero no la intensidad.

—¡No, karramba! —dijo, olvidando suavizar su acento teutón—. Dice usted

«¡jele!» con la misma rudeza que si dijera «¡arre!». ¿Cree acaso que el fandango es un borrico? Siéntese. A ver si usted lo dice mejor, señorita Petra.

Pero Petra lo dijo peor que yo porque, pese a que era muy monilla y muy chatunga, había servido de cocinera. Y en la clasificación del servicio doméstico las cocineras son menos finolis que las doncellas porque andan siempre entre filetes crudos, tripas de pescado, y otros elementos neorrealistas que endurecen la sensibilidad.

Fracasada Petra, el profesor requirió a una tal Fuencisla para que lanzara el típico gritito. Y el «¡jele!» de la tal Fuencisla fue perfecto, debido a que la muy ladina había servido en una casa con aparato de radio conectado de la mañana a la noche, gracias a lo cual asimiló hasta los más tenues matices folklóricos de la discoteca de la emisora. Su acierto le valió que el profesor le pusiera la nota máxima: diez lunares (sistema de puntuación que se sigue en todas las clases de arte flamenco, por ser el lunar la unidad métrica andaluza de uso más corriente en las blusas y en las faldas).

—Estudiado el «ole» y su derivado el «ele» —continuó Herr Grossenkopf—, pasemos ahora al «arsa» y al «ojú». El «¡arsa!», deformación del verbo alzar, debe decirse coincidiendo con un salto. Si una bailadora dijese «arsa» sin «arsarse», o en el momento de agacharse, se expondría a la chacota general y sería acusada de suplantación de regionalidad. El «¡arsa!», pues, es un arma de dos filos que debe emplearse con la debida cautela, y mi consejo es que se abstengan de utilizarlo las novatas hasta no adquirir la necesaria desenvoltura en las tablas. En cuanto al «¡ojú!», como el «ole», puede espolvorearse como «confetti» durante toda la danza, ya que no implica, como el «¡arsa!», una acción determinada.

—¿Qué quiere decir «ojú»? —se atrevió a preguntar Fuencisla, curiosa como todas las doncellas.

Y el profesor se lo explicó:

—«¡Ojú!» es el orujo que ha quedado después de triturar entre los dientes andaluces la hermosa aceituna del «¡Jesús!» castellano. Y ahora, señoritas, harán ustedes algunos ejercicios prácticos con estas cuatro exclamaciones, que son el «sésamo» que les abrirá las doradas puertas del éxito folklórico. Mañana les daré la lección de fraseología, en la que aprenderán a decir «¡Ole tu madre!», «¡No sea malage!» y «¡Viva la sandunga!».

Más de una hora nos tuvo aquel berzotas germano practicando los cuatro gritos básicos del baile calé, hasta que los dominamos por completo. Incluso la llamada Petra, que dio muestras de ser la más obtusa de todas, llegó a lanzar unos «¡arsas!» que ponían de pie a un muerto. Yo obtuve una calificación de nueve lunares por un «¡ojú!» que le puso al profesor la carne de gallina. La nota peor le correspondió a Luisa Fernández, debido a que la pobre estaba acatarrada; y en lugar de decir «¡ojú!», le entraron ganas de estornudar y dijo «¡atchís!».

Terminada la clase, Herr Karl se puso en pie y mandó romper filas.

Eran ya las nueve de la noche y las alumnas de todas las aulas salían en tropel de la academia. Ya en la calle, me rodearon con curiosidad mis nuevas compañeras. Observé que éramos todas de una estatura muy aproximada, fenómeno que no suele ocurrir en ningún *ballet* español. Se notaba que Chula Mambí entendía su negocio.

—¿Dónde vives? —me preguntaron.

—No lo he decidido aún. Pensaba buscarme una pensión...

—Vente con nosotras. En casa hay sitio para ti. Tenemos alquiladas dos habitaciones con derecho a bocina: el piso está encima de un garaje, y se oyen a todas horas las bocinas de los automóviles.

Y las seis, cogidas del brazo, echamos a andar hacia mi nuevo domicilio. La noche era sofocante. El vecindario de los barrios populares se había instalado en balcones y ventanas, esperando una ráfaga de aire serrano anunciada en el boletín meteorológico. También los botijos, con el pitorro a modo de nariz respingona, asomaban sus cabezas calvas en todos los huecos. La gente dialogaba de balcón a balcón, intercambiando noticias sobre sus niños y sus enfermedades.

Al pasar por una callejuela estrecha y bulliciosa, me cayeron encima algunas gotas. Extrañada ante el fenómeno, pregunté a las otras chicas:

—¿Llueve?

—No: escupen.

¡Inocentes pasatiempos de la gente sencilla, para entretener honestamente las veladas estivales!

PEDAZO XV

LAS HABITACIONES con derecho a bocina estaban, efectivamente, en el primer piso de un inmueble cuyos bajos se destinaban a garaje. Este derecho era bastante incómodo, pues el edificio, de reciente construcción, tenía las paredes y los techos muy delgados. Y en mitad de la noche, cuando salía algún vehículo del garaje, sus bocinazos nos despertaban a todas con la sensación de que se nos había colado un automóvil en la alcoba.

Fuera de este defecto, la casa tenía muchas ventajas: era muy soleada de diez a diez y cuarto de la mañana —cuando el sol cruzaba una fajita de terreno sin edificar que había enfrente—, tenía persianas enrollables, y estaba pintada por fuera con un amarillo tan chillón y repelente que en verano ahuyentaba a las moscas.

El inquilino del piso que subarrendó las dos habitaciones a nuestra república de bailarinas, era un pollo afeminado que tenía relaciones con un conde. La condesa, quisquillosa como todas las condesas, se oponía a estos amores de su cónyuge alegando que aquel pollo no tenía sangre azul. Pero eso sólo lo decía para disimular pues la muy tunante, lo que quería en realidad, era tener un nene con su marido para asegurarse su fortuna. Y con aquel pollo por medio, no había forma de echarle al conde la manta encima.

El pollo era guapo y pálido, con un cutis que calificaría de nacarado si no temiese la rechifla del lector. Nunca supe su nombre verdadero porque todo el mundo le llamaba Totó a secas. Su apellido era Alba, aunque siempre pensé que, dadas sus aficiones, le hubiera ido mejor apellidarse Crepúsculo.

Totó Alba vivía bien. El conde, no sólo le pagaba la renta del piso, sino que además se lo amuebló, con muy buen gusto por cierto. Y con el subarriendo de las dos habitaciones que ocupábamos nosotras, obtenía lo suficiente para sostener el severo régimen alimenticio que seguía con miras a no ponerse gordinflón. Logró, por lo tanto, vivir sin trabajar y se pasaba el día tumbado en un sofá dándose aire con un abanico de encaje. Antes de aprovechar tan provechosamente sus encantos personales, Totó había intentado ser escritor. Incluso publicó un libro que, según decía él mismo, era magnífico. Pero no logró vender ni un solo ejemplar porque tuvo el desacierto de ponerle un título muy poco comercial: «Tonto el que lo lea». Y los lectores, claro está, se negaron a leerlo. Quiso también colaborar en el Diccionario de la Lengua proponiendo a la Real Academia que aprobara la onomatopeya «¡tjuu, tjuu!» para escribir el sonido de la tos, basándose en que ya existía el «¡ejem, ejem!» que expresa gráficamente el carraspeo. Pero los académicos le mandaron a freír unas cosas que, a pesar de que figuran en el diccionario, suenan muy mal. Y Totó, desesperado por sus fracasos literarios, se lanzó a la mala vida para darse buena vida.

Tuvo también la suerte de que todas sus inquilinas, pese a nuestra nueva condición de artistas, procedíamos del servicio doméstico; con lo cual, sin el gasto de sostener una criada propia, le teníamos la casa entre las seis como los chorros de oro.

Desde el primer momento me llevé muy bien con todas mis colegas. Luisa era una rubiaja muy alegre, de piernas largas y pechos cortos. Había nacido en un caserío de Vizcaya y hablaba muy bien el vascuence, aunque no se lo decía a nadie por comprender que no era el dialecto más adecuado para una presunta «bailaora». Había servido últimamente en casa de una vieja, pero tuvo que marcharse porque la condenada no se decidía a morirle dejándole una manda en el testamento.

Fuencisla, en cambio, era morena y más exuberante. Se peinaba con el pelo muy estirado y un moño redondito en la coronilla, que daba a su cabeza el aspecto de uno de esos bollos llamados *brioche*.

—Tú —decíamos todas a Fuencisla— podrías pasar por andaluza a los ojos de un espectador imparcial.

—A los ojos, pero no a los oídos —replicaba ella con su cerrado acento coruñés, que esparcía a su alrededor un penetrante aroma a «botafumeiro».

Petra, la ex cocinera cuya cortedad mental tuve ocasión de calibrar en nuestra primera clase de la academia, era sin duda la menos modosita del grupo. Chatilla hasta la exageración, tenía lo que los ingleses llaman *sex-appeal* y nosotros, menos finos, llamamos «gancho». Y en el «gancho» de Petra se había enganchado más de uno. Sólo era un par de años mayor que las demás y, sin embargo, había vivido el doble. A mí me daba un poco de miedo su descaro, pues la creía capaz de hacer cualquier atrocidad sin sentir ningún remordimiento. Un día contó algunas de sus aventuras y al terminar nos dijo:

—Ahora tengo un viejo.

—¿Dónde? —pregunté sobresaltada, temiendo ingenuamente que lo tuviera descuartizado dentro de su maleta.

—En un pueblo que se llama Analfabeto de Abajo. Es el cacique de toda la comarca. Viene a Madrid de cuando en cuando para darme un achuchón.

Las dos restantes, en contraste con Petra, eran unas hermanas más buenas que el pan. Madrileñas como yo, su vida había sido tan exageradamente triste que daba risa oírla. Huérfanas de uno de esos albañiles que tienen la manía de caerse de un andamio y matarse tontamente, fueron recogidas por una tía trapera propietaria de un muladar muy mono en la carretera de Fuencarral. La tía vivía muy bien —los muladares sucios dejan mucho dinero limpio—, pero las pobres sobrinas tuvieron que criarse entre basuras como dos cerditas. Se llamaban Lola y Pepa porque sus padres no tenían mucha imaginación, y se educaron en media hoja de periódico atrasado encontrada entre las inmundicias. Pobres pero honestas, como las heroínas de folletín. Lola y Pepa lloraron de lo lindo toda su infancia: donde ponían el ojo, ponían la

lágrima. Su tía, borracha por parte de padre adoptivo (el auténtico escurrió el bulto al saber que estaba en camino), pegaba a ambas para desahogar su temible furor alcohólico. Eran dos Cenicientas aunque mucho más mugrientas. Pero por sus venas que eran pocas y de escaso caudal sanguíneo, corría no sé por qué sangre de artista. Y en cuanto la trapera se fue al otro mundo amortajada en unos trapos, las sobrinas traspasaron el muladar a un laboratorio de productos químicos que lo necesitaba para sus manejos. (La ciencia moderna es tan lista, que aprovecha todas las porquerías para transformarlas otra vez en cosas ricas). Con el pico que obtuvieron por el traspaso se apuntaron en la Academia de don Macareno Josú, y allí fueron seleccionadas por Chula Mambí para su equipo del *show*. Lola, la mayor, era rubia y regordeta. Pepa, en cambio, era morena y no tenía más rasgo común con su hermana que el apellido. A todo el mundo le extrañaba que la menor se pareciese a la mayor como una gota de agua a otra de tinta; pero a mí no me extrañaba en absoluto, porque me parece natural que los hijos de un hombre que se pasa la vida gateando por los andamios y bebiendo en las tabernas sin aparecer por su casa, acaben pareciéndose a ese señor tan simpático que vive en el piso de arriba.

Éstas eran, a grandes rasgos, mis *partenaires* en aquella aventura artística que iba a variar el rumbo de mi vida. Con ellas, en lecciones sucesivas, el profesorado del dinámico catalán Tobías Capfurriel fue adiestrándome en los secretos del folklore.

Las primeras clases, a cargo de Herr Karl Grossenkopf, estuvieron dedicadas a darnos un barniz de andalucismo que disfrazara el recio acento de nuestras provincias de origen. Sobre estos cimientos, los especialistas en castañuelas, ritmo y movimiento, fueron edificando pacientemente un conjunto lleno de esas sutiles cualidades llamadas «grasia» y «tronío».

La etapa más dura de nuestro aprendizaje fue, sin duda, el manejo de las castañuelas. Todas esas valvas de madera con forma de marisco, tienen para una española dificultades análogas a las que debe de encontrar un chino para aprender a comer el arroz con palillos. Infundir vida a dos trocitos de madera muerta para que repiqueteen a velocidades casi supersónicas es, en miniatura, un auténtico milagro. Piensen ustedes que no son más que un par de astillas inanimadas, que se animan de pronto acelerando con su chasquido el de todos los corazones circundantes. No hay nada tan deprimente como coger por vez primera unas castañuelas. Se piensa que nunca, ni aun dedicándoles la vida entera, se logrará dar a aquellas maderucas el masaje adecuado para que empiecen a latir entre nuestros dedos. Y, sin embargo, poco a poco, poquísimo a poquísimo, las falangetas van aprendiendo a propinarles la ágil cosquilla que las hace temblar de risa. El primer día sólo se logra un torpe sonido:

«¡Taca!».

El segundo, el «taca» previo se transforma en un balbuciente «tacatá», que en

ejercicios sucesivos va haciéndose más nítido y veloz. Poco a poco, también, disminuye el esfuerzo que ha de hacerse al principio para impulsar los ruidosos chismecitos. Llega un momento, al fin, en que las castañuelas dan la sensación de que brincan solas en nuestras manos, como almejas vivas recién sacadas del mar.

Cuando nuestro sexteto consiguió este dominio, a costa de mil pellizcos y mordiscos que las castañuelas nos dieron en las manos, pasamos sin demora al cursillo de Cadencia y Contoneo. Allí, a las órdenes de una profesora gaditana delgada como un junco, aprendimos las primeras contorsiones de la danza flamenca.

—¡No estéis tan rígidas! —chillaba la profesora—. Para bailar bien, hay que descuajeringarse la cintura. ¡A ver, Rosita! ¡Descuajeringuese usted un poco más, no sea *malage*!

Volvíamos a casa cansadísimas, con agujas clavadas en todos los músculos, y nos tumbábamos en la cama a descansar, con los pies descalzos y las blusas desabrochadas.

—¡Uf! —decía Fuencisla, jadeante—. ¡Jolines con el arte!

—Ya, ya —coreaba Luisa—. Me quedaba menos descuajeringada cuando tenía que dar cera a todo el piso de mis señoritos.

Lola y Pepa, modositas, sudaban sin ruido en un rincón. Entraba entonces en nuestras habitaciones Totó Alba con una jarra y un delantalito, y nos decía haciendo mohines:

—¡Naranjadita fresca para mis nenas!

Y nos iba dando un vaso a cada una, que bebíamos delante de él sin molestarnos en abrocharnos las blusas.

—¡Bebed de prisa —nos acuciaba—, que mi conde llegará en seguida y aún tengo una ceja sin depilar!

Cuando Totó se iba a depilarse su ceja, tomábamos unos bocadillos comprados en la taberna de enfrente y nos dormíamos como si nos hubieran dado un garrotazo en la nuca.

Así, entre clases y fatigas, fue acercándose la fecha de apertura del «Infierno». Chula Mambí fue un par de veces a la Academia del señor Josú a comprobar los progresos que hacíamos en la versión folklórica del arte de Terpsícore. Y después de vernos evolucionar en unas rudimentarias «sevillanas», nos dedicó estas afectuosas frases de elogio:

—Bailáis con el mismo salero que una manada de rinocerontes. Pero tendréis éxito porque todo lo que os sobra de torpeza, se compensará con lo que os falte de vestuario.

Y como del dicho al hecho no hay más que un trecho, a los pocos días llegó a nuestra casa un paquetito para cada una, muy bien envuelto, con un gran lazo tornasolado color de ladrillo. Los abrimos creyendo que serían unas cajitas de

pañuelos, pero vimos con cierto estupor que contenían lo que Chula llamó lujosamente nuestro «vestuario». Cada traje, que cabía holgadamente en una bolsa de patatas fritas, estaba compuesto por dos piezas de tela con lunares destinadas a cubrir las zonas anatómicas más estratégicas.

—No creáis que tendremos que salir a la pista tan descotadas y descocadas — ironizó Petra—, os darán, además, una peineta muy grande para el pelo. Y las peinetas abrigan mucho: son biombos occipitales que preservan de los vientos guadarrameños.

Nos probamos nuestra ropa sintética y la verdad es que estábamos hechas unas preciosidades. Nuestra juventud, velada a trechos solamente por aquella tacaña vestimenta, lucía con un esplendor que ofuscaba los ojos más rebeldes.

En la semana que precedió a la inauguración, don Macareno nos sometió a una agotadora jornada intensiva para poner a punto los tres números con los cuales íbamos a debutar: unas «sevillanas» muy alborotadas que era necesario bailar a paso gimnástico echando el resto, un pasodoble torero titulado «Estocada hasta el puño entre ambos omóplatos del bicho», y unos fandangos cordobeses para tenerlos en reserva por si el público se entusiasmaba tanto con nuestra actuación que nos exigía una propina; pero nunca cayó esa breva, y la ración de fandangos se pudrió en nuestra memoria sin haberse asomado a nuestros pies.

Llegó, por fin, la fecha de abrir el antro y nos pasamos el día encerradas en él ensayando con la orquesta. Menos Petra, a quien la frescura de su carácter daba mucho aplomo, todas estábamos muy nerviosas y nos equivocamos veinte veces. Chula Mambí, que presenciaba el ensayo, nos aconsejaba maternalmente que no fuéramos tan bestias y tuviésemos serenidad. La orquesta, formada por unos cuantos brasileños cazados a lazo llamada presuntuosamente «Los pájaros locos del Amazonas», tampoco daba pie con nota. Algunos de sus componentes eran casi analfabetos musicales y leían las notas en el papel pautado trabajosamente, como los niños las letras en la cartilla:

—El «do» con el «fa», «do-fa»; el «mi» con el «sol», «mi-sol»...

El más experto de todos era el del bombo, pues lo había tocado varios años en la Orquesta Sinfónica de Filadelfia. Y sus bombazos tenían una riqueza melódica tan grande, que sonaban a delicados arpeggios de violín.

—¡Vamos, niñas! —aullaba la Mambí—. ¡No dormirse! ¡Repetid otra vez el pasodoble! ¡Venga, duro! ¡Esta noche hay que triunfar!...

PEDAZO XVI

PESE A AQUEL ENSAYO catastrófico, por la noche salió todo a pedir de boca. A las once abrió sus puertas «El Infierno», y a las once y media doscientos pecadores de ambos sexos bebían en sus mesas como esponjas. «Los pájaros locos del Amazonas» soplaban en sus instrumentos sin dar tregua a sus carrillos, mientras las parejas se agitaban con los ritmos tropicales hasta sentir una temperatura de trópico. Los camareros corrían de mesa en mesa sirviendo licores adquiridos a granel y disfrazados después en botellas de prosapia. Todos ellos vestían uniformes de un rojo infernal, y llevaban en la frente un par de cuernecillos sujetos con un barboquejo para acentuar su aspecto de diablos.

Nosotras, acuarteladas en un camarín situado junto al despacho de la dirección, esperábamos temblorosas el momento de actuar. Lola y Pepa, modosas y devotas, se habían puesto sendos escapularios de San Onofre, para que las ayudara a salir airoosas de aquel duro trance. Y nos costó mucho trabajo convencerlas de que se los quitaran, pues a las demás nos parecía una irreverencia salir a bailar un pasodoble con un santo brincando en el escote.

—Además —dije yo a las hermanas para reforzar nuestra argumentación—, no creo que San Onofre pueda ayudarnos a bailar mejor. Nunca oí que San Onofre tuviera fama de buen bailarín. El único que la tiene es San Vito, que hasta tiene un baile que se llama como él.

Esto las convenció. Y se quitaron los escapularios, con lo cual San Onofre debió de suspirar aliviado en la corte celestial.

A las doce y media en punto, «Los pájaros locos» hicieron un alto en sus locuras musicales; y su director rogó al público que desalojara la pista para iniciar el programa de atracciones.

—¡Preparadas! —ordenó la Mambí abriendo la puerta de nuestro camarín.

—Nuestro formidable *ballet* de arte puro flamenco —anunció el director de orquesta ante el micrófono— interpretará ante ustedes el pasodoble «Estocada hasta el puño entre ambos omóplatos del bicho».

—¡Tararí! —dijo la corneta invitándonos a salir de nuestro toril, mientras los otros instrumentos atacaban los primeros compases de la pieza.

En fila india y con cara de procesión, aparecimos en el ruedo.

—¡Buen ganado! —comentó la afición, clavándonos los pares de banderillas de sus ojos en todo lo alto y en todo lo bajo.

Cegadas por los focos como conejos, empezamos a desarrollar toda la ciencia que aprendimos del señor Josú. Pero los nervios nos jugaron una mala pasada y el pasodoble estuvo a punto de acabar como el rosario de la aurora. Fuencisla trabucó

una de las evoluciones fijadas en los ensayos y allí empezó el desbarajuste. Roto el equilibrio coreográfico, todas empezamos a cometer errores: en un viraje rápido me di de narices con Luisa mientras Petra, zancadilleada sin querer por Lola, casi metió la cabeza en el bombo de la orquesta. Pepa, por su parte, al mover a destiempo una mano, le dio tal guantazo a Fuencisla que le puso una oreja como una ensaimada. Y en el marchoso paseílo final, por no llevar el paso como es debido, nos dimos tal cantidad de puntapiés unas a otras, que acabamos con las espinillas despellejadas. Pero el público, que ya estaba un poco piripi a consecuencia de los brebajes, consideró aquellos tropiezos como ingeniosos *gags* humorísticos intercalados en la coreografía, y aplaudió hasta ponerse las manos al rojo.

Las «sevillanas» que bailamos a continuación resultaron mucho mejor de movimientos, aunque bastante más sosas de espíritu. A pesar de nuestro concienzudo aprendizaje de «oles», «arsas» y «ojús», la preocupación de no equivocar los pasos y piruetas nos hizo enmudecer. Pero como el frenesí del baile daba frecuentes ocasiones de lucimiento a nuestros organismos, esto puso el necesario picante a nuestra sosería ayudándonos a conseguir un éxito rotundo.

Hicimos mutis jadeantes y felices, mientras el director de orquesta anunciaba la actuación de Chula Mambí, «la tiburona del Caribe». Las luces se apagaron en medio de la mayor expectación y «Los pájaros locos» iniciaron un ritmo electrizante a base de maracas, bongós, cencerros y otra cacharrería. Abriéndose paso entre aquella barahúnda y bañada por un chorro de luz color de mamey, irrumpió Chula en la pista. Su negrura, abillantada por una capa de manteca, hacía sentirse paliducha y enfermiza a toda la raza blanca. Su cuerpo, terso y duro, parecía —como se dice siempre de los negros— la estatua de un ídolo tallado en ébano. Vestía —es un decir— una faja abdominal de lentejuelas y un trocito del mismo material donde el escote pierde su honesto nombre.

—¡Trombolele bulungú! —cantó ella, imprimiendo a sus caderas una rotación.

—¡Trombolele bulungú! —corearon los músicos reforzando el estruendo de todos sus cacharros.

—¡Bonga lúa, bonga lúa! —añadió ella, pues la letra de aquella danza africana estaba escrita en dialecto congolés.

Jamás se vio un manojito de músculos y huesos, empaquetados en piel, agitándose con más sabiduría para llamar la atención de los mirones. Hasta los parroquianos más calvos y panzudos, sacados de quicio, comenzaron a mover sus hombros en las sillas al compás de la música. Y cuando terminó aquella rumba salvaje, Chula no cosechó aplausos, sino rugidos.

Terminado el *show* y cuando nos disponíamos a dejar el local vestidas de personas decentes, la Mambí nos cortó el paso a la puerta del camarín.

—¿Adónde vais, mijitas? Aún os falta la parte más importante de vuestra

actuación: alternar con la clientela.

Nos quedamos cohibidas al oír aquello, por ser novatas que desconocíamos los reglamentos que rigen las leyes cabareteras. Pero, tras un breve conciliábulo, acordamos obedecer a nuestra patrona para conservar la colocación. Todo sueldo de cabaret, como sabe hasta el lector más pacato, lleva anexo el tácito deber de alternar. La misión de la alternadora consiste en conseguir que el sujeto alternado haga un abundante consumo de bebidas, incrementando así los ingresos del local. Por esta labor de provocar la sed mediante la conversación, la alternadora recibe un tanto por ciento del importe de los licores consumidos por su iniciativa, suma nada desdeñable cuando tiene la suerte de topar con un borracho. El alternaje, además, no implica ninguna obligación de aceptar proposiciones deshonestas, quedando en libertad la alternadora de castigar con bofetadas al sujeto que se propase de palabra, o de mano.

Dispuestas a cumplir con nuestro deber, nos diseminamos por la sala desplegadas en guerrilla. Lola y Pepa temblaban como si fueran al martirio; y ni el propio San Onofre, cuyo escapulario se habían puesto al vestirse después del *show*, lograba tranquilizarlas.

—¿Quieres tomar una copa conmigo, chati? —me dijo un picarón de ojos azules y labios de grana.

Acepté con una tímida inclinación de cabeza y nos sentamos a una mesa alejada de la pista. No habían tocado aún nuestras popas el asiento de las sillas, y ya estaba un camarero sirviéndonos dos vasos de un licor rubio que pasaba por *whisky*, pero que en realidad era un *asky*.

—¿Cómo te llamas? —me preguntó el picarón a quemarropa, dispuesto a no desperdiciar ni una gota del carburante alcohólico que había encargado para poner en marcha la locuacidad.

—Rosita —dije lacónica, con voz sosaina.

—Y no eres feliz, ¿verdad? —añadió sin prestarme demasiada atención, como cumpliendo los trámites de un rito habitual.

—¿Por qué no voy a ser feliz? —me revolví extrañada—. ¡Claro que lo soy!

Me miró muy sorprendido y estuvo a punto de atragantarse con el sorbo de pócima que acababa de echarse al colete.

—¿Cómo? ¿Has dicho que eres feliz?

—Sí —tuve que insistir—. ¿Por qué le parece tan raro?

—Porque lo es. Y sólo hay dos explicaciones: o eres tonta de capirote, o no has alternado en tu vida.

—Es la primera vez que alterno —me apresuré a confesar para eludir la primera hipótesis.

—¡Ya decía yo! —exclamó el picarón poniéndose una mano en sus labios de grana para contener la risa—. Se nota que desconoces por completo la mecánica de

este trabajo. Pero te la explicaré con mucho gusto para que no pierdas el tiempo en lo sucesivo.

Hizo una pausa para escupir un trocito de hielo que se le coló en la boca al tomar un trago y continuó:

—La mayoría de los hombres que contratan en el cabaret los servicios de una alternadora, suelen ser solitarios desgraciados que sufrieron en la vida alguna grave contrariedad. Sólo así puede explicarse que se refugien en estos locales, donde matan muchas horas haciendo oposiciones a una cirrosis hepática. Don Juanes abandonados por todas las mujeres que los amaron, o monstruos de fealdad que jamás fueron amados por ninguna; maridos a los que sus esposas hicieron lidiables, o padres de familia que se quedaron sin ella en el naufragio de un paquebote... Infelices, en fin, sin buenos amigos ni grandes afectos, que adormecen sus penas con el estrépito de estas orquestas y el narcótico de estas bebidas. Y cuando la soledad se les hace insoportable, tratan de mitigarla alternando con alguna chica como tú. Y las chicas como tú, que conocen la psicología de su clientela, saben también que, para consolar a un desgraciado, el único sistema es contarle otra desgracia mucho mayor.

Nueva pausa, nuevo trago, y nueva carrerita del camarero para reponer la provisión de líquido en nuestros vasos.

—Esta certeza —siguieron diciendo los labios de grana— ha creado una pauta fija que regula todas las relaciones de este género. Hela aquí, para que te la aprendas y no hagas el ridículo: la parte contratante se informa, en primer lugar, del nombre de la parte contratada. Averiguado este dato, fundamental para sostener la conversación posterior, la parte contratante formula la pregunta básica: «¿Eres feliz?». La parte contratada, entonces, suspira compungida y dice que no. Y sin más preámbulo comienza a contar su vida a la parte contratante, que la escucha en silencio apurando varias consumiciones consecutivas. El secreto del negocio está en que la vida de la muchacha sea tan sumamente triste, que haga palidecer por comparación la tristeza que ensombrece a su interlocutor. Basta en general con que la muchacha se limite a contar su vida auténtica, sin añadir ni una coma, pues todas las que os dedicáis a esta profesión lo hacéis precisamente porque nunca habéis vivido como princesas. Pero si alguna por casualidad tuvo una vidita aburguesada y vulgar, debe teñir su relato con los tintes más sombríos. Debe conmover a la parte contratante hasta que el *whisky* que ingiere por vía oral le salga transformado en lágrimas por vía ocular. Debe convencerle, en fin, de que las tragedias que a él le arrastraron al cabaret son un puñadito de granos de anís comparadas con las suyas. Sólo así se sentirá aliviado y pagará la cuenta de bebidas tan contento, convencido de haber hecho una buena inversión.

El fulano entornó sus azules ojos, entreabrió sus labios de grana para consumir un nuevo *whisky*, y dijo para terminar:

—No alternes, por lo tanto, presumiendo de que eres feliz, porque nadie te invitará a una copa. Y ofenderás con tu felicidad a los pobres seres como yo, que venimos a estos sitios para consolarnos de lo mal que nos tratan en todos los demás. Porque también yo, a pesar de mis ojos azules y mis labios de grana, soy muy desgraciado. Te rogué que alternaras conmigo para que la cataplasma de tus penas aliviase el dolor de las mías.

—¿Qué le pasa a usted? —me creí en el deber de preguntarle.

—Que ya me he bebido siete *whiskies*, y no tengo dinero para pagarlos.

Y el picarón, aprovechando que no le miraba el camarero, se escabulló a gatas por debajo de las mesas hacia la puerta de la calle.

PEDAZO XVII

AUNQUE EL PUFO que me dejó aquel sujeto en mi primera noche de alternancia no me hizo ninguna gracia, siempre le agradecí su lección, que me fue de gran utilidad en lo sucesivo. Hice, según me indicó, un expresivo resumen de mi vida y obtuve con él en las mesas un éxito tan resonante como en la pista.

Casi todos los hombres con los cuales alterné, sollozaban como chiquillos al oír que fui amamantada por las cabras de una vaquería. Otros, de corazón menos sensible, resistían impasibles hasta el episodio de mi hemorragia nasal en el tren, cuando fui a presenciar la agonía del tío Cuacuá. Unos pocos solamente aguantaron sin sacar el pañuelo hasta el párrafo del bombazo que hizo trizas a mis padres. Dos o tres rebasaron este tope, aunque se rindieron sin condiciones cuando describí mi triste etapa de criada. Pero ni uno solo resistió mi autobiografía íntegra sin llegar al final llorando a moco tendido.

Esto me dio mucho prestigio entre los desgraciados solitarios que acudían al «Infierno» en busca de un antídoto para el veneno de sus pesares, por lo que mi compañía estaba solicitadísima.

—La que alterna de maravilla es Rosita —le recomendaba un triste a otro—. Tiene una vida tan trágica, que todas las tragedias de uno, a su lado, parecen Jauja.

Lola y Pepa, con su buen papá caído del andamio y las hermosas palizas que recibieron de su tía trapera, tenían éxito también. Aunque no tanto como yo, desde luego, porque eran muy tímidas y se azoraban como tontas al contar el despanzurramiento paterno. Y un despanzurramiento, para que impresione al consumidor, hay que servirlo adornado con un poco de salsa literaria.

Las otras tres, en cambio, se daban poca maña para alternar, porque sus vidas eran estúpidas y ellas carecían de imaginación para reforzarlas con apasionantes capítulos inventados. Petra, sin embargo, a pesar de su fracaso en el terreno de la cháchara retribuida, se las ingenió a su modo para obtener también beneficios extraordinarios de la clientela. Y sospecho que su modo no debía de ser muy formal, pues llegaba siempre a casa cuando ya era de día. Unos meses después, además, se compró un diamante como el culo de un vaso, mejorando lo presente.

A fuerza de alternar todas las noches fui conociendo a una serie de tipos que me hacían mucho gasto subyugados por mi conversación.

Uno de los más asiduos durante las primeras semanas fue Adolfo de Lis, curioso muchacho de cuello largo y nuez inquieta. Su familia, aristocrática desde los tiempos en que Sancho el Fuerte era aún debilucho, le había dejado una gran fortuna no sólo en tierras, sino también en aguas: los famosos manantiales de Morondo, tan buenos para el bazo y para el flato, eran suyos. Y en sus tierras, que ocupaban un gran trozo

de mapa extremeño, crecía desde el ubérrimo espárrago al canijo perejil.

Pero Adolfo no era feliz. Aparte de su fealdad física, comparable a la del menos agraciado de todos los batracios, su dinero le hizo perder la ilusión por todas las cosas. Desde niño satisfizo siempre sus más costosos caprichos, y llegó a la juventud aburrido de cuantos placeres puede ofrecer el mundo a una cartera bien provista. Se aburría como un camello. Peor aún, porque los camellos tienen la diversión de llevar a costas esas jorobas tan graciosas; y él no. Estaba de vuelta de todo, con las mandíbulas desencajadas de tanto bostezar. Iba por eso al «Infierno» y consumía grandes cantidades de falso *whisky*, que pagaba con largueza. Por aburrimiento también fue invitando una por una a las chicas del *ballet* para que alternáramos con él. Y mi historia le gustó. Durante varias noches me hizo sentarme a su mesa, rogándome que le repitiera algún pasaje de mi vida que le divertía especialmente.

—Cuéntame otra vez tu nacimiento en esa alcoba, compartida por tus padres con el guarda nocturno de los Almacenes Popelín —me decía entornando los párpados—. Repíteme tu aventura con el chófer, frustrada por la agonía de la alcahueta...

Yo le obedecía automáticamente, lo mismo que uno de esos organillos que, echándoles una moneda por la ranura, tocan la pieza deseada. Y al terminar yo mi rollo, empezaba él el suyo. Se aburría tan a fondo, que se dedicó a estudiar el aburrimiento para entretenerse. Y llegó a ser la persona que más entendía de aburrimiento en toda Europa. En cualquier país del mundo menos indiferente que el nuestro a la investigación, le hubieran nombrado catedrático de Aburrimiento en una universidad. Sabía de esta materia tanto como un ictiólogo puede saber de una sardina. Y aplicó su ciencia a fabricar una teoría, que me soltaba invariablemente a la cuarta copa:

—El aburrimiento es una parálisis progresiva que ataca al hombre saciado de todas las emociones que la vida puede ofrecer —empezaba Adolfo de Lis mientras el camarero le servía la quinta copa—. Su síntoma inicial es un deseo invencible de abrir la boca. Ni el bozal más resistente sería capaz de contener estos bostezos enfermizos. La infección se propaga pronto al resto del organismo atacado, y la víctima cae en un letargo muy parecido a la muerte. Tan parecido que, si no fuera porque ronca como una locomotora, parecería un muerto de verdad. Y los muertos de verdad, como tú sabes, no roncan casi nunca. El bacilo del aburrimiento, que muchos seres humanos ya padecemos, se extiende como una epidemia por todas partes. Ni el cólera, que pone furiosa a la gente; ni la peste, que huele tan mal; ni siquiera los granos, que pican tanto, amenazaron tan seriamente a la Humanidad como el nuevo azote del Aburrimiento. Al lado de este azote, todas las plagas anteriores sólo fueron azotitos.

Y Adolfo de Lis, para reforzar su tesis, me daba unos azotitos en la cadera antes de proseguir:

—Si se hubiera hecho una estadística del aumento incesante de esta enfermedad, hace tiempo que la línea indicadora se habría salido por encima del papel. Pero los sabios, tan distraídos como siempre, no hacen nada para detener su progresión. Siguen buscando pequeños remedios para prolongar la vida del hombre, cuando urge que busquen el gran remedio que prolongue la vida del mundo. Porque si esto sigue así, y siento tener que darte un disgusto, el mundo se acabará muy pronto.

—¿Tú crees, muñeco? —le decía yo abriendo mucho los ojos, para disimular que a mí también me estaban entrando ganas de abrir la boca.

—Basta mirar a nuestro alrededor para comprender que estamos presenciando los últimos metros de la película mundial, y que no tardaremos en leer en la pantalla la palabra «Fin».

—¡Qué horror, chico! —decía yo, poniéndome un dedo ensalivado en la media para detener la carrera de un punto—. Invítame a otro *whisky* para que se me pase el susto.

—Te aseguro que es verdad —continuaba el aristócrata, inexorable—. Existen muchas versiones erróneas sobre la forma en que llegará el fin del mundo. Cada cual, haciéndose el tonto, imagina el procedimiento que más oportunidades le ofrece de salvarse. Unos, los más frioleros, opinan que caerá una lluvia de fuego muy calentita, que quizá no los abrase a ellos porque, como les gusta mucho el calor y lo resisten muy bien... Otros, defienden con entusiasmo el sistema de un nuevo Diluvio. (Los que saben nadar, claro). Algunos, los pobres especialmente, prefieren pensar que saltaremos todos en mil pedazos cuando reviente esa caldera que el planeta lleva dentro.

—¡Mírales qué ricos! —le interrumpía yo—. Como ellos no tienen nada que perder, que se vayan todos al demonio.

—Es una faena, desde luego —reconocía él—. Muchos ingenuos creen que el fin consistirá sencillamente en que se apague el sol. Y los muy pillines, para cuando llegue ese momento, han comprado muchas velas. Como si el mundo, tan habituado a los cortes de luz eléctrica, fuera a terminarse por un apagón más...

—Ya, ya.

—Un grupito de poetas y escritores, bastante cursis por cierto, sueñan con un final empalagoso estilo apoteosis de opereta, a base de querubines volando en escuadrilla y bandas angélicas tocando el clarín. Y antes de caer el telón, Adán y Eva, protagonistas del espectáculo, saldrán a escena para darse un besito en el hocico.

—¡Qué cursilada!

—Hay muchas versiones más, pero todas tan equivocadas como éstas. El fin del mundo, por desgracia, no será tan espectacular.

—¿Cómo será entonces? —decía yo fingiendo que me interesaba horrores su teoría, aunque la verdad es que no me importaba ni un pito de los más pequeños.

—El mundo, sencillamente, se irá muriendo poco a poco de aburrimiento. La Humanidad, aburrída de todo, perderá poco a poco el apetito de vivir. Y la gente, exprimidas sus diversiones hasta la última gota, se irá quedando dormida en las butacas de los espectáculos y en las aceras de las calles. Tan profundamente dormida, que nadie querrá volver a despertarse. Y la Tierra, impulsada por el aire de tanto bostezo, seguirá dando vueltas alrededor del Sol como una mula imbécil alrededor de una noria...

Nunca pasó de la palabra «noria», porque al llegar a ella estaba siempre borracho como una cuba de cinco hectólitros. Pagaba entonces una cuenta fabulosa —el camarero se aprovechaba de su embriaguez para añadirle un cero en beneficio propio—, y se iba dando tumbos a aburrirse a otra parte.

Perdonen ustedes que haya sido tan prolija al hablar de este sujeto, pero he querido transcribir su teoría con la mayor extensión y fidelidad para rendirle un homenaje póstumo. Porque Adolfo de Lis no tuvo paciencia para seguir observando los procesos del aburrimiento que, según él, acabará con la vida humana. Y como era un hombre no sólo rico, sino también elegante, supo salir del mundo con la máxima elegancia que recuerdan los anales del suicidio.

Una noche, a la hora de cenar, se sentó a la mesa y le dijo a su criado:

—Bautista, levántame la tapa de los sesos, y dime si están frescos.

El criado fue a la cocina, cogió la pistola de plata que se usa en las casas de postín para matar pollos y pavos, y regresó al comedor para cumplir la orden de su amo.

Al primer pistoletazo, la tapa que cubría los sesos de Adolfo se levantó. Y cuando estuvo levantada, Bautista se inclinó para examinar el contenido e informó respetuosamente:

—El señor puede estar tranquilo: sus sesos están fresquísimos.

Y volvió a cerrar la tapa, para que los sesos no se echaran a perder con el calor.

Así murió otro tonto que, por disfrutar demasiado de prisa de la vida, se le agotó pronto la diversión. Porque la vida, si me permiten ustedes que filosofe una pizca, es un pirulí que conviene chupar con lentitud para que nos dure el goce de su sabor. Si en vez de chuparlo lo masticamos vorazmente, comprobamos en plena juventud que sólo nos queda en la mano el insípido palitroque. (¡Menuda filosofía, jolín! Para una lerdá como yo no está mal, ¿verdad?).

* * *

Entre los fulanos finos con los cuales alterné en aquellos meses, debo destacar también a don Damián, caballero de pinta honorable que se gastó muy buenos duros invitándome a beber. Cuando empezó a frecuentar «El Infierno», pensamos que sería un viudo reciente, pues llevaba un traje negro que esparcía el tufo a tinte de «lutos en

veinticuatro horas». Se dan casos, aunque no muchos, de hombres que cuando enviudan se lanzan con desesperación a la bebida para olvidar (para olvidar los años de sufrimiento que pasaron junto a las pelmazas de sus esposas, supongo).

Don Damián me inspiró confianza desde el primer momento, porque creí ver en su ojal la cinta roja de la Legión de Honor. Luego resultó que la presunta cinta no era más que un trozo de pimiento morrón que le cayó en la solapa al comerse una paella. Pero, condecorado o sin condecorar, era un señor con cualidades físicas suficientes para infundir respeto a la chica más casquivana: tenía una nariz carnosa, con ambos orificios ensombrecidos por abundantes pelos negros y severos que se agitaban rítmicamente con la respiración. Una yugular de amplio diámetro, recia como una cañería, facilitaba el necesario riego sanguíneo a su voluminoso cerebro. Sus ojos, surcados por traviesas venillas rojas, tenían las necesarias dioptrías para justificar unos lentes livianos que, cuando estornudaba su dueño, salían volando a gran distancia como una mariposa. Menos mal que estornudaba poco; aunque alguna vez que lo hizo mientras yo alternaba con él, tuve que salir corriendo a cazar los dichosos lentes que, después de planear por toda la sala, se habían posado en la cabeza del mulato que tocaba el saxofón.

La tragedia que impulsó a don Damián a frecuentar el cabaret, según me fue contando en sesiones sucesivas, me conmovió. Pertenece este señor al grupo de casados formalísimos que tenían lo que la gente llama «un lío antiguo».

Este grupo está formado por cincuentones de buena posición, con rentas saneadas aunque no excesivas, de costumbres sedentarias y burguesas. Casi todos los caballeros en estas condiciones se casaron en su juventud por conveniencia, con señoritas de su misma clase, a las que también convenía casarse con hombres de apellido limpio y riñón bien cubierto. Eran bodas sin amor, precedidas de largos noviazgos con más números que besos. La estrategia matrimonial de entonces aconsejaba eliminar el corazón en esta clase de asociaciones, sustituyéndolo por la tabla de multiplicar. Parejas sin más lazo afectivo que el haber jugado juntos en la infancia, se casaban por unir dos fincas colindantes, o para cancelar un viejo pleito entre dos familias, o para eludir el pago de unos derechos reales demasiado costosos. Si los dos socios de la entidad «Vidaurreta y Compañía» tenían hijos, el primogénito de «Vidaurreta» se casaba con la primogénita de «Compañía» para consolidar la firma.

¡Cuántas bodas se hicieron para unir los paquetes, de acciones de dos familias y obtener la mayoría en el consejo de administración de una sociedad! ¡Cuántas jovencitas sacrificaron estoicamente el precinto de su virginidad para salvar a papi de una quiebra fraudulenta!

Los maridos y las esposas de esos «cócteles» conyugales, en los que se combinan fríamente intereses y apellidos, quedaban obligados a guardar las formas pero no los

fondos. La hipocresía, esa gran celestina de la vida social, se encargaba de cubrir las apariencias. Y bajo esta cubierta, inquieto y vivaracho como un reptil, el amor podía hacer cosquillas a los hipócritas. Porque mucha gente de entonces consideraba que «amor» y «hogar» eran dos polos de corriente opuesta que no se atrevían a unir por miedo a que diesen un chispazo catastrófico. Un chico de buena familia podía enamorarse locamente de cualquier muchachita Pérez, pero esto no era obstáculo para que se casara tan campante con una señorita Valdemosca. Se formaban así solidísimos triángulos, en los cuales la esposa era «la una» y la amiga «la otra». De este modo nacían aquellos «líos antiguos» de los maridos, que duraban muchas veces tanto como su propio matrimonio, y que por su misma antigüedad eran aceptados tácitamente hasta por las personas más puritanas. Incluso las propias esposas de los culpables, que aunque se hacían las tontas no se chupaban el dedo, soportaban aquella doble vida convencidas de que a ellas les correspondía la mejor parte. Y así se formaban duraderas *Petites ententes* que sólo la muerte era capaz de romper.

En esa situación estuvo don Damián toda su vida, desde que se casó en primeras nupcias con doña Carola y se lió en ningunas nupcias con doña Graciela.

Con doña Carola se casó por un quítame allá esas casas, pues él tenía varias hipotecadas hasta la chimenea y ella tenía el capitalito necesario para levantar las hipotecas. Con doña Graciela se lió en aquellas mismas fechas por eso que llaman amor, sentimiento sumamente contagioso contra el cual no están inmunizados ni los hombres más fríos y metódicos.

De este modo quedó equilibrada la balanza sentimental de don Damián con una doña en cada platillo: una dentro del hogar y otra fuera para amar. (Bonita aleluya).

Esta doble vida tenía el inconveniente de que le costaba a fin de mes la renta de dos pisos, pero él las pagaba con gusto porque era un hombre ordenado y su lema siempre fue: «Un sitio para cada doña, y cada doña en su sitio». Y se consideraba tan feliz con las dos, que jamás las engañó con una tercera.

A doña Graciela, según contaba, la instaló en un ático muy coquetón siguiendo la costumbre de la época. Porque los áticos, a los que se aplicaba entonces el calificativo de coquetones para paliar un poco sus incomodidades, se destinaban casi exclusivamente a albergar queridas de señores pudientes. Con esa idea fueron proyectados por los arquitectos, que aprovechan así los tejados de las casas construyendo en ellos niditos de amor.

El «doña» le venía a Graciela de un marido que tuvo en sus años mozos, pues ya era una treintona pasadita cuando inició su lío con don Damián. De su marido sólo le quedó una renta muy pequeña y unas ganas muy grandes de no volver a casarse. Hombre zafio y brutal, el único recuerdo que dejó a su pobre viuda fue la cicatriz imborrable de un mordisco en un pecho que por poco le cuesta el pezón.

Pasaron los años —diez primeros y quince después— y doña Graciela continuó

siendo el ángulo amoroso en el triángulo de la vida de don Damián. Las comadres de la vecindad, que al principio la criticaban con dureza, fueron ablandándose con el tiempo al ver que su idilio proseguía con una fidelidad que para sí hubieran querido muchos matrimonios.

—Es un lío muy formal —tuvieron que reconocer hasta las señoras de moral más estrecha.

Y empezaron a sentir simpatía en todo el barrio por aquella pareja de amantes ya maduros, que daban un ejemplo de mutua lealtad a más de una pareja con bendiciones, anillos y toda la pesca.

A don Damián, cuando subía por las tardes al piso de su amiga, los vecinos le saludaban en la escalera quitándose el sombrero, la gorra o lo que tuvieran en la cabeza.

—Muy buenas —le decían amablemente con una sonrisa cómplice. Y algunos, más confianzudos, añadían dándole una palmadita cariñosa—: A echar una canita al aire, ¿eh, pillastre?

—Aprende de doña Graciela —gritaba un marido a su esposa, frivolona—, no le ha hecho falta la coacción de una boda para respetar a don Damián. Y él puede andar con la frente muy alta, sin que se le enreden los cuernos en las lámparas.

Este afecto se extendió también al comercio de la barriada, y no era raro oír a los tenderos:

—Chico: sube estas ciruelas tan hermosas, de regalo, al lío de don Damián.

Todo el ramo de la alimentación reservaba los mejores bocados a doña Graciela, a la que llamaban cariñosamente «el lío de don Damián».

—He guardado este sesito de ternera para el lío de don Damián —decía el carnicero mostrando el seso temblón en sus manos ensangrentadas.

Las primeras cerezas que brotaban en los cestones de la frutería, eran también para doña Graciela. Y los primeros melones, que a ella le hacían recordar a su difunto marido.

Hasta que un día doña Graciela empezó a ponerse mustia. Y aunque los médicos la regaron con toda clase de medicamentos, se fue secando lentamente hasta morir del todo.

Aquel día, en señal de luto, las lavanderas de todo el barrio tendieron las sábanas a media asta.

El entierro fue muy triste. Cuando muere una esposa, todo son flores, cánticos y alegría. Cuando muere una amante, en cambio, ni una mísera violeta adorna su féretro; ni una sola lágrima humedece ningún párpado. Las esposas van al cementerio en bellísimas carrozas tiradas por seis caballos con gualdrapas y penachos. Las amantes van en furgonetas tiradas por seis cilindros mondos y lirondos.

Ni siquiera el propio don Damián pudo acompañar a doña Graciela hasta su

última morada, porque aquella tarde su mujer había sacado localidades para ver una función de mucha risa y tuvo que ir con ella. Y mientras él, en su butaca del teatro, tenía que reír forzosamente los chistes que estallaban en el escenario, su amiga leal iba sola hacia la sepultura bajo la lluvia, dando tumbos por caminos en un viejo «Chevrolet».

Así acabó uno de los líos más antiguos de Madrid. Y don Damián, fiel a la memoria del que fue su gran amor, se vistió de luto desafiando la murmuración. Y frecuentaba «El Infierno» para mitigar su tristeza con libaciones dignas de un cosaco.

* * *

Aparte de estos dos peces gordos cuya sed insaciable me dejó una comisión saneadísima, alterné esporádicamente con otros individuos de menor cuantía.

Entre ellos recuerdo, sobre todo, a un mangante que decía llamarse Pancho Trol y ser oriundo de una república sudamericana llamada Chacachá. A mí no me sonaba el nombre de ese país ni a mis compañeras tampoco. Pero como América del Sur tiene fama de ser muy grande, y la única geografía que saben las chicas de cabaret es hasta dónde llega el área del dólar, pensé que Chacachá sería una nacioncita situada detrás de los Andes. Como los Andes son tan altos que lo tapan todo, no era extraño que la gente del lado de acá no viese una pequeña república del lado de allá.

Pancho, además, tenía o fingía tener un acento muy de aquella parte, a base de «zetas» que sonaban suaves como silbidos, rebozados en un soniquete musical que convertía cada frase en fragmento de letra de canción. Y como gastaba con esplendidez, lucía corbatas chillonas y llevaba los dedos cubiertos de sortijas hasta las uñas, su sudamericanismo nos pareció indudable. Incluso poseía un extenso vocabulario de los modismos empleados en Chacachá para sustituir muchas palabras castellanas.

—Lo que ustedes llaman «garbanzos» —me decía muy serio—, se llama en chacachense «peladuchos». Y a los automóviles les llamamos «garabitos». Y a las zapatillas, «chanfletas». Y el termosifón, «chupifrunga». Y a los políticos, «mentecatos».

—Eso también se lo llamamos aquí.

—Nuestra bebida nacional es un licor llamado «pica-pica», que se obtiene destilando los frutos de un arbusto llamado «rasca-rasca». Y el plato típico de Chacachá es las «rupertas machuquinadas», que son lo que ustedes llaman patatas fritas.

Y así se pasaba horas enteras hablándome de su fantástica patria, como si estuviera empapado en nostalgia por no vivir en ella.

Varias veces me propuso recogerme al día siguiente en su garabito (coche), para

que fuéramos a comer juntos un cocido de peladuchos (garbanzos). Pero yo siempre le di chongolulas (calabazas), porque fuera de mis horas de trabajo no aceptaba invitaciones ni del potito (lucero del alba).

Hasta que una noche, cuando Pancho me estaba encandilando en «El Infierno» contándome cómo era el terraco (rancho) que tenía en Chacachá, se acercaron a nuestra mesa dos policías y lo trincaron (detuvieron). Pancho Trol cambió de color, intentó defenderse con una navaja que sacó del bolsillo, pero le bajaron los humos propinándole un discreto puñetazo en los dientes.

Supimos entonces que aquel sujeto no se llamaba Pancho Trol, sino Bernardo Fernández, alias el *Madamo*. Y que no era de Chacachá, sino del mismísimo Logroño. Y que no era rubio, sino moreno teñido. Y que no era gordo, sino flaco almohadillado. El hampa, certera siempre en su nomenclatura, le puso el *Madamo* porque su trabajo consistía en seducir a esas turistas otoñales, e incluso invernales, que vienen a España con la secreta esperanza de cerrar su vida sentimental con una romántica aventura. Y el *Madamo*, que tenía un estómago a prueba de bomba, convertía en realidad esa esperanza en las madamas cobrándose después del sacrificio con todas las divisas y objetos de valor que podía pescar en el carruaje de sus víctimas.

Con el encierro del falso Pancho, yo sólo perdí un cliente bastante rumboso. Pero América del Sur perdió la hermosa e imaginaria república de Chacachá, en la que a las zapatillas se las llamaba «chanfletas» y a los políticos «mentecatos». Ella tuvo peor suerte.

* * *

No me faltaron tampoco extranjeros auténticos, aves de paso fugaces que volvían pronto a su país de origen enjaulados en el mismo «auto-pullman» que los trajo.

Uno de ellos fue un portugués de apellidos que nunca llegué a pronunciar correctamente, por ser su fonética y su ortografía muy complicadas: se apellidaba Gomes-Lopes. Era un hombre de mediana estatura, con orejas en forma de cucurucho que las hacían parecer dos altavoces. Había vivido muchos años en las colonias portuguesas de África, y de su larga estancia en aquellas tierras conservaba un orificio en el tabique nasal por el que pasaba en su juventud una gruesa anilla. Malas lenguas decían que de la cintura para abajo era completamente negro, pues aunque su padre fue un lisboeta tan blanco como la nieve, su madre había sido una indígena de Angola más morena que la antracita. Pero vaya usted a saber si era verdad; porque yo desde luego no fui a comprobarlo.

Gomes-Lopes sólo hablaba el portugués, pero yo le entendía a las mil maravillas. No pretendo con esto presumir de poliglota. Sé de sobra que no tiene ningún mérito.

Las palabras portuguesas en realidad, salvo raras excepciones, no son más que palabras españolas con alguna letra cambiada de sitio y adornadas con colgajos de acentos, tildes y cedillas. De este modo en Portugal se hacen la ilusión de tener un idioma propio, y se enorgullecen de él como si fuera tan difícil de aprender como el chino o el polaco.

Nada más conocer a Gomes-Lopes se apresuró a contarme que era descendiente directo del famoso navegante Eurico Gomes-Lopes, el descubridor de América.

—Pero ¿América no la descubrió Cristóbal Colón? —pregunté yo, que aunque a veces parezco tonta siempre tuve una culturita muy apañada.

—Oficialmente, sí —me explicó él—. Pero unos meses antes de ese viaje de Colón, que tuvo tan buena prensa, mi antepasado Eurico zarpó de la playa de Cascaes en el bergantín *Moito obrigado*. Lo malo fue que cuando estaba llegando a las costas americanas, recordó que al salir de su casa para embarcar se había dejado abierto el grifo de la cocina. Y tuvo que virar en redondo para volver corriendo a cerrarlo.

—¡Qué lástima!

—Al pobre le molestó bastante que se le chafara el descubrimiento. Pero ¿qué otra cosa podía hacer? No iba a dejar que se inundara toda la casa por el capricho de descubrir una América más o menos.

—No, claro —le di la razón, porque las copas las pagaba él y no quería irritarle.

* * *

Cuando el portugués se marchó a seguir presumiendo en su tierra, empalmé con un mejicano que acababa de aterrizar en España huyendo de su país. Bebía mucho y muy de prisa, para adormecer la grave preocupación que le torturaba. Pero las preocupaciones, en los temperamentos pesimistas, echan raíces imposibles de arrancar; y lo único que se consigue al sumergirlas en alcohol es que se conserven mucho mejor.

Y el pobre «manito» era de un pesimismo que ríanse ustedes de Baudelaire. Todas las chicas que trabajaban en el cabaret, pelandruscas inclusive, le llamaban familiarmente «Manito»; pero no porque fuera natural de Méjico, sino porque sólo tenía una mano. La izquierda la perdió tontamente en su infancia al meterla en una lata de galletas que estaba cerrando su mamá: el filo de la tapa se la cortó de cuajo. Y en el muñón que le quedó, para adornarlo un poco le colgaron un manojo de cascabeles que al mover el brazo sonaban alegremente, haciéndole olvidar la tristeza de su mutilación.

—¿Por qué has huido de tu patria? —le pregunté después de contarle mi vida como de costumbre—. ¿Hiciste una *revolutionsita* por tu cuenta y te salió mal?

—¡Qué tontería! —rechazó él—. Si todos los mejicanos que han hecho

revolutionsitas tuviesen que emigrar, hoy Méjico sería un desierto. Allá no dan importancia a esas cosas. La república concede a todos los ciudadanos «el derecho de *revolutionsitas*», y las autoridades se lo respetan. Por algo es un país libre. Cuando un particular hace una *revolutionsita* y le sale mal, el gobierno le pone una multa de cinco pesos y asunto concluido. Mi problema, por desgracia, es mucho más grave.

Y el «Manito» suspiró, al tiempo que agitaba en el aire su muñón de cascabeles para disipar la melancolía. Después, alternando las palabras con las libaciones, comenzó su larga historia:

—Mi tragedia, chamaquita, no tiene solución. Para librarme de ella tendría que volver a nacer en otro sitio. Porque yo, no se lo digas a nadie, nací en Jalisco. Y ése es el origen de toda mi desgracia.

»Jalisco, como ya sabrás por las canciones de nuestro folklore, se jacta de producir los machos más valientes de la raza humana. Allí se creó el aumentativo de “machote” para designar la hombría de sus varones, por parecerles insuficiente el calificativo de macho a secas.

»La valentía de los jalisqueños, en efecto, es digna de la fama mundial que ha conquistado. Los hay que sin digerir aún la última papilla, serían capaces de balear a sus nodrizas si mirasen a otro niño con buenos ojos. Son hombres de pocas palabras, pues casi todo se lo dicen por las bocas de sus revólveres. El puñetazo se considera entre ellos un lenguaje poco viril, y la simple bofetada síntoma evidente de afeminamiento. La vida, para el nacido en Jalisco, es una ficha que se juega todos los días en el tapete verde de sus campos. Se la juega cara a cara con nobleza, y cuando la pierde no se lamenta: se queda quieto, sin mover ni un músculo, hasta que se lo llevan al depósito de cadáveres.

»Reconozco, como verás, el valor de mis coterráneos, pero creo que la propaganda ha exagerado un poco la magnitud de sus proezas. Tanto las cifras de “baleadores” como las de “baleados”, son en realidad muy inferiores a las que figuran en la letra de nuestros “corridos”.

»Este tipo de canciones, que más que piezas musicales parecen partes oficiales de guerra, perjudica muchísimo a todos los habitantes masculinos de aquel estado. Impulsados por ellas, para no desmerecer a los oídos de la opinión mundial que las escucha, los machos jalisqueños no tienen más remedio que emular a los protagonistas de los cantables duplicando su coeficiente normal de proezas viriles. Por culpa del folklore, el charro que solía balear un promedio mensual de dos “pelaos”, tuvo que aumentar su cupo a tres y pico.

»Este aumento de víctimas creó pronto en la región una grave escasez de “pelaos” de todos los tamaños, hasta el punto de que unos meses después no había forma de encontrar un “pelao” ni para un apuro. Los pocos que quedaban eran disputadísimos, y cuando un charro lograba capturar alguno se lo llevaba a su rancho disfrazado de

viejita para poder balearlo a gusto en la intimidad.

»Aparte de la falta de “pelaos”, que las autoridades lograron atenuar importándolos de otras provincias a dos pesos el kilo, los “corridos” plantearon un conflicto más angustioso aún: el de englobar en sus loas al valor jalisco a toda la población civil del sexo fuerte, sin excepción de ninguna clase. Se decía con música en los cinco continentes que los hombres de Jalisco eran unos auténticos jabatos, que desafiaban a la muerte todos los días laborables de nueve de la mañana a doce de la noche. Y lo cierto es que en Jalisco, como en todas partes, existía un núcleo muy numeroso de varones pacíficos incapaces de balear ni a una hormiga. Trabajaban tranquilamente para ganarse esa vida que los demás despreciaban tanto, y jamás se metieron con nadie. Unos eran padres de familia, otros oficinistas, o estudiantes, o simples individuos que amaban a su prójimo y les parecía feo balearlo al buen tuntún por cualquier menudencia. No eran cobardes ni mucho menos, pero orientaron su existencia por cauces que discurrían mansamente y no necesitaban el arbitraje de un revólver para zanjar sus cuestiones.

»A este grupo pertenecía yo. Nacido en el mismo corazón del turbulento Jalisco, nunca sentí afición a la turbulencia que me rodeaba. Sin ser un gallina tampoco, procuré aprender antes a razonar que a disparar. El ambiente de mi casa influyó también en mi formación pacifista. Mi padre era propietario de un gran almacén de frutas y verduras, negocio más bien poco belicoso, pues aunque los tomates se usan también como proyectiles en muchas manifestaciones populares, nunca resultan tan dañinos como las píldoras de plomo.

»Mi madre, pese a la levantisca sangre india que heredó de sus antepasados, era una bondadosa mujer maciza y comodona que se pasaba el día en su mirador haciendo interminables labores de ganchillo. Ella, que en el fondo era una romántica, fomentó a escondidas mi espontánea afición a la poesía. A escondidas, sí, porque si llegan a enterarse los machotes locales me hubieran sacado los colores a culatazos. ¡Imagínate! ¡Un poeta oliendo flores en una Naturaleza que olía a pólvora!

»Crecí, por lo tanto, en un clima hostil a mi vocación. Tuve desde la pubertad una idea del amor más delicada que mis conciudadanos: creí sinceramente que a las mujeres hay que conquistarlas con dulzura, en vez de raptarlas a la grupa de un caballo, atadas con una cuerda. Por eso quizá no fui correspondido en mi juventud por ninguna de las recias jaliscoñas que amé, en secreto la mayoría de las veces, porque en cuanto abría la boca para recitarles un madrigal, se me echaban a reír en mis propias berbes.

—Querrás decir barbas —interrumpí al «Manito».

—No. Lo digo así deliberadamente, porque entonces era yo un jovencito imberbe. Y a los imberbes se les llama así por eso mismo: porque aún no tienen barbas, sino berbes nada más.

»Tan ingenuo fui en cuestiones amorosas, que a los quince años me enamoré de la “estrella”. Mary Pickford. Y cuando daban una película suya en el cine de mi barrio, me apostaba junto a una puertecilla trasera que conducía al cuarto de proyección con un ramo de violetas. Esperaba, en mi candor, que al terminar la película saldría ella en persona por aquella puerta y yo podría ofrecerle mis flores. Pero nunca salió, porque yo no sabía que las actrices de cine no son como las de teatro, y que al terminar su trabajo se enroscan como serpientes en unas cajas de latón donde duermen hasta el día siguiente.

»Aquella ingenuidad me duró un lustro más. Al cumplir los veinte, cuando todos mis condiscípulos eran ya unos machitos que habían tenido que ver con alguna mujer, yo sólo las había visto de lejos.

—¿Ni siquiera le habías puesto piso a una vicetiple? —pregunté al mejicano, perpleja.

—No: mi única aventura fue ponerle un estante de mi biblioteca a una poetisa, autora de diez libros de poemas.

»Los “corridos”, entonces, empezaron a agigantar la bravura de nuestros machos en general, incitándolos a cometer audacias más peliagudas que justificaran los piropos contenidos en los cánticos. El núcleo de habitantes pacíficos que continuaba viviendo sin meterse con nadie, empezó a ser considerado un afrentoso baldón para la comarca. Algunos miembros de esta comunidad inofensiva fueron agredidos premeditadamente con ánimo de irritar su amor propio e inducirlos a cometer una machada; pero ellos, sin perder la serenidad, repelieron la agresión llamando a un guardia. En vista de lo cual, las propias autoridades del distrito decidieron ponerles un ultimátum: o dejaban de desprestigiar con su mansedumbre el buen nombre de Jalisco comportándose en lo sucesivo como unos genuinos machotes, o tendrían que coger sus bártulos y marcharse a vivir a otra provincia.

»La noticia produjo gran consternación entre las familias tranquilas. Casi todas ellas carecían de medios económicos para hacer frente a una mudanza de esa envergadura. Por otra parte, era muy duro también tener que abandonar el suelo natal para iniciar una nueva vida lejos de allí, en un territorio desconocido y hostil. Sólo algunos oficinistas y estudiantes, que solicitaron y consiguieron el traslado de sus colocaciones y matrículas a otras ciudades, se marcharon de Jalisco para no volver jamás. Los otros, probos artesanos y comerciantes, tuvieron que quedarse. Y empezaron a sufrir.

»Daba lástima ver a aquella buena gente esforzándose con su mejor voluntad en ponerse a la altura de sus valerosos conciudadanos: padres de varios hijos, barrigones y calvos, salieron a la calle con un tremebundo revólver al cinto que les golpeaba dolorosamente al andar en el braguero de su hernia. Obsequiosos dependientes de tiendas elegantes, que vivieron hasta entonces sumergidos en el almíbar de la

cortesía, aprendieron a escupir por el colmillo y lanzaban despectivos salivazos a la clientela por encima del mostrador. Persuasivos y correctísimos agentes de seguros, sustituyeron las armas dialécticas con las cuales obtenían sus pólizas por relucientes armas blancas. Hombres bien educados, cuyas máximas palabrotas fueron siempre «pis» y «pun», pasaron por el doloroso aro y pronunciaron enrojeciendo hasta las orejas insultos tan soeces como «comecaca», «pendejo» y «chingadete». Los más tímidos, para acreditar su hombría con rapidez, salieron a la calle con una pistola cargada y la descargaron al azar sobre la multitud cerrando los ojos.

»¿Qué podía un poeta como yo en aquel Jalisco enloquecido por la bravuconería, en el cual el derramamiento de sangre en las calles tenía tan poca importancia como el derramamiento de vino en los manteles? Intenté como todos los demás amoldarme a la nueva situación; pero en cuanto me puse gallito con el primer machote, me paró los pies con una zancadilla que tuvo la virtud de enfriar para siempre mi conato de valor.

»En vista de lo cual emigré de mi tierra a toda prisa, llevándome por todo equipaje mis ojos llenos de lágrimas. Y desde entonces ando errante por el mundo, ocultando celosamente que soy de Jalisco para evitar que me metan en líos. Porque la difusión de nuestro folklore ha sido tan amplia, que hasta en los países más remotos, cuando se enteran del lugar de mi nacimiento, los matones locales me provocan con la esperanza de quedarse boquiabiertos admirando el temerario valor de un genuino macho jalisqueño. Y el resultado es que me pegan unas palizas que me mondan. Porque a mí, no lo puedo remediar, lo único que me sigue gustando es la poesía muy romanticona; y las noches de luna; y todas las cosas bellas y apacibles que les gustan a los hombres con sensibilidad que no tienen la desgracia de haber nacido en Jalisco.

* * *

Cuando el errabundo «Manito» se fue de España con su tragedia a cuestas, lo sentí de veras. Su historia, aunque algo larga, me había conmovido. Y durante algún tiempo, al oír en la calle el cascabeleo de alguna caballería, pensaba en él y en los alegres cascabeles que adornaban el muñón de su mano amputada.

A mi confesonario del «Infierno» fue a parar también, entre otros muchos individuos de distintas nacionalidades, un inglés de nombre tan complicado que ningún español podría pronunciarlo sin que se le hiciera un nudo en la garganta. Pero yo simplifiqué la cuestión poniéndole el mote de «Míster-Ensalada», que le iba a las mil maravillas porque tenía el pelo rojo como el tomate, un traje verde como la lechuga, y un mal carácter como el vinagre.

Lo del mal carácter me lo explico perfectamente, porque las autoridades inglesas habían cometido un atropello con él expulsándole de las Islas Británicas. El atropello

fue así:

«Míster Ensalada», en política, era un conservador con ideas revolucionarias. Esta ideología paradójica, sin precedentes en la historia de Inglaterra, daba a sus opiniones un sabor explosivo difícil de digerir por sus compatriotas. Por eso, cuando en la tribuna pública de Hyde Park expuso sobre un cajón vacío su tesis sobre la monarquía, un «policeman» le agarró por el fondillo de los pantalones y le puso de patitas en el continente.

Esta tesis, aunque nada sencilla de poner en práctica, no era tan insensata:

A «Míster Ensalada», que era un monárquico furibundo, le parecía muy bien la ley dinástica inglesa por la cual la persona real heredera del trono puede ser indistintamente varón o hembra.

—Una mujer puede gobernar un país tan mal como cualquier hombre —afirmó el míster en su perorata—. Pero cuando en la lotería del nacimiento nos toque reina en lugar del rey, deben tomarse las medidas necesarias para que las taras propias de su sexo no entorpezcan su serenidad de juicio en las altas tareas del gobierno. Durante los meses del embarazo concretamente, una reina no puede juzgar los grandes problemas de la nación con los mismos ojos que en estado normal. La psicología de las mujeres en estos trances sufre alteraciones profundas: los mareos, vómitos, aumento de volumen y demás fenómenos orgánicos propios del caso, provocan en su carácter depresiones, complejos y otras irregularidades. Ascots inexplicables y antojos absurdos, deforman su mentalidad habitual y la desequilibran. Estos trastornos, que en una señora particular sólo afectan al reducido círculo familiar que la rodea, constituye un serio peligro colectivo en el caso de una soberana. En tales circunstancias, por ejemplo, Su Graciosa Majestad puede negarse a refrendar con su firma un decreto de reforma agraria, basándose en que sintió aquella mañana una caprichosa y repentina aversión por los apios y los rábanos. Puede también ordenar al Almirantazgo que saque del mar todas las unidades de la escuadra, porque aquel día está muy mareada y siente náuseas al pensar en el balanceo de los acorazados sobre el agua. Los antojos suponen también un gravísimo riesgo para sus súbditos: si se le antoja una colonia de otra potencia por el simple hecho de que hay en ella unos papagayos preciosos, habrá que declarar una guerra sangrienta para apoderarse de la colonia y de los papagayos. Si se le antoja estar de mal humor, rechazará todas las peticiones de indulto que le dirijan los condenados a muerte alegando que ella se encuentra peor que ellos y se aguanta. En resumen: que durante los nueve meses que dure la gestación de cada principito, el país estará regido por un ser antojadizo, con bruscos e imprevisibles cambios de genio, capaz de cometer las mayores arbitrariedades.

»No pido —continuó el pelirrojo orador después de una pausa para ensalivarse los labios— la hibridación de nuestras reinas, pero sí que se estudie la posibilidad de

liberarlas de la enojosa función reproductora. Si ella ha de gobernar, los hijos debe tenerlos el rey consorte. Éste sería un reparto equitativo de responsabilidades. Mi sugestión puede parecer un poco *shoking* a primera vista, pero es la única justa para restablecer el equilibrio en el matrimonio reinante. Surgirán indudablemente algunos escollos de orden biológico para implantarla, pues ya se sabe que los hombres son muy torpes y se dan muy mala maña para la maternidad. Pero hoy día los cirujanos hacen milagros. Creo, además, que nuestros reyes consortes aceptarán con júbilo mi iniciativa, porque así al menos tendrán algo que hacer. La verdad es que los pobres se aburren horrores sin hacer nada junto a unas esposas tan mandonas. No hay puesto tan desairado como el de rey consorte inglés, que ni pincha ni corta en ningún aspecto. Carece de autoridad hasta para las decisiones más triviales. Viene a ser algo así como un señorito de compañía de la reina, a la que acompaña a todas partes porque sería de mal tono que una chica tan fina fuera sola a los guateques. Y como la reina casi nunca lleva bolso porque necesita las dos manos para sujetarse la corona, le suele poner a su marido un uniforme con muchos bolsillos en los que guarda su barra de labios, los papeles de sus discursos, y los regalitos que le hacen los jefes indígenas de las colonias que van a cumplimentarla. Y él, con mucha humildad, procura sentarse siempre en segundo término. Y como no le dejan decir ni pío porque la reina lo dice todo, el infeliz mata su aburrimiento en esos festejos dedicándose a contar las condecoraciones de los almirantes y las veces que le llaman “Majestad” a su mujer. Si al rey consorte se le pusiera en condiciones de ser la madre de sus hijos, dejaría de ser una figura decorativa sin voz ni voto para convertirse en un eficaz colaborador de su esposa y de la dinastía...

Allí acabó para siempre el discurso de «Míster Ensalada», porque en aquel preciso momento le agarraron las manazas del *policeman* y le condujeron sin aflojar la presión hasta la orilla del Canal de la Mancha. Y no tuvo que atravesarlo a nado por verdadera chamba, porque un pescador caritativo accedió a llevarle en su lancha hasta la costa francesa. Es lógico que el desgraciado se bebiera el *whisky* en jarra, para olvidar el pago injusto que le dieron en su tierra por la inteligente reforma que propuso.

* * *

Para concluir este muestrario de sujetos con los cuales tuve contacto oral en mi trabajo nocturno, contaré el terrible drama de don Ramiro Ventosilla. Vale la pena. Era tan desgarrador, que justificaba con creces el *delirium tremens* que agarraba todas las noches.

Con el fin de ahorrar al lector una enojosa descripción de don Ramiro, les diré sencillamente que parecía el hermano gemelo de un gorila. Algo más rubio, quizá,

pues los gorilas suelen ser unos morenazos bárbaros, pero tampoco esta diferencia de pigmentación era lo bastante acusada para evitar confusiones. Tan chato era el hombre como el mono, y tan peludo también. Sus gestos y movimientos tenían igualmente semejanza con los simios, lo cual acentuaba el parecido de un modo pavoroso.

Don Ramiro, en cambio, tenía un nivel intelectual muy superior al de sus sinónimos del reino animal: él era perito mercantil, y los gorilas son unos zotes que ni siquiera han logrado ingresar en una escuela de parvulitos. Esta superioridad de su inteligencia consolaba al hombre de su aspecto físico tan poco agraciado, gracias a lo cual vivía feliz sumergido en los números de las contabilidades que le habían confiado. Nunca se casó, pues aunque todas las mujeres admiten que el hombre descende del mono, prefieren como maridos a los que no demuestran su ascendencia de un modo tan evidente.

La vida de don Ramiro transcurría solitaria y plácida. Entregado totalmente a su profesión, que absorbía todas sus horas, llegó a olvidarse por completo de su fealdad. Hasta que un domingo de primavera, por tomar una ración de sol, cometió la imprudencia de visitar el Parque Zoológico.

Abstraído en la contemplación de las fieras, que dormitaban en sus jaulas soñando con las selvas de su ya lejana juventud, no se dio cuenta de la reacción que provocaba su presencia entre los visitantes: al verle palidecían intensamente y se apartaban de él huyendo en todas direcciones.

—¡Se ha escapado un gorila!... ¡Se ha escapado un gorila!... —empezó a gritar la muchedumbre dominguera corriendo alocada por los senderos del parque, tropezando en las cabezas de los niños y cayendo en los estanques de los patos.

El pánico fue colosal. Don Ramiro Ventosilla, sin sospechar que él era la causa de aquellos gritos, sintió miedo al oírlos y corrió también para sumarse a los grupos que huían. Y la gente, creyéndose perseguida por el presunto monazo, redobló la velocidad de sus piernas para ganar la salida.

Cerca ya de la puerta don Ramiro vio una formación de guardias que avanzaban a su encuentro desplegados en semicírculo, provistos de palos y redes. Se detuvo desconcertado sin explicarse aquella actitud hostil, mientras el cerco se estrechaba cada vez más en torno suyo.

—¿Qué significa esto? —balbució el perito mercantil intentando retroceder.

Pero ya era demasiado tarde: antes de que pudiese dar un paso, una pesada red cayó sobre él al tiempo que una serie de pértigas manejadas con destreza inmovilizaban todos sus miembros.

—¡Ya lo tenemos! —gritaron los guardianes muy contentos.

Y en vista de que don Ramiro empezó a chillar y a debatirse lleno de indignación, le hicieron perder el conocimiento con el inefable narcótico de un garrotazo.

Cuando despertó dos horas después, el área de su libertad era muy reducida y sus límites estaban sólidamente marcados por los barrotes de una jaula. Lo primero que advirtió don Ramiro con el consiguiente estupor fue que se hallaba desnudito de pies a cabeza, sin más protección contra las miradas y las temperaturas que la de su abundante vello natural. Por fortuna, los visitantes del Parque Zoológico eran escasos a aquella hora, y logró pasar inadvertido, ocultándose tras un montón de rocas artificiales que adornaban el reducto. Pero pese al improvisado escondrijo, que le daba un momentáneo margen de tranquilidad, su situación no era envidiable en absoluto.

El propio don Ramiro, que a lo largo de su vida tuvo muchas ocasiones de mirarse al espejo, comprendía y perdonaba que le hubiesen confundido con uno de los numerosos gorilas que poseía la simioteca nacional. Incluso le parecía lógico su encierro en una de las recias jaulas destinadas a dicha clase de animales. Lo que más le disgustaba, aparte del choque moral que un error así produce siempre en el orgullo de un perito mercantil, era tener que compartir su nueva vivienda con media docena de gorilas auténticos que le miraban con desconfianza y le gruñían de un modo poco tranquilizador.

Estas miradas y gruñidos le impidieron pedir en el acto que le sacaran de allí, pues le pareció más prudente abstenerse de pregonar a gritos su identidad temiendo que sus compañeros de prisión, al saber que no era de los suyos, se lanzaran sobre él y le hiciesen picadillo. Decidió, en vista de eso, permanecer callado para no despertar sospechas entre los otros cautivos, en espera de una oportunidad que le permitiera revelar su condición humana sin exponerse al descuartizamiento.

Transcurrieron a continuación unas horas de infinita angustia. Los gorilas no pudieron resistir la curiosidad que les producía aquel extraño congénere más rubio que ellos, y se fueron acercando a olisquearle con descaro. Don Ramiro, en su afán de disimular, dio unas cuantas volteretas monísimas y hasta trepó un poco por los barrotes de la jaula fingiendo una agilidad que estaba muy lejos de tener. Cuando ya no podía más de cansancio, se sentó en el suelo, dijo «¡miau!» y se puso a rebuscar imaginarios parásitos en las tupidas guedejas de sus brazos y piernas.

Aunque toda su ficción mímica fue irreprochable, aquel «¡miau!» extemporáneo que soltó por ser la única palabra del vocabulario animal que conocía, estuvo a punto de echarlo todo a rodar. Pero afortunadamente los gorilas no captaron el «lapsus». Y engañados por su certera pantomima, le dejaron en paz.

Poco después llegó un guardián con la comida para los imponentes simios. El infeliz prisionero se las arregló para acercarse con disimulo a los barrotes y deslizarle al oído en voz baja:

—Yo no soy gorila, sino perito mercantil. Dígale al director que me saque de aquí.

Acto seguido dio unos cuantos brincos para despistar: el gorila más grandote de la jaula había oído el murmullo del aparte. El guardián no se inmutó porque era nuevo en el parque; y como había oído decir que los monos son capaces de hacer las mismas cosas que el hombre con gran naturalidad, creyó que eso de hablar sería una gracia más. Y no le hizo caso.

Pasaron así tres días con sus correspondientes horas de comer, en las cuales don Ramiro insistió en su pretensión de que el director le pusiera en libertad.

—Calla, monicaco —se burlaba el empleado tirándole a las narices un puñado de cacahuetes.

—Pero no sea usted bestia, hombre —murmuraba el señor Ventosilla para que no le oyesen sus falsos colegas—. ¿No comprende que los gorilas, por muy despabilados que sean, no saben hablar? Además, yo no soy cuadrúmano, fíjese: tengo pies como usted.

Y los sacaba entre los barrotes para que se los viese.

—A mí no me engañas, rico —le decía el guardián examinándolos—, no son pies como los míos, sino manos atrofiadas.

—¡El atrofiado lo será usted, estúpido! —se encolerizaba el preso perdiendo la paciencia.

Y el empleado, encogiéndose de hombros, se iba a dar su ración de cañamones a los loros, que también hablaban lo suyo y decían unas bobadas muy semejantes a las de don Ramiro.

—¿También vosotros sois peritos mercantiles? —les decía a los loros muerto de risa.

—No —contestaban los loros—; nosotros somos loritos reales, y gracias.

A fuerza de insistir, sin embargo, el señor Ventosilla consiguió a las dos semanas agotar la paciencia del guardián.

—Está bien, monicaco —le dijo exasperado—, hablaré con el director para que no sigas dándome la lata.

Y habló. El director, al principio, creyó que el funcionario padecía una chifladura en grado superlativo y lo puso en manos del veterinario encargado de las fieras, para que le curase. Pero tanto insistió el pobrecillo en repetir la historia del mono parlante, que el jefe ordenó trajeran al presunto animal a su despacho con las debidas precauciones.

Don Ramiro vio el cielo abierto cuando le llevaron a presencia del mandamás, aunque las cadenas y el bozal que le pusieron por si las moscas irritaron un poco su dignidad. Creyó que le bastaría revelar su identidad al jefe de aquellos mastuerzos para deshacer la intolerable confusión... Pero el director del Parque era un hombre probo, recto y realista, con un cerebro poco ágil para admitir hechos fantásticos en el terreno de su jurisdicción. Escuchó por eso al encadenado señor Ventosilla con un

escepticismo muy parecido al del guardián, y le sometió después a un interrogatorio bastante capcioso:

—¿Le gustan a usted los cacahuetes? —fue la primera pregunta que le hizo a quemapelo, porque ropa no llevaba.

—Sí, señor —reconoció don Ramiro—. Me encantan.

—¡Tate! —exclamó el director guiñando un ojo con malicia—. Eso prueba de que no es usted perito mercantil, sino un pedazo de mono como la copa de un pino.

—El cacahuete no es una golosina exclusiva de los simios —se defendió el acusado sin perder la calma—. Muchos niños lo comen con fruición, y no por eso los toman por macacos.

—¿Cómo me demostraría usted que es perito mercantil?

—Explicándole el método hamburgués para llevar la contabilidad —replicó el prisionero con aplomo.

Pero el director no se dejaba convencer, porque le parecía inconcebible que en su Parque Zoológico ocurriera un hecho tan insólito. No obstante mandó traer papel y lápiz, y dejó que don Ramiro le explicara con todo detalle el método hamburgués, aunque sin prestarle demasiada atención porque a él el método hamburgués no le interesaba ni pizca.

—Eso no prueba nada —dijo cuando don Ramiro terminó su explicación—. Yo también sé hacer un huevo frito, por ejemplo, y no podría sostener ante nadie que soy una cocinera.

—Pero tenga usted en cuenta que yo, cuando se produjo la lamentable confusión que motivó mi captura, iba paseando vestido de persona.

—¡Toma, claro! —dijo el director haciéndose el listo, pues en realidad no lo era—. Todos los presos, al evadirse, se disfrazan de lo que no son para que no les descubran. Pero usted eligió un disfraz demasiado ambicioso, porque no es posible que haya en todo el mundo un hombre tan feo.

—Pues no crea que es usted ningún Apolo —se amoscó don Ramiro.

—No me hago ilusiones, desde luego, pero a su lado soy un Rodolfo Valentino.

—No me ofenda, chupatintas.

—No sea insolente, gorila...

Y allí acabó la entrevista porque el director, encolerizado, hizo una seña a los guardianes para que se lo llevaran a la jaula.

—¡Soy perito mercantil!... ¡Soy perito mercantil!... —gritó el señor Ventosilla propinando a los esbirros fuertes zurriagazos con sus cadenas.

Pero sus esfuerzos por escapar fueron inútiles. Y tuvo que callarse cuando le encerraron de nuevo con los gorilas, para poder continuar viviendo con ellos.

Hasta que muchas semanas después, cuando don Ramiro se había resignado ya a vivir así el resto de su vida y empezaba a tontear con una gorilita bastante mona, le

reconoció un diputado amigo suyo que fue al parque con sus nenes.

—¡Pero si es don Ramiro Ventosilla! —exclamó el diputado tendiéndole la mano entre los barrotes.

—Disimule tirándome cacahuets para que no se enteren éstos —murmuró él. Y en un susurro le puso al corriente de su situación.

Gracias a la recomendación del diputado, el director accedió a ponerle en libertad. Aunque, en realidad, tanto él como todo el personal del parque seguían creyendo que don Ramiro era un gorila de tomo y lomo. Pero como la recomendación de un político influyente es capaz de convertir en genio a un necio, les pareció muy natural que tuviera también fuerza para transformar en hombre a un mono. Y no se habló más del asunto.

Don Ramiro Ventosilla volvió de nuevo a sus peritajes. Pero nunca olvidaría aquella temporada de brincos y cacahuets que su fealdad le hizo pasar. A nadie puede extrañarle que tan deprimente aventura le creara un tremendo complejo de inferioridad, del que intentaba zafarse bebiendo y alternando en «El Infierno».

* * *

No cuento más historias de los tipos que me dieron de beber, porque tengo que seguir contando la mía. No quiero tampoco que este libro se convierta en una interminable galería de memos ilustres, y supongo que al lector le bastarán estos botones de muestra para calibrar la memez del público que frecuentaba el local de Chula Mambí.

Hace falta una paciencia a prueba de nitroglicerina para soportar, noche tras noche, a esos pelmas ansiosos de volcar en unas orejas dóciles el saco de sus miserias.

Cuando veáis una muchacha muy pintada aguantando en un cabaret la charla de un señor, pensad que estará oyendo una historia tan cretina como cualquiera de las que yo os he contado. Y compadecedla un poco diciendo para vuestro capote:

—¡Pobre chica la que tiene que alternar!

Merece esta compasión, palabra. No hay nada tan trágico como servir de paño para las lágrimas ajenas, cuando los ojos propios también tienen ganas de llorar.

Y aunque esta frase no es cierta en mi caso —yo jamás lloré ni tuve ganas de hacerlo—, la digo porque siempre hace bonito cerrar los capítulos con el broche de un pensamiento sentimental que haga suspirar al lector mientras pasa la hoja.

PEDAZO XVIII

AQUEL AÑO, entre bailes y charlas, envejeció con rapidez. Al taco del calendario se le fueron cayendo todas las hojas, y cuando quisimos darnos cuenta estaba completamente calvo.

Totó Alba, nuestro casero, nos hizo un flan muy rico para festejar la Nochevieja. Y Chula Mambí nos exigió que variásemos de repertorio a partir del nuevo enero porque la clientela, a fuerza de vernos bailar el mismo pasodoble y las mismas sevillanas, había llegado a bailar ambas cosas mejor que nosotras mismas.

Los Reyes Magos no sólo no trajeron ningún juguete a nuestro *ballet*, sino que se llevaron además a una de sus componentes más destacadas: Petra. Ésa fue la versión que dimos a las ingenuas Lola y Pepa para justificar la ausencia de nuestra compañera; pero en realidad no se la llevaron los Reyes Magos, sino un señor de Badajoz muy bruto, que tenía muchas cabezas de ganado (aparte de la suya, claro está).

Mermada nuestra república con la fuga de aquella frescales, cuyo fulano murió poco después dejándola heredera de las cabezas de ganado y de los cuerpos también (¡para que luego critiquen la frescura!), Chula redujo el sueldo del conjunto en una sexta parte y continuamos actuando las cinco restantes. Luisa, la vasca, que era la más habilidosa para los taconeos de estilo andaluz, fue nombrada capitana de nuestro equipo. Y si nosotras sacábamos un sostén con lentejuelas de plata, ella lo sacaba con habichuelas de oro. Fuencisla y las hermanas devotas de San Onofre, que eran bastante patosas, aceptaron como yo sin discusión esta jefatura puramente artística que no suponía para Luisa ninguna ventaja económica sobre las demás.

Acudimos unos cuantos días a la Academia de don Macareno Josú para que su profesor especialista en bulerías, asturiano de origen, nos enseñara un par de meneos facilitos. Pusimos con entusiasmo manos y pies a la obra, y a la semana justa estrenamos en la pista del «Infierno» unos saltos muy aparentes con abundante guarnición de castañuelas. Chula, por su parte, estrenó también una rumba preciosa que su madre le mandó desde Cuba por paquete postal, titulada *Híncale el diente a la guanábana madura que lleva en el capacho la camagüeyana de los pies chiquitos*. El título era tan largo para compensar la brevedad de la letra, que se reducía a repetir en distintas tesituras la enigmática frase «chupete muñuñungo». El *argot* afrocubano hacía ya furor en Europa, y la gente tarareaba sus esquizofrénicos estribillos con una seriedad que hacía pensar en que Spengler dio en el clavo al hablar de la decadencia de Occidente.

Bien mirado, fui en aquella época bastante feliz. Aparte de aguantar las tabarras de los parroquianos infelices, mi trabajo no era agotador y obtenía pesetas sumamente

pingües. Tan pingües que, en menos de seis meses, ahorré casi mil duros.

Guardaba mis ahorros con técnica de vieja, ocultando los billetes entre la lana del colchón. Pero al llegar a esa cifra, fabulosa para una pobre chica como yo, empecé a sentirme intranquila. Me quitaba el sueño la idea de dormir sobre aquel tesoro ganado con el sudor de mis piernas y de mi lengua, expuesto a la codicia de cualquiera que descubriese el escondrijo.

Cavilé muchas noches decidiendo el lugar más seguro donde depositar la apetitosa suma, pero ni las cámaras acorazadas de los bancos más prestigiosos me ofrecían suficientes garantías de solidez para proteger mi fortunita. En aquellos años precisamente se inició en Madrid la epidemia bancaria, que poco a poco ha contagiado a todas las esquinas de la ciudad, y surgían bancos con la rapidez de hongos. Pronto los hubo para todos los gustos, desde severos mamotretos con arquitectura de panteón hasta suntuosos disparates en estilo sala de fiestas, con jaulas de oro para el personal y marmóreas escalinatas para los cuentacorrentistas. Y yo, que siempre fui prudente en cuestiones financieras, decidí visitarlos para cerciorarme de su solvencia antes de confiarles mis billetes. Mi peregrinación duró dos semanas. Pero ninguno de ellos me agradó. ¿Qué confianza pueden inspirar unos señores banqueros que despilfarran gran parte del dinero que se les confía convirtiendo sus oficinas en palacios? No digo yo que en el vestíbulo del Banco Rural, por ejemplo, el suelo sea de hierba y haya una vaca pateando; pero entre la humilde hierba y el lujoso mármol está el término medio del sufrido baldosín, más propio por su austeridad para pavimentar un local al que los palurdos socarrones confían sus sudados ahorros.

Desengañada de los bancos y decidida a esconder mis economías en un dobladillo de las enaguas, sistema que salvaguardó eficazmente los reales de vellón ahorrados por las damas de la antigüedad, tropecé dando un paseo con un edificio de nueva planta que me atrajo. Era otro banco —¡cómo no!— recién inaugurado, pero distinto a todos los que yo conocía. Los astutos financieros que lo fundaron, intuyendo el fracaso que supondría abrir un negocio bancario en una ciudad tan saturada de ellos, idearon una treta muy ingeniosa para atraer al capital más reactivo: lo llamaron «Banco Colchón» y lo construyeron copiando fielmente en su estructura la forma de un colchón. El edificio, bajo y cuadradote, tenía en la fachada las clásicas rayas de las telas para colchones; y sus paredes, por dentro, se pintaron de un color de lana sucia muy acertado. Horrendo desde el punto de vista plástico, fue en cambio un acierto desde el psicológico. Porque las personas modestas, que guardan siempre su escaso dinerín en los colchones de sus camas, se convencieron al verlo de que estaría mucho más seguro en aquel colchón gigantesco. Y todos los que recelaron del lujo de los otros bancos, acudieron a él con fe ciega. Esos millones que andan fraccionados bajo las espaldas de tantísimos durmientes, se concentraron en sus arcas. Allá fueron a hospedarse también mis mil duros, pues mi mentalidad estaba al mismo nivel de

quienes mordieron el inteligente anzuelo del Banco Colchón. Y tuve desde entonces un libro de cheques, cuya lectura me apasionaba mucho más que cualquier novela.

Fue por aquellos días cuando empezó a asomar la nariz por el cabaret Ernesto Colina. Perteneecía al grupo de «máscaras a pie», nombre que dábamos las chicas del local a esos mirones que entran solos con cara de estar buscando a alguien, mariposean entre las mesas sin sentarse en ninguna, y se marchan después sin haberse tomado ni un vaso de sifón. Observé, sin embargo, que algunas noches se acercaba al bar, pedía la consumición más barata —el color del «revientavísceras» se ve a la legua—, y se quedaba de pie junto a la «barra» con el vaso en la mano sin quitarme la vista de encima.

Todo esto lo observé de reojo, claro, porque yo siempre estaba en una mesa alternando con algún cliente de fuste y no era cosa de encocorar al visitante tímíndome con los pollos de la vecindad. Pero la insistencia de Ernesto en sus miradas a mi físico hizo que mis reojos menudearan y que no estuvieran exentos de simpatía. Toda mujer admirada, admira también un poco a su admirador; siempre que su admirador, desde luego, no sea un rechoncho patizambo. Y Ernesto era todo lo contrario: de estatura más que mediana, con las piernas derechas como husos y un mechón rebelde bailándole en la frente que aniñaba más aún la insultante juventud de su rostro.

Deduje que no era rico, porque antes de pagar al *barman* soplabla en el canto del billete para cerciorarse de que no iban dos pegados; deduje que no era tonto, porque contaba el dinero que le devolvían; deduje que era tímido, porque una vez le sonreí y se puso tan colorado como el uniforme de los camareros. Y no seguí deduciendo porque me aburrí de deducir, y me acerqué a él aprovechando un clarito entre dos clientes para darle una oportunidad.

—Buenas noches —le dije, pues eso siempre resulta correcto y no compromete a nada.

—Bue... —fue lo único que pudo contestar, porque se puso tan nervioso que el «revientavísceras» se le derramó del vaso chamuscándole una pernera del pantalón.

Su azoramiento me envalentonó y le sugerí que me invitara a un trago. No necesité repetírselo:

—Ponga dos vasos grandes de lo más caro —dijo al *barman*, radiante.

Deseando agradarme, me abrió primero su petaca como antesala para abrirme después su corazón.

—Coge dos cigarrillos —me invitó, generoso—, uno para cada mano.

Inicié la conversación como de costumbre, proponiéndole contarle mi vida. Pero él me rogó que no lo hiciera.

—¿Por qué no quieres saber mi pasado?

—Porque aspiro a participar en tu futuro. Y el pasado es un desván de cosas

viejas que no deben ver las visitas cuando les enseñamos nuestra casa.

—Bonita frase, muchacho.

—Está a tu disposición.

—Háblame entonces de ti —le propuse.

—Verás: una noche de invierno, cuando la nieve ponía fundas al paisaje para conservarlo hasta la primavera, entré en el mundo por la puerta de una Casa de Maternidad. Mi familia...

—No abuses tampoco, rico: hazme un resumen.

—Allá va: nací, mamé, crecí, estudié, sufrí, aprobé y me establecí.

—¿Tan joven?

—Para nacer, mamar, crecer, estudiar, sufrir, aprobar y establecerse, no hace falta ser viejo.

—Pero tú sólo representas veinte años.

—Pues tengo algunos más.

—Se los habrás pedido prestados a algún amigo para parecer más hombrecito.

Le hizo gracia mi piropo y se echó a reír abriendo mucho la boca. Tenía una forma divertida de reírse, pues no lo hacía en «ja» como todo el mundo, sino al revés: en «aj». Yo me contagié y aquella carcajada terminó de fundir el hielo entre los dos. Fue el disparo iniciador de nuestra carrera amorosa. Quiso pedir al *barman* otros dos vasos de lo más caro, pero yo se lo impedí. Y ese detalle me convenció de que Ernesto me gustaba: cuando una mujer se enamora de un hombre, procura siempre que no gaste dinero.

—¿Por qué? —preguntará el lector.

Para poder gastárselo ella cuando se case con él. La novia del presente se sacrifica con astucia pensando en la esposa del futuro.

Aquella noche, en el segundo *show*, bailé mis bulerías con más entusiasmo que nunca. Y hasta sonreí una vez, cosa que sorprendió mucho al público habituado a las caras de palo que sacan siempre las chicas de conjunto.

No creo necesario decirles que Ernesto y yo quedamos citados para salir al día siguiente por la tarde, porque ya lo habrán supuesto. Y aunque en casa hubo su migaja de choteo cuando me vieron las compañeras emperifollarme con esmero inusitado, acudí a la cita con más ilusión que puntualidad: el joven Colina llevaba una hora esperándome en el «Café Copa y Puro».

Este café, situado como todo el mundo sabe en la calle de Chapí esquina a la de Chapó, era el punto de reunión predilecto de todos los idilios. El damasco de los divanes hacía pensar en esa colcha tan buena que llevan todas las novias en su equipo, y que no se usa jamás por miedo a estropearla. Una luz suave, tamizada por pequeñas pantallas de mesilla de noche, permitía a las parejas maniobrar con bastante discreción. Los grandes espejos que cubrían las paredes, además, servían de

retrovisores para ver si se acercaba un camarero por la espalda y dejar las manos quietas.

—Perdona, chica —se excusó Ernesto al saludarme—, por ser fino, te traía una caja de bombones. Pero has tardado tanto, que me los he comido.

La mesa que eligió estaba próxima a uno de los grandes ventanales y nos hubiera sido fácil contemplar embelesados cómo caía la tarde; pero a nosotros nos importaba un bledo que cayese la tarde, e incluso que se rompiera la crisma, porque teníamos que hablar de muchas cosas importantes.

—Si bailaras bien, serías una buena bailarina —me dijo él, ansioso de resultarme simpático.

—Bailar, para mí, es hacer un poco de gimnasia bien retribuida —le confesé—. En realidad, no pongo nada de alma en el baile.

—Haces bien: el alma hay que reservarla para ponerla toda junta en empresas de más envergadura. No se debe andar poniéndola a trocitos en bobadas, como si fuera un panecillo que se desmenuza en migas para los pájaros.

Pedí lo que llaman un «té completo», para comerme el «completo» y dejar intacto el «té».

—¿A qué te dedicas tú? —le pregunté desenrollando la rubia trenza de una ensaimada.

—Soy protésico dental.

Allí falló mi cultura.

—¿Y eso con qué se come? —indagué.

—Con los dientes.

—Algo así como dentista, vamos.

—Mucho más bonito —me explicó entusiasmado—. El protésico dental es un ingeniero de Caminos, Canales y Puertos, en miniatura. Lo mismo que hace ese ingeniero al aire libre y sin limitación de espacio, lo hace el protésico a escala reducida en la cavidad bucal. Porque la boca es un completísimo pedazo de geografía, que reúne todos los accidentes de terreno de una nación entera. En el fuerte dique de los dientes, contra el cual se estrella con furia el oleaje de la saliva, el protésico realiza minuciosas obras de ingeniería portuaria: sustituye los bloques del rompeolas carcomidos por la marea salivar, refuerza con flejes metálicos sus partes más débiles, rellena de cemento los baches... Las piezas que diseña y construye con precisión matemática, embellecen el paisaje bucal y aumentan el rendimiento de las funciones que en él se realizan. El protésico, además, proyecta airoso puentes sobre la región pantanosa de la lengua, cuya audacia técnica nada tiene que envidiar a los más famosos del mundo: arcos amplísimos, sabiamente apoyados en los pilares de las últimas muelas, bajo los cuales navega sin dificultad la comida de mayor tonelaje; otros, en cambio, son pequeños, de quita y pon, para impedir que se interrumpa la

masticación en el hueco de un molar extirpado... Al protésico, en justicia, debería dársele el nombre de Ingeniero Bucal. Porque los protésicos somos realmente ingenieros frustrados por culpa de nuestros padres, que no pudieron costearnos la carrera en la Escuela de Ingeniería.

—De todos modos —le consolé— es una profesión bonita.

—Bonita sí, pero muy peligrosa: a veces, cuando estás tendiendo uno de esos puentes, la boca en la que trabajas se cierra de golpe y te pilla un dedo.

—Todas las profesiones tienen sus riesgos. También el saxofonista, cuyo oficio es tan inofensivo, puede respirar una vez con demasiada fuerza y tragarse el saxofón.

—Eso sí.

Y Ernesto, admirado de mi aguda inteligencia, me cogió de una mano. Pero tuvo que soltarla en seguida porque no vio que yo tenía en ella un pastel, y se pringó todos los dedos de crema. Para el amor, sin embargo, no hay obstáculos; y en menos que canta un gallo, se había limpiado el pringue con su pañuelo para volver al ataque. Me agradó el contacto de su piel en mi metacarpo, aunque no por eso dejé de tomar algunas precauciones: mientras él iniciaba una lenta ascensión desde mi mano derecha hasta el codo, yo ponía la izquierda en posición de torta.

—¿Por qué? —preguntará el lector, al que siguen sorprendiéndole muchos detalles de mi conducta.

Por si intentaba llegar a ciertas cumbres jamás holladas por la mano del hombre. Gracias a Dios no me hizo falta dar la orden de «fuego» a mi brazo izquierdo, porque sus dedos alpinistas se detuvieron a media ladera del derecho y me dijo:

—Antes de seguir adelante, quiero advertirte que mis intenciones son serias. Yo, como todos los protésicos, soy un hombre formal. La prótesis no es una cosa de chufra y no puede ser ejercida por zascandiles. Si he ido estas noches al «Infierno» no es porque acostumbre a frecuentar esa clase de locales, sino porque un día pasé por la acera de enfrente y vi en la puerta tu retrato. Quedé tan impresionado, que quise verte al natural. Y si en la foto me gustaste, en carne y hueso me enloqueciste. No me agrada tu oficio de bailarina, porque el ritmo del baile es muy distinto al de la prótesis. La Historia, que yo sepa, no habla de protésicos que fueron felices casados con bailarinas. Pero eso lo arreglaremos más adelante, cuando nos hayamos examinado y aprobado mutuamente. Mientras tanto tú seguirás bailando y yo te seguiré vigilando. Porque eso de que alternes, la verdad, me sienta como un par de banderillas. Más adelante te llevaré a mi casa para presentarte a mis familiares, pues tengo una colección bastante numerosa. Me falta algún abuelo que otro como a todo el mundo, pero es una familia muy completa. Lo malo es que está chapada a la antigua y esa chapa es un blindaje que no perforarás fácilmente. Pero confío en solucionarlo cuando llegue el momento. ¿Te parece bien mi plan?

Dije que sí con la cabeza, porque el fin de su monólogo me sorprendió con un

gran trozo de tarta en la boca. Y su mano, que no se había movido de mi antebrazo, me oprimió ligeramente el cúbito en señal de afecto. ¡Qué diferencia entre Ernesto y el chófer Dionisio, aquel barbarote que me sacaba pellejo en cada pellizco!

Cuando acabé de merendar, salimos del «Café Copa y Puro» a tomar el fresco. Pero el fresco aún estaba demasiado frío, y el joven Colina me propuso que entráramos en otro café a merendar otra vez. Entonces comprendí que era un gran psicólogo, que conocía a fondo el alma femenina.

En días sucesivos, el plan de Ernesto fue desarrollándose con absoluta normalidad. Cada tarde nos examinábamos un poco el uno al otro y obteníamos los dos excelentes calificaciones. La simpatía que él me inspiró desde el primer instante aumentaba gradualmente, y tampoco se quedaba atrás la que le inspiré yo a él.

Aunque el termómetro aún andaba encogido, el sol iba echando algunas calorías de propaganda para anunciar al público el próximo *debut* de la primavera. Nos gustaba aprovechar aquellos grados de más paseando con los abrigos desabrochados y las bufandas desanudadas. El tiempo era bueno, bonito y barato, con lo cual nos ahorrábamos el dinero de ver una de esas películas tan tontas que siempre empiezan con un león y acaban con un beso. Cuando nos apetecía presenciar un espectáculo, Ernesto compraba un periódico y nos sentábamos en un banco.

—¿Para leer la cartelera? —preguntará el lector.

No: para leer los «anuncios por palabras». Porque no hay espectáculo tan humano como una plana de estos anuncios pequeñitos. Ni el guionista más genial sería capaz de condensar en dos minúsculos renglones dramas tan intensos y conmovedores. Mi protésico y yo, sentados al sol y con un nudo en la garganta cada uno, leíamos esos desgarradores gritos de socorro que lanzan diariamente miles de seres en apretada tipografía. En los más dolorosos, nos deteníamos unos segundos a verter una lágrima de compasión:

«Mujer flaca de clase humilde, tomaría en traspaso tejido adiposo de señora pudiente que desee adelgazar».

«Caballero huérfano y solo en el mundo compraría a particular álbum de fotografías de familia, para hacerse la ilusión de que la tiene».

«Artista pobre casaría con señora rica, por amor al arte».

«Campesino obligado por la sequía, vende con infinita tristeza su fiel perro de aguas».

«Gitano cobardica robaría gallinas en finca sin guardas ni perros».

«Cambio urgentemente comedor estilo imperio, por comida estilo tasca».

«Moribundo liquida a precios ganga los frascos empezados de las medicinas que no le sirvieron para salvarse»...

Y al concluir la lectura, nos levantábamos del banco con el corazón más encogido que si acabáramos de ver una película neorrealista.

—Algún día —soñaba Ernesto emocionado aún—, construiré una dentadura de alabastro para la boca de un maharajá. Y como me pagará mi trabajo dándome su peso en oro, que es como pagan los «maharajás» hasta sus cuentas más insignificantes, viviremos en un palacio como gatos panza arriba. Y nuestras almas, endurecidas por la riqueza, no se conmoverán al ver estas miserias.

Los días lluviosos, cuando Madrid se convertía en una Venecia de charcos y fango, nos metíamos en un cine modesto, a no ver una película. Acurrucados en la última fila, mientras los intérpretes hablaban de sus cosas, hablábamos nosotros de las nuestras.

—Lo malo de los cines —decía Ernesto contrariado— es que haya tanta luz en la pantalla. El día que empiecen a proyectarse las películas completamente a oscuras todos saldrán ganando: los empresarios porque irán más parejas, y el público porque no le llenarán la cabeza de tonterías.

Y nos cogíamos de la mano en la penumbra como si fuéramos a jugar al corro. Eso era todo, aunque los maliciosos supongan otra cosa. El amor sincero no es carnal, sino vegetariano. Los auténticos enamorados no son carnívoros, sino platónicos.

—Te quiero tanto —me decía el señorito Colina revolcando sus pupilas en el verde de mis ojos—, que por ti sería capaz de cometer una locura espantosa.

—¿Qué locura? —le preguntaba para medir el volumen de su amor.

Y él, que era un hombre sensato y prudente, lo pensaba un rato y decía después:

—Comerme una lata de sardinas, por ejemplo.

—¿Con lata y todo?

—No, mujer: lo de dentro nada más.

—¿Y a eso le llamas una locura espantosa? —me decepcionaba yo.

—Ten en cuenta que a mí las sardinas no me gustan nada.

—Eso ya es distinto.

—No hay que descartar tampoco la posibilidad de que la lata puede estar en malas condiciones, en cuyo caso pescaría además una urticaria imponente. ¿Te parece poca locura pescar una urticaria imponente así como así?

—No, ¡qué horror! Se nota que me quieres, desde luego.

—También sería capaz de pincharme con un alfiler en la yema del dedo gordo, y apretármelo después hasta que me saliera una gota de sangre.

—¡Basta, basta! Ya veo que me adoras.

Al lado de Ernesto Colina, como puede verse, Romeo resultaba más frío que un carámbano.

PEDAZO XIX

PARA MATAR LAS HORAS de noviazgo, que pasada la ilusión inicial transcurren con una lentitud exasperante, visitamos los monumentos y edificios más célebres de la capital. Decía mi novio, con muchísima razón, que siempre se aprende algo nuevo viendo todo lo viejo.

Hay que reconocer que los antiguos eran gente muy mañosa, pues hacían unas labores a mano francamente difíciles. Claro que tenían más tiempo que nosotros, porque aún no se había descubierto Norteamérica, que ha metido tanta prisa a todo el mundo; pero aun así no hay que quitarles mérito. Eso de coger unas cuantas piedras y ponerlas una encima de otra hasta hacer un Escorial, por ejemplo, no es ninguna bobada. Como tampoco lo es quitarle a un pedrusco todo lo que le sobra para que parezca una estatua, o ponerle a una tela todo lo que le falta para que parezca un cuadro.

El Museo del Prado me encantó, pero le dije a Ernesto mi opinión sincera:

—Es un edificio muy amplio y muy bonito, aunque no me gusta la decoración de sus salones: encuentro que las paredes están demasiado cargadas de cuadritos.

Al Palacio de Oriente sólo le puse un reparo:

—No sabría decirte qué exactamente, pero creo que le falta algo.

—Claro, mujer: le falta el rey.

—Eso debe de ser. Un palacio sin rey está tan vacío como un caracol sin bicho.

También nos detuvimos un rato en todas las plazas que tenían monumento a algún señor, y observé que el bronce favorece muy poco a las personas: frailes y pintores, navegantes y políticos, parecen todos iguales en la negrura del metal. Los únicos que se diferencian un poco son los militares, porque casi siempre tienen un caballo debajo.

Cuando ya no nos quedó ni un monumento sin echarle la vista encima. Ernesto me dijo:

—Apuradas todas las diversiones honestas que brinda una ciudad a dos jóvenes enamorados, nuestro noviazgo toca a su fin.

—Menos mal —murmuré.

—Prolongándolo caeríamos en las redes del tedio, que es el máximo enemigo del amor. Ha llegado, por lo tanto, el momento de que te presente a mi familia para fijar los pormenores de nuestra boda. Les he hablado mucho de ti y te esperan con los brazos abiertos. Pero al hacer la descripción de tus virtudes, omití deliberadamente mencionar tu profesión. No es que yo me avergüence de que seas bailarina, entiéndeme, y me consta que tampoco a mis padres les importaría. Aunque son bastante anticuados, rebasaron ya la época en que el baile y la moral eran

incompatibles. Las bailarinas no son ya para nadie diabólicas sirenas que hundan a los hombres en el abismo del mal, sino un gremio de trabajadoras como otro cualquiera, que hasta tienen un sindicato para defender sus derechos laborales.

—Entonces —inquirí—, ¿qué es lo que puede escandalizar a tus padres?

—Tu horario de trabajo. Eso de que entres en tu «oficina» a las once de la noche y salgas a las cuatro de la madrugada, les pondría los pelos de punta. Y no sólo a ellos, sino a toda su generación. Porque en España, como en todos los países católicos y agrícolas, existe un terror a la noche imposible de vencer. Este miedo supersticioso, heredado de la Edad Media, forma la columna vertebral de nuestra moralidad. Pensamos erróneamente que la noche es una gran alcahueta, bajo cuyas amplias y negras faldas se cometen los mayores pecados. Creemos que el sol, al desaparecer del cielo, da rienda suelta a todos los demonios que su calor mantuvo aletargados. Instintos y pasiones, como grandes murciélagos, salen entonces de sus escondrijos a revolotear en las tinieblas. Y muchos hombres, al faltarles el poderoso freno de la luz, se convierten en lobos. Y muchas mujeres, por la misma razón, se transforman en brujas.

»La noche —prosiguió el protésico tras un resoplido de resignación—, para la gente acobardada por esta leyenda medieval, no es un simple fenómeno de la rotación terrestre que priva de sol a medio planeta por espacio de unas horas, sino un castigo divino para poner a prueba diariamente las virtudes humanas. Por eso en las casas decentes, cuando el párpado nocturno empieza a cerrarse sobre los ojos azules del firmamento, cierran las persianas a cal y canto para impedir que se cuele algún demonio. Por eso las beatas se santiguan cuando tienen que salir anochecido a la novena. Por eso la esposa pone el grito en el cielo cuando su marido anuncia que cenará fuera de casa, y no protesta en cambio cuando se trata de un almuerzo. Por eso el padre de familia regaña a su hija cuando rebasa en diez minutos la hora tope que él fijó para la retreta vespertina. Por eso a los jovencitos no se les deja salir después de la cena, pues aterra pensar que puedan intoxicarse con las terribles ponzoñas que flotan en las sombras atentando contra su candidez. Por eso a los noctámbulos inofensivos, e incluso a los pobres insomnes que pasean o leen para entretener su torturante falta de sueño, la gente les critica y no tienen buen ambiente. Por eso es una acusación de mala conducta decir de una persona que «se acuesta a las tantas». Por eso, en fin, las señoras sensatas amonestan el trasnochador diciéndole muy serias que «la noche se hizo para dormir». Y esta frase hecha, mal hecha, que los seres sencillos aceptan y obedecen como artículo de fe, es la más solemne de todas las mentecateces.

—Eso mismo creo yo —dije a mi novio—, pero no sabría demostrarlo.

—Yo sí —replicó él con sonrisa triunfadora, mostrando su flamante dentadura de protésico—. La noche no se hizo para dormir ni para nada especial. La noche no hubo

más remedio que hacerla porque la Tierra tenía que dar vueltas muy de prisa para no caerse del espacio y partirse en mil pedazos. La noche fue, por lo tanto, una simple dificultad técnica insuperable. Pudo resolverse, desde luego, instalando un segundo sol de la misma potencia para que alumbrara la zona que en el movimiento giratorio fuese quedando en sombra; pero los soles son astros muy costosos, y no valía la pena meterse en tantos gastos para dar luz a un planetilla de tan escasa magnitud como el nuestro. Tampoco en las ciudades de provincias se gastan millones en el alumbrado público, teniendo que conformarse el vecindario con un farol que funciona pocas horas. Es falsa, por todo lo expuesto, la teoría que prevalece entre las clases honestas sobre la peligrosidad del clima nocturno para la salvación del alma. No existe esa supuesta helioterapia espiritual que cura los ataques de maldad durante el día. Los rayos solares, no sólo no inmunizan a la Humanidad contra la epidemia del pecado, sino que la excitan con su calorcillo, haciéndola más vulnerable. Se peca mucho más de sol a sol que de luna a luna, por la sencilla razón de que durante el día todos los apetitos están más despiertos. Por la noche, en cambio, el cansancio de toda la jornada hace que podamos resistir mejor a cualquier tentación. El sueño es un gran anestésico del mal. Es absurdo, por eso mismo, creer que existe una inmunidad diurna para delinquir. El delito no es un funcionario del Estado y no tiene horas de oficina. Pero trabaja mucho mejor cuando está con los ojos bien abiertos, descansando y recién afeitado. El mundo, además, está lleno de ejemplos que confirman mi tesis: frente al atracador nocturno que roba en el extrarradio una cartera con cien pesetas, está la banda de «gangsters» que asalta en pleno día un banco céntrico y se lleva cien millones. Frente a la esporádica canita al aire del marido que una noche se va de francachela, purgada después con una crecida penitencia de trifulcas conyugales, están los casados «intachables», que echan canas a mechones sin despertar sospechas con la complicidad del sol. El día está lleno de ocasiones y pretextos para la persona que desea engañar al prójimo. Pero la sociedad contemporánea, tonta algunas veces, es hipócrita las demás. Y soporta mejor una puñalada de día que un pellizco de noche.

Ernesto jadeó un rato para reponerse de su discurso, pues no hizo ni un solo punto y aparte para descansar y se estaba ahogando. Luego, desfogada su excitación con la diatriba, concluyó resignado:

—En estas condiciones, como puedes suponer, no me atrevo a decirles a mis padres tu horario de trabajo. Una chica que duerme de día y trabaja de noche, es siempre repudiada por las familias que se llaman a sí mismas «de buenas costumbres». ¡Tremenda injusticia ésta de creer que las personas dormilonas son mejores que las desveladas! Reconozco que es un disparate, pero nada puedo hacer para destruirlo. Mientras dure esta ola de terror a la noche, ocultaré tu oficio a mis papás.

—¿Qué vas a decirles entonces?

—Que vives de tus labores.

—¿De qué labores?

—No seas torpe, monina: cuando se dice de una mujer que vive de «sus labores», quiere decirse que no hace ninguna labor para vivir.

—La vida está llena de paradojas.

—Y de perezosas.

PEDAZO XX

SI LOS LIBROS tuvieran música de fondo, este capítulo empezaría con un suave canto de violines para expresar la felicidad que sentí al ser presentada oficialmente a la familia de Ernesto. Pero como no se han inventado aún los libros sonoros, se quedan ustedes sin concierto. Lo siento.

Vivían los Colina en un viejo primer piso de una calle estrecha de hombros. La casa, quitando unas grietas que cruzaban su fachada como navajazos en un rostro, tenía empaque señorial. A pesar de los años transcurridos desde que se construyó, había conservado todo el sabor del siglo XIX. Lo malo era que conservó también todo el olor, cosa que ya no resultaba tan bonita porque la escalera olía a guisos rancios y fritangas que habían sobrado del siglo anterior.

Pese a los ánimos que me infundió Ernesto en el camino, yo iba más nerviosa y colorada que Caperucita cuando fue a la casita de su abuela. Y la cosa no era para menos, reconózcanlo, porque no se va todos los días a la casa de un protésico diplomado. Son pocas las mujeres de clase humilde que tienen ese honor, lo cual justifica con creces mi agitación. Hasta mis compañeras, cuando supieron que iba aquella tarde a la casa de un protésico diplomado, se quedaron ojiabiertas y me dijeron incrédulas:

—Pero ¿vas a ir de veras a la casa de un protésico diplomado?

Y me explico perfectamente su asombro porque las pobres, de origen tan humilde como el mío, no habían pisado jamás la casa de un protésico diplomado; y lo que es más triste aún, no era probable que la pisaran en toda su vida.

—Si te casas con él —me explicó Fuencisla—, nos regalarás una dentadura de repuesto a cada una, por si algún día nos caemos y nos partimos la boca.

Lola quiso prestarme su escapulario de San Onofre para que me ayudara en tan delicado trance, pero yo lo rechacé porque siempre he respetado a los santos y me parecen irreverentes todas esas personas que los emplean para buscar una sortija extraviada o para cazar un novio remolón, como si los santos fueran detectives.

Toda la familia de Ernesto me esperaba con los brazos abiertos, postura que me hizo pensar erróneamente que estaban haciendo gimnasia. Me recibieron en una salita de estilo Renacimiento, que por la vetustez de sus muebles más parecía de estilo Decadencia. Había algunos señorones retratados en las paredes, con uniformes que les hacían parecer barítonos de ópera.

Conté en total dieciséis cabezas de parientes, apelotonadas en grupo compacto como en las fotos de los banquetes.

—Ésta es mi madre —me explicó Ernesto señalando una figura rechoncha situada en el centro del grupo.

—Pues parece tu hermana —adulé para causar buena impresión.

—Y aquélla —señaló él a otra señora más esbelta que estaba junto a un tío— también es mi madre.

Aunque aquello me pareció un poco raro, seguí dando coba sin perder el aplomo:

—¡Qué familia tan lujosa, chico! ¡Hasta tienes madre de repuesto!

—No es eso —me explicó mi novio—, es que yo nací en una de esas grandes Clínicas de Maternidad, donde los niños que van naciendo se colocan todos juntos en una sala aparte de sus madres. Y a fin de mes, cuando todas las mamás están repuestas de sus entuertos, se les da a cada cual su criatura para que se vayan a casa. Cuando se hizo el reparto en el que yo estaba incluido, fueron entregando a todos los demás y quedé el último en el «nido». Y cuando me llevaron a la sala de parturientas para entregarme a mí también, la enfermera vio con estupor que quedaban dos madres para un solo niño. Las dos, como un solo hombre, tendieron sus brazos para apoderarse de mí.

»—¡Es mío! —gritó una.

»—¡Nada de eso! —aulló la otra—. ¡Es mío!

»—Pues ¿dónde está el mío entonces?

»—Se habrá echado a perder.

»—¡El que se habrá perdido es el suyo, rica! ¡Éste tiene los mismos ojos que mi marido!

»—¡Y la misma barbilla que el mío!

»La disputa se agriaba en perjuicio de mi integridad física, pues ambas tiraban de mí en distintas direcciones amenazando desgajarme los muslitos. Intervino el director de la Clínica, el cual puso cara salomónica y dijo con solemnidad:

»—Pues tendrán que arreglárselas las dos con éste, porque es el único que nos queda. No es la primera vez que sucede una cosa así. Como la casa es tan grande y los niños tan pequeños, siempre se pierde alguno. ¡Las enfermeras son tan manazas!

...

»Como ninguna estaba dispuesta a marcharse con las manos vacías, decidieron que yo fuera de las dos y criarme al alimón. Una de ellas había enviudado un mes antes del parto, circunstancia que facilitó notablemente esta componenda familiar. Porque un chico puede ser, sin avergonzarse, hijo de dos madres. Lo que no puede tener, de ningún modo, es un par de padres.

»A mí, como puedes imaginarte, el error de la Clínica me favoreció porque me junté con una pareja de mamás afectuosísimas, que me han mimado siempre por partida doble. Sin contar que me crié más hermoso que un cordero, al duplicarse el número de surtidores lácteos que abastecían mi estómago. Y como ambas mamás tienen un carácter dulcísimo y se llevan muy bien, todos hemos sido muy felices.

—Lo comprendo. ¡Vaya momio!

Aparte de las madres, que se llamaban Gerarda y Bernarda, respectivamente, Ernesto tenía un padre, un abuelo, unos cuantos hermanos de ambos sexos, tres cuñadas, cuatro tíos y dos primos. Tanto los tíos como los primos eran carnales, de ésos que cuando se mueren tienen derecho a un poco de llanto y un mucho de luto. Mi prometido, como puede verse, no se privaba de nada. Es cierto que su padre no valía gran cosa —era tan miope que los ojos le chorreaban dioptrías—, y que el abuelo tenía una parálisis progresiva que no paraba de progresar. Pero más valen pachuchos vivos que sanitos enterrados.

Toda la familia estuvo muy cariñosa conmigo. Las mujeres me dieron muchos besos y los hombres algunos azotitos. Uno de los tíos, que debía de ser el más carnal de todos, me atizó un pellizco en la cintura que por poco me taladra la faja.

El Colina padre, que atendía por José y su derivado Pepe, era bigotudo y parlanchín como un napolitano. Tenía la cabeza en forma de pera, rematada por un mechón de pelo erguido en el centro de la calva que semejaba el pedúnculo del fruto. Comerciante avisado y emprendedor, se arruinó varias veces por emprender tonterías. Una de ellas, la mayor imbecilidad de toda su vida, fue la que cometió en su juventud: abrir una carnicería en la calle del Pez. ¿A quién se le ocurre pretender vender chuletas en una calle donde la gente sólo espera encontrar besugos? ¡Grave torpeza, comparable a la que cometió el Partido Republicano instalando sus oficinas en la Plaza del Rey! La carnicería quebró ruidosamente y don José, perseguido por los acreedores, tuvo que huir a Francia en un vagón de ganado, con billete de ternera. Nunca olvidaría las horas de angustia que pasó agazapado entre las vacas del vagón teniendo que decir «¡múúú!» de vez en cuando para pasar inadvertido. Vivió pobremente en París limpiando teclas de piano, trabajo durísimo, pues debe hacerse con un cepillo de dientes y los teclados son mucho mayores que las dentaduras. Rehízo después su vida con fructíferos cambalaches, y podía enorgullecerse de haber dado a su hijo la carrera de protésico.

Una cuñada de Ernesto muy refinada, que debía de fumar tabaco egipcio porque su aliento olía a camello, aprovechó una fisura en la conversación general para decirme que su padre era conde.

—¿Cómo consiguió el título? —me interesé siguiendo mi labor cobista.

—Un tatarabuelo nuestro acertó doce resultados de las batallas que se celebraban el domingo.

—¡Qué lástima! —me afligí—. Si llega a acertar trece, le hubieran hecho marqués. Y acertando los catorce, duque.

A esa cuñada tan linajuda la pusieron de mote la *Avícola*, porque siempre decía que ella se acostaba con las gallinas y se levantaba con los gallos.

—Menos mal —comenté—. Peor sería que lo hiciera al revés.

El más carnal de todos los tíos, el autor del cariñoso pellizco, era un anciano cuya

decrepitud no estaba en consonancia con el vigor de sus dedos.

—Pues ahí donde le ves —me dijo Ernesto—, es un conquistador.

—Por lo viejo, será de los que conquistaron América —le respondí.

Fijándome mejor en aquel tío, observé un fenómeno que me extrañó: su calvicie era casi absoluta, pero llevaba unos pelos alrededor, suspendidos en el aire misteriosamente. Esos pelos, aunque no tenían ningún contacto con él, le seguían a todas partes como si realmente estuvieran ligados a su persona. Mi novio me aclaró el misterio:

—Es que usa un específico que evita la caída del cabello: evita que se caiga al suelo, pues queda en el aire a medio camino.

—Algo es algo.

Las madres de Ernesto, pasado el rato de conversación protocolaria, me apartaron del grupo para entablar conmigo un diálogo más íntimo. Tanto Gerarda como Bernarda eran maduras afables que frisaban en el medio siglo, empaquetadas en sobrias toquillas y con moños enhiestos en la cocorota. Perteneían a esa noble raza de mujeres caritativas que siempre llevan en la faltriquera un caramelo para el niño propio y una limosna para el pobre ajeno.

Sentada entre las dos en un sofá, cuyo respaldo estaba protegido de brillantinas y caspas con estratégicos tapetes, me contaron pormenores de la vida del hijo que amaban a medias.

—Puesto que vas a casarte con nuestro Ernesto, si Dios quiere y el tiempo no lo impide, te interesará conocer detalles de su infancia —empezaron las dos al mismo tiempo, rivalizando en la velocidad del parloteo.

Supe entonces de sus labios, con cierto estupor, que mi novio había sido destetado muy recientemente, poco después de cumplir los veinte años.

—La culpa fue nuestra —confesaron Gerarda y Bernarda— porque entre las dos le teníamos muy enmadrado. Y como aparte del enmadramiento teníamos las dos una leche muy rica, no había forma de que nuestro nene renunciara al chupen.

Esta prórroga excesiva de la crianza, según decían ellas mismas, creó una situación bastante incómoda a la familia Colina con sus amistades. Y se comprende, ¡qué caramba!: por tolerante que sea un amigo, tiene que chocarle a la fuerza el espectáculo de todo un estudiante de prótesis tumbadito en brazos de sus mamás, merendando por succión como un rorro sin media bofetada. Y el contraste era mayor aún porque aquel zángano, al terminar su merienda, se metía un espléndido cigarro habano en la boca, a guisa de chupete.

¡Cuántas veces a la hora de la cena, al volver Ernesto de una jornada agotadora en la Escuela Superior de Prótesis, se acercó con apetito a una de sus madres y dijo sencillamente!:

—Mamá, teta.

—Debemos ser enérgicas —decía Gerarda a Bernarda, y viceversa—, el chico está a punto de hacer el servicio militar. Y sería muy azorante tener que pedir en el cuartel un permiso, al oficial de guardia, para darle de mamar al recluta Colina.

—Si sólo fuera eso, bueno —replicaba la otra—. Lo malo sería que en el sorteo le tocara África, y tuviéramos que ir a Tetuán cada tres horas.

Para cortar radicalmente su afición pectoral, Gerarda y Bernarda probaron a ocultarse en los más recónditos escondrijos de la casa a las horas de nutrir al vástago. Pero el nene grandullón, espoleado por el hambre, registraba enfurecido todos los rincones hasta encontrar a una de las dos. Y entonces, entreabriendo los labios con glotonería, musitaba:

—Mamá, teta.

—¿De veras no te apetece más un buen plato de judías con chorizo? —sugería la madre capturada, que no quería dar su teta a torcer—. Te advierto que una fabada fuertecita desteta de sopetón al mamoncillo más pertinaz.

Pero Ernesto no se convencía y continuaba chupa que te pego. Varias amigas de aquellas madres sin voluntad, vecinas de reclinatorio en la novena de Santa Rita —patrona de lo que se da no se quita—, les daban consejos desinteresados para ayudarlas a resolver aquel conflicto:

—Pónganse un poco de acíbar en la zona del chupen —recomendaba una—, y verán cómo suelta el asunto haciendo pucheritos.

—No creo que dé resultado —dudaba una escéptica mirando al bigotudo bebé con ojos expertos—. Teniendo en cuenta el tamaño del crío, en vez de acíbar tendrían que ponerle una bayoneta.

—Tampoco estaría mal que se pusieran unas alambradas en el escote, para que se clavara los pinchos en el morro al intentar el asalto al busto —opinaba la esposa de un militar.

—Yo, a mi Jaime —intervenía una robusta del comercio—, lo desteté atizándole una tanda de coscorrones contra el pico de una mesa.

—Pues a mi Carlines, que en paz descanse, tuvimos que meterle la cabeza en un barreño de agua fresca.

—¿Cuánto tiempo?

—Media hora.

—Se ahogaría.

—Por eso digo que en paz descanse.

Gerarda y Bernarda, sin embargo, eran demasiado blandas para poner en práctica procedimientos tan draconianos. Y esperaron con paciencia a que su hijo repudiara voluntariamente la nutrición maternal, convencidas con razón de que así se criaba más sanito. ¡Y tanto! Ernesto, gracias a la transigencia de sus progenitoras, era de una robustez poco común en el gremio de ingenieros bucales. Y jamás tuvo ni un

insignificante moco que entorpeciera sus vías respiratorias.

Cuando Gerarda y Bernarda se disponían a contarme lo mucho que sufrieron las dos al parir a su nene, se oyó un gran estrépito en el pasillo seguido de un nítido «pataplaf».

—¿Qué ha sido eso? —pregunté asustada.

—Lo de siempre —me explicó Ernesto sin inmutarse—, el coche del abuelo, que habrá chocado al tomar una curva.

—¡Claro que he chocado! —bramó el abuelo, irrumpiendo en la salita a gran velocidad, en su silla de ruedas—. ¿Cuándo os decidiréis a poner señales de tráfico en ese maldito pasillo? En el cruce de la cocina, como no hay ninguna indicación, me llevé por delante a la doncella, que salía con una pila de platos.

—Es que conduces como un loco, papá —le amonestó don José—. A ochenta metros por minuto, es natural que te ocurran desgracias. Voy a tener que ponerte una multa por exceso de velocidad.

—¿Y qué culpa tengo yo de que los peatones seáis tan torpes? Yo siempre voy por mi derecha y tocando la bocina.

Y dando media vuelta con asombrosa pericia, el abuelo desapareció rápidamente por el pasillo, camino de su habitación. La familia lanzó un suspiro de alivio. Muy lerdo había de ser para no darse cuenta de que todos se avergonzaban de tener un abuelo tan absurdo. Varios miembros de la familia, acaudillados por la cuñada condesa, conspiraron muchas veces para deshacerse de él enviándole a un Asilo de Ancianos Cascarrabias. Pero don José, que a pesar de su cabeza en forma de pera tenía buen corazón, se oponía siempre con estas palabras:

—No puedo permitirlo: al fin y al cabo, es mi padre de toda la vida.

El abuelo compensaba su parálisis de cintura para abajo con una gran agilidad de cintura para arriba. Se llamaba Rodolfo, como tantos señores del siglo XIX, aunque él prefería que le llamaran Iván. Porque, además de habilísimo conductor de silla de ruedas —en 1927 ganó la Carrera Internacional para Carricoches de propulsión a mano—, era comunista. Así, como suena. Su comunismo, además, no se limitaba a levantar el puño cerrado con cara de preguntarle a la gente: «A ver si adivinas lo que tengo escondido en esta mano». No, ni mucho menos: Rodolfo era un comunista virulento, a cuyo lado el propio Lenin parecía un señor de derechas.

Ésta fue la rareza del abuelo que más me sorprendió, porque es rarísimo encontrar en el mundo viejecitos revolucionarios. La revolución, por ser cosa de alboroto y mucha bulla, es propia de gente joven. Con los años la sangre se enfría, y las ideas avanzadas que hirvieron en los años mozos van cuajando con el enfriamiento hasta convertirse en un flan conservador. El hombre que a los veinte años le sacaría los hígados a un capitalista, a los treinta le sacaría el apéndice nada más, cobrándole por la operación una buena factura. Y a los cuarenta, sólo se atrevería a cortarle las uñas

respetuosamente. A medida que avanza la edad, la fogosidad disminuye. Los partidos extremistas sirven en política para descongestionar el ímpetu de los muchachos exaltados. Son válvulas de escape, por las cuales se evaporan esos bellos ideales de fraternidad impuesta a palos que sueñan los jóvenes cuando les sobra energía y les falta trabajo. Con los años, sin embargo, desciende en todos los pulsos la fiebre revolucionaria. Con las primeras canas, el afiliado deja de alzar el puño con que amenaza a Dios, e inicia el primer ademán de juntar las manos para rezarle. La proximidad de la muerte suaviza a los más ásperos ateos, porque todos saben que el mapa del camino que conduce al cielo lo tienen las derechas. Y aunque hayan jugado toda su vida a la revolución, los revolucionarios, al llegar a la vejez, dejan de poner bombas y empiezan a poner velas.

Sorprendía, por lo tanto, que un ancianito como el abuelo Rodolfo fuera más rojo que una barra de labios. Su rojez, desde luego, llegaba a límites que daban risa: dos años antes, cuando los tíos carnales le regalaron una silla de ruedas último modelo con frenos hidráulicos, hizo con ella una ceremonia de bautismo como si se tratara de un acorazado perteneciente a la flota del Báltico. Después de cantar *La Internacional* a grito pelado, rompió una botella de *vodka* contra la silla bautizándola con el nombre de *Máximo Gorki*. Puso también un pequeño mástil en el respaldo, como el que llevan las lanchas torpederas, y en él izaba la bandera roja cuando emprendía sus escalofriantes carreras por el pasillo.

Y los Colina, cuyas ideas eran moderadas como las de todas las familias que tienen algo que perder y no quieren perderlo, sufrían lo indecible con el extremismo rabioso del abuelo. Aparte del mal efecto que hace siempre entre la gente bien tener un abuelito rojo, el viejo «Iván» catequizaba a la servidumbre con discursos incendiarios y no había forma de conservar una chacha: todas se iban en busca de la libertad, llevándose de paso ropas y objetos de plata a cuenta del futuro reparto universalita.

El furor soviético de don Rodolfo, por añadidura, le impulsó a colaborar en un semanario que editaban los Caperucitos Rojos para hacer propaganda de Stalin y gentuza así. Y la familia se llevaba unos disgustos tremendos cada vez que aparecía una de estas colaboraciones, que sacaba el apellido al choteo general. Casi siempre eran versos que glosaban e inflaban algún aspecto de la U.R.S.S. Uno de ellos, titulado «El stajanovista que se enamoró de su máquina», tuvo el honor de ser traducido al ruso. Y lo publicaron en el diario moscovita *Pravda*, compuesto en esa tipografía eslava que parece un alfabeto normal estropeado a martillazos por un linotipista enfurecido. Pero su mayor éxito poético, que le valió la Amapola Natural en los Juegos Florales e Industriales de Kulenpoff, fue su romance titulado «Padrecito con bigote». Creo que vale la pena transcribirlo, para que el lector juzgue por sí mismo la calidad poética del que iba a convertirse en mi abuelo político. Los famosos

versos, dedicados a Stalin, decían así:

*Esta noche es Nochebuena
y mañana Navidad.
Ya no hay vino ¡qué faena!
vámonos a descansar.
¡Ay José de la Georgia!
¡Ay José, perla del pueblo!
Cuando sales de tu Kremlin
con tu bigote moreno
los parias te tiran flores,
octavillas y prospectos.
«Papá» te llama el soldado,
«papá» te llama el obrero.
«¡Padre, papito, papín!»,
grita Rusia como un trueno.
Todas las guerras las ganas
sin disparar ni un mortero,
pues tienes la precaución
de invadir dando un rodeo.
Y hoy ocupas la Lituania,
y mañana un Dardanelo,
y pasado la Manchuria
con todos sus chinos dentro.
Persigues el sabotaje,
al blanco le pones negro,
y vas limpiando la U.R.S.S.
de ursulinos traicioneros.
Y toda Rusia te canta
con balalaika y pandero:
«¡Ay José de la Georgia!
¡Ay José, qué tío tan fresco!».*

No puede decirse que el anciano Colina fuese un poeta de cuerpo entero, pero lo era al menos de medio cuerpo para abajo. Porque su inspiración, a base de ripios ínfimos, no parecía salirle de los hemisferios cerebrales, sino de esos otros hemisferios carnosos que remolcamos al sur de la espalda.

He sido más minuciosa en la descripción de este abuelo, porque era la figura más descollante de la familia de Ernesto. Todos los demás, madres inclusive, tenían una personalidad con poca materia en la que pinchar una pluma. Eran, en dos palabras, lo

que suele llamarse «personas decentes». Y ya se sabe que a esta clase de personas se les puede sacar muy poco jugo en los libros, porque la decencia es un desinfectante que destruye su interés novelístico. Lo mismo que las mujeres honestas no tienen historia, tampoco las personas decentes tienen novela.

A las cinco de aquella tarde memorable, en la que fui presentada a la familia de mi protésico diplomado, se dio la orden de que nos concentráramos todos en el comedor para merendar un poco. El abuelo, tripulando su carricoche «Máximo Gorki», se dignó presidir la mesa. (Aunque era enemigo político de las meriendas, a las que llamaba «cochina costumbre burguesa», los pasteles le enloquecían).

Sacaron un puchero de té porque la tetera se había roto el día anterior, y unas cuantas pijaditas dulces hechas en colaboración por Gerarda y Bernarda. Yo apenas las probé para presumir de austera, pero don José se puso como un pepe.

—¿Y cómo andas tú de familia? —me preguntaron las mamás de Ernesto entre pijadita y pijadita.

—Fatal: soy huérfana.

—¿Huérfana del todo, o a medias nada más?

—Huerfanísima.

—No exageres, mujer. No será para tanto.

—Si quiere se lo puedo jurar por la gloria de mi madre.

—No hace falta. Gracias.

—De nada. Mandar.

—Pero al menos tendrás una madrastra, ¿no? Todas las huérfanas tienen una madrastra que les pega vergajos en la espalda.

—Yo no —tuve que confesar avergonzada.

—¿De veras no tienes una madrastra que te pegue vergajos en la espalda? —me miraron Gerarda y Bernarda, entre atónitas y despectivas—. ¡Pues vaya una birria de huérfana!

—Es que Rosita —salió al quite Ernesto— es de origen humilde. Y no ha podido permitirse esos lujos.

Pero las señoras no quedaron muy convencidas y volvieron al ataque con más brío:

—Siendo tan huérfana como dices, habrás tenido que trabajar para ganarte la vida —me acorralaron capciosas—. ¿Qué oficio tienes?

Miré angustiada a Ernesto, que me animó a mentir con un imperceptible movimiento de cabeza, y respondí resueltamente:

—Mis labores.

—¿Qué clase de labores? —me obligaron a concretar.

—Las propias de mi sexo —dije con vaguedad, tratando de escabullirme.

—Las labores propias de tu sexo, son las menos apropiadas para que una chica

honestas vivas de ellas —dijeron las mamás, suspicaces.

De nuevo salió Ernesto en mi defensa, desenvainando su lengua gallardamente:

—No se refiere a esa clase de labores, mamás, sino a esas otras que se hacen con un hilo muy largo moviendo dos palitroques como los chinos cuando comen arroz.

Salvado este escollo y en vista de que las pijaditas tocaban a su fin, se dio la orden a la criada de que retirase el puchero del té y la reunión se disolvió. Ernesto y yo, tras despedirnos con los oportunos apretones de manos y besos de mejillas, salimos a la calle.

—¿Qué te ha parecido mi familia? —me preguntó él, mientras íbamos hacia mi casa paseando por debajo del crepúsculo.

—Muy numerosa —dije con entusiasmo.

—No es una opinión muy halagüeña.

—Al contrario: es el mayor elogio que puede dedicar a una familia una chica sola en el mundo.

Totó Alba y mis compañeras, cuando llegué a nuestro piso, me rodearon ansiosos de conocer pormenores de la entrevista. Conté todo con pelos y señales, sin omitir el pellizco del más carnal de todos los tíos.

—¡Qué chisgarabís! —comentó escandalizado el pollo Alba.

Describí también el mobiliario de la casa, citando minuciosamente el número de cuadros que habían en cada pared y el número de patas que tenía cada silla. Al darles este último dato, se quedaron un poco decepcionados.

—¿Es posible que las sillas de las familias acomodadas tengan cuatro patas nada más? —preguntó Fuencisla sin dar crédito a sus tímpanos—. Yo creía que tendrían una quinta pata de recambio amarrada al respaldo, por si alguna se rompía.

Luisa, de espíritu práctico como todas las norteñas, fue la que me dijo:

—Tendrás que empezar en seguida a preparar tu equipo.

—¿Equipo? —me extrañé—. ¿Para qué quiero un equipo si me voy a casar sola? Una boda no es un partido de Liga.

—El equipo a que me refiero, bobita, es esa tonelada de ropa que la novia lleva consigo para completar su diferencia de peso en la balanza matrimonial.

—Yo pensaba arreglarme con tres braguitas, un camisón y dos combinaciones lavables.

—¡Qué insensatez! El platillo del novio, que aporta al matrimonio muchas más cosas, bajaría hasta el suelo mientras tú quedarías en el aire. Y te devolverían al corral por falta de peso. Tienes que llevar por fuerza un lastre de trapos equivalente al duplo de los kilos que desplaces, multiplicado por dos. Esta fórmula matemática, descubierta por Madame Curie en sus ratos de ocio, es la que siguen todas las novias. Y debes seguirla tú también si quieres que la boda no te falle. Para poder desnudarte con éxito en el tálamo nupcial, es necesario que vayas muy vestida.

Me sirvió de mucho entonces que todas mis colegas del *ballet* procediesen del servicio doméstico, pues eran diestras en el manejo de la aguja y colaboraron eficazmente en la elaboración de mi *trousseau*. Yo saqué mis ahorros del Banco Colchón, compré medio kilómetro de trapo fino y fui cortando cachos al azar, que ellas iban convirtiendo en prendas diversas. Cuando el cacho me salía grande, hacían una sábana; y cuando el cacho me salía chico, hacían un sostén. Lola y Pepa, más habilidosas, aprovecharon los retales haciéndome una bonita *deshabillé*. Pero como eran dos chicas muy seriecitas, la hicieron muy *habillé*.

Distraídas entre hilos y trapos, cuando quisimos darnos cuenta estábamos metidas en abril hasta los tuétanos. El mercurio de los termómetros, alimentado por el sol, se puso más alto. Y las fábricas de tejidos se llenaron de flores estampadas.

—¿Quieres que nos casemos el dieciséis de mayo? —me propuso Ernesto.

—Me viene mejor el diecisiete —contesté—, porque el dieciséis tengo hora pedida en la peluquería.

Y para sellar el compromiso, nos dimos un besito. (¡Qué bien!). El joven Colina, metódico como todos los protésicos, empezó inmediatamente a hacer planes para la boda:

—Hemos tenido suerte: el más carnal de todos mis tíos, ese viejecito que conociste con el pelo a medio caer, se ha puesto gravísimo. Si se muere de aquí a entonces, con el pretexto del luto no invitaremos a nadie y nos ahorraremos el banquete nupcial. Y con ese dinero, podremos hacer un magnífico viaje de novios en *sleeping-car*.

—Yo prefiero ir en coche-cama.

—¿Qué crees tú que es el *sleeping-car*? ¿Una bicicleta? Quiere decir lo mismo, pero dicho en inglés parece que el colchón de la cama es más mullido.

—¿Y si no se muere tu tío?

—Tendremos que reducir nuestra luna de miel a dar una vuelta en taxi por los suburbios.

—¡Qué faena! Debes hablar muy seriamente con tu tío y decirle que haga el favor de morirse.

—No querrá.

—A lo mejor sí. Total, para ese poco de decrepitud que le queda...

—Pero ya sabes las manías que tienen los viejos: prefieren ser de créditos a ser cadáveres.

Afortunadamente, aquella nube que amenazaba oscurecer nuestra luna de miel se disipó: el viejo tío fue buen chico y se murió. Mentiría si dijera que lo sentí, y yo nunca he sido mentirosa. Había desaparecido el peligro de que la cantidad presupuestada para la luna de miel se la zamparan los voraces invitados convertida en croquetas. Menos mal. Y más miel.

Los Colina, madres inclusive, se pusieron de luto hasta la coronilla y se fueron muy compungidos a casa del notario a escuchar la lectura del testamento.

Las lecturas de testamentos, al contrario de lo que suele ocurrir con las obras teatrales, despiertan en el público que asiste a ellas un vivísimo interés. Mientras el autor teatral no despierta nada, sino todo lo contrario, el notario consigue sin esfuerzo que sus oyentes se beban sus palabras como si fueran *champagne*. El sopor que invade el saloncillo de un teatro en la lectura de un drama, no ha entrado jamás en el despacho de una notaría. Aquí la atmósfera es tensa y tan cargada de electricidad, que cada palabra del lector provoca un chispazo de emoción en todos los corazones que escuchan. Cada cláusula es una escena apasionante que los posibles herederos siguen mordiéndose los labios y estrujándose las manos. Y cada acotación, que puede contener una manda o un legado, es captada hasta por los tímpanos más endurecidos por la sordera.

—¿Os ha dejado algo el más carnal de todos tus tíos? —pregunté a Ernesto cuando salió de la notaría.

—Nada —me dijo entristecido.

—¿Ni siquiera una manda?

—Sí: una manda al cuerno.

El voluminoso testamento de aquel viejo verde, cuya lectura duró más que cinco actos en verso, dejaba todos sus bienes para reparar todos sus males. Salieron a relucir en él una serie de hijos sin reconocer pertenecientes a fulanas reconocidas, a los cuales entregaba su fortuna en concepto de «derechos de autor».

—No te preocupes —consolé a mi novio—, con lo que ganes tú y lo que gaste yo, tendremos bastante para vivir los dos.

—¿Y si empiezan a venir niños?

—Les diremos que vuelvan el año que viene, cuando hayas cobrado alguna muela extraordinaria.

A fin de mes, cuando sólo faltaban quince días para la ceremonia, cobré mi último sueldo en «El Infierno» y me despedí de la dueña. Aunque no era probable que ningún miembro de la familia Colina me sorprendiera bailando en el *show* —todos eran de mucha bula y pocas nueces—, Ernesto consideró prudente que pasara aquel par de semanas fuera del cabaret, desintoxicándome de aquel ambiente y haciéndome a la idea de que iba a convertirme en una esposa formal. Temía por lo visto, que sin esta cura previa, me presentaría en la iglesia el día de la boda con un traje de lentejuelas y haría el paseíllo a los acordes de un pasodoble torero.

—¿Adónde vas, mijita? —me preguntó Chula Mambí cuando entré en su oficina a despedirme—. ¿También tú has ligado a un ricacho como Petra?

—No: el mío es un pobracho. Pero nos vamos a casar como Dios manda.

—¡Vaya! ¿Sabes que eso de casarse se está poniendo últimamente muy de moda?

—observó la negra—. Cualquiera día de éstos me casaré yo también con un blanco pecoso, para tener niños con la piel «ojo de perdiz».

Dije adiós también a «Los pájaros locos del Amazonas», que seguirían muchos años encerrados allí tocando las mismas chundaratas, y estreché la mano con efusión al *barman*, que contabilizaba escrupulosamente nuestras consumiciones a la hora de alternar. Abracé a un camarero que siempre tuvo la delicadeza de servir en mi copa menos brebaje «revientavísceras» del que me correspondía, gracias a lo cual me salvé de morir envenenada. Y apreté un botón a cada uno de los botones que prestaban sus pequeños servicios en el local, en pago a los recados que me hicieron sin cobrarme propinas.

Y con un suspiro —¿de tristeza?, ¿de nostalgia?, ¿de alivio?, ¿de las tres cosas?... Ni yo misma lo sé— abandoné para siempre «El Infierno» fatal, para buscar el cielo conyugal. Una parte de mi vida quedaba atrás mientras subía la escalera que separaba el sótano de la calle. ¿Fui feliz allí? ¿Fui desgraciada? ¿Fui ni chicha ni limoná? ¿Fui las tres cosas?... Ni yo misma lo sé. De todo hubo en la misma proporción. La vida, al fin y al cabo, es un *cocktail* de bueno, malo y regular, mezclado a partes iguales. (¡Olé la filosofía con salero!).

Al remontar lentamente los peldaños, acudieron en tropel a mi memoria los hombres cuya charla soporté sentada y cuyos pisotones padecí bailando. Sus rostros, embrutecidos por la desgracia y su antídoto de alcohol, desfilaron ante mí marcando el paso con el redoble de mi corazón: el señor que tenía un lío antiguo, el jalisqueño cobarde, el falso sudamericano de la imaginaria república de Chacachá, el feo perito confundido con un gorila... y tantos otros tontos que me ayudaron con sus consumiciones a adquirir mi equipo nupcial.

Al salir a la calle, anduve algunos metros tambaleándome. Creí al principio que era fruto de la emoción que me embargaba. Pero luego me fijé mejor y vi que no: el tambaleo al andar provenía de que a uno de mis zapatos se le había caído el tacón.

PEDAZO XXI

ES UNA LÁSTIMA que los libros sean unos bloques de papel blanco e inodoro. Si tuviesen olor y color, como los quesos y los pasteles, esta página sería sonrosada como el rubor de una mejilla adolescente, y exhalaría al abrirla un tenue perfume a flor de azahar. Es probable que la página, con tantos perifollos, resultara bastante cursilona y hasta un poco repugnante. Pero en vísperas de una boda, toda cursilería es lícita por empalagosa que sea.

Aunque el blanco no me favorece nada porque siempre fui paliducha, tuve que hacerme un traje de novia como es debido, cosiendo y plisando media hectárea de tela impoluta.

—Tendrás que llevar un velo por la cara —me dijo Luisa.

—¿Para qué? ¿Tú crees que en la iglesia habrá mosquitos?

Pero aunque no era probable que los hubiese, cargué también con el velo para no andar discutiendo. Unos gramos más de impedimenta, al fin y al cabo, no hacen doblar las piernas ni a la novia más enclenque.

A Totó Alba, que se había peleado con su conde porque andaba flirteando con un marqués, se le abrió la boca un palmo cuando me probé el vestido en casa.

—¡Ay, señorita! —celebró llevándose los dedos a los labios en forma de capullo—. Si en vez de verla yo la viese un hombre, diría que está usted como para comérsela.

La verdad es que el uniforme de novia me sentaba de maravilla. En él me gasté mis últimos ahorros, tan celosamente guardados en el Banco Colchón, pero tuve la astucia de impedir que cortaran la tela: todo el traje se hizo sin un solo tajo, sujeto con jarretones y dobladillos, con el fin de que pudiera deshacerlo después de la ceremonia y convertirlo en visillos y manteles. Por muy manirrota que sea la novia, siempre da rabia desperdiciar tanto tejido para decir a un señor un escueto «sí».

En casa de Ernesto hubo también mucho revuelo en la semana que precedió al día diecisiete. Los varones anduvieron de cabeza sacando las costuras de sus viejos chaqués y revolviendo los armarios en busca de sus apollilladas chisteras. Las hembras, por su parte, no dieron tregua a la aguja para poner al día sus atuendos de gala *demodés*.

El nerviosismo que toda boda trae consigo, hizo estallar en el seno de la familia Colina una serie de disputas tormentosas: el abuelo, por ejemplo, dijo que un rojazo como él no podía usar una prenda tan capitalista como el sombrero de copa, y que no se lo pondría para asistir al enlace.

—¿Qué llevarás entonces en la cabeza? —le preguntaron.

—Me pondré un pañuelo rojo.

Tardaría una página en describir el pánico que se pintó en todos los rostros. Mientras Gerarda y Bernarda lanzaban un simultáneo grito de horror, los parientes masculinos, indignados, se precipitaron sobre el hereje pretendiendo volcarle el carricoche. Pero el respeto a sus canas por un lado y el puñetazo que le propinó al primer asaltante por otro, los contuvo. Comprendiendo que nada conseguirían a la fuerza, intentaron convencer por las buenas al anciano testarudo.

—Pero ¿no comprendes que con un pañuelo rojo en la cabeza parecerás una aldeana? —razonó don José.

—¡Pareceré un pionero de la Revolución de Noviembre!

—Querrás decir de Octubre.

—¿Qué más da? En Rusia ha habido revoluciones todos los meses del año.

—Anda, sé bueno —le suplicó su hijo—. Si desistes de ese proyecto absurdo, te prometo que desde hoy, en vez de llamarte «papá», te llamaré «padrecito», como a Stalin.

Aquello pareció ablandarle un poco, gracias a lo cual pudo llegarse a una fórmula mixta: don Rodolfo se pondría una chistera, pero llevaría debajo el pañuelo colorado para tranquilizar su conciencia.

La más grave de todas aquellas broncas leves fue la que planteó el problema de la madrina. Como yo no tenía madre y esas cosas no se improvisan, era natural que la madrina de boda fuese la mamá del novio. Pero en el caso de Ernesto surgía un dilema peliagudo: ¿cuál de sus dos madres debía ostentar el madrinazgo? ¿Gerarda o Bernarda? ¿Bernarda o Gerarda? Ambas tenían idénticas prerrogativas. Ambas eran, como quien dice, las madres del cordero. Y ninguna de las dos quería ceder a la otra aquel puesto de honor en la boda del compartido retoño. Por vez primera desde la Clínica de Maternidad, donde firmaron un pacto de no agresión, discutieron con violencia rayana en el tortazo. Antiguas y diminutas rencillas mutuas que las dos se ocultaron siempre para facilitar su convivencia, salieron a relucir con miras a inclinar favorablemente la equilibrada balanza de sus méritos individuales.

—Yo tengo más derecho a amadrinarle que tú —gritaba Gerarda—, porque tú le cantaste de pequeño una «nana» menos que yo.

—¿Cómo lo sabes? —desafiaba Bernarda poniéndose en jarras, chulapona.

—Porque llevaba la cuenta de todas las «nanas» en un cuadernito, para que no me saltaras el turno.

—Bueno: puede que tú le cantaras una más, pero yo se las cantaba mejor.

—No mejor, sino más fuerte. Le pegabas tales berridos, que le produjeron una otitis supurada.

—¿Berridos yo, que siempre tuve una voz preciosa de contralto?

—Más que de contralto, la tienes de contrabajo.

El propio Ernesto tuvo que intervenir para que no terminasen luchando a moño

partido.

—Puesto que las dos tenéis el mismo derecho —propuso—, ¿por qué no lo echáis a cara o cruz?

—¡Ni hablar! —rechazó Gerarda—. Bernarda me ganaría, porque tiene mucha más suerte que yo. Prueba de ello es que siempre me gana cuando jugamos al julepe.

—Porque juego mejor que tú. El julepe no es cuestión de suerte, sino de talento.

Rechazado el azar como árbitro del pleito, Ernesto pensó otra fórmula:

—Entonces sed las dos mis madrinas, y os daré un brazo a cada cual al entrar en la iglesia.

—¡Qué horror! —intervino el abuelo con una risita maligna—, parecería que ibas detenido por una pareja de la Guardia Civil.

—Eso sería lo de menos —rechazó Gerarda, iracunda—. Lo malo es que el Derecho Canónico prohíbe la duplicidad madrinal. La madrina puede ser todo lo gorda que se quiera, eso sí, pero una nada más.

—En ese caso —sugirió don José con astucia—, podéis meteros las dos en un traje muy grande y pasar por una sola.

—Se nos notarían al andar las cuatro piernas.

—¿Y qué necesidad tenéis de usar las cuatro piernas para recorrer un trayecto tan corto? Andáis a la pata coja, ocultando las dos restantes bajo la falda, y asunto concluido.

—Pero siempre se verían nuestras dos cabezas.

—Eso sí; pero una persona con dos cabezas no es una cosa que llame mucho la atención.

Hubo que abandonar también esta idea, pues mis futuras suegras confesaron avergonzadas que ellas no sabían andar a la pata coja. Fue una pena, porque el proyecto de hacer una sola madrina con dos cuerpos, como esos caballos que se hacen en el circo con dos payasos, resolvía el conflicto estupendamente. Al fin, a regañadientes, tuvieron que conformarse con dividir el papel a partes iguales: una ocuparía el puesto de madrina al entrar en el templo, y la otra al salir.

También yo discutí con Ernesto cuando concretamos los pormenores de nuestro viaje de novios. Habíamos decidido de común acuerdo ir a una playa del Mediterráneo, que era donde quería ir yo. De común acuerdo también, elegí una playa modesta.

—En las playas importantes —razoné— cobran por sentarse en ellas como si las arenas fuesen auríferas. Y los hoteleros son moscas que acaban en pocas horas con la miel de todas las lunas.

Pero Ernesto, que siempre fue algo rácano, quiso aprovechar mi actitud ahorrativa para economizar también en el medio de transporte que nos trasladaría hasta allí:

—¿Y si en vez de ir en «coche-cama» fuésemos en «coche-silla»?

—Pues, hijo: para ese viaje, no valía la pena haberle puesto una vela a San Onofre pidiéndole que se muriera tu tío. Prometiste que, si se moría, iríamos en *sleeping-car*.

—Pero como el viaje lo haremos en la noche de bodas, y en esas noches se acostumbra dormir poco...

Me puse terca y no me dejé convencer:

—O vamos en «coche-cama», o no salimos de Madrid. Elige lo que más te guste: o pasamos la noche en un tren sobre cuatro ruedas, o la pasaremos en un hotel sobre cuatro patas.

Optó por las cuatro ruedas, aunque refunfuñando. Pero yo no hice caso de sus refunfuños.

PEDAZO XXII

«¡TOLÓN, TALÁN...! ¡Talán, tolón...! ¡Tolón, talán...!».

Con esta interpretación escrita del tañido de varias campanas, quiero anunciar al lector que llegó por fin el día de mi boda.

—Enhorabuena —me dirá él.

—Gracias —le diré yo.

Estos acontecimientos hay que anunciarlos siempre con un poco de ruido. Y aunque dispongo de otros vocablos de mayor sonoridad (¡Cataplum! ¡Patapom!), el que expresa el campaneo me parece más adecuado en esta ocasión.

El día, a pesar de mayo, de la primavera y de tanto perendengue, fue un auténtico asquito: cielo nublado y suelo mojado. La piel del caballo del lechero brillaba con el lustre que le dio un chaparrón. Un enérgico viento serrano lamía las nubes, pero no lograba abrir brecha en ellas con sus lametones. A media mañana el viento se cansó y al marcharse él las nubes aprovecharon para soltar una andanada de agua.

—Como esto siga así en vez de casarme vestida de novia tendré que vestirme de buzo —farfullé.

Esto dará una idea del mal humor que me puso la lluvia, pues era la primera vez en mi vida que farfullaba. El verbo farfullar me ha parecido desde niña el más malsonante de toda la lengua española, y siempre procuré dominar mis nervios para no tener que utilizarlo. Pero ¿quién es la guapa que no farfulla cuando tiene que casarse bajo un cielo convertido en catarata? El paraguas, por desgracia, no está previsto en el indumento autorizado para las novias, omisión imperdonable que podría subsanarse con un paragüitas blanco, adornado con encajes y otros artísticos colgajos.

Como la boda era a las seis y esta clase de festejos no son como los partidos, que pueden suspenderse por el mal tiempo, empecé a vestirme a las tres en punto. Hice bien en empezar con tanta anticipación porque mis cuatro amigas, en su afán de ayudarme, se entorpecían unas a otras en las delicadas maniobras que requiere la preparación de una novia para el sacrificio: mientras Luisa me pintaba una uña de rosa pálido, Fuencisla me embadurnaba otra de rojo intenso; y al apreciar después la diferencia de colores, había que borrar las dos y empezar de nuevo. Tampoco llegaron a ponerse de acuerdo en el peinado que más me convenía, y anduvieron una hora tirándome de los pelos en todas direcciones.

—El rodete en la nuca te hace muy mayor.

—Y la trenza en la espalda muy pequeña.

Al final tuve que arrebatárles el peine, y con dos peinaos que me di quedé monísima.

Lo más difícil de todo fue ponerme el traje. Media hora larga anduve dentro de ese montón de telas y tules sin encontrar la salida. Después de bracear largo rato en las tinieblas, descubrí una abertura y me precipité de cabeza hacia ella, creyendo que sería el escote; pero era una manga. Y a pesar de mis esfuerzos, no logré sacar por ella el cráneo. Mis amigas, excitadas, daban gritos estentóreos para orientarme en aquel infierno de seda:

—¡Más a la derecha!... ¡Baja un poco ese brazo!... ¡Respira por la manga, que te vas a ahogar!...

Me sentía espeleólogo explorando una cueva pirenaica. Cuando al fin acerté a asomar la nariz por el escote, casi tienen que hacerme la respiración artificial.

—¡Ay, hermosa! —se alborotó Totó Alba al verme con todo el equipo—. ¡Estás hecha una perita en dulce!

A las seis en punto, con un paraguas que me prestó el propio Totó, me dispuse a salir con rumbo a la parroquia.

—Pero ¿no va a venir el padrino a recogerte en coche? —se extrañaron todas.

No quise ofenderlas explicando que Ernesto quería ocultar a su rígida familia el ambiente en que yo había vivido; por lo cual, pretextando el luto aún fresco y la sencillez de la boda, acordó que nos reuniéramos en la sacristía. De este modo se evitaba que su padre, en funciones de padrino, fuera a mi casa a buscarme. Y reconozco que hizo bien en evitarlo, porque si don José se presenta en nuestro piso y sale a abrirle Totó con las chicas, le da un patatús.

Salí, pues, con el paraguas, no sin antes despedirme de mis amigas, que soltaron la llantina de rigor en estos casos.

—¿Por qué lloráis? —traté de consolarlas—. ¿Lloráis de pena porque me caso y me voy?

—No —me contestaron a coro—. Lloramos de rabia porque no nos casamos y nos quedamos.

Creo que en la calle llamé un poco la atención porque no es corriente ver a una novia, vestida de lo suyo, andando bajo la lluvia con un paraguas. Un tranviario dio un frenazo brutal a su tranvía para que me contemplaran a gusto todos los viajeros. Un guardia detuvo el tráfico precipitadamente para dejarme cruzar. El caballo de un carro se encabritó y empezó a dar botes de carnero, derribando toda su carga. Al pasar ante una taberna, todos los bebedores se quedaron boquiabiertos y pensaron que estaban completamente borrachos. Pero, a pesar de todo, continué mi camino muy decidida. No era cosa de gastar dinero en un taxi, creo yo, estando la parroquia a seis manzanas escasas de mi domicilio.

Cuando llegué a la sacristía, le di el paraguas a un monaguillo de pequeñas orejas y grandes mocos para que lo dejara escurriendo en algún rincón. El borde de las vueludas faldas se me había mojado bastante, pero estrujé sin miramientos la zona

húmeda hasta formar un charco en el suelo.

Los Colina, madres inclusive, me esperaban ya impacientes.

—Llegas con veinte minutos de retraso —me reprochó Ernesto.

—Supongo que no te habrás casado sin mí —le dije preocupada, largándole un besazo en la mejilla que espantó al sacristán.

Me decepcionó un poco ver que Ernesto vestía un sencillo chaqué, tan corto de faldones que sus colas eran rabos y gracias. Yo me figuraba que los protésicos, lo mismo que los diplomáticos, tendrían un suntuoso uniforme bordado en oro, con incrustaciones de marfil en forma de molares, incisivos y caninos. Las personas sencillas como yo, fascinadas por la docta palabra «prótesis», damos a esta carrera una jerarquía científica que por lo visto no tiene en realidad. Creemos más fácil hacer puentes sobre los ríos que sobre las caries. Y nos entristece que el único distintivo que diferencia a un protésico de un señor particular, sea un simple diente humano engarzado en una insignia para llevar en la solapa.

Gerarda y Bernarda, mientras nos avisaban para que pasáramos el altar, rezaron dos palmos de rosario con voz tan lúgubre que las avemarías me sonaron a responsos. Don Rodolfo, que había tenido la gentileza de arriar la bandera roja en la copa de su carricoche, se había quedado dormido con la chistera puesta.

—¿Cómo es posible que duerma a estas horas? —pregunté a los Colina, madres inclusive.

—También dormirías tú si te hubiesen dado como a él diez tabletas de narcótico —me contestaron—. ¿Crees que íbamos a correr el riesgo de que empezara a cantar *La Internacional* y a dar vivas al amor libre en plena boda?

Cuando ya empezábamos a ponernos nerviosos y a decirle al sacristán que si iban a tardar mucho ya volveríamos otro día, un monaguillo nos anunció que el señor cura párroco nos esperaba en el altar mayor para echarnos las bendiciones.

—Dense prisa —nos aconsejó el mocito con faldas coloradas—, porque esta parroquia es de mucho movimiento y aún tenemos que despachar, además de la boda de ustedes, un bautizo y un entierro.

Don José, en funciones de padrino, me agarró por un brazo y salimos los dos de la sacristía a trote largo. Detrás, a una distancia de diez segundos cuatro quintos, trotaron también Ernesto y una de sus madres hacia la meta del reclinatorio colocado en el centro del templo.

—¡Vamos, rápido! —nos espoleaba por lo bajo el sacristán—. La boda de ustedes es de tercera, y deben aprovechar antes de que se disipe el aroma a incienso de la boda anterior.

Antes de iniciarse la ceremonia, cuando todos habíamos ocupado nuestros puestos, salieron dos monaguillos con sendos cucuruchos en la punta de un palo y redujeron la iluminación del altar apagando dos velas sí y una no.

—Como la boda es de tercera —remachó el sacristán—, tenemos que suprimir dos tercios de las luces.

Y de un enérgico tirón me quitó de debajo de las rótulas una almohadilla de terciopelo que adornaba el reclinatorio, a la cual, por lo visto, tampoco teníamos derecho por el módico precio que habíamos pagado. Pero a mí no me importaban esos detalles: sabía que el vínculo matrimonial tiene la misma validez con encuadernación de lujo que encuadernado en rústica.

El señor cura párroco se nos acercó para administrarnos el sacramento, y al ver su rostro experimenté la primera emoción de aquella tarde memorable. Tenía unas facciones de dulzura comparable a la de los apóstoles que vi de niña en los grabados de la Historia Sagrada. Delgado sin llegar a flaco y bajito sin llegar a enano, era tan inmensa su grandeza de alma que no se advertía su insignificancia física. Sus ojos eran grandes y negros. Su voz era pequeña e incolora. Y su coronilla sacerdotal batía todos los *records* de diámetro; pero esta última ventaja sobre los otros párrocos no la obtuvo por una mayor santidad de su espíritu, sino por una absoluta calvicie de su cráneo.

El reverendo don Hipólito era tan bondadoso que, en lugar de «Don», daban ganas de llamarle «San». Más de medio siglo llevaba al frente de aquella parroquia y se jactaba de haber ungido con los óleos de la Extremaunción a muchos de sus feligreses que él mismo chapuzó en las aguas del Bautismo. Un ligero cálculo bastará al lector para comprender que don Hipólito había rebasado la época de la senectud y que estaba viviendo, más allá de toda lógica, esos años de propina que yo llamo «la edad milagrosa». Porque de milagro puede calificarse el hecho de que un ser humano siga funcionando a los ochenta, cuando la casa constructora sólo garantiza su funcionamiento hasta los sesenta y tantos,

A «la edad milagrosa», sin embargo, no se llega jamás sin taras, y a nadie debe extrañarle que don Hipólito tuviese también las suyas. Las taras de don Hipólito sólo eran dos, pero bastante graves por cierto: la primera consistía en una miopía parcial, y la segunda en un despiste total. Ambas, unidas, le creaban una serie de menudos conflictos en el desempeño de su ministerio eclesiástico, que sus acólitos procuraban remediar para que no llegasen a oídos del señor obispo. Pero muchos llegaban, por desgracia, porque la parroquia de don Hipólito abarcaba un barrio muy populoso y los actos religiosos se sucedían en ella sin interrupción, dándole constantes ocasiones para sus involuntarias meteduras de pata.

Aquella tarde, sin ir más lejos, como le habían advertido que aún faltaba un entierro, un bautizo y una boda, nos miró con sus ojos tan angelicales como miopes y entonó un lúgubre «De Profundis».

—¡No, don Hipólito! —le susurraron los monaguillos dándole tironcitos de la capa pluvial—. ¡Esto no es el entierro!

—Perdonad, hijos míos —se apresuró a rectificar el buen párroco entornando los ojos para vernos mejor. Y cambiando su entristecido gesto funerario por una risueña sonrisa, nos dijo—: ¿Dónde está el neófito?

—¿Qué neófito? —preguntó Ernesto, extrañadísimo.

—El nene que desean bautizar —aclaró el santo y despistado varón.

—Nosotros no tenemos ningún nene —balbucí enrojeciendo hasta los dedos gordos de los pies.

—¡No, don Hipólito! —tornaron a susurrar los monaguillos con nuevos tironcitos a su capa—. ¡Esto no es el bautizo, sino la boda!

—Perdonad, hijos míos —corrigió el anciano con una bondadosa sonrisa de disculpa—. Aunque mis ojos ya son débiles, mi olfato aún es firme. Y debí figurármelo por el olor. He aprendido a distinguir las bodas de los bautizos por los perfumes característicos de ambas ceremonias: las bodas huelen al azahar que trae la novia, y los bautizos al pis que trae el niño.

Dicho esto, empezó a soltar dulcísimos latines hasta que nos casó del todo. Para ahorrarles la descripción del encuentro, que resultó más bien monótono porque el juego de los dos fue muy igualado, les diré sencillamente el resultado final: empatados a uno. Yo marqué un «sí» en el primer tiempo, y Ernesto otro en el segundo.

—¡Hurra! —gritó un testigo deportista cuando se produjo el empate, tirando su chistera al aire.

Después nos anillaron a los dos sólidamente, para que no nos escapáramos, y la fiesta terminó con un plato musical guisado al órgano. Hubo cierto error en el guiso debido a que el organista era tan viejín y distraído como el propio don Hipólito; y en vez de servirnos la *Marcha Nupcial* de Wagner, nos sirvió la *Marcha Fúnebre* de Chopin. Pero como no había oído nunca ninguna de las dos, no noté la diferencia; y la *Fúnebre* me pareció una marchita muy alegre y muy marchosa.

Firmamos en la sacristía unos papelitos («Vale por toda la vida»), abrimos el paraguas y nos fuimos los dos bajo la lluvia saltando muy contentos por la acera, de losa en losa, sin pisar raya. Dejamos al padrino con la palabra en la boca, y a las madrinas con la lágrima en el ojo.

He dicho ya que llovía. Pero aunque me molesta repetirme, tengo que volver a decirlo porque continuaba lloviendo cuando fuimos a coger el tren poco después. (La Naturaleza no tiene imaginación y sólo ha sido capaz de inventar dos o tres fenómenos meteorológicos, de los que abusa hasta resultar aburridísima).

—¿Quiere mozo? —me dijeron al entrar en la estación.

—No, gracias: ya tengo uno —contesté ruborizada mirando a Ernesto.

Aunque yo no había viajado casi nunca —mi único viaje lo hice de niña para asistir a la agonía del tío Cuacué—, quise aparentar que no era una novicia de la vía

férrea. Y como mis flamantes maletas recién adquiridas me delataban, las disfracé pegando en ellas todas las etiquetas que pude hallar. No eran de grandes hoteles extranjeros como yo hubiera querido, pero tenían vistosos colorines y bonitos rótulos que desde lejos hacían el mismo efecto. Yo misma las despegué cuidadosamente de las latas de conserva que comprábamos en casa, distribuyéndolas con mucho arte sobre el cuero nuevo de mi equipaje. Había que fijarse atentamente para ver que en aquellas etiquetas ponía «Sardinas en aceite Patachín», «Mermelada Chupadados», «Atún escabechado Mouriña», «Galletas surtidas Pequeñajo», y cosas así. A diez metros de distancia, contando con que tuve buen cuidado de pegar todos los letreros al revés, la etiqueta de un bote de tomates parecía la del «Palace de Bombay». Y eso me daba un aire de *globe-trotter* que se había trotado todo el globo.

Las locomotoras, en el gran establo de la estación, mugían mansamente. Algunas, antes de salir a corretear por el campo, reponían sus fuerzas rumiando grandes bocados de carbón.

—¡Quieta, *Generosa*! —gritó un ferroviario a una locomotora berrenda y muy brava, que resoplaba inquieta en su andén. Y propinó a la gigantesca res metálica unos cachetitos en el flanco de la caldera al tiempo que añadía—: No te impacientes, rica: en seguida saldrás para Bilbao.

A nuestra locomotora, como íbamos a la costa mediterránea, le habían puesto en el cuello de la chimenea un gran collar de naranjas. El «coche-cama» que nos correspondió era el último del convoy y Ernesto, antes de subir en él, fue a comprobar si estaba bien amarrado al vagón anterior. (Las personas que no tienen costumbre de viajar, temen siempre que se hayan olvidado de enganchar su vagón y que se vaya el tren dejándolas allí).

—¿Y a estas literas tan estrechucas se atreven a llamarlas «camas»? —critiqué al ver nuestro departamento.

—Es que si pusieran camas de matrimonio, sólo cabrían tres parejas en cada vagón.

Alguien debió de clavar un pincho a la locomotora, porque la pobre lanzó un pitido de dolor y salió corriendo arrastrando al tren completo.

—¡Vida mía! —me llamó Ernesto cuando salimos a campo abierto.

—¿Qué? —respondí un poco sorprendida de que me llamara en voz alta estando tan cerca.

—¡Mi tesorito! —volvió a decir en el mismo tono, aproximando su boca a mi oreja como si yo fuera sorda.

—¿Qué quieres? —empecé a impacientarme.

—Nada, córcholis —se amoscó—. Son simples calificativos cariñosos que te aplico en el paroxismo de mi amor por ti; no un aviso para que escuches algo que piense decirte a continuación. Cada piropo es autónomo y debes corresponder a él

con otro equivalente.

Le dije que bueno, y estuvimos un rato cogidos de la mano jugando a eso: cuando él me llamaba «paloma», yo le llamaba «pichón». Mi parte en el juego era la más cómoda, porque yo no tenía que inventar los adjetivos: me limitaba a devolverle, puestos en masculino, los que él me decía en femenino.

Pero al poco rato, a Ernesto se le agotó el repertorio de ternezas. Hubo un silencio embarazoso, cortado afortunadamente por la campanita anunciadora de que podíamos pasar al «coche-restaurant». Fuimos hasta él correteando por los estrechos pasillos, dando grititos de susto en las movedizas pasarelas de los fuelles que separan los vagones.

Cenamos frente a frente en una mesita de dos plazas, triturándonos los pies recíprocos por debajo, en apasionados pisotones de cariño. Entre sorbo y sorbo a la taza de *consomé*, Ernesto fue hilvanándose un collar de requiebros. Encontró acertadas comparaciones poéticas a mis orejas (caracoles de nácar), a mis labios (rubí redondo partido de un hachazo), a mis cabellos (allí estuvo más flojo: los comparó con los pelos dorados que le salen a la mazorca de maíz), a mis caderas (ánfora etrusca, o algo así) y a mi cuello (columna de alabastro para sostener el templo de mi cabeza). Pero al llegar a mis ojos, se le acabó el resuello retórico:

—Tus ojos son verdes como... como... —se atascó al no encontrar la imagen justa.

—¿Como el cielo? —quise ayudarle.

—El cielo no es verde, encanto.

—Entonces, como el mar.

—El mar es demasiado grande. No es que tus ojos sean pequeños, entiéndeme, pero tampoco hay que exagerar.

En aquel momento el camarero nos sirvió un plato de espinacas, feliz circunstancia que proporcionó a Ernesto una comparación para el color de mis ojos, poco lírica quizá, pero bastante exacta.

A medida que se acercaba el instante de regresar a nuestro departamento, nuestras miradas eran más largas y nuestras palabras más cortas. Al llegar al postre, sólo abríamos la boca para introducir en ella los pedazos de manzana. Yo, sintiéndome un poco Eva, le di a mi Adán un trozo de la que me había servido.

El tren corría perforando las tinieblas. Sólo la luz de alguna pequeña estación, al cruzar como una estrella fugaz por la negrura de la ventanilla, nos daba de tarde en tarde una referencia visible de la velocidad.

Ernesto pagó la cena dejando en el platillo seis pesetas de propina —un día es un día—, y volvimos a nuestro vagón. En el departamento, el sofá diurno se había transformado en dos camas superpuestas.

—¿En cuál vas a dormir tú? —pregunté ingenuamente a mi marido—. ¿En la de

arriba, o en la de abajo?

—Eso ya lo decidiremos después —contestó con tremenda cara de pillín—. Como el departamento es tan pequeño, entras tú primero a prepararte. Y avísame cuando ya estés acostada.

Entré y cerré la puerta, mientras él se quedaba en el pasillo fumando muy nervioso. Sólo entonces me di cuenta de que mi corazón latía apresuradamente.

«Rosita —me dije—, se acerca un momento cumbre de tu vida».

Con mano trémula me llevé las manos al cuello, y empecé a desabrochar el primer botón de mi vestido...

PEDAZO XXIII

CON MANO TRÉMULA, como decía, empecé a desabrochar el primer botón de mi vestido.

Pero antes de que el pequeño disco de hueso abandonara el ojal, noté que una terrible fuerza invisible desmentía esa ley de la gravedad descubierta por el pollo Newton y me izaba por los aires para lanzarme de narices contra el techo. Se produjo al mismo tiempo un estrépito tan ensordecedor, que haría falta una pluma mucho más experta que la mía para describirlo con cierta exactitud. Fue, a falta de una descripción menos ramplona, el grito dolorido que lanzan los hierros al retorcerse y las maderas al quebrarse.

El tren se detuvo bruscamente mientras las luces del vagón se apagaban con la misma brusquedad. Un sordo rumor de cristales que se rompían y de huesos que se astillaban, vibró varios segundos en el aire antes de hacerse un silencio total.

No recuerdo la trayectoria precisa que siguió mi cuerpo al producirse el accidente, pero cuando quise darme cuenta estaba tumbada en el suelo con un chichón en la cabeza que aumentaba mi estatura seis centímetros. Sangraba también por la nariz, aunque pude comprobar al tacto que mi huesarranco nasal estaba incólume.

«Está visto —me dije— que las hemorragias nasales son un tributo que debo pagar en todos mis viajes por ferrocarril».

Traté de encender la bombilla en forma de salchichita instalada en la cabecera de las camas, pero fue inútil. En vista de lo cual, busqué a tientas el picaporte de la puerta y logré salir al pasillo.

—¡Ernesto!... ¡Ernesto!... —me puse a gritar en la oscuridad que me rodeaba.

Pero nadie respondió. Poco a poco, el silencio que siguió a la catástrofe se fue llenando de voces y quejidos lastimeros.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunté a una sombra con gorra ferroviaria que cruzó corriendo por el pasillo.

—Desprendimiento de tierras sobre la vía a consecuencia de las lluvias —me informó telegráficamente—. Hemos chocado. Hemos descarrilado. Nos hemos fastidiado.

Y desapareció en la noche.

—¡Ernesto! —seguí gritando sin obtener respuesta.

El descarrilamiento, según comprobé poco después, condujo al tren a un campo de berzas próximo a la vía, en el que encalló de manera espectacular.

—¡No hay derecho! —había protestado el dueño de aquel terruño con el egoísmo que caracteriza a muchos campesinos—. En cuanto uno se descuida, le llenan la huerta de porquerías.

Las «porquerías», en este caso, eran los lujosos vagones de nuestro expreso, cuyas ruedas, al incrustarse en los surcos, habían partido el tronco a seis docenas de berzas.

—¡Vaya! —rezongó un viajero gruñón que había quedado ileso—. ¡Otra paradita inútil! El caso es perder el tiempo para llegar siempre con retraso.

A los gritos de los heridos y moribundos —a los muertos se les habían quitado las ganas de gritar—, se unieron los de la gente del pueblo cercano que acudió con linternas, más por curiosidad que por espíritu humanitario. Era la primera vez que descarrilaba un tren por los contornos y el espectáculo bien valía retrasar unos minutos la hora de dormir.

—¿Debo gritar «sálvese quien pueda»? —consultó un empleado del tren con sus jefes.

—Grítelo si quiere, pero será un grito superfluo —le contestaron—. El que haya podido salvarse, lo habrá hecho sin esperar a que usted se lo ordene. Esa frase es una perogrullada tan imbécil, que debería prohibirse su empleo en todas las catástrofes.

El revisor, fiel cumplidor de su deber, corría de vagón en vagón picando los billetes a los agonizantes para que no viajaran al otro mundo sin ese requisito que manda el reglamento.

—¡Primero las mujeres y los niños! —aullaba el *maître* del coche-restaurante, que había servido en un barco y entendía mucho de naufragios.

—La culpa la tienen las compañías ferroviarias —dijo una vieja pequeña y sabia como un chimpancé—, por empeñarse en que unos trenes tan gordos tengan que andar haciendo equilibrios sobre unas vías tan flacas. Son como elefantes en la cuerda floja, y es natural que se caigan alguna vez.

—¿Y mi general? ¿Dónde está mi general? —iba preguntando un capitán del séquito al que el accidente sorprendió en pijama y gorra, pues la gorra del uniforme no se la quitaba ni para dormir.

—¿Yo qué sé? —le decían—. Su dichoso general estará donde usted lo puso.

Un anciano, con las piernas aprisionadas bajo un vagón de primera clase que se le había volcado encima, suplicaba muy finamente a todo el que pasaba junto a él:

—Usted perdone, caballero: ¿podría levantar en vilo este vagoncito para que pueda sacar mis extremidades inferiores?

Pero aunque decía «vagoncito» para quitarle importancia y que no pareciera tan pesado, la gente no es tan tonta como parece y nadie le hacía caso. Los diminutivos tienen la virtud de empequeñecer las cosas, pero no hasta el extremo de convertir un vagón de ferrocarril en una lata de bizcochos.

A una madre le había sorprendido la colisión dando de mamar a su nene, y la fuerza centrífuga del encontronazo hizo que el pequeñuelo saliera disparado por la ventanilla. Por este motivo la buena mujer andaba de un lado para otro con su pecho

al aire, llamando con voz desgarrada al mamante ausente:

—¡Cocoliso!... ¡Cocoliso!...

A un agente de Bolsa, un cristal roto le afeitó la barba.

—Eso no es una desgracia —protestará el lector.

No lo sería si el cristal se hubiera limitado a afeitarle los pelos del rostro. Pero como por aprovechar el tajo le afeitó también las venas del cuello...

Recorrí como loca los alrededores de mi vagón, partido por el centro como una tableta de chocolate, buscando en vano a mi protésico. En unos minutos, la sangre de las víctimas disfrazó de amapolas a las florecillas silvestres que crecían entre las berzas. La locomotora, rotos en el choque todos los corsés de su caldera, resoplaba débilmente tumbada en el suelo como una inmensa vaca antediluviana herida por el rayo.

A mis angustiados gritos llamando a mi marido, se unían los de la madre llamando a su Cocoliso y los del capitán llamando a su general.

—Yo he salido muy bien librado —me dijo un jovenzuelo lamiéndose gatunamente un rasguño que tenía en el brazo izquierdo—. Sólo he perdido un ojo.

—¿Un ojo suyo? —me interesé compasiva.

—No: uno de cristal, que llevaba en un estuche para un primo mío tuerto.

Una chica tan guapa como yo, que ya es difícil, había salido disparada por la ventanilla de su compartimiento y se columpiaba en la rama de un naranjo. Su rulo occipital de cabellos, compacto como un lingote de oro, se había derretido sobre sus hombros dorando suavemente la carne blanquísima.

—¡Vamos, Eloísa! —la llamaron sus padres al pie del árbol—. ¡Baja de ahí!

Pero se llevaron un chasco tremendo, porque estaba muerta.

Linternas y faroles, cada vez más numerosos, apuñalaban la noche con sus rayos de luz. Yo me iba poniendo cada vez más nerviosa, pues no hay nada que excite tanto a una mujer como quedarse sin marido en la noche de bodas. Chapoteando en los charcos, manchada de barro hasta los muslos, anduve mucho tiempo junto a los vagones panza arriba.

—¡Serenidad! —pedían a gritos los empleados ferroviarios, porque a ellos se les había acabado toda la que tenían y necesitaban que les prestasen más para no huir muertos de miedo.

—Usted perdone —me detuvo un viajero muy atildado que sujetaba con ambas manos el abdomen—. ¿Ha visto por aquí un intestino sin dueño?

—¿Intestino? —hice memoria—. ¿Grueso o delgado?

—Más bien delgado.

—¿Rubio o moreno?

—Más bien castaño. Como la vaina de un embutido, sin el relleno.

—Pues al lado del furgón vi una cosa parecida —le informé—. Pero no sé si sería

una tripa o una manga de riego.

Llegó una ambulancia que mandaba el alcalde de un pueblo cercano; pero como sólo tenía dos camillas y las víctimas pasaban de dos centenares, comprendió que iba a hacer el ridículo y se fue muy avergonzada tocando su campanita.

Bajo un montón de escombros apareció por fin el cadáver del general. Su cuerpo no había sufrido desperfectos exteriores apreciables, debido a que la muerte le sobrevino por simple aplastamiento de la caja torácica. Fue una suerte, dentro de la gravedad. Un estudiante de medicina que se ofreció para prestar los primeros auxilios —los segundos no los había estudiado todavía—, le aplicó la oreja al pecho para cerciorarse de su fallecimiento. Y ante el asombro de todos los presentes, exclamó muy contento.

—¡Está vivo! ¡Oigo latir su corazón!

—No sea bruto, muchacho —le respondió un superviviente que había sido empleado de una funeraria y entendía mucho de esas cosas—. Lo que usted oye no son latidos, sino el tintineo de las condecoraciones que lleva prendidas en la guerrera.

El estudiante se puso coloradísimo; y a partir de aquel momento decidió abandonar la carrera de medicina para hacerse abogado.

Con todas estas tonterías, la noche fue pasando sin que yo encontrara a Ernesto. La aurora, que madruga tanto como los lecheros, empezó a pintar el cielo con una empalagosa luz rosada. Cansadísima de tantas emociones, me senté en una piedra junto a un grupo de viajeros relativamente ilesos. Y digo relativamente porque el que no tenía chafadas las narices como yo, estaba cubierto de rozaduras o lleno de contusiones.

—Ya está amaneciendo —comentó un hombre muy observador.

—Es verdad —corroboró un ignorante—, ya empieza a oírse el «¡guau guau!» de los gallos.

—Los gallos no hacen «¡guau guau!», sino «quiquiriquí» —le corrigió un señor que había visto mucho mundo y hablaba varios idiomas.

—Usted perdone —se excusó el ignorante—, como es la primera vez que salgo al campo, porque siempre he vivido en Madrid...

—Los que dicen «guau» son los perros —se pavoneó de su cultura el señor que había visto mucho mundo.

—Pues yo tenía un perro que decía «miau» —comentó una anciana a la que los años habían vuelto lela.

—Sería un gato —afirmó con seguridad el señor que había visto mucho mundo.

—¡Vaya usted a saber! —dijo la anciana lela—. ¿Cómo se las arregla usted para diferenciar a un perro de un gato, puesto que ambos son igualmente amigos del hombre?

—Por la forma distinta que tienen los dos animales de expresarle su amistad: el

perro le muerde y el gato le araña.

Mis nervios, que con los últimos acontecimientos estaban tensos como cuerdas de violín, saltaron en pedazos al oír aquel diálogo irritante. Y prorrumpí en un ruidoso gimoteo, con gran aparato de lágrimas y convulsiones.

—¿Qué le pasa a usted? —se interesaron todos los del grupo, rodeándome afectuosos.

Entre hipos y jadeos expliqué mi situación.

—No se preocupe —intentó consolarme el ignorante—, su marido estará aplastado debajo de algún vagón, y aparecerán sus piltrafas en cuanto quiten los escombros.

—No sea usted bestia —le dijeron por lo bajo con miradas asesinas.

—¿Quiere usted que le ayudemos a buscarle? —me ofreció el señor que había visto mucho mundo, y que no desperdiciaba ocasión de ver un poco más.

—Sí, por favor —supliqué agradecida.

—¿Y cómo era su marido? —quiso saber el ignorante—. Conviene que nos lo describa, no sea que le traigamos una carroña equivocada.

—Pues es un hombre joven, alto, protésico...

—No nos diga más —cortó la anciana lela—, siendo protésico, le reconoceremos en seguida por su bien cuidada dentadura.

Y el grupo se dispersó en distintas direcciones, a la caza de mi desaparecido cónyuge. Me quedé sola esperando, protegida del rocío matinal con la toga de un abogado que encontré en una maleta reventada a consecuencia del choque. La aurora trabajó muy de prisa y pronto estuvo todo el cielo teñido de rosa. Los heridos en piernas y brazos se entretenían improvisando torniquetes con pañuelos y bastones para no desangrarse. Observé una absurda paradoja: mientras a los muertos se les cubrió con todas las mantas que pudieron sacarse de los coches-camas, los vivos tenían que soportar el frío del alba con lo puesto.

La toga del abogado me abrigaba poquísimamente, pero la angustia de la espera me hizo entrar en calor. Mi pulso latía con tal intensidad, que me daba la sensación de tener un gran reloj de pulsera en cada muñeca. Poco después, alborotando con sirenas y bocinas, llegó una caravana de ambulancias que empezó a recoger rápidamente su triste carga. El pobre sol, que acababa de salir a dar su diario paseo por el cielo, procuró con su mejor voluntad alegrar un poco con sus rayos el escenario del desastre: puso falsos brillos de vida en los ojos que ya no la tenían, arrancó alegres chispazos a los hierros retorcidos y secó con su calor las lágrimas de todas las mejillas.

Al fin, cuando a fuerza de esperar empezaba a desesperar, vi que se acercaban los viajeros que tan amablemente se habían prestado a ayudarme. Traté de ponerme en pie, pero la emoción me impidió hacer uso de mis piernas.

El señor que había visto mucho mundo, se adelantó unos pasos con gesto solemne. Hubo un penoso silencio.

—¿Han... han sabido algo de mi marido? —balbucí.

Por toda respuesta, el señor que había visto mucho mundo alargó la mano y me entregó un pequeño objeto.

—¿Qué es esto? —musité examinándolo.

¡Era el diente engarzado, emblema de los protésicos, que Ernesto llevaba siempre en la solapa! Tanto la montura como el botoncillo metálico para colocarlo en la solapa, estaban espantosamente retorcidos.

—Pero... ¿y él? —logré articular, tratando en vano de dar firmeza a mi voz.

—Si su insignia quedó así —se limitó a decir el señor que había visto mucho mundo—, puede usted imaginar cómo habrá quedado él.

De este modo supe que era viuda, cuando aún no había cumplido el trámite esencial para considerarme casada.

—Enhorabuena, señora —me dijo el ignorante equivocando la fórmula de condolencia.

—Querrá usted decir «mi más sentido pésame» —le corrigió la anciana lela.

—Es verdad, ¡qué tonto soy!

—No lo sabe usted bien.

Pero yo no prestaba atención a este diálogo, porque me puse a regar con mi llanto todas las berzas tronchadas que había alrededor.

PEDAZO XXIV

AUNQUE EL GOLPE que recibí fue muy duro, tuve que sobreponerme. También los boxeadores tienen que levantarse cuando los tumban en la lona de un *uppercut*. Y aunque el golpe de la viudedad sea muy doloroso, tampoco los *upercutes* son caricias. Las consecuencias de ambos golpes, aunque en distintas escalas, vienen a ser iguales: a la viuda, con el luto, se le pone el cuerpo negro, y al boxeador, con el hematoma, se le pone el ojo morado. Pero tanto el luto como el hematoma pasan, y la vida queda. Y no hay más remedio que seguir enfrentándose con ella hasta que nos aniquile de un porrazo definitivo.

En el mismo lugar del suceso, temblando aún de dolor y frío bajo la toga del abogado, tuve que decidir mi destino inmediato: regresar a Madrid con la trágica comitiva de socorro que escoltaba a las víctimas, o seguir el viaje con los supervivientes en el tren especial que enviaron para sustituir al siniestrado. Y opté por este último itinerario.

¡Perdón, Gerarda y Bernarda! ¡Perdón, don Rodolfo y don José! Quiero excusarme con todos los parientes del pobre Ernesto por esta cobardía. Pero aquella noche de horror debilitó mi voluntad, y no me sentí con fuerzas para seguir sufriendo. Lloré al pensar en las trágicas escenas que me aguardaban si volvía. Necesitaba huir, descansar...

Y huí.

Media hora después ocupaba una butaca junto a una ventanilla del tren especial que iba hacia el mar silbando alegremente.

Y descansé.

Unos minutos más tarde, acurrucada en mi asiento, el sueño me hizo sentirme aislada del mundo circundante como un insecto fosilizado en un bloque de ámbar. Ni una sola pesadilla me turbó. Dormí como una bendita, aunque sin merecer la bendición.

Me despertó a mediodía un fuerte olor a naranja. Pensé que un viajero de mi departamento estaría pelando alguna, pero no: era el aroma de los naranjales levantinos que el tren empezaba a atravesar en aquel momento, cuya descripción ahorraré al lector porque ya la hizo muchas veces Blasco Ibáñez bastante mejor que yo. (La verdad es que don Vicente le sacó bien el jugo a la naranja). Me limitaré a decir que me asombró una barbaridad la estatura de los árboles que producen esa fruta, pues yo siempre creí que las naranjas salían de unas matas más bien bajitas, como los tomates y los pimientos.

Mis compañeros de viaje, afectados aún por la catástrofe que presenciaron la noche anterior, hablaban tristemente de que no somos nadie, de que donde menos se

piensa salta la muerte y de cosas así.

—Ya lo dice el tango —suspiró un comerciante que presumía de instruido, pero que sólo podía hacer citas de los discos que oía por la radio, porque nunca leyó ni un solo libro—, contra el destino no hay quien batalle.

—Ya, ya; cuando el destino se pone burro, a jeringarse tocan —continuó filosofando un corredor no sé si de fincas o pedestre.

—Dicen que para que los trenes no descarrilen, lo mejor es frotar las vías con un trapito mojado en vinagre —añadió una meticulosa.

—Pues no lo sabía.

—Ya lo dice el refrán —sentenció el erudito radiofónico—: «Nunca descarrilarás sin saber una cosa más».

—También dice el refrán que «no sólo de tren se muere el hombre» —añadió el corredor no sé si de fincas o pedestre—. A un niño pequeño que yo conocía, le mató sin querer su cocinera.

—¿Creyó que era pollo?

—No: le hizo un postre que a él le gustaba mucho. Pero en vez de ponerle nuez moscada, se equivocó y le puso nuez vómica.

Un fresquete aromático entraba por la ventanilla distrayendo nuestros olfatos de los tristes olores que padecemos en el accidente y cuyo recuerdo se mantenía aferrado a nuestras pituitarias: olor al barniz de la madera chamuscada, al aceite negruzco que engrasó el metal de los ejes, a la carbonilla que desparramó la caldera de la locomotora al reventar en el choque, a la carne triturada de los viajeros que sirvieron de jamón al juntarse dos vagones como un *sandwich*... Lo mismo que en los ojos, se fijan en las narices imágenes olfativas que nos recuerdan un episodio lacerante de nuestras vidas. Un perfume tiene el mismo poder evocador que un retrato visto o una música oída.

«Si una melodía de Debussy nos recuerda a la primera mujer de la cual nos enamoramos —escribía el tío Cuacuá en el libro que me legó—, la fragancia de un ajo puede recordarnos con la misma intensidad la primera fulandreja con la cual nos acostamos».

Y tenía razón. El apetitoso olor a postre de los naranjales nos hizo olvidar la hediondez de la materia destrozada.

Comprendí que el mar estaba ya muy cerca porque la locomotora empezó a lanzar grititos alborotados de bañista gorda.

—¿En qué estación se apea usted? —me dijo un enorme cigarro puro que tenía en la punta un señor muy menudito.

—En Sietepeces —le informé.

—¡Ah, Sietepeces! —se entusiasmó el enorme cigarro puro, echando humo por la boca del señor menudito que tenía atrás—. Una playa monísima para pasar la luna de

miel. ¿Es usted recién casada?

—Lo era al salir de Madrid, pero en el camino me he quedado viuda.

—¡Qué contrariedad! —dijo el corredor no sé si de fincas o pedestre—. Un marido, aunque parezca que no, acompaña mucho en un viaje de bodas.

—Yo en su caso —me dijo un sombrero con cien kilos de mujer debajo—, presentaría una reclamación a la compañía.

—¡Qué tontería! —protestó el cigarro puro—. ¿Cree usted que si esta señora presenta en la ventanilla de reclamaciones el billete de su marido difunto le van a dar uno vivo?

—Cosas más raras se han visto —dijeron los cien kilos de mujer, que no sabían estarse callados.

—¿Y qué va usted a hacer en Sietepeces sin padre, madre, ni marido que le ladre? —fisgó la señora meticulosa.

—Si tenía los billetes tomados hasta allí —me defendió el corredor—, es natural que la señora quiera aprovechar, por lo menos, uno de ellos.

Al salir de un estrecho desfiladero se acentuaron los gritos de la locomotora, al tiempo que nos llegaba un fuerte olor a pescadería modesta que no tiene frigorífico.

—¡Miren! —gritó el enorme cigarro puro, con tal sobresalto que se le cayó al suelo su sombrerito de ceniza—. ¡Allí está el mar!

Y allí estaba, en efecto, lamiendo golosamente una playa como si la arena fuese azúcar. Mis compañeros de viaje debieron de adivinar en mi mirada de asombro que era la primera vez que lo veía, porque me preguntaron con curiosidad:

—¿Qué le parece a usted el mar?

Y yo, paralizada momentáneamente por la fuerte impresión que me produjo, me limité a decir:

—¡Uf!

Pero ellos comprendieron que aquel «¡uf!» sintetizaba todos los adjetivos encomiásticos, contenidos en uno de esos diccionarios gordísimos que se ponen debajo de los niños para que alcancen el teclado del piano.

Aparte de lo grande que es el mar, se le mire por donde se le mire, lo que más me gustó de él fue ésa manía que tiene de hacer olas. Es un «tic» nervioso que no conduce a nada, tan tonto como el de las personas que guiñan un ojo o hacen girar sus pulgares con las manos entrelazadas. ¿Hay estupidez comparable a la de pasarse la vida preparando olitas, para luego, ¡plaf!, reventarlas sin ninguna utilidad como pompas de jabón?

Abstraída en mis meditaciones marineras y conteniendo los gritos de entusiasmo que me sugería la contemplación de aquella inmensidad —«¡qué agüita tan azul, caramba!»—, las dos horas que aún me quedaban de viaje transcurrieron sin darme cuenta.

Llegamos a Sietepeces a las doce y treinta y dos. Pudimos llegar a las doce y media, que es mucho más fácil de decir, pero el maquinista demoró deliberadamente ese par de minutos porque a los trenes les gusta llegar a horas difíciles para hacerse los interesantes. Suena mejor, desde luego, decir, por ejemplo, que el expreso llegará «a las catorce cincuenta y nueve», que «a las tres» peladas.

Sietepeces, como su nombre procura indicar, era uno de esos pueblecitos costeros que se nutren en invierno pescando peces y en verano pescando veraneantes. En las estaciones intermedias, para suplir el déficit de los veraneantes que se fueron a trabajar y de los peces que se van a desovar, ponen en sus anzuelos el cebo del clima cálido para que piquen algunos recién casados y algunos ingleses despistados. Esta fauna abunda siempre en las costas meridionales y, aunque son variedades de escasa riqueza monetaria, a fuerza de exprimirlas se consigue que suelten algo de substancia.

El proceso por el cual los villorrios pesqueros como Sietepeces dejan de buscar su sustento en los habitantes del mar para buscarlo en los de tierra, viene a ser siempre el mismo: muchas veces, cuando el Mediterráneo construye una gran playa de moda, calcula mal la arena que necesita.

—Me han sobrado veinte sacos —dice malhumorado al terminar el trabajo.

Y como los mares siempre tienen mucho quehacer y no pueden desperdiciar el tiempo en menudencias, coge la arena sobrante y la deja en un rincón donde no se vea mucho: en un pequeño golfo medio oculto por un acantilado, que por su pequeñez más parece un golfillo; al pie de un chichón que le salió a la costa a consecuencia de un puñetazo que le pegó una ola... En sitios así queda amontonado el remanente arenífero hasta que el viento, poco a poco, desparrama el montón y lo convierte en una playa minúscula. Nunca falta junto a estos rincones un Sietepeces de pescadores, que se pone contentísimo al ver el regalo que el mar le hizo sin proponérselo.

—¡Tenemos playa! —aúllan los lobos de mar, meneando gozosos sus barbas hirsutas.

Y como los pescadores no se chupan el percebe, deciden explotar esa fajita de arena pálida que sobró de la playa importante. Abren en el acto una suscripción popular, con cuyo importe adquieren en una pescadería varios kilos de marisco fresco, y en cada agujerito de las rocas próximas a la arena meten con cuidado un cangrejo vivo para que los futuros bañistas puedan pescar hurgando en la oquedad con un palitroque. Junto a las rocas también, en los laguillos que el mar deja al bajar su marea, sueltan unos puñados de quisquillas con la misma finalidad. Lapas, mejillones y otras adherencias marítimas nunca faltan ni en las rocas más humildes. Con lo cual el lugarejo queda dispuesto para recibir al degustador de sabores marinos.

Resuelta esta papeleta, el pueblecito empieza a sufrir una transformación radical: se enjalbega a toda prisa la fonda de la tía Prudencia y se cambia el rótulo de su fachada, que decía «Fonda» a secas, por otro mucho mayor y con letras mejor

trazadas en el que se lee: «Hotel Imperial». El título a primera vista parece que le viene un poco grande al edificio; pero bien mirado tampoco nuestro imperio es cosa del otro mundo y cabe holgadamente en un hotelito de dos plantas. Aparte del rótulo, todos los servicios del nuevo «Palace» se modernizan también: se trae de la capital con todos los honores una hermosa taza de porcelana para suplir en ese sitio la incómoda costumbre de las cuclillas, y se ponen unas cofias muy tiesas a las dos mocetonas que constituyen la servidumbre.

La tasca del Bizco, que siempre se llamó sencillamente «Vinos», sufre también una paulatina metamorfosis hasta convertirse en flamante «Bar americano». Las obras de reforma son aquí menos costosas, pues se reducen a fregar con un poco de estropajo y un mucho de energía el mostrador para que salga a relucir el mármol que oculta la gruesa capa de mugre protectora, y a decorar el anaquel de botellas clavándoles en el corcho unas banderitas de colores.

Y en el escaparate de la «Lencería», que sólo exhibió desde su fundación enaguas deformantes de algodón color de violeta, aparece una pícara prenda de tenue seda que ruboriza a las curtidas pescadoras. (Los tejidos de las redes que deben usarse para pescar a los ricos peces terrestres, son mucho más sutiles que el tosco cáñamo empleado para los salmonetes).

Sietepeces había salvado ya todos estos escalones de perfeccionamiento y se hallaba en posesión de un magnífico «Hotel Imperial» con doce habitaciones, un «Bar americano» con veinte botellas y una playa con treinta cangrejos. Y por si esto no bastara, las cuatro callejas que constituían la totalidad del casco urbano habían sido modernizadas para resistir el intenso tráfico de los meses estivales. Esta modernización no consistía en rellenar los baches de su pavimento, puesto que esas irregularidades geológicas acentúan el pintoresquismo de todas nuestras rutas: la mejora urbanística, siguiendo el ejemplo de las grandes capitales, se redujo a poner en todas las esquinas un llamativo disco indicador de «Dirección prohibida».

El hotel presumía de ser confortable. Pero como la dueña era una persona recta que no quería engañar a nadie, le pareció excesivo poner en el cartel de la fachada «Todo confort» como hace hasta el fonducho más infecto, y puso modestamente «Bastante confort». Y aunque al leer el cartel por fuera parecía que se había quedado corta, viendo el hotel por dentro era fácil comprobar que se había quedado larga. En los pasillos, por ejemplo, no entraba ni un rayo de luz; aunque tenían el «confort» de ser estrechísimos, gracias a lo cual podía circularse por ellos a oscuras con la seguridad de que, en caso de tropezón, no era posible caerse hacia los costados por falta de espacio.

—Pero puede uno caerse de narices o de espaldas —le dije a la dueña mientras me guiaba a tientas hacia mi habitación.

—Eso sí —reconoció—. Pero no me negará que, gracias a nuestro «confort»,

hemos reducido el cincuenta por ciento de los riesgos. Las caídas hacia la derecha y hacia la izquierda son tan dolorosas como las demás.

—¿Y si un huésped que va por uno de estos pasillos se encuentra con otro que viene? ¿Cómo se las arreglan para cruzarse?

—En ese caso hay que aplicar el artículo del reglamento de tráfico que alude a la circulación por tramos de carretera por los que sólo cabe un vehículo —me explicó la señora—. Antes de meterse en la recta del pasillo, debe uno aminorar la marcha y cerciorarse de que no hay ningún huésped que lo esté recorriendo en sentido contrario. Y si lo hay, debe detenerse y esperar a que salga antes de entrar él.

—¿Y cómo sabe uno si viene alguien estando el pasillo en completa oscuridad?

—¿Para qué están las señales acústicas, hijita?

—No irá usted a decirme que los huéspedes tenemos que circular con bocina.

—El que tenga bocina y quiera usarla puede hacerlo. Pero basta con un gritito. Todos respetamos este reglamento, y le aseguro que jamás ocurren accidentes.

Se oyó en aquel momento un golpe seco, seguido de dos «¡ayes!» simultáneos: la dueña, que iba delante guiándome en las tinieblas, acababa de chocar con un huésped descendente. Y se entabló entre ellos una discusión muy semejante a las que sostienen en la calle los taxistas.

—¡Animal! —chilló el huésped, que no veía a su contrincante—. ¿Es que no sabe usted gritar para pedir paso?

—¿Y por qué no gritó usted, berzotas? —se indignó la propietaria.

—¡Yo entré en la recta antes que usted, y tenía, por lo tanto, preferencia!

—¡Pero yo soy una señora! —razonó la señora, que es como razonan las señoras cuando no tienen razón.

—¡Las leyes del tráfico no tienen sexo! —estalló el huésped en el colmo de la cólera.

Por suerte estábamos ya ante la puerta de la habitación que me habían asignado, y entré en ella con la dueña cortando así la disputa. Por la ventana entraba el sol a chorros, inundando las paredes de luz. En el techo, una bombilla hacía el ridículo ahorcada en la punta del cable. La habitación resultaba muy alegre porque el sol es capaz de alegrar hasta el entierro de un pobre. La cama tenía una colcha de claveles bordados con tanto bulto, que me dieron ganas de coger uno y ponérmelo en el pelo. Había también un tocador con un espejito tan sumamente pequeño, que sólo servía para tocarse las narices. Un armario grande y macizo, estilo caja de caudales, y un lavabo a base de palangana abastecida por jarra, completaban el mobiliario.

—¿No me dijo usted que había agua corriente en todas las habitaciones? —pregunté a la dueña señalando la palangana con extrañeza.

—Y la hay. La llamamos «corriente», porque la camarera se la traerá corriendo del pozo en cuanto usted se la pida.

—¿A qué hora se sirve la comida?

—Depende de lo que tarden en cocer los garbanzos. Si son tiernos, a las dos; y si tardan demasiado en ablandarse, los servimos a las cinco de la tarde con una taza de té.

Abrí la ventana para ver el paisaje, pero la cerré de golpe: el mar estaba muy cerca y temí que se precipitara en catarata dentro del cuarto.

—Aquí dormirá usted arrullada por la canción del mar —poetizó la dueña mientras abría la puertecita de la mesilla de noche para cerciorarse de que el orinal estaba en su sitio—. Su melodía es bella, aunque algo monótona: cada ola, al romper en la playa, hace el mismo ruido que la cisterna de un retrete cuando se vacía al tirar de la cadena.

La hotelera hablaba sin cesar, entonando desmesuradas alabanzas a su establecimiento.

—Desde todas las habitaciones de la casa se ve el mar —se jactaba—. En esta fachada, las vistas son directas. Y en la parte de atrás, que da al campo, cada ventana tiene un espejo retrovisor.

Se fue por fin la charlatana, dejándome a solas con mis pensamientos y mi cansancio. De los pensamientos pude librarme fácilmente, pero del cansancio no. Y me tumbé sin descalzarme sobre la colcha, clavándome en el riñón izquierdo uno de los abultadísimos claveles bordados. Sentí un poco de tristeza al recordar que, si no llega a producirse aquel percance ferroviario, la cabeza de un protésico descansaría junto a la mía sobre la almohada desierta...

Suspiré y me dormí.

PEDAZO XXV

LOS PODEROSOS NUDILLOS de la criada, que cada vez que llamaba a una puerta los dejaba marcados en la madera, me despertaron para decirme que era la hora de cenar. Aquel sueño aflojó la tensión de mis nervios, devolviendo un buen pedazo de paz a mi atribulado espíritu.

En el comedor, al que bajé dando gritos de *claxon* por los pasillos para evitar colisiones, estaban ya todos los huéspedes con los tenedores en ristre, esperando el primer plato. No llegaban a la docena en total y casi todos eran parejas: un gordinflón con la calva barnizada de sudor, emparejado con una mujer de su mismo tonelaje; unos recién casados que parecían siameses porque siempre estaban unidos por los labios; otros casados que no debían de ser tan recientes, porque ella tenía los labios pintados y él no estaba manchado de «rouge»; unos cónyuges extranjeros, alemanes sin duda, porque masticaban la comida al unísono y con ritmo marcial... En una mesita apartada, había un inglés flaco y rubio como una espiga. En otra, un guapetón moreno con un turbante en la frente que le daba un aire exótico. Sólo estos dos hombres solitarios se atrevieron a mirarme cuando entré en el comedor, aunque ambos lo hicieron de muy distinta forma:

—¡Bah! No es una chica inglesa —dijo con desprecio la mirada del inglés.

—¡Uf! Es un guayabo estupendo —dijo con entusiasmo la mirada del moreno.

El moreno, como es natural, me fue más simpático. Y aunque me senté en una mesa equidistante de los dos, al rubiales no le dediqué ni una miradita de reojo. Al moreno, en cambio... Sin malicia, que conste. Su turbante excitó mi imaginación haciéndome pensar que sería un príncipe oriental, de ésos que salen en los cuentos de «Las mil noches y pico». Pero, por otra parte, ¿qué diablos podía hacer un príncipe oriental en Sietepeces? Descarté la posibilidad de que estuviera allí por haber sido desterrado de su país, pues los miembros de las familias reales no se chupan el cetro y eligen para su exilio sitios mucho más elegantes. Quizá se hallara en Sietepeces de paso nada más, y marcharía al día siguiente con su séquito de elefantes blancos hacia Niza y Montecarlo...

Éstas y otras muchas conjeturas cruzaron mi fantasía mientras el primer plato se encaminaba hacia mi estómago. Pero fuera quien fuese e hiciera lo que hiciese, el principesco individuo resultaba muy atractivo. Tenía el aspecto de un moderno galán cinematográfico, aunque con la mitad de los años que esos galanes suelen tener. Su nariz era aquilina, su barbilla caprina y su cara muy monina. Un hombre guapo y simpático, en toda la extensión de ambas palabras. Y con un perfil muy a propósito para figurar en el anverso de las monedas de cualquier país con un latinajo alrededor.

Después del primer plato, consistente en unos pedazos de no sé qué con una salsa

de no sé cuántos, nos sirvieron una carne que debía ser de fiera a juzgar por su presentación: dos filetes, musculosos y nervudos como leopardos, venían agazapados en una frondosa selva de lechuga. Después de una emocionante cacería a través de la ensalada, logré capturar uno. Más que un cuchillo de comensal, lo que aquel filete necesitaba era un látigo de domador. Luché con él varios minutos, pero fallaron todos mis intentos de dominarle cortando alguno de sus robustos tendones de Aquiles. Y cuando considerándome derrotada me disponía a llamar al camarero para que lo encerrase en una jaula, el moreno del turbante se levantó de su mesa y vino hacia mí diciendo:

—¿Me permite que la corte en pedazos?

—¿A mí? —me asusté, pues sabía que las civilizaciones orientales practican aún ritos muy sanguinarios.

Pero él me tranquilizó señalando la carne del plato. Accedí gustosa esperando que la cortaría con una cimitarra, o con un yatagán, o con algún arma blanca típica de su exótico país. Y me decepcionó un poco ver que sacaba del bolsillo una vulgar navaja de Albacete, con la cual se puso a despedazar el rebelde filete.

Me pareció correcto corresponder a su gentileza dándole un poco de conversación.

—¿Es usted indio? —le pregunté.

—No. —Se quedó muy sorprendido—. ¿Por qué lo dice?

—Por el turbante.

Soltó una carcajada que revoloteó por todo el comedor.

—No es un turbante, sino una venda. Y no soy indio, sino madrileño. Hace tres días, sufrí en las afueras de este pueblo un accidente de automóvil. Acababa de casarme y recorría con mi esposa estas costas en viaje de novios. Estrenaba esposa y coche. Mi esposa se llamaba Ana Romillo; mi coche, Alfa Romeo. Y el Romeo se hizo polvo por culpa de la Romillo: ella se empeñó en besarme cuando íbamos a ciento por hora. Me opuse con energía, pues sé por experiencia que esas efusiones bucales quitan mucha visibilidad al conductor. Pero tanto insistió que al fin accedí: Ana me dio el beso a mí, y el coche se lo dio a un árbol. Cuando recobré el conocimiento, el motor del coche había dejado de funcionar. Y el de ella también.

—¿Quiere usted decir que murió?

—Es usted muy astuta, joven.

—Se llevaría usted un disgusto tremendo.

—¡Figúrese! ¡Un ocho cilindros descapotable, con compresor y válvulas en cabeza!

—Pero el coche se puede arreglar. Su esposa, en cambio, ya no tiene arreglo.

—Antes del choque tampoco lo tenía: era quince años más vieja que yo.

—¿Y por qué se casó con ella?

—Porque también era quince millones más rica que yo.

—Pero la desgracia le habrá hecho sufrir mucho insistí.

—Desde luego: me hice una brecha en el cuero cabelludo con el parabrisas, que aún me escuece una barbaridad. Y tendré que estar aquí hasta que me quiten el vendaje, porque no me gusta andar por el mundo haciendo el indio.

—Es usted un cínico.

—Soy más bien un práctico.

Hizo que el camarero le trajera su cubierto a mi mesa y acabamos la cena juntos. El inglés, creyendo que era un indio auténtico, le miraba con ese desprecio a las razas coloniales que es lo único que de sus colonias les va quedando a los ingleses.

Para corresponder a su sinceridad, le conté el triste desenlace de mi matrimonio al mangante del turbante. Y le hizo mucha gracia que nuestras dos bodas se hubiesen escachiflado de un modo tan parecido.

—El Destino es un bromista —comentó.

—Pues a mí, la verdad, la broma no me parece divertida —me enfadé.

Pero él, para desenfurrñarme, empezó a contar chistes de loros imitando en falsete la voz de esos pajarracos. Y los contaba tan chistosamente, que los chistes parecían más chistosos. Acabé por echarme a reír con tanta fuerza, que se me salió de la boca un gajo de naranja que me estaba comiendo.

Es cierto lo que dice la «voz populi»: todos los sinvergüenzas son simpáticos. La Naturaleza es muy sabia y reparte sus dones con gran espíritu de justicia. Al ser débil por un lado, le da siempre por otra alguna fortaleza para que pueda defenderse: al caracol le compensa de su lentitud dotándole de un caparazón blindado, en el cual puede refugiarse contra los ataques de sus enemigos mayores y más rápidos. Al insecto que por su torpe vuelo estaría a merced del pico de cualquier pájaro, le concede la facultad de pasar inadvertido adoptando el color de la rama o el suelo en que se posa. Al ciego le refuerza los sentidos del tacto y del oído, para suplir su falta de visión. Y al sinvergüenza le concede una gran simpatía, para que pueda llevar a cabo sus sinvergonzonerías sin que la sociedad le repudie.

Y Julio Manzanal, que así se llamaba el mangante del turbante, tenía esa virtud. Le bastaba una sonrisa para derretir la barrera de hielo que le oponían las personas decentes. Sus bolsillos eran de prestidigitador y de ellos salían los objetos más diversos en los momentos más oportunos: desde la afilada navaja para cortar un filete rebelde, hasta el cigarro puro de la marca preferida por el personaje que decide con su firma un negocio; desde una joya estupenda para seducir a la honesta más tiquismiquis, hasta un caramelo para que se marche y no estorbe el hermanito de la seducida.

Julio, además, sin haber estudiado nunca, tenía una extensa cultura de todas las cosas agradables que hay en la vida: no sabía la lista de los reyes godos, pero recitaba

sin ningún error la de los vinos europeos. Nunca supo en qué fecha nació Sigerico, pero sabía en qué año se cosechó el mejor tinto borgoñón. Desconocía la fórmula química del ácido sulfúrico, pero poseía una receta exquisita de la «pularda» rellena. No hubiera sabido qué hacer con la probeta de un laboratorio, pero hacía en cambio maravillas con la coctelera de un «bar». Su falta de escrúpulos para ganar dinero le permitía acumularlo en grandes cantidades sin ningún esfuerzo. Todos los medios le parecían lícitos. Toreaba los códigos como a inofensivas vaquillas, sin que jamás logran clavarle el cuerno de ningún artículo. Su simpatía arrolladora le abrió siempre todas las puertas, que es lo importante; porque cuando se daban cuenta de quién era y pretendían cerrárselas, él ya estaba dentro.

Era tan habilidoso, que logró un permiso del gobierno español para exportar a Holanda queso de bola. Y convenció a los holandeses de que lo aceptaran, enviándonos a cambio un barco de naranjas. Era, en fin, un listo que sabía vivir mientras muchos tontos se morían de hambre. Y como aparte de estas virtudes tenía buena facha y el vendaje le favorecía, a nadie le puede extrañar que me causara buena impresión.

Observen ustedes lo discreta que soy al calificar el efecto que me hizo Julio Manzanal. La impresión, en realidad, no fue sólo buena, sino inmejorable. Pero sé que el país está lleno de lenguas viperinas, y no me atrevo a ser sincera por miedo a que viertan sobre mí sus babas venenosas. Mi desgracia estaba demasiado fresca para que los hipócritas puedan perdonarme la atracción que sentí por aquel desconocido. Lo cual es una injusticia, porque bien está que a un pariente se le guarde un lutazo de veinticuatro meses; pero a un amor ligero, basta con guardarle un lutín de veinticuatro horas.

—¿Irá usted mañana a la playa? —me dijo al despedirse, reteniendo mi mano entre las suyas.

—Quizá.

—Entonces, allí nos veremos.

Era un hombre experto: sabía que el vago «quizá» de una mujer encierra siempre un «sí» rotundo.

Y no se equivocó: al mediodía siguiente, estábamos los dos sentados en los diez palmos de arena que el mar había regalado a Sietepeces. Las olas, juguetonas, alargaban sus zarpas de espuma para acariciarnos las plantas de los pies. Las velas latinas de los botes que pescaban por la costa, parecían las camisas de sus patrones tendidas a secar en el palo mayor.

El alcalde, al vernos con su catalejo desde el balcón del Ayuntamiento, abrió la jaula de las tres gaviotas amaestradas que poseía el municipio para dar a los bañistas una sensación marinera más completa.

Sin que mediara una sola palabra entre los dos, nuestros escuetos trajes de baño

nos permitieron conocernos más a fondo. En vista de lo cual, decidimos tutearnos.

—¿Qué es lo que más te gusta del mar? —pregunté a Julio en un arrebató lírico.

—Los calamares fritos.

Decididamente, con él era inútil hacerse la poética. Tomamos el sol hasta que destilamos una perla por cada poro (hasta que sudamos, vamos), y corrimos entonces a zambullirnos en el mar.

—¡Glú, glú, glú! —gritaba Julio metiendo la boca debajo del agua.

—¡Flap, flap, flap! —le contestaba yo golpeando la superficie con las manos abiertas.

Daba mucha risa verle nadar, pues su cabeza, que mantenía muy tiesa para no mojarse el voluminoso vendaje, semejava una boya. Unas algas se me enredaron en los tobillos y grité creyendo que era un pulpo:

—¡Julio! ¡Ven a prestarme socorro!

—No te lo presto, monada: te lo regalo con mucho gusto.

Y me cogió en sus brazos para librarme de las viscosas plantas acuáticas. Y con el pretexto de que podía enredarme de nuevo, ya no me soltó hasta que salimos del mar.

Por la tarde, después de almorzar en el hotel unos langostinos con calibre de gambas y una ternera con calibre de vaca, nos fuimos los dos de excursión a un sitio llamado la Cueva del Pez Podrido. La leyenda contaba cosas espeluznantes de aquella cueva, pero ningún habitante del pueblo se las creía. Y hacían muy bien, porque todos estaban hartos de saber que aquella leyenda la inventó recientemente el mismísimo señor alcalde.

Ya se sabe que los sitios veraniegos importantes, para matar el aburrimiento que los veraneos traen consigo, disponen de algunas metas excursionísticas en los alrededores, con sus correspondientes leyendas: una ermita en la que se le aparecía un beato de poco nombre a un pastor apellidado Regúlez; unas rocas en forma de cuernos que el viento talló así para perpetuar la memoria de un navegante cuya esposa en sus ausencias lo pasaba chanchi; un viejo cementerio abandonado en lo alto de un monte, que en las fiestas patronales se pone a soltar fuegos fatuos como si fueran fuegos artificiales.

Sietepeces, en su modestia, no poseía ninguno de estos incentivos para espolear a los borricos de los excursionistas. Pero su alcalde tenía, en cambio, alguna imaginación y decidió subsanar esta deficiencia: hizo que unos obreros le cavasen una cueva en un promontorio cercano, y puso en el interior un pez. El pobre pez, como es natural, se pudrió como dos y dos son cuatro. Y así nació la Cueva del Pez Podrido cuya leyenda, inventada también por el alcalde, era tosca pero no exenta de hermosura.

Decía así:

El pez Osvaldo paseaba un día por el mar —por debajo, se entiende—. De pronto

vio dentro del agua a la princesita Romualda, que se estaba bañando con sus azafatas. El pez Osvaldo lanzó una burbuja de admiración y se enamoró de las pantorrillas de la princesita, pues la cabeza no pudo verla porque la llevaba fuera para respirar. Cuando Romualda salió del agua, el pez Osvaldo decidió seguirla para declararle su amor. Coleando penosamente por la playa, el pez siguió a la princesa tierra adentro. Pero como la condenada princesa andaba muy de prisa y moviendo la cola se avanza poquísimo —prueben ustedes y verán—, al llegar al promontorio la pajolera princesa estaba ya muy lejos. Entonces el pez, hecho la pascua, cavó con uñas y dientes aquella cueva para no morir a la intemperie, que hace tan feo. Y murió de amor por un lado y de asfixia por otro, porque ya se sabe que los peces fuera del agua, por muy de leyenda que sean, se las apañan muy mal. Y allí seguía el enamorado pez, más putrefacto que Carracuca.

Para habérsele ocurrido a un alcalde la leyendita no está del todo mal, ¿verdad?

En la Cueva del Pez Podrido, en la que cabían dos personas no muy gruesas y el pez propiamente dicho, empecé a sospechar que yo le gustaba a Julio. No sé si fue cuando me cogió por la cintura, o cuando quiso besarme y tuve que decirle que se estuviera quieto, pero el caso es que mi instinto femenino me hizo intuir que yo no le era indiferente.

Mi sospecha se acentuó cuando, al regresar, se empeñó en abrazarme y tuve que echar a correr. ¡Mágico influjo de la leyenda! La fantástica historia de la princesa y el pez Osvaldo volvió a repetirse, aunque a un ritmo mucho más acelerado. Julio me siguió también; pero aunque yo avanzaba corriendo más de prisa que la antigua Romualda, él no tenía cola como el desdichado pez Osvaldo, sino un par de piernas muy veloces con las cuales me hubiera alcanzado si la Providencia no hubiese puesto en su camino el tronco derribado de un naranjo. Gracias al vendaje, que amortiguó un poco el golpe, se libró mi perseguidor de una nueva brecha en la cabeza. Este percance me permitió sacarle mucha ventaja. Y cuando repuesto a medias del trastazo llegó al «Hotel Imperial», yo estaba ya en mi habitación, encerrada con llave.

PEDAZO XXVI

NO NEGARÉ QUE, a pesar de todo aquello, Julio siguió pareciéndome cada día más simpático, porque ustedes notarán al tacto que ya quedan pocas páginas del libro y sospechan con razón que se acerca el desenlace.

Comprendiendo que la táctica violenta no le daba ningún resultado, el mangante del turbante se mostró más modosito en días sucesivos. Se había llevado un planchazo al comprobar que yo no era pan comido como creyó al principio, y la fuerte atracción que le impulsaba hacia mí se fue transformando en un sentimiento más civilizado.

La semana siguiente el cielo se nubló, y tuvimos que sustituir las horas destinadas a la playa con largos paseos por el campo. En ellos me fue contando muchas de sus fechorías pasadas y alguna de las que proyectaba en el futuro.

—Acabo de descubrir un filón para triplicar mi fortuna en menos de dos años — me explicó con voz romántica—. A los hombres de negocios modernos, no nos interesan los asuntos que sólo dejan un beneficio del treinta por ciento: necesitamos que el capital invertido nos produzca por lo menos un trescientos.

—Sois unos poetas —dije convencida.

—Hay que ganar el dinero de prisa, para poder disfrutarlo antes de la pachuchez. La ganancia lícita incrementa las fortunas con tanta lentitud, que sólo alcanzan un volumen potable cuando estamos con un pie pillado por la losa de la tumba. Y trabajar como bárbaros para que nuestros nietos vivan como señoritos, no entra en las teorías filosóficas contemporáneas. Yo desciendo de una familia que practicó durante varias generaciones los negocios de importación y exportación. Sólo que mis antepasados, en lugar de tener una oficina en la Gran Vía, tenían una cueva en los Pirineos. Mi padre, que en paz descanse —aunque lo dudo, porque los carabineros también se mueren y sus almas le habrán perseguido hasta el infierno—, me enseñó todo lo que sé. Gracias a sus consejos soy rico, pero espero ser pronto millonario.

—¿Cuándo? —pregunté ingenua, jugueteando con una florecilla silvestre.

—Cuando empiece a explotar mi filón —contestó Julio, enigmático.

—¿Y dónde diablos está ese filón? —me impacienté.

—En Tánger —dijo él bajando la voz, para que el crepúsculo no oyera su secreto.

—¿Es una mina de oro?

—No: es una mina de todo.

—No lo entiendo —confesé.

—Vas a entenderlo en seguida —comenzó, mientras yo estrujaba la florecilla silvestre, que en el fondo me importaba un bledo—. Una medallita de latón puede valer, todo lo más, sesenta céntimos; pero si el vendedor nos garantiza que la frotó en

la reliquia de algún santo, nuestra fe hará que paguemos por ella cinco duros. Una franela de Tarrasa puede costar a lo sumo mil pesetas; pero si el tendero nos asegura que pasó por un muelle de Tánger, nuestra estupidez hará que la compremos por dos mil. Una superstición, tan moderna como absurda, ha convertido a Tánger en una especie de Meca comercial que santifica un poco los productos que rozaron su puerto internacional. Este mito se creó en las últimas guerras, cuando a los barcos se los recibía en las costas europeas a cañonazos y tenían que correr con la hélice entre las piernas a descargar sus tesoros en las quietas y neutrales aguas tangerinas. Tánger se transformó desde entonces en un maravilloso bazar provisto de las mercancías más diversas: desde el mágico medicamento capaz de tumbar microbios como atletas, hasta el más inútil mondadientes americano dotado de un minúsculo motorcito perforador para destruir la hebra de bacalao atascada entre dos molares; desde la coqueta pierna ortopédica de materia plástica, capaz de dar puntapiés tan eficaces como si fuera de verdad, al nutritivo bote yanqui de gachas «hormonizadas». Unas cuantas Sociedades (anónimas, naturalmente, porque el contrabando está mal visto, y nadie se atreve a dar la cara) trasladaban los artículos a manos del consumidor europeo. Daba más lustre a un francés llevar sujetos los calzones con unos tirantes traídos de Tánger, que ostentar en la solapa una roseta de la Legión de Honor. «Es de Tánger» fue en aquellos años bélicos la máxima garantía de buena calidad que podía darse a un objeto. Era esta frase un «Sésamo, ábrete» infalible, que empleaban cuarenta ladrones para abrir los bolsillos más herméticos. Pero las guerras acabaron, las vacas flacas volvieron a engordar, y el mito tangerino se mantiene por inercia. Todos los productos que Tánger suministraba en exclusiva, hoy se pueden adquirir en la tienda de la esquina. Y, sin embargo, la memez popular sigue prefiriendo los que llegan de tapadillo, envueltos en la magia del omnipotente puerto marroquí. Una seda parece más sedosa si la trae una gitana con pinta de beduina escondida en el escote. Será difícil convencer a estos cándidos compradores de que el siroco sahariano no es un viento milagroso cuyo soplido infunde a las cosas una calidad sobrenatural. Durante muchos años, seguiremos oyendo esta muletilla pronunciada con unción: «Es de Tánger». Y yo me propongo explotar esa superstición en gran escala: compraré toda clase de productos en el mercado nacional, los embarcaré unas horas para darles un paseíto por el Estrecho de Gibraltar, y volveré a desembarcarlos para revenderlos con un plus fingiendo que proceden de Tánger. Por cada baratija que me haya costado diez, me pagarán quince con el falso marchamo tangerino. Y seremos inmensamente ricos.

—¿Qué es eso de «seremos»? —me sorprendí—. ¿Por qué lo dices en plural?

—Porque me gustas una barbaridad y deseo que compartas conmigo mis riquezas. Van a ser tantas, que necesito una mujer a mi lado para que me ayude a gastarlas. Serás un aliviadero para que no reviente el embalse de mi fortuna.

—¿Cómo? —se me iluminó la cara—. ¿Quieres que nos casemos?

—Yo no —corrigió él—. La que quiere eres tú. Pero si no hay otro camino...
¿Aceptas mi proposición?

En vez de contestarle dejé que el rubor tiñera mis mejillas, cosa que favorece mucho más.

—Déjame a mí de rubores, y contesta de una vez —se impacientó él—. ¿Nos casamos, sí o no?

—Espera, hombre: tienes que darme un poco de tiempo para pensarlo.

—¿Cuánto tiempo necesitas?

—Por lo menos, por lo menos... treinta segundos.

—Te concedo veinticinco —dijo Julio, poniendo en marcha la aguja de su cronómetro.

Pero me bastaron quince para tomar una decisión: como el que no quiere la cosa, le miré desde muy cerca con la cabeza un poco ladeada. Y el muy atrevido, abusando de mi postura, me dio uno de esos besos «de cine» que la gente nunca sabe cuánto duran en realidad porque siempre los corta la censura.

PEDAZO XXVII

UNOS MESES DESPUÉS, anuladas nuestras respectivas bodas anteriores por faltarles el requisito del *consummatum est*, nos casamos Julio y yo con más pompas que un jabón.

Y como sus barcos que simulaban traer cosas de Tánger marchaban viento en popa, instalamos nuestro hogar en la lujosa avenida de los Seis Ceros.

Esta avenida se llamaba así porque en ella sólo podían residir millonarios de nuevo cuño. Situada en el aristocrático barrio de Salamanca, era una auténtica joya del urbanismo madrileño. Daba gusto andar sobre sus amplias aceras pavimentadas con losas de mármol, aspirando el suave aire acondicionado que mantenía en la calle una constante temperatura primaveral. Los pasos de peatones que cruzaban a trechos la calzada se cubrían en invierno con gruesas alfombras de nudo, y había grandes ceniceros de plata en todas las esquinas para echar en ellos las colillas de los cigarrillos turcos. El lujo de las casas, tanto por fuera como por dentro, recordaba el de los palacios orientales que hacen en Hollywood para las películas en technicolor. Me han dicho que los auténticos son bastante más modestos. Flores y árboles extraños, de éstos que salen en las novelas traducidas del inglés (rododendros, primulas, begonias, azaleas...), adornaban los bordillos esparciendo el delicado perfume de sus raras corolas.

Pero, a pesar de su fastuosidad, la avenida de los Seis Ceros nunca dejó de ser una típica calle de Madrid. El Ayuntamiento, celoso guardián de la personalidad capitalina, mantuvo en ella todas las especies que dan al sabor local su punto exacto, aunque con las modificaciones requeridas por un ambiente tan exquisito.

El pregón del vendedor ambulante por ejemplo, indispensable pincelada típica en las calles madrileñas, se resolvió a tono con la categoría económica de los moradores de las casas que debían escucharlo. Y todas las mañanas, mientras nos desayunábamos con toronjas y caviar, oíamos por las ventanas abiertas este castizo pregón:

—¡El joyerooooo!... ¡Al rico diamante de Amsterdaaaaaam!...

Algunas señoras, al escucharlo, se asomaban a su espléndido balcón sostenido por robustas cariátides de bronce y le gritaban:

—¿A cuánto trae hoy el quilate?

—A mil pesetas con cincuenta —decía el joyero ambulante quitándose respetuosamente la chistera, pues iba vestido de chaqué y llevaba la mercancía en unas elegantes alforjas de terciopelo.

—¡Qué caro! ¡Pero si ayer me pidió mil justas!

—Es que los quilates de hoy son del día: acaban de llegar del mercado de piedras

preciosas.

—En ese caso póngame media docena. Pero que sean gorditos.

Y el joyero ambulante sacaba de su alforja un puñado de quilates, los pesaba en plena calle en su pequeña balanza de precisión y se los envolvía a la señora en una hoja atrasada de la revista financiera *El riñón bien cubierto*. Después, echándose al hombro sus alforjas, se alejaba calle abajo pregonando con potente gorgorito:

—¡El joyerooooo!... ¡Al rico diamante de Amsterdaaaaaam!...

En la avenida de los Seis Ceros no podía faltar tampoco el tipismo de los mendigos, pues ya se sabe lo que ocurre: en cuanto a una calle latina se la quita la salsa de la mendicidad, se queda tan sosa que parece escandinava. Pero los pobres de un sitio tan opulento no podían ser tan pobres como sus colegas de los barrios corrientes. Cuando se pide limosna en una calle con aire acondicionado, hay que tener por lo menos una batidora eléctrica para convertir los mendrugos en puré. Y eso mismo pasaba en nuestra avenida: que los mendigos gozaban de un *standard* de vida tan alto, que sería más propio llamarle un *standard de vidorra*. Sus tradicionales harapos, patinados por añejas cochambres, se sustituyeron por impecables libreas de color de sarampión. Y en la cabeza, donde esta ínfima clase social suele llevar la copa de un sombrero sin ala, o el ala de un sombrero sin copa, llevaban ellos una gorra de plato con esta inscripción: «Pobre de solemnidad». Y el título les sentaba a las mil maravillas, porque su aspecto era realmente solemne.

Nuestra casa era un palacete de dos pisos, unidos por una escalera de caoba. Su pasamanos era tan ancho y pulido que daban ganas de bajar por él estilo tobogán, aun a riesgo de hacerse culeras en los vestidos con el roce.

Teníamos varios criados: los más jóvenes iban de calzón corto, y los más viejos de calzón largo. No quise tomar criadas porque me desagradaba recordar mi pasado.

La fortuna de Julio aumentó rápidamente, hasta alcanzar una cifra que necesitaría un cheque muy apaisado para escribirla completa. Descubrí entonces, con cierto estupor, que el dinero producido por los negocios turbios tiene el mismo poder adquisitivo que el ganado con los negocios claros. Y me dediqué con entusiasmo a comprobar esta cualidad, gastándolo a manos llenas.

—Pero ¿era usted feliz? —me preguntará una lectorcita ingenua.

—Pues claro que lo era, hijita. Y lo sigo siendo todavía. Es muy difícil no serlo junto a un marido encantador, que jamás me ha negado ni un solo capricho: si una mañana le digo que quiero un coche verde, lo tengo por la tarde; y si le digo que quiero un niño rubio, me ayuda a tenerlo por la noche. ¿Qué más puedo desear?

—Pero el dinero no da la felicidad —insiste la lectorcita ingenua.

Y al oír eso me entra un ataque de risa tan fuerte, que acuden a mi cuarto todos mis criados creyendo que me he vuelto loca.

—¿Le ocurre algo a la señora? —me pregunta un ceremonioso mayordomo.

—Sí —logro decir entre dos carcajadas—. ¡Figúrense que una lectorcita ingenua acaba de decirme que el dinero no da la felicidad!

Y al oír aquello los criados, tanto los de calzón corto como los de calzón largo, prorrumpen también en una risa estrepitosa.

Un momento después se abre la puerta y entra mi marido, que viene del Banco donde ha estado guardando otro millón.

—¿Qué pasa? —pregunta sorprendido, al vernos a todos con una risotada en la boca.

Le cuento el topicazo tan gracioso que acaba de decir la lectorcita, y Julio se suma al concierto general con una hermosa carcajada en «ja» mayor.

Fuera, en la avenida de los Seis Ceros, los automóviles de los millonarios pasan majestuosos rodando siempre en línea recta, porque son demasiado largos para poder dar vueltas y doblar por las bocacalles dentro de la ciudad. Para variar el rumbo tienen que salir a las grandes llanuras que rodean a Madrid, en las cuales disponen de las hectáreas necesarias para los virajes.

Lejos de allí, después de quitarse su impecable cuello duro para que no se le arrugue con la sogá, un infeliz comerciante arruinado por los manejos de Julio se ahorca en su despacho.

—¡Pobre diablo! —comenta mi marido al leer la noticia en los periódicos, a la hora del desayuno—. No era lo bastante listo para vivir en estos tiempos.

—Tienes razón —reconozco—. La verdad es que la vida se está poniendo muy difícil para los tontos.

Y con un suspiro de sincera compasión, embetuno con negrísimo caviar una tostada.

FIN

Madrid, otoño de 1954.



ÁLVARO DE LAIGLESIA. Nació en San Sebastián, el día 9 de septiembre de 1922. No fue un niño prodigio, pero casi. Su nacimiento estuvo precedido de toda clase de señales y acontecimientos históricos, de ningún modo malgastados si se considera que, andando el tiempo, corriendo los días, Álvaro de Laiglesia había de ser elevado, sin oposiciones ni cónclaves, por méritos propios, a la muy digna y codiciada silla donde se sienta el director de *La Codorniz*.

A los catorce años comenzó a hacer sus primeros pinos de plumífero como redactor jefe de una publicación y durante la guerra colaboró en *La Ametralladora*, revista humorística —en lo que cabe— de campaña. Después de la guerra viajó por diversos países, no precisamente de turista, entre ellos Cuba, donde colaboró en *El Diario de la Marina*. En 1941 volvió a España porque acababa de nacer *La Codorniz* y nuestro autor no quiso perderse. En ese momento la vida dio una de sus muchas y famosas vueltas, y ya tenemos a Álvaro de Laiglesia colaborando, al principio muy tímidamente, en esta importante publicación. Y desde esa vuelta de la vida ambos nombres propios son ya inseparables. Desde 1945 Álvaro de Laiglesia dirige *La Codorniz*, y lo codornicesco —porque la revista se ha merecido de sobras un adjetivo para ella sola— dirige a Álvaro de Laiglesia.

Efectivamente, para el autor de *Sólo se mueren los tontos*, *Los que se fueron a la porra* y *Todos los ombligos son redondos*, humor es sinónimo de «codorniz», y cada uno de sus libros es como una «Codorniz» con más páginas. Por eso, merece la pena detenerse en la revista. Antes de la guerra hubo semanarios satíricos —así se

subtitulaban—, pero muy poco humor. Se hacían bromas crueles a costa de personas y acontecimientos, y la mayoría de las veces con sangre. La última de ellas, *El Mentidero*, murió precisamente el día 21 de diciembre de 1921, nueve meses, día más día menos, antes de la fecha de nacimiento de Álvaro de Laiglesia. (Si esto no es una señal prodigiosa, ya dirán ustedes qué más quieren). A partir de entonces, las nuevas hornadas de humoristas y dibujantes comienzan a hacer verdadera literatura humorística. Pero todavía no es *La Codorniz*. Llegó la guerra, el diluvio escampó, pasaron los siete años de vacas flacas, y un buen día apareció *La Codorniz* llevando en su pico un ramito de humor negro, una nueva manera de interpretar el mundo alrededor. Se dice de *La Codorniz* y de Álvaro de Laiglesia que han cerebralizado el humor. No se sabe. También es posible que hayan «codornizado» la filosofía y la poesía. Pero no importa. De ambos se ha dicho casi todo, lo que demuestra que son algo serio. Tan serio que uno se explica que no haya un departamento de codornices en la Real Academia. Lo cierto es que ellos han devuelto su dignidad a palabras y fórmulas expresivas que la rutina sainetera había maleado y envilecido.

Y hoy, cuando *La Codorniz* está a punto de convertirse en pájaro treintañero, y Álvaro de Laiglesia ha cumplido ya cinco lustros como director, ambos son el resumen y la cifra, algo así como la Biblia, del mejor humor. Por muchos años y usted que lo vea.

Pero aparte de la inmensa labor de regeneración periodística que ha llevado a cabo en *La Codorniz*, Álvaro de Laiglesia es el escritor humorístico más leído de España y uno de los más prolíficos, que quiere decir, uno de los más trabajadores. Cuando se han publicado cerca de treinta libros, sin abandonar sus compromisos de periodista, sus colaboraciones en TV, conferencias y demás fatigas del pluriempleo se tiene derecho al adjetivo «trabajador» y a un poco de respeto.